



HELLA S. HAASSE

# LA CIUDAD ESCARLATA

LA NOVELA  
DE LOS  
BORGIA

Lectulandia

*La ciudad escarlata* es una novela moderna por su estructura, escrita con gran fluidez, y que profundiza en el retrato psicológico de los personajes y los motivos íntimos que los mueven.

La investigación del principal protagonista, Giovanni Borgia, en torno a sus orígenes genera una intriga que permite a la autora reconstruir un período crítico de la historia de Italia a través de un eficaz mosaico de puntos de vista reflejados por los personajes más influyentes de la época.

**Lectulandia**

Helia S. Haasse

# **La ciudad escarlata**

**La novela de los Borgia**

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2019

Título original: *De schariakm stad*  
Helia S. Haasse, 1953  
Traducción: Andre Martin Koster  
Digitalizador: lvs008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# CRONOLOGÍA DE LAS GUERRAS DE ITALIA

(Los acontecimientos narrados en *La ciudad escarlata* figuran en cursiva)

1492 - Rodrigo de Borja es elegido papa y se convierte en Alejandro VI. Su hija, Lucrecia Borgia, se casa en primeras nupcias con Giovanni Sforza.

1494 - Carlos VIII de Francia invade Italia.

1495 - Carlos VIII conquista Nápoles pero una coalición formada por Fernando el Católico, el emperador Maximiliano, el papa Alejandro VI, el Milanésado y Venecia logra imponerse a los franceses y restablecer a Fernando II de Nápoles.

*[1497 - Nacimiento de Giovanni Borgia.*

*Anulación del matrimonio de Lucrecia Borgia. Se casa con Alfonso de Aragón, bastardo de Alfonso II de Nápoles].*

*[1498 - César Borgia, nombrado cardenal a la edad de 17 años, abandona su condición sacerdotal tras la muerte de su hermano, el duque de Gandía. Es nombrado legado papal ante la corte de Luis XII de Francia, con quien concluye una alianza].*

1499 - Luis XII de Francia invade Milán, después de aliarse con Fernando V de España y el papa Alejandro VI. César es nombrado duque de Valentinois.

*[César contrae matrimonio con Catalina d'Albret, hermana del rey de Navarra. Con la ayuda de tropas francesas, y con el dinero del papado, César inicia la conquista de la Romagna.*

*[1500 - César Borgia se apodera, en nombre de su padre, Alejandro VI, de ciudades de la Romagna (Imola, Forlì, Pesaro) y organiza el asesinato de Alfonso de Aragón, segundo marido de Lucrecia].*

1501 - Los franceses conquistan Nápoles. Surgen discrepancias entre franceses y españoles.

*[Alejandro VI nombra a César Borgia duque de Romagna.*

*Lucrecia se casa con Alfonso d'Este en terceras nupcias].*

1502 - España y Francia se declaran la guerra y luchan abiertamente.

*[César tiende una celada a los jefes enemigos en el castillo de Senigallia y los manda estrangular].*

*[1503 — Muerte de Alejandro VI. Le sucede Pío II, quien también muere el mismo año. Accede al trono pontificio Julio II, papa delta Rovere y enemigo de los Borgia. César es arrestado en Ostia pero logra escapar].*

1504-1505 - Luis XII firma el tratado de Blois y se establece una paz temporal entre España y Francia. España se queda con Nápoles y Francia con Milán y Génova.

*[El tercer marido de Lucrecia, Alfonso, es nombrado duque de Ferrara].*

*[César Borgia se refugia en la corte de su cuñado, el rey de Navarra. Conoce a Maquiavelo, que se inspirará en él para recrear su figura del gobernante ideal en su obra El Príncipe.*

*[1507 - César muere peleando por el rey de Navarra en una escaramuza entre agramonteses y beaumonteses].*

1508 - Italia vuelve a estar en pie de guerra como resultado de la alianza del papa Julio II con Francia, España y el emperador Maximiliano contra Venecia.

1509 - Francia conquista Venecia.

1510 - El papa Julio II firma la paz con Venecia y emprende una campaña militar para expulsar a los franceses de Italia.

1512 - Suiza interviene en el conflicto aliándose con España y el emperador. Los suizos asolan Milán, vencen a los franceses y reinstauran a Sforza en el trono.

1513 - Los suizos expulsan a los franceses de Novara y conquistan Lombardía. Muerte del papa Julio II. Le sucede León X, papa Médicis.

1515 - Victoria de las tropas de Francisco I de Francia, sucesor de Luis XII, sobre los suizos en Marignano.

*[1517 — Giovanni Borgia llega a la corte de Francisco I.]*

1519 - Muerte del emperador Maximiliano I. Su nieto, Carlos V, rey de España, es elegido emperador, venciendo las pretensiones de Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra.

*[Muerte de Lucrecia Borgia].*

1521 - Se rompen las hostilidades entre Francisco I y Carlos V en Italia. Muerte del papa León X. Le sucede Adriano VI.

1522 - Francisco I es derrotado por las fuerzas imperiales en La Biococca.

1523 - Muerte de Adriano VI. Le sucede un Médicis, Clemente VII.

*[1524 —Francesco Guicciardini es nombrado gobernador de Romagna].*

1525 - Las fuerzas imperiales al mando del marqués de Pescara infligen una desastrosa derrota a Francisco I en Pavía. El rey francés es hecho prisionero y enviado a Madrid.

*[Giovanni Borgia, que peleaba en las filas francesas, es también capturado por las fuerzas imperiales, pero es rescatado por el cardenal Aleandro. En Roma entra al servicio del papa Clemente VII ]*

Muerte del marqués de Pescara.

1526 - Luisa de Saboya, madre de Francisco I, se convierte en regente de Francia durante el cautiverio de su hijo en España. Para obtener su libertad, Francisco I firma el tratado de Madrid, por el que renuncia a Nápoles, Milán y Génova, cede La Borgoña y concerta su boda con Leonor de Aquitania, hermana de Carlos. Una vez en París, el rey denuncia el tratado y reanuda la guerra, con la alianza de Clemente VII (liga de Cognac) a la que se suman Francesco Sforza, Venecia, Génova, Florencia y Enrique VIII de Inglaterra.

1527 - El emperador castiga la alianza de Clemente VII (liga de Cognac) con el envío de un ejército de fuerzas mercenarias alemanas y españolas al mando de Carlos de Borbón, enemigo de Francisco I. En mayo, saqueo de Roma por los imperiales. Clemente VII es hecho prisionero en Castel Sant'Angelo. Francisco I captura Genova y mientras avanza sobre Roma para liberar al papa, éste se entrega a Carlos V para ganar su libertad. Carlos V desaprueba el

saqueo de Roma, pero aprovecha el sometimiento del papa para arrancarle concesiones y dinero.

*[Guicciardini es destituido y se retira a escribir historia. Muerte de Maquiavelo].*

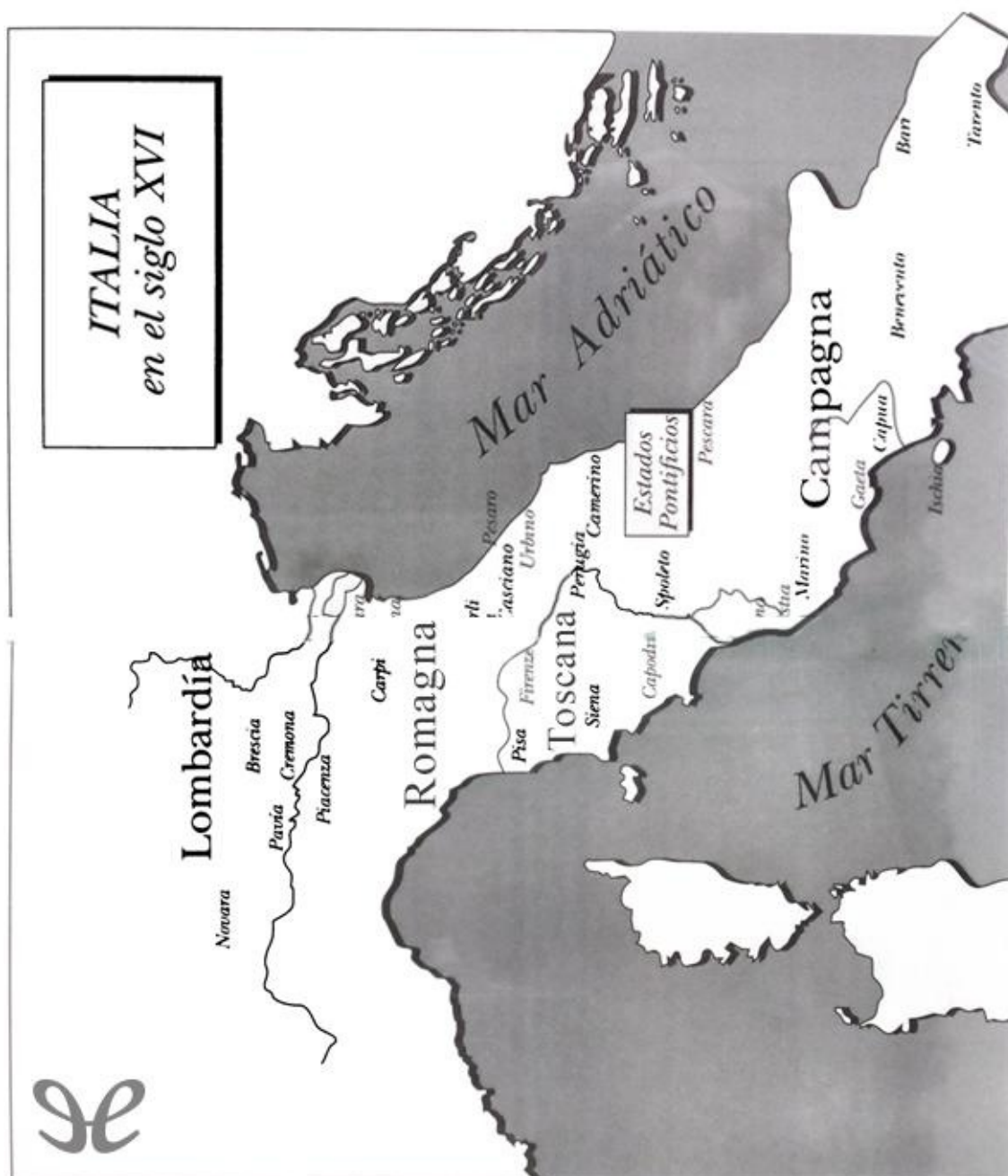
1529 - Firma del tratado de Cambrai entre Francia y España. Francia renuncia a todas sus pretensiones en Italia a cambio de su soberanía sobre La Borgoña. El emperador y Clemente VII firman la Paz de Barcelona, que consagra el dominio de Carlos V en Italia.

1530 - Clemente VII corona emperador a Carlos V en Bolonia.

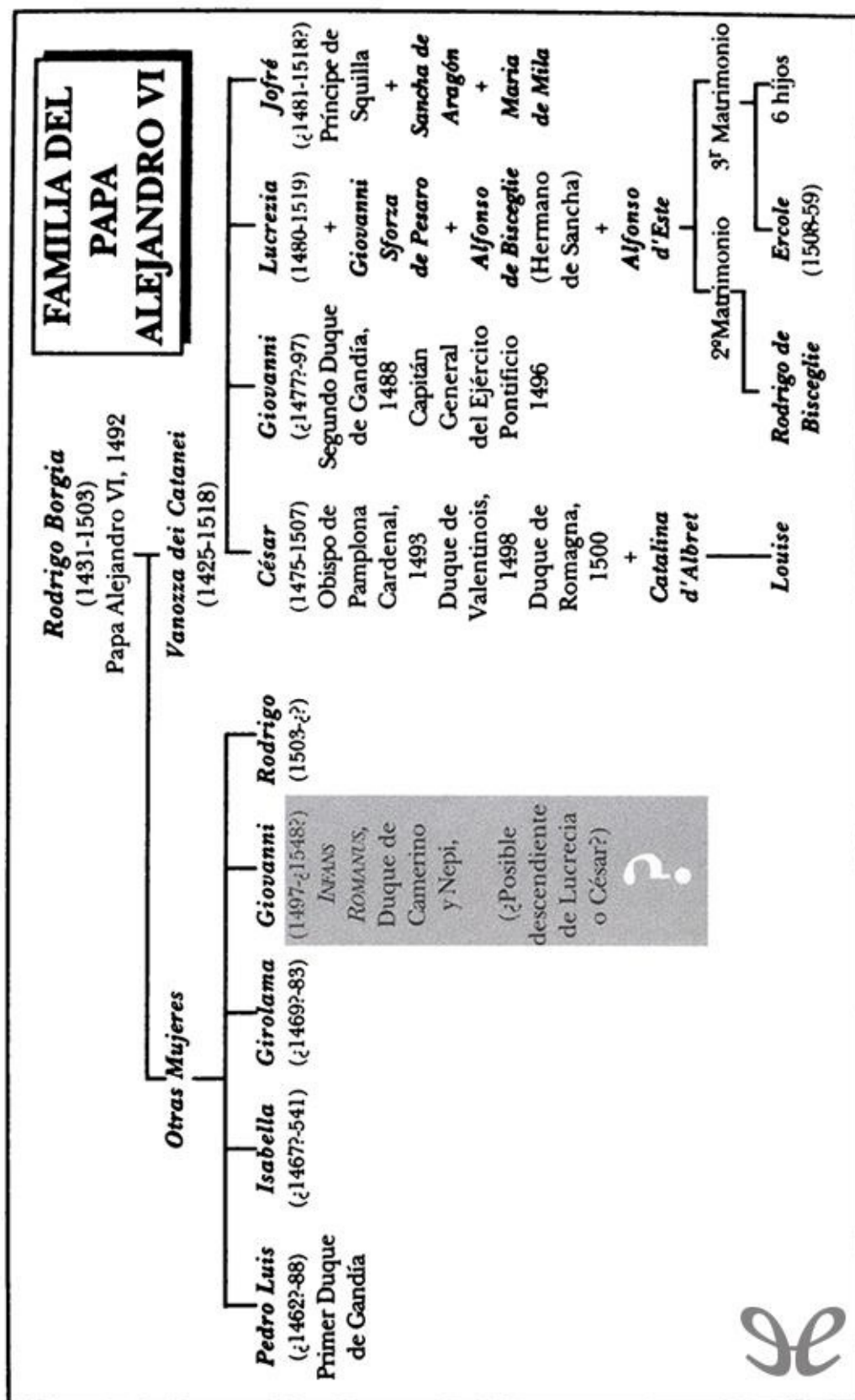
*[1534 - Muerte de Clemente VII. Le sucede un Farnese, Paulo III].*

*Io dico, ch'a chi vive quel che muore  
quetar no può disir, ne par s'aspetti  
L'eterno al tempo, ove altri cangia il pelo*

MICHELANGELO BUONAROTTI









**I**  
**GIOVANNI BORGIA**  
**1525**



Borgia soy; dos veces, tres veces Borgia quizás. Para los demás, mi procedencia es un enigma; para mí es un secreto, más aún, una fuente de suplicios. Desde hace un cuarto de siglo, ningún nombre en Italia tiene peor fama que el de Borgia; de no saberlo, tendría diariamente constancia de ello. El que quiere maldecir profundamente, dice ¡Borgia!, el que quiere resumir en una palabra la miseria de los tiempos que corren, el deterioro de Roma, la decadencia de Italia, escupe su resentimiento: ¡Borgia! Estafas, corrupción, ramería, magia negra, asesinato, homicidio, incesto: Borgia. Controversia y discordia, la infinita división de ciudades y principados, invasiones de extranjeros rapaces en el norte y en el sur, el odio, la avaricia, las derrotas, el hambre, la adversidad, el mazuco, la peste y la perdición venideros: ¡Borgia! Para darme realmente cuenta del contenido de la palabra Borgia, he tenido que volver a Italia.

Dios sabe que en Francia —por lo menos en los últimos años de mi estancia allí— estaba orgulloso de mi nombre. Si en la corte me calumniaban a mis espaldas, no lo supe. El rey me era favorable, pues me consideraba un protegido de la Casa d'Este de Ferrara, y Francia no tenía mejor aliado en aquellos días que Alfonso d'Este, el marido de Lucrecia.

No menos importante para mí era el favor de otra pariente, Luisa o Louise, como allí la llamaban, hija de César en su matrimonio francés. Puesto que por aquel entonces quería creer todavía que César era también mi padre, otorgué mucho valor a la influencia de esta mujer que consideraba mi hermanastra. Luisa tenía cuatro o cinco años menos que yo: nos unían, sobre todo, los mismos sentimientos con respecto a nuestra ascendencia. Por un lado, orgullo, el innato orgullo español, porque pertenecíamos a un linaje que osó medirse con reyes y emperadores, y pudo con ellos; pero por el otro, una duda secreta que corroe la mente, una vergüenza, que ni ella ni yo sabíamos expresar, y que ambos intentábamos esconder tras un gran despliegue de arrogancia y seguridad en nosotros mismos.

Mi habilidad en este aspecto era mayor que la de Luisa, ya que ella estaba también físicamente marcada: enfermiza, enjuta, su cara estaba desfigurada por las cicatrices, la prueba viviente de la veracidad de los rumores que circulaban en aquel tiempo sobre César antes de casarse con Catalina de Albret. Ahora, todo el mundo sabe que sufría la enfermedad que aquí en Italia se suele llamar el *mal francese*, la plaga francesa, un precio, a mi entender, demasiado elevado por el placer del amor. Según dicen, envenenó la sangre de Luisa, y también la de la mayoría de sus bastardos. Debo dar gracias de no padecer ninguna tara física. Mi sufrimiento es imperceptible; en mi caso, el veneno está por dentro.

Así que en Francia —pese a ciertos acontecimientos anteriores— todavía me era posible gozar de alguna estima. Cuando llegué a la corte de Francisco I, habían transcurrido ya más de diez años desde la muerte de César. De la última fase de su vida en Navarra no se hablaba casi nunca; de su final sin gloria, jamás, por lo menos,

no en mi presencia. Cuando se mencionaba su nombre, lo relacionaban normalmente con la política del momento; las comparaciones con la conducta de compatriotas míos que apoyaban la causa francesa, resultaban en beneficio de César que, muy ambiguo en palabras y actos, al menos había demostrado ser un *hardi homme*, un hombre valiente. En ocasiones como estas, me llamaba la atención lo mucho que su nombre y su personalidad impresionaban aún. Ya por aquel entonces César era, más que un recuerdo, una leyenda; el bien y el mal habían adquirido en él dimensiones que parecían sobrepasar todo juicio humano. Se referían a él, verbalmente y por escrito, por sus títulos franceses. No se olvidaba que había llevado las azucenas de Valois en su escudo, y que su hija Luisa estaba casada con uno de los señores más ilustres del reino.

Todo esto moderaba una posible resonancia maliciosa del nombre de Borgia. Además, ya había sido introducido en la corte francesa por el propio Alfonso d'Este, el cual, oficialmente, no me llamaba Borgia, sino duque de Nepi y Camerino. Un título impresionante aunque vacío, una forma sin contenido; nombres, nada más, ya que me habían despojado de posesiones y derechos cuando nombraron Papa a Julio, que odiaba a muerte a los Borgia. Devolvió los territorios a los antiguos dueños, los Varano y los Colonna. Debía mis preciosos títulos, dignos de un príncipe de alta cuna, al papa Alejandro, progenitor de César y Lucrecia. Como bastardo de un hijo ilegítimo de un antiguo representante de Cristo en la tierra, podía considerarme, en cierto sentido, miembro de una dinastía.

Durante los primeros años en la corte francesa, viví según la costumbre. Tenía un sitio fijo entre los demás nobles jóvenes del séquito del rey, ocupaba un puesto de honor y recibía una renta. Pero tanto la función como la retribución tenían un valor meramente simbólico. Gran parte de mis compañeros de fatigas servían al rey por honor; tenían una historia propia y tangible: dinero, castillos, dominios, y sus nombres eran tradicionalmente famosos en Francia, sus blasones impecables. Yo era pobre, un extranjero; no tenía fortuna, ningún ingreso, salvo un puñado de ducados que me mandaba Lucrecia. Después de su muerte, en 1519, no recibí nada más desde Ferrara. Mantenía un caballo, un ayuda de cámara y un mozo de cuadra; además, poseía un cofre con prendas de vestir, libros y unas alhajas. Eso era todo. Salía de cacería con el rey, asistía a los banquetes, y tomé parte, como todo el mundo, en las intrigas diplomáticas y las aventuras amorosas.

La vida en las salas y los parques de Amboise y Chaumont, Poissy, Chambord y Fontainebleau, transcurría como en un sueño. Todo era un juego y lo sabíamos. El séquito del rey: una fila variopinta de camarlangos, mariscales, senescales, cancilleres, prebostes, mayordomos, obispos, caballeros, nobles, criados, cocineros y bufones, sin olvidar una compañía selecta de damas bellas y galantes. Nos aprovechábamos con elegancia cortesana de las relaciones mutuas, jugada, contrajugada, ataque y retirada, tanto en el amor como en la lucha incesante por el dominio y predominio en el favor del rey. Pero todo se realizaba con decoro y

maestría: las intrigas y maniobras parecían figuras de un *ballet*, ejecutadas con abrazos, reverencias y palabras bien escogidas. Se condenaba como falta de estilo la seriedad férrea y la pasión no disimulada. Al principio, mi sangre, mezcla de española e italiana, me jugaba malas pasadas; más tarde supe adaptarme. No olvidaba nunca que el mundo no se acababa en las paredes de palacio y el horizonte de un parque real.

¿Cómo podría ser de otra forma? Llevaba conmigo los recuerdos de mi infancia, de aquellos primeros días con César en la Romagna y en el Castel Sant'Angelo; de la reclusión en la fortaleza enhiesta de Bari, de las largas andanzas después. Sobre todo en la noche, volvían a mi mente acontecimientos y caras que creía haber olvidado. Mi infancia pasaba ante mí como una cabalgata salvaje a la luz de unas antorchas; la mayor parte se perdía en un vaho color sangre, pero a veces aparecía una imagen —vivamente iluminada— que reconocía: la silueta del arcángel Miguel en el fuerte de Roma, alzado contra un cielo amenazadoramente rojizo por el ocaso, series de banderas colgando desde el caballete de la sala grande en el castillo de Camerino, un paisaje lleno de escombreras tiznadas aún humeantes, vistas desde la ventana de una silla de manos, las cabezas de los ajusticiados con los ojos salidos haciendo muecas colgando de las puertas de la ciudad. Los rostros de los hombres y las mujeres del séquito de César: su madre, *madonna* Vannozza, gorda, marchita, con una sombra de vello en el labio superior, pero majestuosa en actitud y gesto; el huraño y colérico Jofré, su hermano menor, que sólo se atrevía a expresarse con niños y animales; el constructor de fortalezas e ingeniero, maese Leonardo da Vinci, el hombre de la mirada penetrante, que con la ayuda de un lápiz sabía crear, a partir de las manchas de humedad y moho en una pared, paisajes y figuras como no los había visto ni en sueños; Micheletto, el consejero y mano derecha de César; Agapito, su secretario; y, por fin, los niños, mis compañeros de juegos, Camila, Carlota y, naturalmente, Rodrigo, mi camarada y amigo íntimo durante los años de mi infancia.

Por aquel entonces, yo tenía cinco o seis años. Tenía conciencia de que corríamos peligro, pero el cómo y el porqué se me escapaban. Sólo mucho más tarde se me hizo claro el trasfondo de los acontecimientos. En el silencio de la noche, en las antesalas y las alcobas de los palacios reales franceses, acostado sin sueño al lado de nobles que daban vueltas y roncaban y con quienes tenía que compartir la cama, tenía sobrada oportunidad para relacionar los hechos que había aprendido en el transcurso de los años con mis recuerdos, esos retazos y fragmentos de lo que había oído y visto de niño.



Que quiera poner por escrito todas estas cosas: las aventuras de mi infancia, mi vida en la corte francesa, y las experiencias que he adquirido desde entonces —y adquiero aún cada día—, tiene sus motivos.

Alguien que se siente amenazado y observado por todos lados, que sabe que no puede intimar con nadie, y que en el mundo no se puede estar seguro de nada, tiene que recurrir a sí mismo. Pronunciar pensamientos en voz alta, susurrarlos siquiera, es imposible. Las galerías del Vaticano están tan concurridas como las calles en días de mercado; aquí, las paredes tienen ojos y oídos; además, sólo los bufones, los prisioneros solitarios o los locos son capaces de mantener una conversación consigo mismos en voz alta. Que yo escribano no llama la atención, pues forma parte de mis quehaceres. Estoy prácticamente todos los días delante de una cátedra en la biblioteca papal cubriendo hoja tras hoja con palabras, palabras: borradores de cartas y discursos en favor de los diplomáticos menos importantes de Su Santidad Clemente VII. escribano papal: una función extraña para alguien al que educaron como un noble y que luchó al servicio de Francia en Navarra y en las cercanías de Pavía.

Probablemente, aquí se supone que ando detrás de la púrpura o, como mínimo, de un capelo. En vista de mi ascendencia, supongo que todo se cree posible. Como es natural, a ninguna persona de la corte de Roma se le ocurriría preguntarme abiertamente sobre mis intenciones. Nadie se atreve —al menos en este estadio— a mostrarse ni a mi favor ni en mi contra. Mi nombre crea un espacio, una tierra de nadie entre yo y los demás. Borgia es como una señal de advertencia en la puerta de una casa donde reina la peste. Mantienen la distancia, aunque todavía no me es posible evaluar plenamente por qué lo hacen. No tengo más que sospechas, pues lo que se pudiera emprender en contra mía aún no está claro. Me dejan en paz, porque están convencidos de que estoy en buenos términos con los privados de Su Santidad. Pero tengo conciencia de que debo aprovechar esta tranquilidad, este período de demora. La inseguridad le vuelve a uno extremadamente vulnerable. En primer lugar, es preciso que averigüe qué razones creen tener para huir de mí. El veneno se esconde en ese nombre: Borgia. No saben quién soy, qué es lo que quiero, qué relaciones mantengo, a quién de mis parientes y amigos puedo proteger, y a quiénes de mis enemigos perjudicar. Saben menos que yo, y ¿qué es lo que yo sé?

La fecha y el año de mi nacimiento no constan en ninguna parte; tampoco sé quiénes eran mi padre y mi madre. En Ferrara debe de haber documentos que

consignen mi ascendencia, pero nunca los he visto y sólo conozco el contenido de oídas. Tengo aproximadamente veintiocho años, mi nombre es Giovanni Borgia, o para usar el título español que me corresponde, don Joan de Borja i Llançol. Cuando era aún un niño, tenía a César por mi padre, probablemente porque nunca nadie sostuvo lo contrario y porque vivía cerca de él, junto con Carlota y Camila, dos más de sus hijos naturales. Después, Rodrigo, el hijo de Lucrecia, se unió a nosotros; sabíamos que César se había hecho cargo de él porque Alfonso d'Este no quería tener al niño en su corte de Ferrara, ni nada que le recordase el anterior matrimonio de su mujer.

César nos llevaba a los cuatro consigo a todas partes y teníamos un lugar fijo en su séquito, junto a las mujeres que estaban asignadas para cuidarnos. Pasé los primeros años de mi vida en sillas de manos y carrozas, en las tiendas del campamento militar de César, en las salas de los castillos de la Romagna que justamente habían sido conquistados o abandonados con prontitud por los habitantes. No recuerdo los nombres. Más tarde he oído hablar de Imola y Forlì, Cesena, Sinigaglia. Es probable que yo también estuviera allí. Únicamente recuerdo Camerino, porque allí desempeñé un papel en la solemne toma de posesión. Los antiguos propietarios del castillo y los terrenos, los señores de Varano, habían sido asesinados o expulsados por César; una bula del Papa Alejandro me convirtió a mí, descendiente varón del linaje de Borgia, en duque de un principado. Al mismo tiempo, recibí el cercano Nepi y los castillos y las tierras que habían pertenecido a la familia Colonna, casi la mitad de la Romagna. Por aquel entonces, no me daba apenas cuenta del honor que se me hacía.

Iba delante de César en su silla de montar; cabalgábamos rodeados por soldados por las estrechas calles empinadas de la ciudad. En la torre desfigurada del castillo se hallaba erguida la bandera de César. ¡Duca! ¡Duca!, gritaba la gente, hacinada en los callejones y los tejados de las casas. La mano acorazada de César reposaba en mi rodilla.

En una sala sombría llena de gente armada, me levantó por las axilas: «He aquí al nuevo señor de Camerino, el primer duque por gracia del papa Alejandro». Me puso un anillo pesado y demasiado grande en el dedo y me hizo cerrar el puño. Así sellé documentos oficiales —con el sello de César, que también era el mío— por primera y hasta ahora última vez en mi vida, como duque de Camerino. Se acuñaron monedas con mi efigie. En Francia tenía otra, un carlín de plata con la leyenda: Joannes Bor Dux Camerini. Pero parece ser que la perdí en alguna parte.

Al año siguiente murió el papa Alejandro, al que consideraba mi abuelo. Junto con él perecieron para siempre el poder de César en la Romagna y, por consiguiente, también mi ducado.



Cuando hace dos meses volví a Roma, no reconocí el Vaticano. Las salas donde suele residir el papa Clemente me eran extrañas. En mi búsqueda por los Apartamentos Borgia, sólo encontré puertas cerradas. La parte del palacio donde antes vivía Alejandro, en la cual César de vez en cuando pasaba algún tiempo, ya no se usa. Se dice que desde los días del papa Julio nadie ha puesto un pie allí. Todavía no he solicitado acceso, aunque sólo sea por no revelar un deseo clandestinamente sentido durante años. De pie en el patio Belvedere, a veces alzo la vista para ver las galerías abiertas que delimitan las dependencias por fuera. Las salas situadas en el piso inferior correspondían a Alejandro, mientras que el piso de arriba estaba a disposición de César. Cuando éste se instalaba temporalmente en el Vaticano, Rodrigo y yo vivíamos en una casa del barrio de Ponte, bajo la vigilancia de dos cardenales españoles que habían sido nombrados nuestros tutores.

De las muchas visitas que hicimos al Vaticano —Alejandro no se cansaba de nosotros, cuando nos sabía cerca de él— sólo me ha quedado el recuerdo de esas dependencias papales.

En una sala de paredes vivamente pintadas, resplandeciente por el dorado y el esmalte color azul celeste: un hombre viejo y gordo, recostado cómodamente en los cojines de una silla de trono. Nos hacía besar su mano amplia, blanda y siempre muy caliente, a veces también el anillo del dedo índice, se inclinaba hacia adelante y nos estrechaba contra él respirando hondamente de emoción; los pliegues de su esclavina tenían un olor rancio a incienso y almizcle.

—Otra vez de vuelta, mis chicos guapos y fuertes, mis aleones, mis cachorros... Tú, Rodrigo de mi bella Lucrecia, y tú, Giovanni, Gianninno mío, mis duques: os haré ricos y poderosos, mandaréis en Italia como reyes, ¡reyes de la estirpe Borgia!

Nos besaba y tocaba, ponía la mano sobre nuestras cabezas bendiciéndonos, la hundía en un plato lleno de frutas confitadas que tenía siempre al lado y desparramaba dulces sobre nosotros. A veces también tiraba un ducado, una joya o algo parecido entre nosotros y nos hacía jugar y pelear por poseerlo. Nos incitaba con palmadas y gritos animadores, hasta que nosotros, Rodrigo y yo, acalorados, sin noción del lugar o las circunstancias, ciábamos vueltas por la habitación, arrastrando alfombras, volcando candelabros. Los presentes —sombras en el fondo: prelados, nobles, un puñado de sirvientes— sonreían y aplaudían, haciéndose eco del gozo infantil de Alejandro en nuestro juego. Pero César, que solía acompañarnos en

nuestras visitas a su padre, no nos hacía caso, no mostraba complacencia alguna ni con palabras ni con gestos. Ahora, después de todos esos años, sé que su mirada inmóvil, sombría, no iba dirigida a nosotros, sino a Alejandro. Cuando evoco a César, le veo con esa expresión en la cara, una mirada al mismo tiempo burlona, despectiva y divertida, la sonrisa forzada e indulgente de alguien cuya paciencia se ha puesto a prueba durante demasiado tiempo.

Dichas visitas al Vaticano debieron de tener lugar en los últimos meses antes de la muerte de Alejandro, o sea, en el verano de 1503. En aquel tiempo, tenía yo unos seis años. Las invitaciones que solíamos recibir todos los días de Alejandro o de César — invitaciones para llevarnos al palacio papal— cesaron de repente. Los cardenales, nuestros tutores, no aparecieron apenas durante una temporada en la casa de Ponte, fresca y oscura como una tumba, donde Rodrigo y yo estábamos, según se decía, a cubierto de los paludismos del mes de agosto.

Nuestras cuidadoras llegaron finalmente, gritando y lamentándose, con los rumores del envenenamiento: el papa Alejandro moribundo, César gravemente enfermo, el Vaticano sublevado, Roma un lugar de perdición para todo partidario de los Borgia. La excitación del servicio se nos contagió a nosotros también. Mientras cerraban las puertas y clavaban las contraventanas de las ventanas del piso de abajo, Rodrigo y yo nos hallábamos muertos de miedo, escondidos en la oscuridad detrás de las cortinas de la cama, escuchando los sonidos de dentro y de fuera de la casa: voces, débiles alrededor y resonantes en las galerías, pasos rápidos bajo nosotros, encima de nosotros, el arrastrar de cajas y muebles, el bufar de caballos en el cortil.

Cuando se descorrieron violentamente las cortinas de la cama, esperábamos ver al temido asesino. Pero, a la luz de las velas que sostenían las mujeres que habían acudido, vimos a don Michelle Corella, o Micheletto como todo el mundo le llamaba, capitán, amigo y hombre de confianza de César, jefe de sus guardaespaldas, siempre su íntimo, muchas veces su suplente: un veneciano, tan oscuro de piel y ojos que se le tomaba en todas partes por un español. Habíamos aprendido a respetarlo; nos parecía una parte de César mismo, inseparablemente unido a él como su sombra, pero en este caso una sombra de carne y hueso, un doble, una criatura procedente de César, obedeciendo su voluntad no expresada y su pensamiento más profundo. El cuarto estaba repleto de gente, criados y mujeres que arrancaban tapices de las paredes, echaban ropa blanca y platería en cajas; por la puerta abierta entraba el ruido de hombres armados en los pasillos y portales.

Cercados por los soldados de Micheletto, nos llevaron a caballo por una Roma extraña, nocturna. La recién salida luna parecía amarilla, hinchada por la vidriosa niebla de calor que en agosto flota día y noche sobre la ciudad. Con el piafar de caballos, el crujir y chocar de los carros, los gritos, las palabrotas y demás alboroto desordenado, el cortejo se arrastró por un laberinto de calles estrechas. Detrás de nosotros, nubes de polvo negras revoloteaban hacia arriba entre las casas, las iglesias y los empinados muros exteriores sin ventanas de los palacios.

Más tarde, me desperté en una cama que no conocía. Sobre las cortinas de tela rígida y resplandeciente ascendían en líneas paralelas filas de toros de los Borgia. A mi lado, Rodrigo respiraba tranquilamente, como de costumbre, en su sueño. Giré mi cabeza hacia la luz. Junto a una ventana abierta, en la frescura del alba, se hallaba la madre de César, *madonna Vannozza*. La llamé por el nombre que le daba César a veces en nuestra presencia: *matrema*, *mamaíta*.

Vino, con el susurro de sus vestiduras negras, tan de prisa y enfadada hacia mí, que me pareció que había estado esperando mi despertar.

—Quieto tú, vas a despertar a Rodrigo, no te levantes. —Me empujó, sin ternura, de nuevo contra la almohada. Nunca he podido comprender por qué quiso a Rodrigo y a mí, no.

—¿Hay peligro, *matrema*?

—Sí, peligro para los Borgia —me contestó Vannozza, con énfasis en la última palabra.

Mientras escondía sus mechones de pelo canoso debajo del pañuelo, se quedó mirándome, medio apartada de mí, por encima del hombro. Sus párpados estaban hinchados, las sombras en las comisuras de la boca se le habían acentuado. Recuerdo de Vannozza sobre todo los ojos y la boca: el intermitente encender y apagar de chispas en las pupilas negras, las líneas que alargaban el labio superior carnoso, gordo, ligeramente peludo a ambos lados y que conferían a su rostro una expresión de orgullo amargo. Me daba miedo la cautela, la dureza de su mirada. Me trataba siempre con crudeza y resentimiento, como si se tuviera que esforzar para dominarse. Únicamente me tocaba cuando era inevitable, y aun entonces con una desgana perceptible. Su actitud, para la que ahora sería capaz de encontrar una explicación, me llenaba entonces de miedo e inseguridad.

De todo el tiempo que pasé al lado de Vannozza, la imagen que ha quedado clavada en mi mente es aquella hora temprana de la mañana del día siguiente a la muerte de Alejandro. Sin mediar palabra, se quedó inmóvil, la espalda vuelta hacia mí, en la ventana abierta, mientras el sol salía en el cielo nebuloso y las campanas de Roma sonaban alternativamente o en consonancia. Con la luz del día entraba el calor, y un leve olor a pantano surgía de la ciudad. De lejos llegaba un susurro que yo desconocía. Debía de haber estado presente desde mi despertar, pero sólo ahora me daba cuenta de ello. No era el sonido del mar o del viento, que podía disminuir y aumentar, sino un susurro constante, murmurante, como la lluvia o el murmullo de un arroyo.

—¿Qué pasa ahí fuera, *matrema*?

Antes de que Vannozza contestase, me di cuenta de que existía una relación entre aquel ruido lejano y su actitud de escucha inmóvil y tensa.

—Jalean y gritan en la plaza delante de San Pedro. Deben de haber llegado esta noche a miles desde Roma, en cuanto se supo la noticia.

—¿Por qué jalean, *matrema*?

—Tienes mala memoria para las cosas que te cuentan. ¿Qué es lo que dijo fray Baccio en el cuento, cuando el peregrino le preguntó en qué momento se lo pasaba mejor en Roma? Cuando se muere un pontífice.

—¿Dónde estamos ahora?

—En mi casa del Borgo. Cállate ahora, y échate. Que no te oiga.

El rudo sonido de su voz me asustaba más que su severidad. Me empapaba de sudor en el reducido espacio entre las cortinas de la cama. No osé moverme, ni quitarme la manta. Rodrigo estaba durmiendo, y yo notaba que la mujer vigilaba todos mis movimientos desde la ventana, aunque no me miraba.

La cama en que me encontraba era suya, y de repente me sentí seguro. En el olor que despedían las almohadas, reconocí el olor corporal de Vannozza, aunque mezclado con otro aroma, viejo, ya mustio y sin embargo persistente, como sólo puede serlo un recuerdo: el olor de un pasado, olor de almizcle e incienso, unido a un extraño efluvio animal, vago, excitante y repugnante a la vez. El lino estaba limpio, blanqueado al sol y guardado con perfume, pero ni el aire puro ni todos los bálsamos de Arabia fueron capaces de expulsar de los pliegues ese olor a lujuria antigua. Sin saber por qué, me sentí extremadamente angustiado en aquella cama. Me ahogaba despacio en el colchón y en el cabezal como en traidoras arenas movedizas, me hallaba embrujado debajo de la colcha brocada, condenado a la inmovilidad. Dondequiera que miraba, encima de mí, delante y a los lados, veía en las cortinas de la cama, en una procesión interminable, resplandeciente como el oro sobre un fondo de escarlata, cómo ascendían los toros de los Borgia hacia una meta oculta.



Describo estos acontecimientos tal como surgen de mis recuerdos, es decir, como los viví de niño. Las causas y trasfondos me eran imposibles de comprender en aquellos días, a pesar de que los adultos a mi alrededor debían de haber discutido muchas cosas de importancia. De joven, vagando por Nápoles, y más tarde, durante mi breve estancia con Lucrecia en Ferrara antes de partir hacia Francia, averigüé muchas cosas. Ahora sé por qué Micheletto nos llevó tan precipitadamente al Borgo. Las cajas, que transportaron encima de los caballos y de las mulas contenían, además de nuestras pertenencias, oro, plata y riquezas del tesoro del Papa, que Micheletto, por

orden de César, sacó del Vaticano, puñal en mano, en el momento que se supo la muerte de Alejandro.

El propio César, debilitado por el veneno, o por una enfermedad visceral —nadie lo sabía con exactitud—, tomaba desde la cama medidas para prevenir alzamientos populares y ataques de los Colonna, Orsini y los demás señores que había expulsado de la Romagna. Sus guerreros ocupaban el Borgo, que fue reforzado como una fortaleza. También recuerdo que Jofré, el hermano menor de César, y su mujer Sancha de Aragón, una caprichosa bruja ninfómana, llegaron a la casa de Vannozza huyendo de su palacio al otro lado del Tíber, muertos de miedo por la sed de venganza de la muchedumbre que rabiaba día y noche ante las puertas.

En aquel tiempo, no vimos ni el sol, ni la luna, ni las estrellas. Detrás de espesas contraventanas y puertas cerradas, nosotros, los Borgia, estábamos a la espera del resultado de las negociaciones de César con los enviados españoles y franceses y el colegio de cardenales. Vannozza rezaba deprisa y en voz alta su rosario, con la mirada alerta sobre nosotros, los niños. Sancha se peleaba o bostezaba. Jofré se mordía las uñas en silencio. Rodrigo, Camila, Carlota y yo nos divertíamos como podíamos con un juego de dados, una pelota o el perro faldero de Sancha, en las sofocantes y semioscuras habitaciones. Casi sin cesar, se anunciaba y se hacía entrar a las visitas: mensajeros de César, del Vaticano, Micheletto, los cardenales españoles. Encima de nuestras cabezas ardían disputas, discursos llenos de reproches, exabruptos de ira. Lo oíamos todo mientras jugábamos, sin prestar atención. Lo único que recuerdo es el relato del lecho de muerte y el entierro de Alejandro, probablemente porque algunos detalles me impresionaron: el cuerpo azul y negro hinchado en el que fermentaba la descomposición, que nadie había querido tocar, que habían arrastrado por los pies a San Pedro y, una vez allí, metido en la caja a base de golpes; el perro negro —¿el alma de Alejandro, o el diablo disfrazado?— que continuaba errando intranquilo por la basílica, mientras el cuerpo yacía sobre la tierra.

A principios de septiembre, nos fuimos de Roma formando un cortejo interminable: gente armada, a pie y a caballo, protegía la columna de carros y la silla de mano llevada por alabarderos donde estaba César, cuya debilidad le impedía montar a caballo, escondido tras unas cortinas negras. El destino del viaje era el castillo de Nepi, entonces todavía de mi propiedad y, por lo tanto, favorable a César. No nos quedamos mucho tiempo. Aun antes de haber desembalado las cajas, éstas se cargaron de nuevo a lomos de los animales de carga. El regreso a Roma era una huida, ya entonces me di cuenta de eso. Los barones rencorosos nos siguieron hasta Roma. César se instaló, para mayor seguridad, en los palacios de cardenales amigos, ahora aquí, ahora allí. Apenas los niños nos habíamos acostumbrado a las camas extrañas, y aprendido el camino en una serie de salas desconocidas, se daba una nueva señal de salida. Vannozza, malhumorada y distraída, contestaba a nuestras preguntas diciendo que, a causa del proceder de los Colonna, Orsini, Varano y demás

personas que odiaban a los Borgia, prolongar nuestra estancia en la casa del anfitrión actual amenazaba con convertirse en un peligro de muerte.

En mi memoria, aquel tiempo confuso e inseguro parece interminable. En realidad, sólo transcurrieron unas semanas. Una madrugada, nos despertaron apresuradamente y nos llevaron fuera envueltos en unas mantas. Esta vez no había silla de manos. Unos jinetes nos subieron a sus cabalgaduras. A la luz de las antorchas vi montar a César, quien aún necesitaba que le sostuvieran unos mozos de caballerías. Pasamos al trote por Roma. El jinete que me sujetaba gritaba encima de mi cabeza algo a un compañero. Escuchaba: Ostia, barcos, el mar. Pero antes de que me hubiera dado cuenta del significado de aquellas palabras, un revuelo se levantó entre el grupo. El grito de guerra de los Orsini resonaba entre las casas, la vanguardia estaba ya en pleno combate. No duró mucho tiempo. Nuestro bando se lanzó a toda prisa por otro camino para regresar, esta vez sobre el puente Tíber hasta el Borgo, hasta el punto donde se alzaban, erguidos contra el cielo teñido de amarillo por el alba, los edificios del Vaticano y la basílica. Mientras detrás de nosotros crecían los gritos amenazadores —«¡Vivos o muertos!»— y el retumbar de los cascos de los caballos, entramos en el pórtico del palacio papal. Me arrancaron del caballo, medio arrastrado, medio llevado entre hombres armados que avanzaban hombro con hombro por galerías y portales, donde los ecos multiplicaban al infinito los gritos de miedo de Carlota y Camila. De repente, estábamos a la intemperie. Quería gritar, cuando, elevado por casualidad, miraba por encima de un parapeto sobre los tejados de Roma. Pero después de darme la vuelta sobre los hombros del hombre que me llevaba, vi, al final de un pasillo estrecho sin techo, los contornos del Castel Sant' Angelo y, en la almena más alta, el ángel resplandeciente a la luz del sol. Comprendí que huíamos por el corredor que une el Vaticano con el castillo.

Ahora sé que César creyó estar seguro allí, fuera del alcance de sus enemigos, protegido por el papa Pío, el sucesor de Alejandro, un hombre viejo, enfermo y miedoso, que —por cierto, en su propio interés— apoyaba a los Borgia. En realidad, César estaba en el Castel Sant' Angelo como un ratón en la trampa. No llevábamos ni cinco días allí cuando murió Pío, a consecuencia, según dicen, de una operación. Con él, César perdió su último punto de apoyo; ahora sólo podía confiar en su propia astucia y en la negociación. No percibí nada —al menos entonces— de lo que sucedió a continuación, la lucha enconada de César por la supervivencia.

Los aposentos de Castel Sant' Angelo donde los niños vivíamos con Vannozza eran bajos, oscuros y fríos, y estaban situados alrededor de un patio semicircular. En las alas del tejado y las puertas, y en la pared del pozo de agua del patio, lucía el escudo de Alejandro Borgia: el toro, coronado por la tiara con dos llaves cruzadas. Cada día jugábamos allí, rodeados por los símbolos del poder de los Borgia. No nos dábamos cuenta apenas de que aquel poder estaba destrozado, y que su símbolo carecía de sentido. A César le vimos poco durante esas semanas. Se ocultó en la parte

de la fortaleza donde se había instalado, y desde allí escribió cartas, recibió a gente de confianza, negoció con los mensajeros del Vaticano y los enviados extranjeros.

Vannozza permanecía durante horas sumergida en un silencio desabrido junto a una ventana que daba al patio. Ora rezaba, ora frotaba mecánicamente las cuentas de su rosario entre el pulgar y el índice. En ocasiones, la ira y la desesperación la vencían; nos llamaba a su lado, castigaba con bofetones y patadas hasta las más pequeñas faltas, o invocaba una larga serie de santos en su ayuda, obligándonos a rezar con ella. A veces, le daba por quejarse; entonces elegía a Rodrigo, su favorito, como objeto de compasión: «Mi niño, mi hijo, *duchetto* mío, ¿qué va a ser de ti? Tu padre asesinado; sus parientes, nuestros enemigos; tu madre tiene prohibido acogerte; nuestro linaje se pierde, nuestro poder roto, Ay, ay, estamos todos perdidos».

Otras veces, se dejaba llevar por sentimientos menos comprensibles. Los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, moviéndose de un lado a otro como si algo le doliese, susurraba en voz átona reproches, súplicas, maldiciones dirigidas a otros. Su estado inspiraba terror: una durmiente, poseída por pesadillas, una muerta llamada a una falsa vida por conjuros. El sentido de lo que murmuraba se nos escapaba, sus palabras eran misteriosas como las de una sibila. Más tarde, mucho más tarde, recordé aquel lenguaje de oráculo y comprendí que no era un galimatías. Me habría ahorrado muchas dudas si hubiera podido olvidar el murmullo oscuro de Vannozza. En Bari, me esforzaba muchas veces por sonsacar a Rodrigo sus impresiones. ¿Qué quería decir Vannozza? Miradas, palabras sueltas, conversaciones captadas por casualidad, que se cortaban de prisa cuando me acercaba —y esto, en la corte formal y pretenciosa de nuestra madrastra Isabel— despertaron en mí una sensación de desconfianza que turbaba mi infancia. Pero Rodrigo no se acordaba de nada de la estancia en Castel Sant'Angelo. Lo que es comprensible, pues tenía dos años menos que yo.

La estancia en el castillo de Roma finalizó de repente. No nos alteró, dado que estábamos hartos acostumbrados a los viajes y mudanzas sin anunciar. Nos llevaron a despedirnos de César. Yacía en un lecho con las piernas cruzadas. Le observé con curiosidad. No le había visto desde que nos instalamos en Castel Sant'Angelo. Busqué en sus ojos, en su aspecto, en su conducta una explicación para las quejas misteriosas de Vannozza. Trozos de pellejo ásperos —las consecuencias de su última enfermedad— contrastaban tajantemente con su vieja piel pálida, amarillenta, deformada por las cicatrices. Había perdido mucho peso; en sus ojos ardía a intervalos una luz agitada. Lo encontré extraño, porque antes era típica de César su oscura mirada inmóvil, sin brillo. Creo que otras personas también lo advirtieron. Posteriormente, no me sorprendió oír decir que César tenía el mal de ojo. Mucha gente —y sobre todo, los que tenían razones para temerle— debe de haber creído que esa mirada era capaz de leer sus pensamientos y sentimientos más secretos. Cuando vi a César por última vez, en su cuarto semioscuro en Castel Sant'Angelo, sus ojos

parecían haber perdido este poder mágico. Como siempre, controlaba perfectamente su cuerpo, su expresión facial.

Estaba acostado de lado, apoyándose en el codo izquierdo; movía —por hábito— una bola llena de perfume de un lado para otro en la palma de la mano. Detrás de él, en una mesa, dos prelados de su séquito jugaban a las cartas. Nos quedamos muy poco tiempo, aunque no recuerdo lo que se dijo. Vannozza se quejaba en voz baja y le susurraba al oído; pero, cuando quería abrazarle, la rechazaba. Con la mano hizo una señal de despedida, su mirada reposó un momento ausente, indiferente, llena de una inquietud sigilosa, primero en Rodrigo, después en mí.

—Lleváoslos —dijo finalmente, encogiéndose de hombros.

Esa misma noche, abandonamos Castel Sant'Angelo por una puerta secreta; nuestra partida debía mantenerse en secreto a los enemigos de César en el Vaticano. Las dos niñas pequeñas se quedaron en Roma, bajo la custodia de Vannozza, pero Rodrigo y yo viajamos rápidamente en dirección a Nápoles, con los cardenales, nuestros tutores.



Me pregunto quién es el tipo de la cara impertinente que vaga todos los días por la cancillería durante un rato, y que, según parece, se entretiene alrededor de mi atril. También ahora ha venido, ataviado con el exagerado lujo de un actor, y literalmente impregnado de almizcle. A primera vista, podría pasar por un noble, pero la cara, la actitud y los modales le delatan. ¿Un lacayo que se ha hecho rico, algún artista, privado, o incluso Ganimedes de un poderoso aquí en la corte? Está claro que se considera a sí mismo un hombre de gran peso. Se pasea de un lado a otro como un pavo real, emponzoñando el aire con su hedor. Conoce a todo el mundo, saluda a diestro y siniestro, y, representando su comedia no sin cierta gracia, sabe expresar de una manera verdaderamente virtuosa el grado de superioridad —o inferioridad— con el que estima a una persona con una inclinación de la cabeza, un gesto de la mano o con una reverencia. Un farsante vanidoso y, sin lugar a dudas, un aventurero. Lo delata la forma en que, atento, sumiso, con mil y un zalemas, se acerca a las personas de alta categoría que pasan por aquí, camino de las salas de audiencia de Su Santidad.

Ayer, el hombre más poderoso de la corte, el arzobispo de Capua, visitó la cancillería con su séquito. Huelga decir que los que tienen ocasión, se le acercan y le saludan. Mi amigo, vestido de color azul pavonado se arrojó literalmente a los pies de

*monsignore*, pronunció con una elocuencia asombrosa una serie de halagos y alabanzas, y se comportó por lo demás como si perteneciera a la comitiva.

Sea lo que sea —parásito, payaso, aventurero—, lo que sí es seguro es que creen importante tenerlo como amigo. Se intercambian miradas y observaciones en cuanto se aleja; pero, si no me equivoco, de hecho, todo el mundo le teme. Me interesa saber quién es. Aunque habla y bromea con todos, no parece pertenecer a ninguna agrupación; se le recibe siempre, aunque con la gentileza y jovialidad más grandes, con una perceptible desconfianza. Ocupa una posición excepcional. En este aspecto, él y yo somos iguales. Con la diferencia de que él, por lo visto, es un viejo conocido en la corte. Nadie puede permitirse el lujo de no hacerle caso. En lo que a mí se refiere, en los dos meses de mi estancia aquí no he cruzado una palabra más de lo indispensable. Debo admitir que me he mantenido alejado a propósito. No es propio de mi carácter intimar pronto. Noto que alguien observa atentamente mi comportamiento pero, una vez más, no sé quién o por qué razones, aunque tengo mis sospechas.

He intentado informarme, por supuesto, sobre las condiciones y relaciones en la corte antes de llegar a Roma, y he hecho que me enumeraran los nombres de las personas influyentes. Pensé que este conocimiento me podría resultar útil. La verdad es que ocurre al revés. La corte francesa está constituida según ciertos principios invariables, y cada uno tiene su sitio fijo y pertenece a un grupo claramente marcado. Las reglas del juego son complicadas, pero se mantienen bajo todas las circunstancias. Aquí, en Roma, me siento absorbido por la piel de un camaleón. Continuamente hay cambios. Títulos, beneficios, nombramientos, nuevos partidos surgen y desaparecen con una rapidez asombrosa. Hay que adaptarse continuamente: el que ayer era poderoso, hoy resulta haber perdido el favor y viceversa, y nunca se puede predecir cómo soplará mañana el viento. La corte pontificia es una confusa masa bulliciosa de funcionarios religiosos y mundanos, todos con su propio séquito, parientes, amigos, privados, sirvientes y partidarios. Voy, poco a poco, conociendo a los cardenales más importantes, los *monsignori* aunque son muchos, por lo menos se diferencian del montón. Pero Dios me libre del resto: prelados, chambelanes, secretarios, maestros de ceremonias, camarlangos, oficiales de guardia y otras personas cuyas ocupaciones se describen con más o menos claridad. Esta turba humana pulula por la maraña de salas del Vaticano desde que sale el sol hasta que se pone. Media Roma parece tener acceso libre aquí.

Según dicen, además está más animado de lo normal; no tanto por el Año Santo —las consecuencias de la batalla de Pavía se dejan también notar, en tanto muy pocos peregrinos de las provincias viajan a Roma—, sino por la llegada continua de delegaciones. No pasa un día sin que se entrevisten los embajadores de Venecia, Milán, Florencia, Ferrara. Evidentemente, los representantes oficiales y oficiosos de Francia y España son invitados habituales. Los acontecimientos de Pavía han creado una confusión sin límites en las relaciones existentes. También aquí la derrota de los

franceses era totalmente inesperada. Parece que el papa Clemente estaba medio muerto de miedo. Lo que no es de extrañar, si es verdad que él, esta vez sin prever una alternativa, había especulado con la victoria del rey Francisco I.

En Roma empiezan a darse cuenta de que el emperador tiene a Italia en su poder. La defensa de los principados y ciudades es deplorable, según las noticias de los enviados que no dejan de entrar y salir. Las tropas imperiales han sufrido pocas pérdidas —esto se apreció claramente incluso en el desconcierto inmediatamente posterior a la batalla— y todavía no se han disuelto. ¿Quién se atrevería a negar que esto supone un gran peligro? El emperador asegura repetidamente que tiene las mejores intenciones, que quiere la paz y nada más que la paz. Por lo que puedo juzgar, no hay nadie en Roma tan ingenuo como para creer sin reservas estas declaraciones. Se cuenta abiertamente que el emperador tiene la intención de venir a Italia para darle una lección a Su Santidad. Ojalá sea verdad que el emperador recibió con humildad, con una acción de gracias, la noticia de la victoria de Pavía. Sus pensamientos, sus deseos más profundos, no los conoce ningún mortal. Todos los soberanos son ambiciosos, y habitualmente no se vuelven más modestos después de una victoria. Lo que sí es seguro es que sus asesores, y sobre todo sus representantes aquí en Roma, intentan persuadirlo para que emprenda más acciones.

En lo que al Papa se refiere, en este momento circula un chiste que dice que Su Santidad debe confiar, para variar, en la autoridad de la dignidad papal. Prefiero no hablar del prestigio espiritual que Su Santidad debiera tener como representante de Dios. No tengo facultad para juzgar asuntos religiosos. Hombres más sabios que yo se toman cada día la libertad de hablar y escribir sobre estas cosas. Por lo visto, el Papa quiere que se le considere como una autoridad de este mundo. Como tal hay que juzgarle, entonces. Clemente no posee tropas ni dinero, ni partidarios suyos fervorosos. Cuesta creer que la elección de este pontífice se recibiera con júbilo hace tres años.

Contiendas entre partidos desgarran el Estado papal. Roma está más contagiada que cualquier otra ciudad por el mal de la discordia política. En la corte vemos las dos posturas opuestas encarnadas en los dos asesores más poderosos de Su Santidad, los verdaderos gobernantes aquí: el datario Giberti, un amigo de la infancia y privado del pontífice, acusadamente pro francés, y el arzobispo de Capua —un flamenco o alemán de nacimiento, se llama Schomberg— que emplea su influencia para apoyar al emperador. El pontífice se sitúa entre ambos; unas veces se inclina por uno, otras por otro. Ese vacilar y tambalearse parece haberse transmitido a todo el entorno de Su Santidad. A todo esto, hay que añadir una gran desconfianza mutua, el miedo a la traición, una inseguridad general. Se habla incesantemente de la situación, pero no se llega a la acción. Sin embargo, debe de haber en Roma bastantes hombres competentes y perspicaces. Escucho a diestro y siniestro presagios pesimistas de los iniciados, o de los que afirman que están al corriente, cosa que, por lo que puedo apreciar en el estado actual de las cosas, viene a ser lo mismo.

Todavía no he encontrado en esta corte un hombre al que me gustaría seguir, ni un grupo al que asociarme. Asumo una actitud expectante. En este mar turbulento, cruzado por corrientes y contracorrientes, soy un barquero inexperto. Tengo que saber más, haber oído y visto más, antes de que aventurarme a tomar un rumbo. Para alguien como yo, sin fortuna, sin protectores, que ha de depender de sus propias fuerzas, toda prudencia es poca. Fue una feliz casualidad la que me trajo a Roma. A la mayor parte de mis hermanos de armas, amigos de Francia, los mataron, los hirieron o los tomaron prisioneros en Pavía. Aún no sé en qué dirección arriesgarme. En Francia, por aquel entonces, me había impuesto una meta fija, que perseguí consecuentemente durante todos los años de mi estancia allí. Quería hacer carrera en el ejército del rey. Creo que tengo todo a mi favor para el arte militar: valor, agilidad, poder de adaptación; tenía autoridad sobre mis soldados y sabía obedecer a mis superiores. Después de los disturbios de Navarra, se me concedió, como recompensa por los servicios prestados, un nombramiento fijo en la caballería de Bayard. Quería seguir el camino ya emprendido. Que no posea amigos ni parientes, que esté libre de obligaciones, sólo puede ser beneficioso para una profesión semejante.

Todo parece indicar que, de momento, detrás de mi atril, tengo que olvidarme de estos planes. Por extraño que aún ahora me parezca, soy un escriba, desempeño una función que normalmente se reserva a gente sabia o casi sabia. Debo este puesto a la protección del obispo Aleandro, que durante mucho tiempo fue nuncio apostólico en la corte francesa. Sabe que hablo francés y español, sé algo de latín y poseo una letra aceptable. Probablemente, al piadoso no se le ocurrió una ocupación más apropiada tan de improviso. Sea lo que fuera, aquí estoy, por encargo de uno de los secretarios del secretario de Su Santidad, elaborando discursos, destinados a ser leídos por un *podestà* en la plaza de alguna aldea: estimados señores, de nuevo se han incrementado los impuestos, el pan tendrá que costar aún más. A causa de esta y tales ordenanzas parece que aquí y allá el pueblo, castigado por la peste, ha llegado a la conclusión de que Su Santidad es el mismo diablo. Esto arroja una curiosa luz sobre mis actividades.

¿Qué hago yo entre clérigos? Hay pocos laicos que ejerzan esta profesión; los que lo hacen, lo consideran un puesto de honor, cobran la renta y contratan a algún fraile para realizar los encargos. Si viera la oportunidad de emplear mejor mi tiempo, seguiría su ejemplo.

¿Pertenece a esta categoría el hombre de azul pavonado, ese incensario ambulante? No lo sé. Pensándolo mejor, le tengo por un fanfarrón menos superficial de lo que creía antes. No es tonto. Esa afabilidad ruidosa y esa jactancia jovial son apariencia, un espectáculo para distraer la atención del hecho de que no se le escapa nada. Está poseído por la curiosidad, deseoso de cada noticia, cada rumor. A mí también me considera como una presa, lo noto. Cuando alzo la vista, observo su mirada clavada en mí: una mirada brillante, descarada, que me molesta. Un hombre

de honor no suele mirar fijamente a otra persona de esa manera. Quiero saber quién es y lo que está tramando.



Borgia. Borgia. Bajo las bóvedas del Vaticano, mi nombre ha adquirido otro sonido para mí. Nunca he sentido tan constante y predominantemente la necesidad de evocar imágenes de mi infancia. ¿Qué me sucede, que en mis pensamientos vuelvo una y otra vez a un pasado que para mí no significó otra cosa que intranquilidad y confusión? En Francia me era posible, por primera vez, erradicar la duda que siempre me había acompañado sigilosamente. Una vez incorporado a la corte del rey Francisco I, me sentía liberado de fantasmas y sombras. Los hombres me aceptaron, porque era un buen jinete, cazador y combatiente; las mujeres, porque les gustaba mi galanteo meridional. ¿Qué otra cosa debería ser más que yo mismo? Sacudí la intranquilidad, como una serpiente muda su piel vieja y marchita. Tal vez la ayuda de Luisa me ayudó a volver a tener la convicción de mi juventud: que César fue mi padre. Si a veces, después de una noche llena de sueños, o —lo que era más peligroso— llena de visiones, la vieja duda volvía a corroerme, sabía defenderme. Mi ascendencia ya no me oprimía. Pensaba haber perdido de una vez por todas el sentimiento de tener que arrastrar conmigo ese apellido de Borgia como un galeote lleva su cadena.

Me acostumbré a vivir con un sedimento de malestar profundo en mi interior. Saber que ese sentimiento se albergaba en mí —y probablemente no sin razón—, propició que fuese más formal en mi manera de ser y vestir. Notaba las mismas tendencias en Luisa. En la frívola corte, ella vivía de modo ejemplar, acorazada en un ensimismamiento soberbio. Ambos aspirábamos a hacer nuestra la rígida cortesía española, un estilo de vida que nos sentaba mejor que la elegancia francesa o el gran gesto italiano. Recuerdo, en este sentido, un incidente de los tiempos en que luchaba en los Pirineos al servicio del rey Francisco I. Era en el año 21, al principio de las hostilidades entre el rey y el emperador. Los españoles ocupaban Navarra. Bajo el mando del duque de L'Esparre marchamos sobre esta región para retomarla. El ejército se componía principalmente de gascones, vascos y navarros; yo pertenecía a las *gens d'armes* que el rey había enviado.

Después de las escaramuzas cerca de la ciudad de Pamplona, mis hombres encontraron en un matorral al lado del camino a un español herido por un mosquetazo. Me dirigí a él en su idioma, preguntándole por su nombre y procedencia.

Me escuchó atentamente y me examinó de pies a cabeza con una mirada aguda.

—Usted es un noble español como yo —dijo finalmente—; ¿por qué lucha del lado equivocado?

Pensándolo mejor, consideré su observación como un cumplido. Bajo la influencia de Alfonso d'Este y mis amigos en Francia, era en aquel tiempo contrario a la política española. Además, sabía ya entonces que la familia Borgia en España había caído en desgracia para siempre. Me propuse no obstante, desde aquel encuentro cerca de Pamplona, formarme a mí mismo según el modelo de un hidalgo. De la herencia de los Borgia, opinaba, me había correspondido la mejor parte.

Al español le pusieron luego en libertad tras el pago de un rescate. Recuerdo su nombre; se llamaba Íñigo de Loyola.



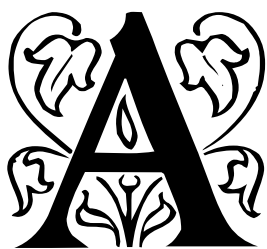
Existía una interacción permanente entre mi nuevamente adquirido sentimiento de dignidad y la vida de soldado que llevaba. El viajar y desplazarme a lo largo de las fronteras del sur y suroeste de Francia lleno de privaciones, los asedios y los combates, el trato con guerreros experimentados, fortalecían mi cuerpo contra cualquier incomodidad, hacían que mi mente fuese capaz de defenderse contra sentimientos que pensaba haber desterrado para siempre a lo más profundo de mi ser. No podía suponer que allí seguirían propagándose. Ahora que respiro el aire de Roma, emergen como un cultivo venenoso. El hombre que fui durante la vida de acción al aire libre, cabalgando, combatiendo, libre en la ignorancia, ya no existe. Al mismo tiempo que de mi coraza y de mi túnica, me he despojado de mi personalidad de caballero. El escribano que viste traje de cortesano, que no conoce otra perspectiva que las salas y las galerías y los patios simétricamente contruidos del palacio papal, es un extraño con el que me identifico sólo a regañadientes. ¿Quién y qué soy aquí? No lo sabré hasta que sepa cómo me ven los demás.

En la corte no he podido presentarme como el duque de Camerino. Aleandro me hizo saber con mucho tacto que esto me acarrearía grandes problemas. El que ahora lleva este título, Giammaria Varano, parece ser que se halla en Roma. Pero, aun cuando no fuera éste el caso, ni un alma aquí reconocería mis pretensiones. A decir verdad, yo tampoco creo que pueda hacer valer mis pretensiones sobre el ducado. Varano, heredero legítimo de una estirpe que ha residido en Camerino desde que el hombre tiene memoria, es, por supuesto, el justo propietario de tierra y título. ¿Qué he sido yo, sino un usurpador? Haciendo alusión al papel que desempeñé de niño por

un breve período de tiempo, sin ser consultado e involuntariamente, sólo me pondría en ridículo.

En estos alrededores, el nombre de Borgia significa mucho más de lo que por el momento soy capaz de averiguar. No me ven a mí, al hombre; únicamente ven a un Borgia. Si yo supiera con qué hechos, rumores, leyendas y desgracias inventadas o medio olvidadas se me identifica, podría adoptar por lo menos posiciones, defenderme. Pero a mi alrededor reina el silencio. No me faltan las reverencias cortesas, los saludos afables, la disposición de hacerme participar en conversaciones superficiales. Todavía nadie me ha dado su confianza, no ha habido intentos de implicarme en las acciones e intrigas de las agrupaciones existentes. Por otro lado, también me he salvado de las bromas con las que se recibe aquí normalmente a los recién llegados. A diario, un cortesano novicio da con sus huesos en el fondo de un hoyo, para este fin cavado, lleno de basura y excrementos, escondido debajo de unas ramas en el patio Belvedere. Hasta ahora nadie se ha atrevido a invitarme a semejante paseo con sorpresa incluida.

**II**  
**PIETRO ARETINO Y**  
**GIOVANNI BORGIA**



h, maese, mis disculpas! Con esta aglomeración, uno no ve dónde pone los pies. No estaría de más que se ensanchara esta galería. ¿Y vuestra merced qué opina, maese? Los señores a los que Su Santidad recibe en audiencia podrían esperar en las antesalas. Estas logias están bloqueadas siempre por personas de sus séquitos. ¡Por el barullo que hacen, más bien parece un mercado de pescado! Preste atención, y aquí podrá oír hablar todos los dialectos de Italia. Y venga a discutir, y a presumir, y a contar chistes... Esto dura todo el día, maese. Esos jugadores de cartas y de dados de ahí pasan el tiempo de una forma más entretenida. ¡Hala! ¡A despilfarrar el dinero, señores! ¡Luego acabarán sacando otra vez las navajas! Ayer, sin ir más lejos, tuvo que intervenir la guardia. Los lacayos de los enviados de Venecia y Siena amenazaron con cortarse el cuello los unos a los otros. Más tarde resolvieron el asunto luchando en la plaza de San Pedro... No sé cómo terminaría aquello... Maese, ¿por qué esta actitud negativa? ¿O es que toma a mal que le haya pisado?

—Tengo prisa, maese.

—Sin embargo, no tanto como los dos *monsignori* de ahí. Mire, la guardia sí abre camino a las togas rojas. Los dioses menores, como vuestra merced y como yo, en este caso tenemos que ceder. Le aconsejo esperar un momento, maese... a no ser que desee recibir un golpe con el extremo obtuso de una alabarda. Esos suizos son unos brutos.

—Le ruego que no me detenga, maese. Tengo orden de dirigirme en seguida al secretario del datario.

—¿Ah, sí? ¿A Berni? Cuidado, maese, no se caiga. Casi había tropezado con la púrpura. Ni las furcias más ricas de Roma y Venecia llevan las colas de los vestidos tan largas como hoy en día las llevan los cardenales.

—Gracias por su ayuda. Permítame que siga mi camino.

—Por lo que a mí se refiere, sería un placer. Pero es demasiado tarde. De nuevo sale una comitiva de la sala de audiencia. Deber armarse de paciencia hasta que pasen esos señores. Qué digo, esta vez también hay damas presentes. Ya lo veo: la marquesa de Pescara. Allí va la única mujer casta de Roma, maese. No se presenta muchas veces en público cuando su excelencia, su esposo, está con el ejército del emperador. «Contigo tanto tiempo estará, como con su Vittoria, Pescara». Así reza el estribillo sarcástico de una canción callejera sobre un hombre que quiere librarse de su querida. He de admitirlo: su excelencia sufre su destino con una paciencia admirable. Una bella mujer, ¿no le parece? Tal vez demasiado fría, demasiado seria para mi gusto; pero, ¡qué postura, qué ojos, maese! Una mujer como una estatua antigua, una Afrodita; no, más bien una Artemisa, o una Niké... De la estirpe Colonna: ¡sangre noble, raza Orgullosa! Su servidor, señora. Es una mujer ante la que te inclinas, aunque estés seguro de que ella no va a devolverte el saludo. ¡Mire, Varano se digna fijarse en mí esta vez!

—¿Varano?

—Aquél, el que sigue a su excelencia a un paso. Esa mujer grandota con cara de caballo a su lado es su esposa, Catalina Cibó, una sobrina del Papa.

—¿Varano, duque de Camerino?

—En efecto, maese... Ambos son íntimos amigos de su excelencia. Se han instalado en el palacio de Ascanio Colonna. He oído decir que esta compañía selecta se divierte leyendo las cartas del apóstol san Pablo y acudiendo a las reuniones de la Fraternidad del Amor Divino. ¿Existe pasatiempo más edificante? Va vuestra merced en la dirección equivocada, siguiendo al cortejo. Si tiene que ir a ver a Berni, será mejor que vaya por las galerías de los frescos. ¡Qué prisa!... No le puedo seguir.

—No le he pedido que me acompañe, maese.

—Que Varano y su mujer hayan visitado a Su Santidad no me extraña nada. Las familias de Médicis y Cibó son de la misma calaña, como se suele decir. Pero, ¿qué significa la presencia de la marquesa? Pescara es más pro español que los españoles, y los Colonna están abiertamente reñidos con todos los pontífices desde que el mundo es mundo; son gibelinos de primera categoría. Además, hace un año que su excelencia cayó en desgracia.

—¿El duque de Varano tiene alguna función en la corte?

—Es extraño, pero no la tiene, maese. Debido a su relación con Su Santidad, podría conseguir lo que quisiera. Por lo visto, no es ambicioso. Él y su mujer se interesan más por asuntos espirituales que por asuntos mundanos. Se rumorea que protegen a una nueva orden de monjes mendicantes. Vienen aquí a menudo a pedir favores para sus protegidos... Pero, ¿y su excelencia? Si ella busca de nuevo el acercamiento al papa, es evidente que los Varano actúan como intermediarios... Ah, ahora le comprendo: quiere cortar el paso a este cortejo... Por aquí, entonces, entre estas columnas; ahí podrá ver pasar otra vez a la comitiva.

—El sitio ya está ocupado, maese. Hágame el favor, deje a ese hombre en paz. No tengo la costumbre de abrirme paso empujando.

—Si se tratase de otro, diría: nada de escrúpulos. Tener preferencia es una cuestión de habilidad. En este caso, la modestia nos conviene. ¿Sabe quién está ahí, maese? Veo que no le conoce. ¡Desarrapado, polvoriento, descuidado como de costumbre; siempre singular, siempre inaccesible, nuestro Michelangelo Buonarroti! Un gran hombre, no obstante. Hay que perdonarle algo. No todo el mundo es tan tolerante como yo... Tiene muchos enemigos en Roma. Basto, tirando a insolente, pasa días sin mediar palabra, es malhumorado, huraño. Se cuentan cosas de él... Cobra anticipos, pero no entrega el encargo a tiempo, o ni siquiera lo entrega; va tras los chicos guapos y no sólo para inmortalizarlos en piedra o pintura... Pero es un gran artista, maese, un gigante entre los gigantes. Sé lo que digo... Entiendo de arte.

—¿Quién y qué es vuestra merced mismo, maese? ¿Un guía que da explicaciones de todo lo que se puede ver aquí, sin que se lo pidan?

—¡Ah, me considera un intruso! Me encuentra molesto. Pero no me negará que le gustaba mucho recibir información sobre el duque de Camerino. ¡Qué suerte que yo estuviera a mano para satisfacer su curiosidad! Puedo afirmar sin exageración que lo sé todo sobre todo el mundo de la corte. No tiene más que hacerme preguntas... Estoy a su disposición.

—¿Su nombre, maese?

—¿De verdad quiere decir que no me conoce? Salgamos de la aglomeración. Por aquí, maese; esta galería es estrecha y el gran público no viene por aquí. Debe de haber oído hablar de mí. Soy Pietro Aretino, desde hace poco caballero de Rodas, poeta, orador, panfletista, artista de loa y vituperio, satírico, escritor de vidas de santos, intermediario en la compra de obras de arte antiguas y modernas, hombre de confianza y corresponsal de personas importantes tanto dentro como fuera de Roma, para servirle. Mi nombre rima con Pasquino... ¿eso no le dice nada? También, con «divino». Una pequeña, pero significativa particularidad.

—Y de la que podría presumir la mitad de los italianos, que yo sepa. Está extremadamente seguro de su propio mérito.

—Tan seguro como que dos y dos son cuatro, tan seguro como que nos encontramos en la galería de las estatuas, tan seguro como que tengo ganas de hacer pedazos esa cara de piedra hipócrita de ahí, ¿quién es?... san Onofrio, san Pasquale... algún mártir oscuro.

—Sigamos entonces, antes de que cometa una barbaridad. Tengo prisa.

—En serio, maese, ¿encuentra las caras de esta galería bien logradas? No hay expresión, no hay vida en ellas: un trabajo de encargo superficial, de una época en la que los escultores todavía no sabían cómo reproducir carne caliente que respira. En contraposición, la obra de maese Michelangelo Buonarotti, al que acabamos de encontrar, vive, es elocuente...

—Puedo imaginarme que prefiere el arte elocuente.

—¡Ah, ah! Me quiere tomar el pelo, maese. En el sentido figurado, no me cogerá; en el sentido literal, me atrae la idea. Por aquí, a la derecha, no tropiece, a la vuelta de la esquina hay unos peldaños traidores. Se nota que todavía no se siente como en casa en este laberinto, maese Giovanni Borgia.

—A mí, evidentemente, también me conoce.

—Sé todo lo que vale la pena saber de vuestra merced. Viene de la corte francesa, ha luchado con los ejércitos del rey Francisco I frente a Pavía, le capturaron los imperiales, pero le soltaron en menos de veinticuatro horas porque tuvo la inteligencia de entrar en el séquito del Nuncio. Su ilustrísima, don Jerónimo Aleandro, también fue capturado, pero por supuesto devuelto a Roma a vuelta de correo, con los necesarios cumplidos por consideración al Papa...

—De verdad, está sorprendentemente bien informado.

—Es mi especialidad, maese. Tengo buen olfato. Vino con don Aleandro a Roma y los días de viaje no fueron mal empleados, si es verdad que debe su función aquí a

la intervención de su ilustrísima. En los tiempos del papa León, era bastante fácil conseguir un empleo. El que podía sujetar una pluma y tenía el suficiente cerebro como para no poner un libro al revés delante de sí, podía darse por admitido; hubo entonces un aluvión de personajes que tuvieron la osadía de llamarse sabios y literatos. Ahora, las cosas ya no son tan fáciles... Sin una buena protección, no tienes nada que hacer. El papa Clemente es parsimonioso y no tiene gusto, pero se deja aconsejar bien antes de gastar el dinero en arte y ciencia. Que vuestra merced, que no es poeta de profesión, haya llegado a ser escriba papal, aboga en todo caso por su habilidad y perseverancia... o por los favores especiales de personas importantes...

—¿Por qué no por mérito personal?

—Me he tomado la libertad de adquirir, para examinarlos, algunos de sus borradores de discursos. Su estilo es correcto, respeta todos los preceptos, pero es soso, carece de fervor y chispa. Ningún garbo, ningún ingenio en el encabezamiento, intitulación, metáfora, frases finales. No manifiesta ni un ápice de conocimientos sobre la naturaleza humana, no sabe vuestra merced apelar a los sentimientos de los lectores ni de los oyentes. Los tiene que halagar, seducir, estimular, picar en su curiosidad, conducirlos por caminos que vuestra merced mismo haya trazado; los tiene que ofender, afrentar, retar, si viene al caso. No conoce los secretos de la verdadera retórica. En suma, maese, no tiene ni pizca de talento. Tiene que haber otros motivos para que le hayan nombrado escribano aquí.

—Motivos que vuestra merced seguramente también conocerá. No subestimo su olfato.

—Ah, esta promete convertirse en una conversación interesante...

—Hoy no, maese. Ya voy con retraso.

—Tiene razón... Sobre todo, no haga esperar sin necesidad a Berni. Es un mal asunto tenerle como enemigo, sé lo que me digo. Es un honor que él le haga acudir, maese. ¿Tal vez un encargo del datario para vuestra merced?

—No sé nada.

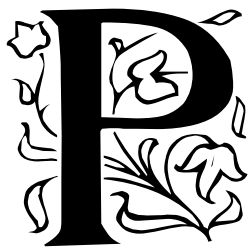
—Hemos de volver a vernos dentro de poco. Es un extraño aquí, y sin duda querrá que le informen sobre todo tipo de cosas. Estoy a su disposición. Estoy al corriente de todo y tengo las mejores relaciones. Puedo orientarle en el Vaticano y en Roma. Por supuesto, querrá ver la ciudad alguna vez. Le aconsejo no ir solo, sobre todo al Trastévere, la Ripa y a Sant'Angelo que están repletos de gentuza. Lo que necesita es un guía de confianza, un amigo, un hombre de mundo que conozca las buenas direcciones y que pueda encargarse de las presentaciones. Pantasilea, Antea, Tulia, nuestras grandes cortesanas, las conozco a todas personalmente. No tiene más que hacerme una seña y Roma se abrirá para vuestra merced.

—Le agradezco la oferta, y la tendré en cuenta. Permítame saludarle, maese...

—¡Aretino, Pietro! No lo olvide. Aretino Pasquino, un epigrama de dos palabras, si entiende lo que quiero decir... ¿Será posible que haya un hombre en Roma que no me conozca? ¡Eh!, espere, maese. ¿O sólo está fingiendo? Ya seguiremos hablando.



**III**  
**MICHELANGELO**  
**BUONAROTTI**



aseaba deprisa, con las manos en la espalda, por las desiertas galerías laterales. A lo lejos, detrás de él, resonaban voces y pasos entre las columnatas del portal grande, un flujo ininterrumpido de sonidos. Los ecos llegaban hasta donde él se encontraba. A la izquierda, una larga fila de puertas cerradas, adornadas con ornamentos dorados y de bronce; a su derecha, un patio se entreveía entre las altas arcadas. En el pavimento, había tiestos con arbustos que florecían al sol. Un grupo de obreros realizaba reparaciones en una pared, bajo la supervisión de un maestro de obras. Por la galería se diseminaban trozos de cal caídos, piedras viejas, pedacitos de revoque desteñido. Comparada con la actividad en las logias a lo largo de las salas de recepción papales, aquí se estaba tranquilo. Ningún visitante, peregrino, curioso extraño, vendedor, mendigo; únicamente, de vez en cuando, aparecía un cortesano seguido por sus lacayos, un funcionario, o un prelado doméstico, reconocible desde lejos por el seco susurro de su vestido de tafetán. En el aire flotaba un olor a incienso, a madera carcomida y alimentos fuertemente sazonados, a cuartos no ventilados en mucho tiempo, a alfombras mohosas y perfume, a cieno del Tíber, a adelfas en flor, a fruta muy madura y a estiércol de caballo.

Había venido con desgana a Roma. En la ciudad había brotado la peste; entre los artistas de la corte, su enemigo Bandinelli llevaba la voz cantante y, además, había tenido que dejar sin terminar en Florencia el trabajo que le satisfacía plenamente, que le apasionaba. La pérdida de tiempo le amargaba. El asunto para el que le habían hecho venir era demasiado complicado para solucionarlo en unos días. Había expuesto repetidas veces su punto de vista en cartas y mensajes. Consideraba como una ofensa personal que el pontífice le obligara, no obstante, a asistir personalmente a la larga investigación de las acusaciones y las defensas. Se conocían los hechos, ya que los documentos se encontraban en la cancillería. El contrato que había firmado, allá por 1513 o 1514, con los herederos del papa Julio, sólo hablaba de la continuación del trabajo en el monumento sepulcral encargado por el difunto. Nunca se había fijado una fecha en la que una y otra cosa tenían que estar terminadas. No había infringido el pacto cuando no dio prioridad a otras obras por algún tiempo. Podía demostrar, además, que lo había hecho así por orden del papa León. Efectivamente, había recibido gran parte de los diecisiete mil ducados que habían de entregarle para la compra de materiales y para su sueldo, pero mucho menos de lo que pretendían los señores Della Rovere. Cualquiera que se tomara la molestia de ir a ver los bloques de mármol y las existencias de bronce, podía comprender en qué se había gastado esta suma. El papa Clemente habría podido arreglar sin dificultad alguna el asunto a satisfacción de todos los implicados. Sin embargo, prefería las conversaciones interminables, un juego de dimes y diretes llevado hasta lo grotesco: una prueba más de la incapacidad de Su Santidad para cortar por lo sano.

La honradez le ordenó corregir esos pensamientos iracundos. Sabía que era el culpable del malentendido entre él y los herederos del papa Julio. Cuando estaba trabajando, no se preocupaba por las obligaciones comerciales de un encargo. Más tarde, no recordaba cómo había empezado exactamente la discrepancia. La prisa y la impaciencia le hacían prometer cosas de cuyo alcance no era consciente. Una parte del anticipo en cuestión se la había mandado a su padre y a su hermano; ¿qué se podía objetar a eso? Todo el mundo sabía que debía mantener a sus parientes. ¿Le habrían pagado una suma mayor que la que tenía ahora en mente? Maldecía su descuido, el caos en sus notas comerciales. Sólo sabía que había estado trabajando día tras día, y muchas veces también por la noche, durante diez años, tanto en el monumento sepulcral como en los nuevos encargos en Florencia. Una agonía, porque ya no podía forzarse a trabajar en el primero y tampoco dejar de trabajar ni un momento en el segundo, de manera que no se había concedido una sola hora de libertad.

Era justo y razonable que ahora le pidieran cuentas. Pero, ¿qué podía alegar en su defensa? Estaba dispuesto a hacerse cargo de la deuda, a reembolsarla o a terminar el monumento en un corto plazo de tiempo, si ellos le dejaban en paz de una vez. No se atrevía a esperar que se cumpliera su deseo más profundo: que lo relevaran de una tarea que ya no le inspiraba, que se había convertido en una tortura para él, un yugo al que se sentía encadenado, una muela que le arrastraba hacia los abismos de la desesperación.

Los días en Roma eran torturas prolongadas. No tenía nada que hacer, pues debía estar preparado para acudir a una posible citación. Visitaba los talleres de los pintores, los escultores y los orfebres al servicio del pontífice, donde encontraba mucha pericia hábil, mucha perfección astuta en forma y color, pero ni rastro de la inspiración que anteriormente había consagrado estos sitios, en los días de Rafael y Perugino, Francia, Bramante y Signorelli. Topaba en todas partes con la hostilidad de Bandinelli, epígono y cazador del éxito fácil, que dominaba una manada de grandezas de tercera fila. Como el trabajo de Bandinelli le parecía inferior, no quería molestarse por ciertos rumores persistentes. No podía imaginarse, ni siquiera en los arrebatos del abatimiento más profundo, que el pontífice le quitara a él un encargo importante en beneficio de Bandinelli. En cuanto llegó a Roma, sintió la conmoción y la agitación que delatan la presencia de movimientos subterráneos. Cerraba los oídos al eco de estas intrigas; pero, durante los días de su estancia en la corte, le envolvía un rumor que le acompañaba, como el molesto zumbido de una mosca.

Sabía quién era el responsable de la mayor parte de las críticas, las calumnias y la oposición que sufría desde hacía algunos años. Hacía un momento, había visto entre las columnas de la puerta de bronce a Pietro Aretino, esa sanguijuela. Una rata que husmeaba entre la basura, un parásito que sólo podía prosperar en el hedor y la putrefacción. En cuanto vio esa mirada y oyó esa voz, brotó en él la repulsión y la cólera. Vil y podrido, vendía su pluma al que más pagaba, codiciaba los secretos de

las alcobas y los confesionarios, y sacaba buen provecho de la desesperanza y la pasión de los demás, menos capaces de fingir que él. Alguien que solía acostarse con bardajes de la peor calaña, sólo podía entender como deseo carnal la admiración, casi frenética, por facciones nobles, por un cuerpo perfecto. Lo había visto con un amigo, un joven al que llevaba familiarmente por el brazo a través del bullicio. Un calumniador exhibiendo su propia desvergüenza. ¿Qué pensará, *quod licet Jovi...*? Era lo bastante descarado y presumido para ello. Aunque la preferencia del maese se inclinaba, por aquel entonces, por los chicos maquillados... este acompañante suyo no parecía nada afeminado.

Escupió rabioso en el suelo. Se sentía sucio, arrancado violentamente de la concentración en el trabajo abandonado en Florencia y su único pasatiempo aquí, la ociosidad forzada, era la peor tortura. Seguir moviéndose y pensar, pensar... Se volvería loco sin ese contrapeso.

El ser que anidaba dentro de él, y que ponía a prueba sin cesar la pureza de sus pensamientos y sentimientos, objetó: ¿ningún deseo carnal... ni rastro de ello? ¿Jamás, al contemplar carne armónicamente formada, surgió esa nube caliente que enturbia la mirada y los pensamientos; jamás, el deseo de tocar por tocar? ¿Por qué engañarse a sí mismo, negándolo? Su alma llevaba las cicatrices de la lucha para vencer ese afán, a través de la escultura. Cuando se obligaba a recrear en arcilla, mármol o en un trozo de papel los cuerpos que su propia convicción le prohibía poseer, experimentaba un clímax emocional, infinitamente más liberador de lo que jamás podría serlo un delirio de caricias. No obstante, el sentimiento de culpabilidad y vergüenza continuaban atormentándole. No servía de nada que se dijera a sí mismo que había vencido el deseo, que no se había convertido en esclavo de ese deseo. El deseo no se dejaba ahuyentar y corroía cualquier triunfo. Sabía que no era invulnerable a los rumores que Aretino divulgaba con tanta abundancia, como si la calumnia fuera un bicho que se multiplicara hasta el infinito. En ese hombre, en ese aventurero de la palabra, veía grotescamente desfigurados sus propios sentimientos como en un espejo deformador. ¿De qué le servía defenderse? Podía afirmar, en honor a la verdad, que nunca había cometido sodomía con ninguno de sus amigos o modelos en el sentido estricto de la palabra. ¿Cómo podría hacer comprensible que el trazado de un cuerpo, tanto masculino como femenino, pudiera llevarle fuera de sí, pudiera llenarle de un éxtasis no sólo explicable por el afán creador? Eros le dominaba, pero Eros el divino, el alado, el Eros Fénix, elevado sobre los restos carbonizados del ciego deseo.

La voz interior, ese diablillo que no le permitía encontrar la paz, le obligaba a descender hasta el fondo. No le inquietaban ni los amigos que estimaba, ni los jóvenes que le servían como modelos —cuya belleza consideraba divina—, sino los canteros y aprendices de pintor que compartían su lecho: tipos acostumbrados a las diversiones más brutales, a las bromas más repulsivas. El despertar y el satisfacer de

la lujuria, con o sin mujeres, eran actos que realizaban guiados por el bruto celo, como los animales...

Ese desdoro me acompaña dondequiera que voy. ¿No sufriría este sentimiento de inferioridad, si me atreviera a acercarme a las mujeres? Me he vuelto canoso sin conocer ese amor. Pero una mujer vil es un insulto de la naturaleza, un horror que no tiene igual. Las otras, las hijas vírgenes y las hermanas, las madres virtuosas y las esposas me son extrañas, seres de un mundo desconocido, seres que puedo observar, reproducir, pero no comprender como me comprendo a mí mismo y a mis iguales... hasta en las profundidades de la carne.

Mi timidez es una maldición. En este caso, no es casual que fuese justamente maese Aretino quien se interpusiera en el campo visual entre mí y esa hermosa e impresionante mujer. Con una mano sostenía en su pecho los pliegues de un velo. Una joya, fijada en la línea del pelo encima de la frente, se balanceaba brillante con el ritmo de sus movimientos. Pura, resplandeciente, la piel tersa sobre las curvas de los pómulos, sienes y mandíbula. Labios carnosos que ella convertía en una línea severa a fuerza de dominio. Un cuerpo delgado y flexible bajo la carga de faldas de terciopelo y seda. Miembros largos, una figura armoniosa, anda con paso firme, en un perfecto equilibrio, la cabeza erguida, los hombros libres. Un ser humano sano, el alba, Deméter, una Victoria alada. Al menos, su cuerpo. El alma de esa bella forma sigue siendo un secreto.

Demasiadas veces un cuerpo que conmueve, que desconcierta por su belleza es el hogar de un corazón incomprensiblemente cobarde, pequeño, deforme. Adolescentes, figuras de dioses y héroes a la vista intentan, como buhoneros de mercado, sacar provecho de la admiración y la afección, vender cada favor, cometiendo el error de prostituirse con la esperanza de recibir dinero o regalos. No ven a quién tienen delante. Ensucian un entusiasmo que sobrepasa sus mentes. Pero el pantano refleja, aun a su pesar, las nubes, el sol... Ángel, Silvio, Tomás, se quejaron de la ingratitud y la arbitrariedad de lo que no podían penetrar.

Estaba parado, mirando sin ver las blancas manchas de luz detrás de los pilares.

Humilde servidor de lo divino, creía verlo manifestado en la juventud y la belleza. El cuerpo humano, carne milagrosamente inspirada —cada movimiento, cada postura de una armonía alarmantemente significativa— le hacía saltar las lágrimas, hacía latir su corazón. Amaba, adoraba, quería amparar a cualquiera que le concediera esa

experiencia. Estaba dispuesto a humillarse, a forzar su índole huraña, áspera. Le sobrevino la idea de que la persona a quien él admiraba le entendía, que especulaba con sentimientos que habían sido vencidos para siempre: pero entonces se deshizo de él. Cuanto más profundo era el desengaño, más fuerte era la repulsión. Siempre le acompañaba, como una tortura, la duda sobre su propia honestidad. Esa duda le sugería que tenía obligaciones hacia las personas que ya no podía soportar a su lado: ¿acaso era culpa suya que no le comprendiesen? Aunque se sentía maltratado y engañado, se desprendía de su dinero, hacía regalos, pedía perdón por su ímpetu y sus palabras bruscas, y se retiraba con su propia amargura allí donde nadie le seguía: a su taller, a las canteras de mármol.

Tenía todavía fresca en la memoria una experiencia semejante. La humillación y el dolor de aquella última amistad fracasada en Florencia le aguardaban aquí en forma de unos epigramas ambiguos, salidos de la pluma de maese Aretino sin ninguna otra intención que amargar su estancia en el Vaticano. Con cada corriente de aire, las sucias palabras burlonas le venían al encuentro por todos los rincones del palacio papal. Se callaba y se comportaba como si las salas y galerías estuvieran pobladas de fantasmas.

Se había convertido en un extraño en Roma. La ciudad le parecía una concha vacía, una forma espléndida sin contenido. El perfil de esta nueva Roma que había visto construir hacía diez años seguía siendo el mismo, pero sobre los palacios, las basílicas y los puentes, pesaba una luz fría y vacía. La vida se había apagado.

Pasaba su tiempo preferentemente en la parte del Vaticano adyacente a la capilla Sixtina. Por lo menos allí podía pensar entre los andamios de los albañiles y los pintores, que a diario trabajaban demoliendo paredes, abriendo nuevos huecos para las puertas, retocando las pinturas al fresco. Se trazaba lentamente un camino por las galerías desiertas, a lo largo de lugares de pavimento roto o hundido, de montones de madera y piedras. A veces, se detenía para dibujar apresuradamente con su pulgar unas líneas en la capa de polvo sobre una baranda. Las miraba, las borraba con su manga y proseguía. Más lejos, se ponía de nuevo a hacer garabatos, cruces, triángulos, horcas, diseños para construcciones de listones que iba a necesitar para la elaboración de modelos de arcilla. De cuando en cuando, blasfemaba con el rostro desencajado como en un arrebato de espasmo. Pensar en la tarea que había abandonado, en todas las obras sin terminar que le aguardaban, en su impotencia de hacer aquello con lo que se había comprometido, era como revolver en una llaga. Diez largos años sin terminar ni un encargo. El tiempo se le había adelantado y no le había dejado nada, ningún resultado palpable de su bregar, ninguna satisfacción, ninguna paz de alma.

El patio Borgia en el *cortile della Sentinella*: superficies romboidales con la blanca luz del sol cegador. Aún soplaba un viento fresco del otro lado de las colinas y predominaba la frescura en la sombra de los pasillos y portales. En los meses de

pleno verano no se podría escapar del calor ni en las bóvedas más oscuras de la parte vieja del castillo.

Saludó al centinela, que se apostaba en las puertas laterales de la capilla. Como de costumbre, le sobrevino en este lugar una sensación de malestar. Un nadador a punto de tirarse a un agua que todavía no ha sondeado debe de sentir una excitación semejante. Se detuvo indeciso. Su deseo, tortura y placer al mismo tiempo, ganó a la prudencia que le exigía volver. Empujó las hojas de la puerta revestidas de cuero y entró.

Se apoyó en la pared, cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la vista. Desde la bóveda y en los segmentos de cúpula por encima de las ventanas, le miraban fijamente profetas y sibilas, titanes, atlántidas, ángeles infantiles que soportaban columnas: eran sus criaturas, nacidas del caos interior que él mismo no se atrevía a sondear. En ellos sabía encarnada su propia duda, desesperanza, amargura e inquietud. Desde esta distancia no se apreciaban bien las expresiones faciales, los detalles del lenguaje de los gestos. Tenía que cerrar los ojos si quería profundizar en los pormenores: la mirada y la postura, las curvas de los músculos bajo la carne, el resplandor en los ojos y mechones de pelo, la caída de los pliegues de los vestidos.

Durante los años que había pasado en el alto armazón, día tras día como un torturado, gimiendo por la convulsión casi insoportable de su brazo extendido en alto y sus dedos que sostenían el pincel, cada segmento de su creación le había quedado grabado en la mente para siempre. Nacidas de él, retornadas a él, sus criaturas existían en un doble aspecto; arriba, en la bóveda del techo: visibles, espíritu convertido en materia; y dentro de él: imperceptibles para los sentidos, solamente era posible acercarse a ellas en la concentración más profunda, ligadas a la oscuridad mágica a la que debían su origen. Las imágenes que tenía sobre su cabeza, intangibles como el cielo estrellado, se habían distanciado de él. Sólo su reflejo, que llevaba consigo, le parecía aún lleno de fervor y vida, aún poseído por la fuerza de su pasión.

Sufría como si le atacaran dolores de parto, con el rostro empapado en sudor, lágrimas y pintura goteando; en la garganta y las ventanas de la nariz sentía el picor del polvo y del cascote fino que flotaba en nubes alrededor del andamio. Murmurando, blasfemando, rezando como loco, susurraba conjuros a lo todavía inanimado. Del amanecer al ocaso, mientras la luz era buena: la reclusión en el alto andamio; y por la noche: la tortura del insomnio. Su cuerpo se sentía atormentado por el agotamiento; su espíritu, por la duda. Por la mañana, subía al armazón, aborrecido por su propia impotencia, poseído por el deseo de destrozar la obra malograda, de borrarla irremediablemente. Mezclaba cal, agua y arena para un nuevo fondo en cuclillas, debajo del techo. Después, se tumbaba boca arriba y extendía su mano hacia la brocha y el cepillo.

Dios Padre venía navegando hacia él desde la profundidad del cielo como el mismo viento tempestuoso; en su susurrante, hinchado abrigo violeta, se hallaban ángeles curiosos; el sol, la luna y las estrellas retrocedían. Adán estaba dormido,

vuelto hacia la tierra; un cuerpo amasado de barro y tela, de formas perfectas, pero sin conciencia, sumergido indefenso en el estado onírico que precede a la vida y que parece tan profundo, tan impasible como la muerte. El Todopoderoso le ordenaba: ¡levántate! Pero Adán no podía levantarse, pues estaba dormido, la mejilla contra la tierra, cual fruta madura que todavía no puede separarse del seno materno.

Cuando una mañana observaba el fresco, tras días de trabajar desesperadamente y noches llenas de lucha interior, supo de repente dónde había fracasado. La creación del hombre: el cuerpo había sido creado, pero el alma todavía no se había revelado. Sólo el momento crucial tiene sentido, cuando la nueva criatura se distingue por primera vez de la materia muerta y de los animales, se vuelve a Dios y se levanta del sueño.

Había cubierto con cal y arena el esbozo del Adán dormido, hasta que no quedó nada más que una mancha amorfa, incolora. Ahora miraba hacia arriba, apoyado en la pared, la representación que, según un diseño nuevo, había dibujado en el techo dieciséis años antes.

Estaba completamente solo en la capilla, como un insecto insignificante en el fondo del cofre de un tesoro. Con cada respiro, inhalaba el olor penetrante y dulce a incienso. Ahora que las puertas que daban al portal estaban cerradas, ningún sonido de fuera llegaba hasta el sítio sagrado.

Revivía la relación entre Dios y el hombre, entre el hombre y lo creado para él: el mundo. El último día de la creación despertó en el Todopoderoso el deseo de producir un ser que pudiera entender el sentido de Su obra. Pero el universo era perfecto en todas las esferas, perfecto en los arquetipos, y Dios ya no encontraba ningún ejemplo para una criatura nueva. Creó entonces al hombre a su propia imagen y semejanza y le insufló la vida. «Levántate, Adán. No te doy una esfera fija, ni una figura invariable, ni una tarea definida. A todos los demás seres de la tierra les ha sido impuesta su propia naturaleza, deben obedecer las leyes de su especie. Para ti, Adán, no existirá ningún impedimento, ninguna limitación, excepto la de la voluntad que te insufló. No te he creado ni celestial ni terrestre, mortal ni inmortal. En ti duerme la semilla de todas las formas de vida. Puedes degenerar en animal o renacer en lo divino. Tú eliges. Adán, ¡levántate!».

Adán, extendiendo la mano hacia Dios, con la rodilla doblada y los ojos abiertos, era por primera vez consciente de su voluntad. Quería levantarse.

El silencio, bajo la bóveda pintada, parecía habérsela roto de repente por un murmullo, como el movimiento de una muchedumbre inmensa, mortalmente preocupada, que se aproxima lamentándose, una marejada creciente de miedo.

El hombre que se encontraba en la puerta se agachó, se arrimó contra la pared y alzó las manos, en un gesto defensivo de quien se ve sorprendido, aunque sabía que este mar de sonidos sólo existía en su mente. No era la primera vez que le llamaban las criaturas todavía inexistentes de su imaginación, seres sin forma, sin rostro, cuyo destino ignoraba. Únicamente escuchaba sus voces, ese coro de malditos, que

producía un eco hasta en las fibras más profundas de su corazón. Los profetas —que allí arriba hacían guardia con miradas de ira, gestos represores, asustados, desesperados o sumergidos en un silencio sombrío sobre la perdición de Adán y su tribu—, parecían querer obligarle a contestar una pregunta, cuya respuesta él ignoraba:

—Explica ese dolor interior, ese deseo que nos atormenta. ¿Cuál es el móvil de nuestro pensamiento, el tono escondido que nuestros oídos intentan captar, lo invisible que ansiosamente buscamos? Explica la tensión que pesa sobre nosotros como una maldición. ¿Por cuanto tiempo más, y por qué, por qué?

¿Por qué? Retiró las manos de sus ojos. La inquietud de sus criaturas le llenaba, como tantas otras veces, de terror y de impotencia. Los profetas y las sibilas, solos en sus nichos, le retaron a dar cuenta de la tragedia que él se había atrevido a representar.

¿Quién soy... y cómo puedo conocerme a mí mismo? Su llamada ¡Levántate!, suena en mis oídos, día y noche, y albergo el eco de su voz. Pero no puedo levantarme: estoy encadenado a mis deseos, a mi soberbia, a mi insensatez. Por voluntad propia —su regalo de nacimiento— el hombre ha elegido el mal. Dentro de nosotros anida el ansia de ser seducidos y maldecidos, un ansia que no nos puede haber sido inculcada, pero que existe incuestionable y que envenena la vida en la tierra. ¿Era impuro el barro, la arcilla de la creación?

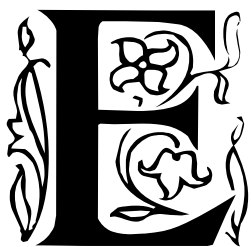
Allí arriba se reflejaba el temor a la perdición que nunca le había dejado en paz desde que había oído predicar —en Florencia, cuando era joven— a fray Girolamo Savonarola sobre la condenación inminente. Desnudo, sin posesiones en su huida del agua, agrupados en un rebaño como animales, los contemporáneos de Noé ven subir el mar a su último refugio. Sopla el viento frío, que llega hasta la médula, y crece el olor a muerte de ese mar interminable. Dios, Dios, ¿siempre tiene que haber un diluvio para limpiar la tierra de nuestras huellas?

No soportaba la tensión que la confrontación con esta obra despertaba en él. Se maldecía, porque podía haberlo sabido. Siempre le había ocurrido lo mismo. Encima de él se hallaban las proyecciones de su propio miedo y su culpa, como nubes en un cielo tormentoso: aquí revoloteando como en un torbellino de viento, allí muy comprimidas, cargadas de relámpagos y lluvia. La tormenta se desataría: ¿cuándo, cuándo?

Se dio la vuelta y huyó a ciegas de la capilla Sixtina, tropezando con sus propios pies.



# **IV VITTORIA COLONNA**



El cortejo se dividió ante el puente del Tíber. Giammaria Varano y su mujer se fueron en dirección a Trastévere —querían visitar la basílica de Santa María— y la marquesa de Pescara regresó con su séquito al *palazzo* Colonna. Pasó el resto del día en sus aposentos.

Habría sido mejor que la visita al pontífice no hubiera tenido lugar. Su afabilidad era una máscara. Hay demasiada desconfianza entre nosotros. Es imposible olvidar Pavía. Por absurdo que sea, a mí me reprocha el fracaso de los planes de paz. En aquel tiempo me entregué a ellos por completo, y Giberti sabe con cuánta dedicación. No fue por ambición o afán de intriga, sino por la sincera necesidad de ver extinguirse la miseria. Mi deseo más profundo era mediar, crear un clima propicio en el que los adversarios tuvieran oportunidad de acercarse los unos a los otros. No por propio interés, sino más bien en mi contra, ya que Ferrante se mostraba contrario a mis ideas. Mi objetivo era lograr que se aprobase un plan que permitiera que incluso los enemigos se tendieran la mano. Un consenso, ¡por el amor de Dios! No podía sospechar que, bajo esta consigna, Su Santidad y Giberti maniobraban nuevamente para defender sus intereses políticos particulares. Me vieron como un instrumento para ganarse a Ferrante. Esta es la decepción más amarga: a la postre, tengo que admitir que su recelo estaba justificado. Pero ni se me ocurrió pensar en un juego diplomático. Sólo fui un eslabón entre el pontífice y los hispanófilos en pro de la paz.

¿Sólo en pro de la paz? Que Dios me conceda la pureza de corazón para conocer mis propias intenciones. ¿Por qué la duda me tiene que invadir otra vez? Ciertamente, quería abrir un camino a la confianza mutua, a la unión. ¿No sería consciente entonces del verdadero motivo de mis esfuerzos, si hubiera emprendido esas tentativas de mediación con la esperanza de influir en Ferrante, de obligarle a estar conmigo? Siempre he velado por no incurrir en semejante ilusión. Desde hace mucho, sé que nunca podré ganarme a Ferrante. Hubo un tiempo en el que hubiera estado dispuesta a darlo todo, sólo por poseerle. Pero aquello ya pasó...

¿Por qué Su Santidad quería que estuviera presente en la conversación? Se dirigía casi exclusivamente a mis amigos de Camerino. Lo que finalmente me dijo era bastante cortés, pero su voz seguía fría y me miraba fijamente. ¿Cuándo regresará mi marido de Novara, cuánto tiempo piensa quedarse en Roma? ¿Han curado

las heridas que sufrió en Pavía? Un juego formal de preguntas y respuestas. Frío y convencional, después de la familiaridad de las cartas que me mandó el año pasado. Justo antes de terminar la conversación, atacó. Su excelencia debe desear la paz ahora más apasionadamente que nunca, aunque sólo sea, al fin y al cabo, para disfrutar tranquilamente de su felicidad matrimonial. Su majestad, el emperador, abusa del tiempo de su esposo... Esperemos que sepa recompensar en su justo valor el mérito del marqués de Pescara.

En pocas palabras: un mundo de significados. El pontífice, Giberti, todos los presentes, conocían demasiado bien las circunstancias de su vida como para ser engañados por una sonrisa controlada. La sangre refluyó a su corazón, sus labios se volvieron fríos y tensos. No había contestado.

Felicidad matrimonial: una bonita y armónica expresión para poetas. ¿Existía en realidad, fuera del ámbito de los discursos de homenaje, de los cánticos, de las obras pastoriles idílicas?

Tenía diecisiete años cuando la casaron con Ferrante Francisco de Ávalos, marqués de Pescara. El enlace fue un contrato lleno de condiciones favorables para ambas partes. Había pasado su juventud en Ischia, en el castillo de los parientes consanguíneos de Ferrante, un período de alivio tras una infancia llena de inquietud y peligro. Expulsados de sus propiedades por el papa Alejandro Borgia, despojados de Nepi, su feudo en la Romagna, los Colonna huyeron a Nápoles. Allí, el padre de Vittoria entró como general al servicio del virrey. Sabía que sólo podía ganar influencia en el Sur pro español si adquiría vínculos con los linajes destacados de sangre castellana. El antiguo nombre y el renombre militar de Colonna atrajeron a los de Ávalos. Ferrante y Vittoria tenían la misma edad, eran jóvenes sanos y bien formados y habían sido educados con cuidado. Las negociaciones matrimoniales tuvieron lugar sin trastornos.

Vittoria pasó los años que transcurrieron entre la firma del contrato y la celebración propiamente dicha con una tía del novio. Ferrante la visitaba de cuando en cuando. Hablaban poco en aquellas ocasiones; la *duerma* sólo apreció las miradas clandestinas de Ferrante y el rubor de Vittoria. Por consejo suyo, la boda no se aplazó demasiado.

Entre los limoneros florecientes del parque de la Casa de Ávalos, se hallaba la estatua de una antigua deidad. Los pescadores la habían sacado de la bahía de Nápoles. Era de mármol liso y amarillo, y estaba completamente intacta: representaba una figura de un joven alado, con los ojos cerrados, que se llevaba un dedo a los labios en señal de aviso. Cuando lo trajeron, aún había algas y ovas a lo largo de su cuerpo como un

moco de color verde oscuro, y unas conchas se habían pegado a él. La joven Vittoria se quedaba a menudo inmóvil durante mucho tiempo ante ese dios misterioso. Quería ver en él a Eros, pero Ferrante seguía insistiendo en que era Mors, la muerte. Más tarde, esa imagen doble le parecía significativa. ¿Cuándo el amar se había convertido en un continuo morir de nuevo?

Un día, todavía al principio de su matrimonio, se dio cuenta de que la presencia de Ferrante, sus abrazos, no le bastaban. Él siguió siendo un extraño en sus brazos, un ser cerrado, inaccesible, intocable. Compartían un breve placer, una sensualidad tempestuosa que no dejaba rastro. Vittoria sabía que tenía que estar contenta: su esposo la honraba, tenía buena voluntad hacia ella, iba a visitarla todas las noches a su cama. ¿Qué novia principesca hubiera podido esperar más? No comprendía el deseo que la atormentaba. ¿Por qué estaba condenada a la soledad? Una mirada, un gesto la seducían con promesas que nunca se cumplían, y que se parecían engañosamente al lenguaje secreto con el que se expresa el calor del alma entre los enamorados. El comportamiento de Ferrante admitía varias explicaciones. Detrás de su autodomínio castellano, Vittoria adivinaba rasgos particulares que la fascinaban, tanto más cuanto menos podía sondearlos. Buscó cuidadosamente, tanteando sin cesar lo que quedaba escondido: lo escondido le pareció lo único deseable. Nunca hablaba de estas cosas porque no tenía palabras para ellas.

Las fiestas, las partidas de caza y las justas de aquellos primeros años en Nápoles habían sido para ella una auténtica tortura. El bullicio la paralizaba. En el atractivo sexual, ese excitante flujo y reflujo entre Ferrante y ella misma que la sorprendía y la dejaba agotada y amargada, advertía, cada día más, un elemento hostil. Temía que el delirio turbara la pureza de su ideal. Quería el amor heroico entre dos espíritus afines. El miedo de hacer concesiones en pro del placer la volvió reservada. Paulatinamente, el deseo también sucumbió a su rigidez de espíritu y senados.

Cuando Pescara percibió que su mujer se volvía fría, difícil de conquistar y más difícil aún de satisfacer, se apartó de ella. Poco después, una relación con la virreina de Nápoles le tenía tan ocupado que se olvidó de su breve irritación. Nunca comprendió que el sufrimiento de Vittoria por su infidelidad tenía sus raíces en una pasión oculta. Vittoria siguió gozando de su estima; se mostraba reconciliada con su esterilidad. La creía bella, digna, inteligente. Le parecía en perfecta concordancia con su ser que cumpliera con gran devoción sus deberes religiosos, que profundizara en las obras de filósofos y poetas, que prefiriese la reclusión a las comidas y los bailes; todo ello armonizaba con lo estricto y puro que veía dentro de ella, que respetaba, pero ya no le seducía. Cuando hizo trasladar la estatua del dios alado en la habitación donde, en lo sucesivo, quería dormir sola, él sonrió con un matiz de burla: opinaba que este gesto delataba la exaltación que, en ella, rayaba tan peligrosamente la seriedad y la dedicación.

En otoño de 1511, Pescara fue a la guerra bajo las banderas del papa Julio contra los ocupantes franceses de Lombardía. Estuvo más de cuatro años fuera de casa.



¡Felicidad matrimonial! Su Santidad sabe escoger bien sus palabras. Desde hace mucho tiempo Ferrante evita estar junto a mí bajo el mismo techo y Dios sabe que es en la soledad cuando me siento más ligada a él. Las cartas que me escribe no matan esa ilusión. «Su alteza, mi amada mujer: saber que su excelencia goza de buena salud es mi deseo más íntimo...».

¡Tenemos tantos intereses comunes! La administración de las propiedades en Ischia, Marino, Benevento. Asuntos económicos y familiares. Finalmente, todo lo que se refiere a Alfonso, nuestro ahijado, el heredero y sucesor de Ferrante. Escribiendo a Ferrante, leyendo lo que él me contesta, tengo la sensación de que estamos unidos. Volverle a ver, hablar con él, tocarle la mano: esa expectativa me llena de pensamientos que no me atrevo a sondear. Volver a vivir su regreso del año 15, ¡nunca, nunca! Antes huiría al rincón más lejano del mundo.



En la batalla de Rávena, los franceses capturaron a Pescara. Entre su puesta en libertad y su regreso a Nápoles, transcurrieron varios años. Pasó la mayor parte de ellos en la corte amiga de Gonzaga de Mantua. No era un secreto que Pescara alargó su estancia hasta los límites extremos de la hospitalidad a causa de una bella dama de honor de la marquesa. Sólo la muerte del rey español y las cuestiones de la sucesión

relacionadas con ella, le decidieron a volver al sur. Vittoria le recibió con una calma engañosa. Le faltaban las palabras y los gestos, debido a la más profunda amargura, pero Pescara vio únicamente la frialdad, el dominio. Aquellas primeras noches la visitó en su lecho, más por cortesía que por deseo. Al pie de la cama, el dios alado reclamaba silencio y cerrar los ojos.

No supo nada, no sospechó nada. Cuando me dejaba sola, yacía sin sueño. Rezaba, lloraba para que me liberaran de esa lucha interior. Mi cuerpo exigía el placer que me había negado durante tanto tiempo. Nunca antes había comprendido lo que era el deseo. Noche tras noche, me traicionaba a mí misma, a mis convicciones más profundas. Y, luego, tras un breve olvido, un vacío aún más hondo.

Esa pasión extrañó más a Pescara que la frialdad de los días anteriores. Buscaba una explicación: ¿esperaba quedar embarazada, aceptaba de mala gana la sucesión de su joven sobrino Alfonso del Vasto, que se criaba en su casa? La libido de Vittoria le infundía una leve aversión; esas lágrimas, esos suspiros, ese silencio crispado, le parecían antinaturales. Con una nota de alivio, aceptó la misión de ir a prestar el juramento de vasallaje al emperador en Bruselas, en nombre de los nobles pro españoles. No volvió a ver a su mujer hasta un año más tarde: una reunión breve y formal sin rastro de intimidad, sin tan siquiera ocasión de cambiar impresiones a solas.

Éramos los invitados en la boda de Bona Sforza en Nápoles, los invitados de honor. De todas aquellas ceremonias, no nos podíamos perder ninguna. Día tras día, y parte de la noche, estábamos sentados el uno al lado del otro como extraños. Máscaras sonrientes, vestidos de gala rellenos sin vida: el marqués y la marquesa de Pescara. Los aposentos asignados a Ferrante y a mí estaban muy separados; además, teníamos que compartir el alojamiento con miembros de nuestro séquito por falta de sitio. Nunca había un momento en el que estuviéramos solos. No queríamos tampoco estarlo, a ningún precio. La aversión de Ferrante se percibía detrás de todos sus cumplidos. Aquellas fiestas eran un infierno; no obstante, no deseaba que acabaran. Vivir juntos de nuevo en el silencio de la Casa de Ávalos o en el castillo de Ischia me parecía inconcebible. No había sitio para Ferrante en mi existencia, y yo no encajaba en la suya. Ya por aquel entonces, me era más próximo en

las cartas que escribía, en las conversaciones que mantenía con él sobre Alfonso. Aquel Ferrante era un fantasma, pero lo sentía más afín a mí. Su verdadera presencia significaba —y significa aún ahora— una intromisión en la paz de mi alma. Él mismo y la idea que tengo de él cuando estoy sola no se compaginan. El deseo físico se puede vencer. Me sería insoportable verme desprovista de ese consuelo que me inventé.



Después del año 1517, los esposos se vieron en contadas ocasiones. Pescara fue ganando rápidamente el favor del emperador. En la lucha contra los franceses en Lombardía, destacó por su coraje, su fuerza de voluntad y su talento organizador. Vittoria oyó que se le elogiaba como el estratega más hábil de su tiempo. Lo a y lisonja no la cegaron. Llegó a entender más rápidamente al hombre que aparecía a su lado una o dos veces al año, para una visita de unos días, que al Ferrante cuya constante presencia la había perturbado. Reconoció, bajo la rígida elegancia española, las cualidades que determinaban el carácter de Pescara: la ambición, un sentido de la dignidad extremadamente vulnerable, el frío cálculo. En silencio, sigilosamente, le seguía con su mirada. Conocía cada línea de ese rostro, de ese cuerpo: los labios finos y altivos, las cicatrices en la mejilla y la frente, la forma en que movía el busto mientras hablaba, su costumbre de conferir más fuerza a un razonamiento dando breves golpes con la palma de la mano en el brazo de la silla o en el tablero de la mesa; su manera de andar, con pasos cortos y contados, una mano en el costado apoyada en la empuñadura de su espada.

Durante las conversaciones de negocios que mantenían cuando estaban juntos, Vittoria se rebeló contra sus severas opiniones y su tendencia a la crueldad; pero cuando en el fuego del altercado cruzaba su mirada —ardiendo bajo cejas fruncidas, llena de irritación y burla por su resistencia—, olvidaba su ambición crítica. Conocía esa sensación: significaba el preludio de la pasión que, anteriormente, la había conducido a su abrazo. Ahora que las caricias entre ellos se reducían a unos formales besos de bienvenida y despedida, Vittoria tenía que combatir con una actividad constante la intranquilidad que le causaba su presencia. Cuando le esperaba, turbaba

de antemano el silencio de su casa invitando a huéspedes y preparando cazas y fiestas.

Pescara no comprendía en absoluto a su mujer, ni en su animación nerviosa ni en su tenso silencio. No podía obligarse a simular que la deseaba. Sus ganas y pensamientos los dominaba la joven dama de honor, Delia Equicola. Normalmente, la llevaba consigo a los campos militares y a las fortalezas que estaban a su mando. Era sencilla, calurosa, sensual, ciegamente dedicada a él. Le daba hijos. Vittoria supo de su existencia; ni ella ni Pescara la mencionaron jamás. Pero siempre, en todas partes, Delia resultó ser la tercera persona no nombrada, invisible. No fueron las palabras de Ferrante las que evocaron de la nada a la otra, a la deseada, a la fértil, sino los movimientos de su cuerpo, su mirada cuando estaba absorto en sus pensamientos.

Me trata con ostentación, ceremoniosamente y con ironía. Cuando sus ojos se enturbian con música y vino, durante un baile o después de una viva cacería, sé que piensa en ella. Ella es la causa de su inquietud, cuando la estancia se le hace demasiado larga. No dudo de su respeto: lo deja todo en mis manos y me autoriza a actuar según mis criterios. No mucho tiempo después de la batalla de Pavía, me mandó una carta llena de elogios: «... que nuestro sobrino Del Vasto se haya destacado en la lucha por su coraje y conducta digna, se debe en primer lugar al modo en que su alteza le formó y guió en el curso de los años. Estuve ausente mucho tiempo y no he podido aportar tanto a su educación como hubiese querido. Siempre le estaré muy agradecido a su alteza, porque en la persona de Alfonso del Vasto me ha dado un digno sucesor».

Seguramente, un sincero sentimiento de respeto le inspiró esas palabras. Estaba en la fortaleza de Novara cuando las escribió. ¿Estaba ella detrás de él, a su lado? De ahora en adelante, tampoco podré encontrarme con Alfonso sin recordar que ha visto a Ferrante junto a ella. Alfonso, mi pupilo, ha sido el sentido de mi existencia durante años. Ligada a él, he pasado la única época de verdadera paz que jamás conocí. Mientras le educaba, tenía a Ferrante continuamente en la cabeza. Le poseía más a medida que el lazo entre Alfonso y yo se volvía más firme. Mi cuerpo es estéril, y sin embargo puedo llamar a Alfonso del Vasto mi propio hijo. No hubiera podido ser más mío si lo hubiera parido yo misma. Ferrante lo ha reconocido. Ahora Alfonso es adulto, y se ha desvinculado de mí. Las circunstancias le llevan a Ferrante. Como sucesor y heredero, dispondrá de más poder que yo en lo que a la administración de dinero y bienes se refiere. Lo acepto sin reserva

alguna. Pero, ¿cómo debo sobrellevar la idea de que me he vuelto innecesaria?

Cuando el joven Alfonso la dejó en el año 21 para unirse a las tropas imperiales en Lombardía, Vittoria empezó de nuevo, laboriosamente, con la tarea de llenar el vacío en su vida. A veces, vivía en Nápoles; otras, visitaba en Roma a su único hermano, Ascanio. Se retiraba preferentemente al castillo de Ischia, donde había pasado los primeros años de su matrimonio. Lo que antes no era más que un pasatiempo, un juego convencional para ella, se convertía ahora en una necesidad. Reunió a su alrededor a un círculo de poetas y sabios, hacía encargos, compraba sus obras para su biblioteca, les invitaba a reuniones bajo los cipreses y laureles de su parque. Se esforzaba en considerar su mecenazgo como un asunto serio.

Recordaba aquel tiempo como un período de tranquilidad estéril y de paz artificialmente cultivada. Los poemas que le dedicaban y la elocuencia de las discusiones eran técnicamente perfectos, pero también pálidos, rígidos y superficiales, como las imágenes en el follaje de las avenidas. Recordaba también, llena de sigiloso resentimiento, los sonetos y canciones que la celebraban a la manera cortés, y cómo ella, con el eco de la loa fervorosa y la veneración elevada en sus oídos, yacía durante noches en su cama solitaria sin conciliar el sueño. Las declaraciones de amor literarias de Sannazaro, Britonio, Bravina y media docena más de poetas cortesanos le dejaban un amargo sabor de boca. El abismo entre juego y realidad era demasiado profundo. Musa de aduladores profesionales: Palas Atenea, Afrodita y Artemisa reunidas en una persona, rival del sol y de la luna, soberana en el Parnaso.

Pero más difícil de ahuyentar de sus pensamientos eran las palabras sarcásticas de una canción callejera, entreoídas una vez cuando iba a caballo con Ferrante por las calles de Nápoles:

*Mi amada  
contigo tanto tiempo estará  
como con su Vittoria, Pescara*

Para no sucumbir, tenía que participar en el juego. Me contagié el mal que siempre he detestado: el autoengaño. Me emborraché con las palabras. Glorificaba en versos la felicidad y la fidelidad matrimonial. Sentía una asombrosa satisfacción al oír después elogiarnos, a Ferrante y a mí, como el matrimonio ideal. Escribí estrofas desmedidas sobre el amor entre el héroe, muy lejos en la lucha, y su mujer, que pacientemente esperaba. Se las envié a Ferrante. Me comunicó, siempre meticulosamente, que había

recibido las hojas en el debido orden. Nada más, y ese silencio me hacía volver en mí. Estaba harta del lenguaje lisonjero y enferma de soledad. Viajé a casa de mi hermano Ascanio en Roma.

Pero sufría, en otro ambiente, la misma tristeza. Visité iglesias, conventos, capillas; pero fue un peregrinaje en vano. Mi oración no subió más allá de los adorados altares. Había un vacío detrás de los candelabros y figuras. La confesión no me liberaba, las misas me parecían una rimbombancia sin sentido. Dios se había vuelto inalcanzable. Ayuno, austeridad, mortificación: aquellos días lo probé todo infructuosamente. Reconocí en esa inútil lucha las torturas por las que había pasado a causa de Ferrante. La paz con Dios me parecía la realización final del deseo que antes me conducía a Ferrante. Me imaginaba que, en la dedicación a Dios, morirían sin dolor las ansias del cuerpo, las confusiones de la sangre. No pude comprender por qué a mí no se me concedía esta consolación.

En la corte de su hermano Ascanio se encontró por primera vez con la pareja ducal de Camerino, Giammaria Varano y su mujer Catalina Cibó. Las familias de Varano y Colonna habían luchado juntas en otro tiempo contra el poder de los Borgia. Esa unión siguió existiendo incluso cuando el nombre del enemigo no era más que un recuerdo. Los de Camerino acudían a Roma con regularidad. Se trataba de dos personas serias, que se distinguían por la austeridad de su aspecto y de su forma de vida. No asistían a ninguna fiesta y aparecían contadas veces en público. Recibían a amigos o participaban con un reducido séquito en ciertas reuniones privadas, el verdadero objetivo de su viaje. Vittoria había oído hablar de la Fraternidad del Amor Divino, pero ignoraba quiénes asistían y lo que implicaba tomar parte.

Catalina Cibó era una mujer joven todavía, con una cara larga y delgada, y pequeños ojos hundidos, discreta cuando estaba tranquila, pero imponente cuando profesaba las convicciones que dominaban su vida. Varano era más indulgente, más prudente, y tendía a elegir un término medio. En su juventud, huyendo de los asesinos de César Borgia, había sufrido serios daños físicos; a partir de entonces, su delicada salud le obligaba a transigir, a armarse de paciencia, a recurrir a la diplomacia, que es el arma de quien no puede usar la fuerza. Cuando, después de un destierro de muchos años, volvió a Camerino, su herencia, encontró las fortalezas y los pueblos parcialmente destrozados, los campos abandonados, los habitantes indiferentes a causa del miedo y de la pobreza. Convocó en su castillo a los campesinos de las montañas para que expusieran sus quejas y sus peticiones. Asistieron menos de los que había esperado: se había convertido en un extranjero, desconfiaban de él.

Un monje franciscano del monasterio de Montefalcone, fray Mateo da Bascio, que, con riesgo de su vida, había socorrido a la gente de Camerino durante el hambre

y la plaga de la peste, poseía infinitamente más autoridad que él. A este benefactor le consideraban un santo: su palabra era ley y su opinión sobre la pareja ducal podría influir de forma determinante en la actitud del pueblo. Varano solicitó la presencia del monje, le dio las gracias y le prometió respaldo en las obras benéficas. Mantuvo su palabra. Así se aseguraba, sin despliegue de poder o amenazas, la obediencia de los habitantes de la región. Estos identificaban a los protectores de fray Mateo con el propio fray Mateo: una trinidad inviolable. Varano se congratulaba por su ocurrencia.

Entre Catalina y el monje surgió una profunda amistad. Eran espíritus gemelos, ambos apasionados, combativos, abnegados hasta el extremo en sus convicciones. Varano les respaldaba con dinero y otros medios, pero Catalina hacía lo que fray Mateo: cuidaba a los enfermos, alimentaba y vestía a los pobres, consolaba a los tristes.

Vittoria les dio su confianza, y ellos la hacían partícipe de sus ideas. En su presencia, profesaban la doctrina de su protegido: la necesidad de la sencillez, la autodisciplina y la introspección.

Cada visita a Roma reforzaba su opinión de que la paz del alma es fruto de una despiadada y sincera reflexión sobre los propios errores. Por las salas y las galerías del palacio de Ascanio Colonna, la voz alta, ligeramente áspera de Catalina sonaba en un juego retórico de preguntas y respuestas.

«¿Dónde comienza la catarsis? En nuestro espíritu. ¿Quién reclama el derecho de formar y guiar ese espíritu? La Iglesia, que se proclama a sí misma santa. Para llamarse así debería ser pura como el agua de las fuentes, impoluta como la nieve, purificante como el fuego. Pero la Iglesia es un semillero de depravación. El rito se ha convertido en mera exterioridad. Cardenales y obispos, prelados de rangos superiores e inferiores, se han abandonado a la lujuria y la ambición mundanas. En los monasterios abundan la pereza y la inmoralidad; los monjes roban, mendigan, y viven en pecado. Se venden los sacramentos. Los diez mandamientos han sido reducidos a una exigencia: ¡dadnos dinero! Toda Roma apesta a corrupción.

»Escucha, esto es lo que dijo fray Mateo: también los elegidos se han vuelto renegados. La viña del Señor es el mundo, y los hombres son una planta para su deleite; esperaba encontrar justicia, pero, mira, en cambio encuentra avaricia; la equidad, pero, mira, encuentra griterío. La Iglesia es incapaz de enseñarnos lo que debemos hacer. ¿Qué significa la fe para la mayoría de nosotros? No me contestes ahora que nuestra vida está impregnada de las cosas de la fe, porque es mentira. Es exterioridad ese hablar de la voluntad de Dios, de los milagros; es exterioridad ese invocar a Jesús, a María y a todos los santos. Nuestra alma no está implicada en ello: son palabras y gestos, tan superficiales como inclinarse, saludar, hacer cumplidos en el trato cortés, nada más. La fe es un juego formal para nosotros que jugamos indiferentes, dudando o burlándonos, según nuestro carácter. Lo que cuenta es la

forma, del contenido no nos acordamos. Se extiende la superstición entre el pueblo necio, y el paganismo es orgullosamente confesado entre las mentes instruidas. Los que debieran mostrar el camino son incrédulos y depravados hasta la médula. La Iglesia nos da piedras por pan. ¿Cuál es la consecuencia? Que ha perdido su autoridad y se utiliza su nombre como sinónimo de burla y blasfemia. Por eso, hay que empezar por el principio. Hay que hacer una limpieza a fondo en la Curia, en la orden, en los monasterios.

»Lo dice fray Mateo y tiene razón...».

La pasión enardecía la tez de Catalina curtida por el viento y las condiciones climáticas. Se estiró y miró a Vittoria con una mirada imperativa. Varano asentía todo el tiempo, como para añadir énfasis a las palabras de su mujer.

—Te defiendes y olvidas que nadie te ha atacado, —dijo con una sonrisa y un ademán justificativo—. Fray Mateo se rebela contra unos abusos capaces de horrorizar a todo ser que esté en su sano juicio. Nuestros amigos de la Fraternidad persiguen el mismo fin. No hay nada nuevo bajo el sol. Que yo recuerde, siempre han habido voces que reclamaban reformas. Pero ahora ha llegado el momento de pasar a la acción. No caigamos en los extremos de esos impetuosos alemanes que por puro descontento rechazaron tanto la autoridad como las doctrinas de la Iglesia. Entiéndame bien: ni los miembros de la Fraternidad, ni fray Mateo, ni Catalina, ni yo mismo pensamos hacerlo. Queremos apoyar los fundamentos de la Iglesia, no minarlos. Nos oponemos al libertinaje y la corrupción. Fray Mateo pretende algo parecido, pero él es un hombre que está fuera del mundo, un vidente, un poseído. No tiene pelos en la lengua: blasfema y ofende, no perdona a nada ni a nadie. Uno no se debe dejar arrastrar por su flujo de palabras, porque el sentido de sus sermones penitenciales es bastante simple...

—¡Cállate ahora! —dijo Catalina—. Déjame repetir lo que dice fray Mateo, pues pienso como él, mientras que tú quieres optar por un término medio. El mundo está quebrantado, lleno de depravación y putrefacción. Profesamos con los labios amor al prójimo y espíritu de sacrificio, pero todo eso es aire, ¡aire! Cada uno de nosotros tiene una relación particular con Dios, pero ahora hace falta reconocer ese lazo, meditarlo. Tenemos que tomar posiciones, adoptar una postura. Debemos darnos cuenta de que Dios es nuestro más profundo menester, nuestra más honda necesidad. Hay que erradicar, desterrar, destrozar, todo lo que nos separa de Dios. El amor hacia Dios nunca puede ser bastante grande. Amarle hasta el infinito, preferirle sobre todo lo demás, no dejarle nunca, ni en lo bueno ni en lo malo, ni en la ganancia ni en la pérdida, ni en la alegría ni en la tristeza, ni en el honor ni en la desgracia. Si me lo preguntasen, soportaría todos los dolores por Su bien, todas las privaciones, como lo hicieron los mártires...

Vittoria encontró a duras penas las palabras para sus propias consideraciones.

—Siento que debe ser posible servir a Dios con dedicación. Pero, ¿cómo alcanzo ese amor? Nadie puede servir a dos señores. El que quiera dar su amor a Dios, debe

renunciar a todo. El que esté atado por la pasión terrenal, no puede subir hasta Dios. Dime cómo se logra eso.

Catalina se acercó a ella y la abrazó. Vittoria se abandonó en ese fuerte abrazo protector. Sintió bajo su mejilla el apoyo del hombro delgado y fuerte de Catalina y, cerca, perceptible a través del vestido y la piel, el latir lento, regular, tranquilizador, del corazón de Catalina.

—No puedo más: enséñame el camino, dime lo que tengo que hacer para encontrar la paz.

—La paz está donde está Dios: dentro de nosotros. Todos los deseos se mitigan y se apaciguan en Dios. El que busque satisfacción fuera de Él, hace lo mismo que el que quiere apagar su sed con sal.

—Entonces, ¿el único camino es renegar del mundo, vivir dentro de un reclinatorio, llevar hábito y toca?

—Eso también es exterioridad. El sitio donde vives y la ropa que uses no tienen ninguna importancia para quien se atreve a cambiar sus costumbres y toda su vida. Quien pone coto a deseos y malos pensamientos no tiene por qué afeitarse. Quien está lleno de pensamientos de Dios no tiene por qué recitar oraciones día y noche. Quien sirve a Dios no tiene por qué temer ningún poder humano. La voluntad es lo que cuenta. ¿Para qué, si no, hemos recibido nuestra voluntad, si no es para querer a Dios?

—Tengo miedo del poder de la naturaleza, que obra escondida dentro de nosotros, mina la voluntad y envenena la sangre.

—Justamente esa es nuestra tarea: someter a la naturaleza y ponerla al servicio de Dios.

—Enséñame cómo se hace, y lo haré.

—No la despistes —dijo Varano—. Lo único que podemos hacer es estimular la voluntad; cada uno debe seguir solo su propio camino. ¿Qué sé yo de tu peregrinación, qué sabes tú de la mía? ¿No es esto, justamente, la esencia de nuestra convicción, que cada uno para sí aprenda a conocer a Dios en su propio ser? Invita a la *madonna* a asistir a las reuniones de la Fraternidad, a ser nuestra huésped en Camerino; lo que allí oirá y verá, tal vez encuentre eco en su corazón.

Las figuras de la pareja ducal destacaban en el campo visual de Vittoria; al lado de ellos, todo se hundía en la nada. Sacaba fuerzas de su seguridad, aunque no les comprendía del todo. Por lo tanto, era posible sobrepasar el límite ante el cual ella se detenía, atenazada por una desesperanza impotente. Uno podía darse cuenta, sin que lo paralizara la fe, de la insuficiencia de los medios de consolación que ofrecía la Iglesia. Se tenía el derecho a condenar, a rechazar incluso, por una conciencia creciente de la gracia de Dios. Su duda no tenía por qué significar el fin: bien podría ser un comienzo.

¿Ha cambiado mi vida fundamentalmente desde que he ido con ellos a las reuniones de Santi Silvestro e Dorotea? Al principio, lo creía realmente. Después de las conversaciones ingeniosas pero vacías en Ischia, el vacío y la soledad en Roma, la seriedad y la sencillez de la fraternidad me parecían una confortación. Giberti, Sadoletto, Contarini: aunque ya conocía sus nombres, en el Trastévere gozaba del privilegio de tratarles como viejos amigos. Aprendí a estimarles por sus conocimientos, su firmeza de carácter, su dedicación. Sus objetivos llegaron a ser también los míos. Todas las semanas, nos reuníamos en la pequeña iglesia que se halla en la pendiente del monte Janículo, cerca del lugar donde Pedro padeció su martirio. Todas las semanas se celebraba la renovación del voto de ingreso: dedicarnos a la meditación y al ejercicio de la caridad, seguir de palabra y acción la doctrina de Cristo. ¿He sido fiel a dicho voto? Reparto limosnas entre los pobres, respaldo los hospitales, visito monasterios de penitencia. Vivo modestamente. Profundizo en las obras de san Pablo y san Agustín.

Pero no poseo la tranquilidad de Varano ni la inspiración de Catalina. Mi forma de vida, no el contenido, ha cambiado. Bajo la superficie, la pasión ha estado continuamente al acecho, preparada para estallar a la primera señal, y tomarme por sorpresa. ¿Qué me importan a mí las ideas de ese lejano fray Mateo, la Fraternidad y los libros sabios en mi reclinatorio, ahora que sé que Ferrante puede llegar en cualquier momento? Esto es una traición y, al mismo tiempo, una derrota. Intento reflexionar sobre los pensamientos que me han confortado en el curso de los últimos años, pero son pálidos, irreales, comparados con la seguridad de la llegada de Ferrante. No le he visto desde el año 21. Hace tres, cuatro años... una infinidad. Me escribe que las heridas que sufrió en Pavía se han cerrado ahora. Pero también me han ligado otros rumores. El mensajero que me trajo la carta, finalmente confesó: «El *marchese* sufre dolores y anda con dificultad, ya no es el mismo de antes». Dios quiera que pueda persuadirle para que se quede a mi lado durante algún tiempo. No en Roma... Dicen que los barrios que se extienden a lo largo del Tíber están contagiados por la peste. Quiero ir con Ferrante a Marino, a Ischia. Incluso toleraré que llame a la otra a su lado si la echa de menos.

Entonces no debo su presencia a la paz, sino a la guerra. Es una ironía del destino, una burla de mis esfuerzos para llegar a una reconciliación entre los partidos. ¿Se me habría ocurrido esa idea sin la influencia de Giberti? Volviendo la vista atrás, me parece ver su

mano en el asunto. Me dirigía en una determinada dirección sin que yo me diera cuenta. En la Fraternidad nos hicimos amigos. Gozaba de mi confianza. En aquellos primeros años, mantuvimos a menudo largas conversaciones sobre los desastres de Italia, sobre la necesidad imperativa de la paz. Le escribía con regularidad cuando era enviado papal en Francia y España. Asimismo, fue él quien me puso en contacto directo con Su Santidad. En una carta, suplicaba al pontífice que colaborara en la reconciliación de los poderes hostiles, por el bien de Italia y de la fe. Por Pascua, Su Santidad me mandó una palma bendecida por él personalmente. Lo vi cómo un símbolo y una promesa. A Ferrante le hice partícipe de mis esperanzas. Le pedí que abogara por la paz ante el emperador. Me contestó por medio de un mensajero, desde el campamento militar en Lombardía. Debería dejar de intentar que él y mis parientes, los Colonna, cayesen en la trampa. Me hirió profundamente con su desconfianza. Nunca fui, conscientemente, un instrumento en las manos de los francófilos. Hasta hace poco, tampoco dudaba de la buena fe de Giberti. Lo que entonces sí podía haber sabido es que uno no se puede fiar de las palabras del pontífice. Su benevolencia me engañó.

La noticia de que Pescara y su propio sobrino Prospero Colonna habían cruzado la frontera francesa con las tropas imperiales, sorprendió por completo a Vittoria. Giberti se mostraba tan amable como antes, pero ella sentía que él estaba alerta, que no estaba completamente convencido de su desconcierto. El papa Clemente perdió los estribos y le reprochó abiertamente haber abusado de su confianza. Vittoria saboreó la ambigüedad de esas palabras. Por primera vez, surgió en ella la sospecha de que, desde el principio, no había querido servir a la paz, sino a la causa francesa. Ferrante le hizo saber que él, como general del emperador, había de ocuparse de la guerra y no de la paz. Su estratagema logró el resultado deseado: fue el señuelo para que los ejércitos franceses se animaran a entrar en combate. Escaramuzas, asedios, breves forcejeos en Lombardía culminaron al final en la batalla de Pavía. Desde el día en que se conoció la victoria de las tropas imperiales en Roma, Giberti evitó la compañía de Vittoria. Le hicieron saber que había caído en desgracia ante el pontífice. Ni la dedicación a obras benéficas, ni la meditación, podían hacerle olvidar esa amarga experiencia. En Roma, reinaba en parte el abatimiento y en parte el júbilo. Ascanio Colonna izó los colores imperiales y recibió con despliegue festivo a los hispanófilos.

Vittoria no salió de su aposento durante aquellos días. En las cartas a Pescara, hablaba más de sus heridas que de su triunfo. Creía percibir que sus contestaciones tampoco estaban redactadas con un ánimo triunfante. Leía el descontento y la

autocompasión entre líneas. Le anunció su llegada a Roma, «en cuanto esas malditas heridas se hayan curado».

Los almendros y los limoneros florecían en las colinas, las magnolias, las adelfas y la madreselva llenaron el aire con su fragancia; el color rojo de las rosas y el blanco de las anémonas coloreaban los campos.

Los Colonna poseían en las afueras de la ciudad, en medio de ruinas antiguas, una finca con viñedos y olivares. Vittoria iba a menudo allí a pasar unos días. El silencio y el aire puro eran un alivio tras una larga estancia en Roma. Paseaba sola, de un lado a otro, por los surcos estrechos y derechos abiertos entre las cepas del jardín, construido con gran esmero. Pasaba sola horas enteras a la sombra de una pérgola de pámpanos atados. A veces, seguía un camino descuidado que, entre arbustos y matorrales, conducía a los restos de un templo. Alguna columna con aristas aún se erguía entre escombros y capas de polvo. Bajo la maleza y las enredaderas, se oía un vago susurro, una piedra caía, las hojas se movían, un cuerpo de serpiente verde reluciente se deslizaba en la sombra. Las cigarras cantaban durante todo el día en la hierba, y el único otro sonido que se oía era el aletear de las palomas torcaces, o el balar de las cabras que pastaban en las pendientes. Al pie de las colinas, Roma. Cúpulas, torres, un mar de tejados desiguales, apenas inclinados. A la luz clara de abril, todos los colores eran frescos y nuevos, como resplandecientes por el rocío. La ciudad, vista desde arriba, parecía un juego de superficies entremezcladas, color rojo piedra y amarillo ocre, gris y crema blanco. Un meandro del Tíber cintilaba deslumbrante en el campo abierto, más allá de las murallas. Montones de basura maloliente, edificios en ruinas, callejones estrechos y sucios quedaban ocultos a la vista. La única señal de vida eran los jirones de humo que brotaban de los techados de las casas. La estatua de Castel Sant'Angelo relucía como una estrella.

Pavía, la preocupación por Pescara, el miedo al futuro y la propia duda y lucha interiores se enseñoreaban en lo más profundo de su conciencia. Estaban siempre en sus pensamientos, como un recuerdo de pesadillas, pero menos reales, menos atormentadores que en Roma. Tal vez se habría quedado en la finca hasta la vuelta de Pescara, si no le hubieran comunicado que Giammaria Varano y su mujer habían llegado de nuevo a Roma para realizar una breve visita.

Por primera vez desde que les conozco, he tenido la sensación de que su afán era exagerado. También es posible que la inquietud por el regreso de Ferrante y las impresiones adquiridas durante mi estancia en el campo hayan hecho que me distancie de sus convicciones. Están poseídos por la visión de fray Mateo: san Francisco se le ha aparecido en un sueño y le ha gritado: «¡Quiero que la orden acate mis reglas al pie de la letra, al pie de la letra, al pie de la letra!». Como resulta que los hermanos de Montefalcone

no están dispuestos a aceptar la reforma, fray Mateo se ha separado de ellos con media docena de seguidores. Ahora viven como ermitaños en los bosques de Camerino, protegidos por Varano y *madonna* Catalina. Los franciscanos han exigido aquí, en Roma, la excomunión y la ejecución. Ni que decir tiene que mis amigos vienen a abogar ante el pontífice. Su Santidad ha accedido a su petición, ¿qué iba a hacer si no? *Madonna* Catalina es consanguínea suya. El hecho de que me invitaran a mí a asistir a esa entrevista era algo totalmente inesperado y francamente sorprendente.

Por primera vez, desde que Ferrante invadió Francia, he vuelto de nuevo al Vaticano. A regañadientes. Además, todavía no entiendo cuál puede haber sido la intención de Su Santidad. ¿Una muestra de perdón? No creo. Mi oído es experto; su tono afable tenía ecos de ironía, sus ojos se mantenían fríos. Debe de haber sabido que sus palabras me herirían. ¡Felicidad matrimonial! ¡El aprecio del emperador hacia el mérito de Ferrante! Llagas que nadie debe tocar. ¿Para quién es todavía un secreto que Ferrante y yo no nos vemos apenas, y que tenemos grandes deudas porque el emperador no cumple sus promesas? Giberti se encontraba junto al trono pontificio y me miraba atentamente. También advertí su mirada cuando Su Santidad hablaba con mis amigos de Camerino. Se venga de nuestra prolongada carencia de contacto. La audiencia, por cierto, ha durado poco. Se dice que una importante legación ha llegado de Milán, encabezada por el canciller Girolamo Morone al frente de su séquito.

Nunca he visto las galerías del Vaticano tan concurridas. La guardia ha tenido que abrirnos camino. En la aglomeración me ha parecido ver a maese Michelangelo Buonarroti. No puede haber sido otro: tiene un rostro que no se olvida fácilmente. ¿Qué hace aquí? Pensaba que había vuelto a Florencia para siempre. Ese encuentro me ha conmovido vehementemente en mi interior, no sé por qué. Sufre, está cansado, amargado. No pasa inadvertido ni siquiera a una extraña como yo. Quisiera dar amparo a aquella cabeza entre mis brazos, como se da amparo a un niño, sólo para ver desaparecer el dolor de aquellos ojos. Pero no me puedo aproximar a él por compasión. La compasión es para los indefensos. No comprendo mis propios sentimientos y menos aún el sentimiento que me ha hecho olvidar el tiempo y el lugar durante un instante. No conozco a ese hombre, nunca he cruzado una palabra con él. Sin saludar, me observaba con una mirada áspera, triste. Pero era como si pasara una

parte de mí misma por delante de mí. La sorpresa me paralizó y reconocí algo que ya no sé nombrar.

Varano y *madonna* Catalina están contentos de su visita al pontífice. No les he acompañado a las ceremonias del Año Santo en la basílica de santa María en el Trastévere. No soporto escuchar durante más tiempo las historias de fray Mateo y sus visiones celestiales.



Estaba en su alcoba y veía deslizarse los rayos del sol por el suelo, hasta que finalmente se escapaban por las ventanas. Había un libro abierto en el atril, pero ella no lo miraba.

Hacia la noche, resonaron cascos de caballo en el patio. Un criado anunció la llegada adelantada del marqués de Pescara. En el peldaño más alto de la escalera, Vittoria le esperó en señal de bienvenida. No le veía aún, sólo escuchaba en el pasillo abovedado que conducía al patio un paso desconocido, renqueante, el toctoc regular de un bastón. Hundió las uñas en las palmas de sus manos, intentando en vano controlar los temblores que la invadieron.

**V**  
**NICCOLÒ MACHIAVELLI A**  
**FRANCESCO**  
**GUICCIARDINI**



ñor Presidente de la Romagna, estimado amigo:

Escribo esta carta desde Roma. Llegué aquí hace tres días para presentar mis respetos a Su Santidad. La audiencia resultó ser una desilusión. Había depositado mi última esperanza en el pontífice para conseguir un cargo que estuviera más acorde con mis talentos y capacidades que el puesto de cartero que, hoy por hoy, en Florencia consideran lo bastante bueno para mí. Al fin y al cabo, Su Santidad me conoce y más de una vez ha hablado con benevolencia acerca de mí, aunque sea cien veces un Médicis. Lo he tenido en cuenta dedicándole el octavo libro de mis *Istorie Fiorentine*. A principio de año sondeé a Vettori sobre la conveniencia de mi llegada. No suele ser muy alentador. Cuando contestó que el pontífice había leído una parte de las *Istorie* y que le había gustado, decidí probar suerte.

Me recibieron adecuadamente; Strozzi y Salviati, por su parte, me prometieron al instante emplear toda su influencia para ayudarme. Debo admitir que contaba con toda seguridad con una mejoría de mis circunstancias. Esta vez no se debía a un exceso de modestia por mi parte. Mi petición era todo lo clara que se puede desear. El agua me ha llegado hasta el cuello. Día y noche espero con ansiedad la posibilidad de servir a este país desastroso y plagado. ¿Qué hace un hombre como yo en esa granja cerca de san Casciano, entre gallinas, cabras y paletos? Te he dicho ya, en otras ocasiones, cómo paso mis días: deambulando entre mi huerta y la posada, bebiendo vino y jugando partidas de chaquete y leyendo, leyendo, leyendo las obras de mis amigos griegos y romanos que sólo tienen un defecto, y es que murieron hace ya más de mil quinientos años. Francisco, tú conoces mi mérito. La ociosidad obligada me vuelve mustio y amargo como una fruta olvidada en el enjugador. Te pregunto: ¿qué existencia es esta?

Mis pensamientos nunca me dejan en paz. Veo cómo Italia se viene abajo, y cómo esta caída se precipita aún más por la estupidez y la corrupción que claman al cielo de nuestros altos señores. Sería capaz de aconsejarles. Soy el boticario del jarabe amargo, el último recurso. No garantizo la mejoría, pero, en una situación de extremo peligro, todo esfuerzo debe ser bien recibido. Si poseyera la autoridad necesaria... ¿Qué es lo que pasa? Quieren beber la medicina a discreción y sin atenerse a las instrucciones. Veo a todo hijo de vecino manipulando remedios que, en manos incompetentes, se convierten en veneno. ¿Qué otra cosa me queda, que considerar toda esta tragedia como una farsa, tan frenéticamente verosímil, tan desgarradoramente cómica, como mi *Mandrágora*, la cual, según deduje con satisfacción de tu última carta, os hace reír a carcajadas a ti y a tus amigos? Palabra que no sucede todos los días que un ex enviado de Florencia y ex confidente de monarcas y prelados llegue a hacer carrera como escritor de farsas. También Su Santidad tuvo la bondad de dirigirme algunos comentarios halagadores: la comedia le había divertido mucho, e incluso está pensando en ofrecer una representación en la

corte, seguramente para dar, a última hora, algo de brillo a esta conmemoración malograda. Sobre un cargo apropiado o una remuneración razonable para el autor — que, por Dios, se ha distinguido sobremanera en la política y la diplomacia—, no pronunció ni una palabra.

Así que ofrecí a Su Santidad las *Istorie* con la muerte en el corazón, porque, en aquel momento, esa solemne entrega me pareció un gesto sin sentido. No he conseguido más que una vaga promesa sobre una gratificación —¿cuándo?, ¿cuánto? Nadie ha dicho una palabra sobre ello. Sí me enteré, con estupefacción, que piensa imprimir *El Príncipe* en las prensas pontificias. Está todavía por ver si lo ha dicho en serio, pero, si de verdad se llevara a cabo, significaría la realización de uno de mis deseos más profundos: que vean consignado en papel lo que es tener poder, autoridad, reinar, mantener el orden, ser combativo y estar alerta; en suma, ser monarca. Más vale que esos señores que no saben lo que quieren y que, si lo supieran, no podrían transformar su voluntad en acción, sigan ese ejemplo. Quiera Dios que todo ello no ocurra demasiado tarde. Todo indica que no nos queda mucho tiempo para emprender acciones. Si no se hace nada ahora, estamos perdidos.

Supongo que tú, probablemente mejor que nadie, estás al corriente de la acción que han emprendido el datario Giberti y maese Alberto Pio, el enviado francés, en pro de una nueva y fuerte alianza contra el emperador. ¿Qué pretenden? ¿Una liga irrompible para combatir el peligroso poder de su majestad? ¿Cuántas ligas irrompibles no habremos visto fraguar en los últimos veinticinco años, tanto a favor como en contra del poder imperial? He perdido la cuenta, amigo mío. No les auguro un gran futuro. En una liga, por naturaleza el resultado se nota sólo a largo plazo, y más aún si se procede a tratar las cosas de la forma habitual, con un sinfín de documentos y parlamentos, por no hablar de las intrigas mutuas con las que tratarán de ganar partidarios. En el estado actual de cosas, hay que intervenir inmediatamente. La actitud de Su Santidad, con su costumbre de dar cien vueltas a las decisiones — que sólo tendría sentido con el fin de ganar tiempo para proceder eficazmente, pero que es francamente irresponsable, ahora que no hay ninguna línea de acción claramente determinada—, las decisiones que toma —demasiado apresuradas o tardías, cuando las toma, o totalmente erróneas—, estropean las pocas oportunidades que nos quedan. De esos mercenarios españoles y alemanes intranquilos y sin sueldo, se puede esperar todo. ¿Quién defenderá Florencia, Venecia, los estados pontificios, si las cosas llegan a mayores? Una chispa en el polvorín y luego, ¿qué? *Actum erit de libertate Italiae*.

Sé que piensas como yo. Giberti y Alberto Pio llevan al pontífice hacia una liga, pero tú tampoco te quedas atrás. Giberti es un hombre muy capaz, noble, pero poco progresista; Pio es un peón diplomático; las jugadas geniales han de ser tuyas, Francisco. Abre los ojos: un hombre de tu experiencia y formación no puede estar ciego. No debemos depender de extranjeros para nuestra defensa. El apoyo de Francia no significa nada. Mientras negocien con Madrid la liberación de su propio

rey, no nos mandarán ni un jinete, ni un espolique, ni un ducado. Y cuando lo hagan, ¿qué? Sé todo lo que hay que saber sobre los ejércitos de mercenarios. Nunca sabes si vendrán y, en caso de que lo hagan, no sabes cuándo. Son más un inconveniente que una ventaja, pues no les ata a nuestra causa más que la soldada y, cuando creen que no es bastante, se pasan al enemigo o se cruzan de brazos. ¿Qué dirán esos supuestos aliados cuando las cosas pasen a mayores? ¿Qué dijo recientemente el portavoz inglés? *Quid ad nos Italia?* ¿Qué nos importa Italia... Luchan por su propio beneficio, no por nuestra libertad. Y, finalmente, por lo que se refiere a Italia misma, ¿cuánta riña fraternal y contienda vecinal no habrá que arreglar primero, antes de que venecianos, florentinos, milaneses y napolitanos confíen unos en otros?

Para que nuestra lucha por la independencia tenga éxito, hay que abordarla de una manera totalmente distinta. ¿Te acuerdas de mi idea de una milicia popular? Esa es nuestra salvación o, cuando menos, algo parecido. Tenemos que defendernos a nosotros mismos. Es impensable, por supuesto, que cien ciudades y estados se unan armoniosamente a corto plazo. Pero debe haber un comienzo, un núcleo: en cuanto vean que es posible, se unirán los demás. Lo que podría suceder entonces en Florencia, debe ser posible bajo tu mando en la Romagna. Ahí eres el hombre más importante: gobernador civil y militar, procónsul y, digámoslo tranquilamente, soberano absoluto. ¿Se atreve el pontífice a objetar algo sobre tus medidas alguna vez? Arma y entrena a tu población: este es el primer paso.

A continuación, debe darse una segunda condición, por lo menos tan importante como la primera, para el éxito de semejante empresa. Lo que necesitamos urgentemente es un líder. No uno cualquiera, sino un hombre que nos inspire confianza e infunda respeto incluso a los seguidores del emperador. En resumidas cuentas, un hombre de gran peso, valiente, astuto, capaz de tomar decisiones de gran alcance: un estratega genial. ¿Todavía hace falta que le nombre, después de Pavía? Entre nosotros existe en este momento una escasez de líderes natos. Lo que voy a decir ahora te puede parecer temerario o incluso ridículo, porque sabes que me refiero a alguien que lucha en el bando opuesto. Pero tiempos como estos piden jugadas intrépidas. La política conoce sus propios medios y sigue su propio curso, que nada tiene que ver con lo que tú y yo llamamos el bien o el mal en nuestra vida cotidiana. Sólo vale un criterio: la eficacia. Nada de tambalearse ni vacilar: hay que elegir decididamente el camino que las circunstancias han designado como el único justo. ¡Quién habla del camino, una vez llegado al fin! Y el fin es el bien de Italia. Ahora o nunca, Francesco. Tenemos que moldear el destino con nuestras manos. Tú, republicano hasta la médula, que has servido toda tu vida a los Médicis; tú, enemigo del poder sacerdotal mundano, que como funcionario pontificio tienes que cumplir tu deber, date cuenta de una vez de la apuesta en juego: una nueva concepción del Estado.

El canciller de Sforza, maese Girolamo Morone, ha llegado de Milán a Roma. Tuvo una larga entrevista con Giberti y, más tarde, también con el pontífice. He oído

de Berni, el secretario de Giberti, unas cuantas cosas sobre la visita. Desde entonces no puedo pensar en nada más. Francesco, no puedo dejar de hacer hincapié en que se trata de un asunto de extrema importancia y muy ligado a lo que he tratado más arriba. La idea que me ocupa desde siempre, por lo visto también es compartida por otros. Un plan intrépido: ¡el asalto a la libertad! El hombre por el que me decidiría se considera, según las informaciones y los medios influyentes, como la persona idónea para tomar el mando en nuestra lucha por la independencia. Comprenderás que, de momento, no puedo profundizar en el tema. Trata de conseguir que me concedan el puesto de enviado entre tú y la corte de Roma. Yo mismo he dado pasos en este sentido, pero, ¿quién soy yo? No manejo los hilos del teatro de títeres pontificio. Sólo tu influencia haría posible un arreglo. Es imprescindible que nos veamos a solas en breve.

Roma no ha cambiado nada desde mi última visita aquí, o quizá la corte sea menos espléndida que en los tiempos del papa León. He hablado con muchos conocidos con los que he refrescado la memoria. En la secretaría de Giberti he tenido un extraño encuentro. Mientras hablaba con Berni, se ha anunciado un joven: maese Giovanni Borgia. Un nombre que, normalmente, no se oye pronunciar con tanta candidez. Un nombre que evoca recuerdos. Una parte del pasado, un período decisivo de mi vida, encarnado en un ser humano. Ese Giovanni era, por aquel entonces, uno de los niños del séquito de César Borgia, el pequeño duque de Nepi y Camerino. Si no me equivoco, algo pasaba con él. Se dieron entonces muchas explicaciones contradictorias sobre la presencia de ese chico. Pero no quiero desenterrar viejos rumores muertos y sepultados con los Borgia.

Sea como sea, desde ese encuentro estoy pensando constantemente en los tiempos que pasé como enviado de César. Eran días en los que todavía podía esperar y creer, porque opinaba que Italia había encontrado en él un líder. Tú, Francesco, sabes mejor que nadie que en el proceder de César con respecto a los grandes y pequeños tirar nos de la Romagna he querido ver el alba de nuestra unidad y autonomía. Si hubiera acabado lo que había empezado con tan astuta deliberación y bien calculadas intervenciones, Francia y el emperador jamás habrían obtenido poder para esclavizarnos. Le han reprochado mezquindad y traición, han llamado a sus conquistas en la Romagna una masacre bárbara. He reflexionado mucho sobre todo esto, pero nunca he comprendido de qué otra forma podía haber logrado su objetivo. En todo asunto humano se evidencia cada vez que, normalmente, el mal sólo se puede combatir con el mal. La necesidad absoluta a veces fuerza a las personas a tomar medidas que no hubieran adoptado si se hubieran regido sólo por la deliberación razonable. El fin justifica los medios.

Nunca he ocultado que César obraba por interés propio, en primera y última instancia. Lo que admiraba en él era su sangre fría, su capacidad de silenciar sus planes, su táctica de embestir de repente y sorprender desprevenido al adversario. Comparados con él, los demás monarcas y sus *condottieri* eran una panda de

diletantes. La forma es lo que cuenta. Era una serpiente grande que devoraba las pequeñas. Si a su debido tiempo, hubiera hecho falta neutralizar la serpiente grande, todas las sabandijas habrían sido destrozadas de golpe. Sigo manteniendo que semejantes medidas son necesarias para forjar una unidad de Italia del centón que es ahora. Este país debe su debilidad a las ganas de riña y a la rivalidad mutua de los Colonna, los Orsini, los Montefeltre, los Baglioni y sus iguales, y es justamente esta debilidad la que nos lleva a la perdición.

Sabes que he tenido que reconocer que César Borgia no era el hombre que en un principio pensaba que era. Tras la muerte de su padre, no supo mantener su posición, lo que habla en su contra. Debí haber tenido en cuenta todas las posibilidades, incluso la de que él, cuando murió el papa Alejandro, no fuese capaz de negociar, a causa de su enfermedad. La contrariedad le volvió inseguro, y eso significó el principio del fin. Le visité una vez más —fue la última vez que le vi— cuando esperaba en Castel Sant'Angelo el resultado del cónclave, en 1503. Yo estaba entonces en Roma como enviado de la Señoría. César sabía que saldría elegido su enemigo Della Rovere, e incluso había apoyado esa elección por diplomacia, lo cual constituyó un error de cálculo incomprensible a mis ojos. ¿Cómo podía él, que estaba acostumbrado a romper sus promesas arbitrariamente, fiarse de la palabra de su contrincante? Abusó de la confianza que sentía en sí mismo. Quizá pudiera engañar a la gente que tenía más cerca; pero yo vi la inquietud en sus ojos. Por primera vez, sentí irritación, desprecio y algo de compasión. Estaba acabado. Comprendí que no era la encarnación del príncipe que crearía la Patria de una miscelánea de estados y estaditos. Me ha costado mucho asimilar ese desengaño. Más tarde, aprendí a ver las cosas de otra manera. ¿Qué significa para mí César Borgia, el hombre que fracasó? Su proceder en la Romagna sigue siendo, a pesar de todo, la realización práctica de las ideas que a partir de entonces he formulado en ese escrito mío que bien conoces.

Un breve encuentro puede dar lugar a un buen número de reflexiones. Durante años, no he pensado en César Borgia. Aquel joven de la cancillería, por otra parte, no se le parece, aunque es oscuro de piel y ojos, como lo era el papa Alejandro entonces. Quien no conozca su nombre, no adivinaría su parentesco. Es la prueba viviente de la velocidad con que gira la rueda de la Fortuna. Sus antepasados fueron grandes de la tierra; él es un funcionario modesto de la corte pontificia. Las coronas ducales y los principados que le cayeron en suerte en su juventud se han convertido en humo. Si es ambicioso, lo tendrá difícil. Pero, ¿qué nos importa este hombre, que no cambiará ni una jota, ni una tilde del destino de Italia?

Me gustaría cambiar impresiones contigo verbalmente sobre maese Girolamo Morone y el asunto que ha venido a promover. Es por el interés de todos nosotros. Quiera Dios que dentro de poco pueda hablarte personalmente. He puesto todas mis esperanzas en tu intercesión en este tema. Tu voto será decisivo. Aunque con amargura, me consuela que el destino te haya regalado lo que a mí me negó: la influencia sobre los que hacen nuestra política.

Ha resultado ser una carta extensa esta vez. Contéstame pronto, pues espero favorables noticias tuyas ansiosamente. Un cordial saludo.

Un servidor de su excelencia,  
Niccolò Machiavelli  
en Roma

**VI**  
**GIOVANNI BORGIA**



Desde mi entrevista con Berni parece que tengo un cargo más. Sin saber el motivo, por cierto, me han adscrito al séquito de maese Girolamo Morone, el canceller de Milán ni más ni menos, que viene aquí a mantener conversaciones. Todavía no entiendo qué servicios se esperan de mí. ¿Tiene sentido esta nueva función, o es un asunto de mera decoración? Berni se pronunció en términos vagos acerca de una y otra cosa. Sí me prometió, en cambio, una mayor remuneración. Me dedicó, a lo sumo, cinco minutos de su tiempo. La antesala del secretariado de Giberti estaba llena de personas que le esperaban; además, había ya alguien con Berni cuando me hicieron pasar. Me anunciaron. El visitante se mostró sorprendido al oír mi nombre. ¿Por qué? Mientras yo hablaba con Berni, se quedó mirándome incesantemente desde un rincón del aposento. Luego, uno de mis compañeros de la cancellería me informó de que podría tratarse de un tal maese Maquiavelli, de Florencia: enviado, poeta, filósofo, según parece un excéntrico agitado que quiere cambiar el mundo. Creo haber oído antes ese nombre, pero no sé dónde ni cuándo.

Seguramente, si se lo pregunto a mi extraño amigo del traje azul pavonado, maese Pietro Aretino, lo podré averiguar todo acerca de él. No me topé con él en la logia por casualidad, desde luego. Estaba al acecho, o me había seguido. Desde la primera palabra que me dirigió, su intención era clara: quería hacerse mi amigo. Es tan difícil de sacudir como una sanguijuela. Por otro lado, el encuentro tuvo cierto interés. Sin la elocuencia de maese Aretino, no habría sabido que pasaba por nuestro lado el duque de Camerino. Es una extraña sensación oír cómo atribuyen a otro el título que yo he llevado durante algún tiempo, con razón o sin ella. Ese Giammaria Varano debe de ser el único de su linaje que, por aquel entonces, escapó a la emboscada de César. Un tipo delgado, con una cara débil, soñadora, canoso: aparenta unos cincuenta años. Protector de frailes mendicantes, es invitado a diario en la Fraternidad del Amor Divino.

Pero Camerino, bien situado en una serranía empinada, es una herencia para un guerrero, no para alguien que estudia con un grupo de mujeres y sabios las cartas de los apóstoles, y cuya afición es la reforma eclesiástica. Así que acompaña a la esposa del general del emperador. Mejor haría en ofrecer su apoyo al propio Pescara, o bien —según sea su convicción— al bando contrario. Cuando la lucha se desplace en dirección sur, como es de esperar, entonces Camerino puede resultar un punto de gran importancia estratégica. Si yo fuese Varano, no perdería mi tiempo con la teología, sino que me prepararía por lo que pudiera pasar en un futuro próximo.

Seguí la comitiva para ver a Varano una vez más, de manera que en adelante pudiera reconocerle. Pero, en el momento decisivo, sólo tuve ojos para aquella mujer, Vittoria Colonna, cónyuge de Pescara. Es la segunda vez que me encuentro con ella por casualidad. La primera vez fue en el año 17, en Nápoles. Acompañaba a Pescara en un desfile majestuoso. Hacía más de tres años que había salido de Bari, y ya no trataba de igual a igual a los grandes señores de Nápoles y alrededores. Me sentía en

la calle, entre el pueblo, un mero espectador anónimo. Se saludaba con júbilo y palmas al marqués y a la marquesa. A él, se le consideraba como el héroe de las batallas de Lombardía, y en la persona de ella querían honrar a su padre, Fabricio Colonna, el general de Nápoles. Grité ¡Viva!, con la muchedumbre. Acababa de prestar servicio, junto a los mercenarios adiestrados por Fabricio Colonna, en el ejército imperial; mi admiración por aquel hábil militar y gran comandante no conocía límites. Él era la estrella que me orientaba en mis tiempos errantes. Con ese ejemplo en mi mente, elegí el servicio militar como mi vocación en esos años decisivos. Era, por lo tanto, por él por quien vitoreaba a aquella mujer. Por lo demás, no me interesaba esa bella y rígida muñeca adornada con joyas.

El otro día, en el pórtico del Vaticano, me impresionó un tanto más: aquella boca severa, aquellos ojos llenos de sombra. Lo que llamó sobre todo mi atención fue su notable semejanza con la mujer en cuya corte me educaron, mi madrastra, Isabel de Aragón. La postura y la mirada determinaban esa semejanza. Cuando la vi llegar, despacio, con la mirada baja y un rasgo de los labios que, a falta de una mejor palabra, he de llamar sonrisa, parecía que el tiempo se había detenido.

Se dice que el aspecto de una persona delata su alma. Me parecía un pensamiento particularmente excitante, que la casta y, no obstante, madura belleza de mujeres como Isabel y esta Vittoria, fuera fruto de una tristeza secreta, de una privación llevada con orgullo. Maese Aretino me canturreaba una canción:

*Mi amada,  
contigo tanto tiempo estará  
como con su Vittoria, Pescara...*

¡La promesa burlona de un amante que piensa dejar a su amada! Las canciones callejeras, con toda su exageración, dan casi siempre en el clavo. Ya por aquel entonces, escuchaba comentarios irónicos en Nápoles cuando el *marchese* y su esposa pasaban con el cortejo nupcial de Bona Sforza: habría hecho falta una fiesta para persuadir a Pescara de que volviera a su casa. ¿Qué ronda en la mente de una bella mujer rechazada?

Me incliné profundamente cuando pasó frente a mí en los portales del palacio pontificio. Por un momento pensé que su mirada iba dirigida a mí. Pero, con toda probabilidad, ni siquiera me había visto. Miraría por encima de su hombro al hombre que estaba delante de mí en la aglomeración, el cual, según me informó maese Aretino resultó ser el pintor y escultor Michelangelo Buonarroti. Sé poco de artistas y obras de arte. Cuando tuve por primera vez la oportunidad de contemplar las pinturas en la bóveda de la capilla Sixtina, imaginé que un hombre que sabe plasmar el cuerpo humano de tal manera, debía estar extremadamente bien formado. Sin embargo, ocurre lo contrario: su postura es encorvada, sus manos son fornidas, anchas, huesudas, su pelo y barba desordenados, pardos; el tabique de su nariz está roto, lo que da a la cara la impresión de estar torcida. Cuando maese Aretino le dirigió la

palabra —me pareció que su excelencia le quería distinguir con un saludo—, no contestó. Pasaba los dedos en un gesto nervioso por la boca y el mentón, como para quitarse algo, y nos miraba de reojo con timidez y recelo. Mediante un gesto torpe, se perdió de repente entre los transeúntes. Más tarde, camino del secretariado de Giberti, le vi caminar a lo lejos. Aceleraba su paso. Por lo visto, a él tampoco le gusta que maese Aretino le alcance y le dirija la palabra.

En aquel momento, la comitiva de la marquesa había salido ya a la escalinata por las puertas de bronce. Su esposo, Pescara, es un gran hombre. Sin él, las tropas imperiales nunca hubieran conseguido la victoria en Pavía. Su energía e ingeniosidad son inagotables. Era él quien forzaba a los nuestros a estar alerta continuamente, ora atacando, ora provocando escaramuzas. Sus guerreros levantaron murallas alrededor de todo nuestro campamento. Cada día se cerraba más ese anillo de fortificaciones. Tres días antes de la batalla, asaltó nuestros bastiones con unos miles de hombres de la infantería española, entró en el campamento, capturó artillería y nos ocasionó grandes pérdidas. Finalmente, sus mosqueteros causaron, el día 24 de febrero, el día de Pavía, la masacre definitiva de nuestra caballería. Los demás generales imperiales: De Leyva, Del Vasto, el traidor Borbón, Lannoy, el virrey de Nápoles y Von Frundsberg, que comanda los lanceros suizos, son, cada uno en su especialidad, militares valientes y competentes. Habla a favor del criterio del emperador que sepa dar el mando de sus batallones a semejantes hombres. Pero Pescara es más que un buen soldado y un estratega hábil. El ejército francés no tiene nadie que esté a su altura. Dispone de luchadores individuales geniales, pero no de ningún comandante nato. La confusión, la falta de entendimiento, la falta de mando fijo, les llevaron a la derrota. Se acabó. Lo que queda de las tropas del rey Francisco I se ha dispersado o ha huido. Significará un gran esfuerzo formar un ejército nuevo, sobre todo ahora que el rey está preso.

Me parece fuera de toda duda que este ejército deba formarse. La madre del rey, Luisa de Savoya, que ocupa la regencia, es una hembra lista y fogosa. En la corte la llaman *Dame Ambition*. No descansará hasta que Francia se haya vengado y su hijo esté libre. Sus enviados no paran de entrar y salir de la sala de recepción papal. En el Vaticano corre el rumor de que Su Santidad, bajo la presión del datario Giberti, ha vuelto a negociar una liga contra el emperador. No puedo imaginarme que el pontífice se atreva, de momento, a desairar a los hispanófilos. Pero se han visto cosas más extrañas. Según parece, se puede esperar todo del papa Clemente en el terreno de la diplomacia.

Sea como sea, tarde o temprano se acabará desatando la lucha. Si en una nueva guerra se confiara el mando de las tropas imperiales a Pescara, significaría que Francia no tendría ninguna oportunidad.

Me gustaría combatir bajo el mando de ese hombre. Vale la pena servir en un ejército glorioso. Al fin y al cabo, quería seguir las banderas de Pescara y Colonna desde mucho tiempo antes de llegar a Francia. Seguramente, ya estaría ocupando un

puesto en las tropas imperiales acorde con mí mérito si, en aquel tiempo, no hubiera ido a Ferrara. Me sentía tan halagado de que Alfonso d'Este quisiera apoyarme, que seguí su consejo. Durante una temporada, creí realmente que podría hacer fortuna en Francia. Ahora ya no soy tan ingenuo. Aunque me trataban con toda la cortesía del mundo, me consideraban un aventurero. Nunca hubiera obtenido un rango de altura en el ejército, ni una función responsable en la corte. Ningún hombre de relieve me habría dado jamás a su hija como esposa. Volviendo la vista atrás, a mi estancia en Francia, me doy cuenta ahora de que allí se tolera con refinada gentileza a quienes no son franceses, pero que no se les toma en serio.

Aunque he servido durante muchos años a la causa francesa, no se me podría considerar un tráfuga si probara suerte al lado de las tropas imperiales. Nací y me eduqué en Italia. Mis compatriotas son libres de escoger el partido que más les favorezca. No debo nada al país, ni al ejército del rey Francisco I. Pero, sin la ayuda moral y material de hombres influyentes, aquí, en la corte de Roma, no puedo emprender nada por el momento. Así pues, tengo que esperar. Tal vez pueda informarme a través de maese Aretino. Aunque es un tipo de poca confianza, lo tengo por interesante y divertido; en todo caso, se trata de una relación útil. También he tratado de conseguir información acerca de él, pero nadie quiso responder a mis preguntas en la cancillería. Parece que aquí le tienen un miedo terrible a mi amigo del traje azul pavonado. Es el privado de Pablo Giovio, jefe de la biblioteca pontificia. Tenerle como enemigo significa el despido. Un escribiente me sugirió ir al secretariado del datario para obtener la información que busco. De las propias palabras de maese Aretino deduje el otro día que no está en buenos términos con Berni. Probablemente la gente sea más comunicativa en aquel ambiente.

Con el devenir de los años he adquirido el suficiente conocimiento de la naturaleza humana como para comprender que, en el trato con ese señor curioso y elocuente, hay que andar siempre con ojo. Primera tarea: descubrir por qué razón busca mi compañía. Tiene sus motivos para ser tan servicial: quiere ser mi guía en ese laberinto que es Roma. ¿Para llevarme a los nuevos palacios de Bramante —que, además, ya vi cuando estuve aquí en el 18— o a las antiguas ruinas y las exposiciones de figuras y jarrones recién excavados? Quizás para orientarme en las posadas y los burdeles. Conoce a las grandes cortesanas de Roma, según dice: mujeres que cobran verdaderas fortunas por prestar unas cuantas de sus noches. Que yo sepa, sólo queda un recuerdo concreto de todos esos besos y abrazos: el *mal francese*.

Desde que he llegado aquí, todavía no he tocado a ninguna mujer. Roma está repleta de furcias de todos los precios. En la avenida del Popolo y cerca del Ponte Sisto, viven casa con casa, se asoman a las ventanas e informan al transeúnte a gritos de su precio. Las alcahuetas vienen hasta las galerías del Vaticano para tratar sus negocios. Pero después de las experimentadas damas de honor francesas y las chicas del campo semisalvajes y bronceadas, aquellas mozas de baja ralea, que se pueden comprar por un puñado de *scudi*, tienen poco encanto para mí. Esas otras, las bellas,

las seductoras que viven como reinas en palacios, invisibles salvo para los invitados, están todavía fuera de mi alcance. Ni siquiera una presentación de maese Aretino me llevaría, probablemente, más allá de la antesala.

Hoy me he encontrado de nuevo con él. Me saludaba de forma airosa, con reverencias, agitando los brazos con una mímica elocuente. Al pasar, me felicitó por mi nombramiento en el séquito de Morone. Por lo visto, no hace falta decirle nunca nada.



Desde que he visto a la marquesa de Pescara se ha reavivado en mí el recuerdo de mi madrastra. Isabel de Aragón era para mí, durante mis años de juventud, el símbolo de la majestuosidad herida e indefensa, de la resignación Orgullosa ante la contrariedad. Solía poner en las cartas, bajo su nombre, *única in disgrazia*: nadie conoce la desgracia como yo. El que se cruzaba con su mirada así lo creía. En Francia, recibí la noticia de su muerte. Jamás recé con tanta dedicación por la paz del alma de un difunto. Rodrigo y yo no conocíamos otro amor materno que el de sus buenos cuidados. La fortaleza solitaria de Bari, situada en lo alto de las rocas que se asoman al mar Adriático, fue nuestro hogar. ¿No éramos exiliados, al igual que Isabel y sus dos hijas?

Tras una breve estancia en Nápoles —primero, bajo la vigilancia de nuestros tutores; más tarde, con nuestros parientes Jofré y su voluptuosa Sancha— nos llevaron a Bari. No sabíamos nada de Isabel de Aragón, salvo que era una hermana de Sancha y del padre de Jofré, y que, en otro tiempo, fue la consorte de Giovanni Galeazzo Sforza y duquesa de Milán. Mientras traspasábamos la puerta de la fortaleza, pensé que estaríamos presos allí de por vida. César estaba también encerrado, muy lejos, en España, vigilado por enemigos irreconciliables. Nos guiaron por una serie de pequeñas estancias vacías, oscuras como madrigueras de topos. Rodrigo y yo íbamos cogidos de la mano y le sentía temblar de miedo. Una puerta se abrió y la luz del día nos cegó la mirada. Llegamos a una galería, delimitada en sus tres lados por finas columnas. Más allá de esas arcadas, se abría la extensión del cielo sin nubes, del mar que centelleaba bajo la luz del sol. Entre macetas con arbustos en flor, una mujer nos observaba seriamente. Estaba quieta. En el calor y la calma, ni un pliegue de su vestido se movía, ni un mechón del largo pelo que le bajaba por los hombros. Con su mirada, nos atrajo hacia ella. Cuando estuvimos cerca de ella sonrió, levantando casi imperceptiblemente las comisuras de la boca. Volvió las

palmas de las manos hacia arriba y envolvió nuestras manos con un apretón frío y firme.

La vida con Isabel fue sinónimo de tranquilidad y regularidad. No estábamos acostumbrados a vivir más de dos o tres semanas en el mismo sitio. Nunca habíamos recibido clases, ni conocíamos otros juegos más que saltar y correr, luchar y otras travesuras a las que recurre un niño empujado por el aburrimiento. En compañía de las hijas de Isabel, Bona e Hipólita, fuimos iniciados en las habilidades y los placeres más cortes: el canto, el baile, tocar el laúd, leer y escribir. Rodrigo y yo teníamos cada uno nuestro propio preceptor; el mío se llamaba Baltasar Bonfiglio y era, asimismo, el bibliotecario de Isabel. En la corte de Bari se hablaba tanto español como italiano, una usanza a la que estábamos acostumbrados desde siempre.

Isabel nunca olvidaba que era una Aragón. Por su rama española tenía aires reales, la elegancia severa y distinguida y la pasión contenida de las grandes mujeres de los romances, como doña Ximena o doña Inés. El destino le ofreció la posibilidad de mostrar con qué profundidad se habían arraigado en su ser esas cualidades. Jamás he oído de su boca una queja, una acusación, un reproche. Ninguna mujer sabía callar mejor que ella. Un día, en mi presencia, un enviado de Milán elogió su resignación en la desgracia. Con una sonrisa respondió:

—Para mí, el horizonte se ha reducido a un solo punto. En él se fijan mi mirada y mis pensamientos. La fe mueve montañas, maese, y mi voluntad es fuerte como la fe. Pero, ¿qué significa la voluntad sin la paciencia?

El enviado le preguntó qué satisfacción encontraba en una espera que debiera parecer infructuosa.

—La forma, el estilo. Y, ¿quién se atreve a decir infructuosa? No malgasto mi paciencia, maese. Se puede marchar.

Volviendo la vista atrás, sé ahora que la experiencia más amarga de su vida, más difícil de aceptar aún que la humillación, el exilio, la muerte de sus hijos y la soledad de sus últimos años, debe haber sido darse cuenta de que, efectivamente, había estado esperando infructuosamente.

Cuando Rodrigo y yo llegamos a Bari, Bona tenía quince años: ya era casadera, era una chica alta, enjuta, con la nariz torcida y la tez pálida que, según dicen, son hereditarias del linaje de los Sforza. Nos dominaba, nos dirigía en el juego, las clases y también en otras actividades. Su comportamiento decidido y su lengua afilada le conferían la autoridad de un adulto. La forma que Isabel tenía de cuidarnos se hacía patente en ciertas medidas, tales como la elección de libros y música, de las comidas que nos servían, de la ropa con la que nos vestían, de las posturas y las palabras de los preceptores, del maestro de esgrima, del mariscal y de otros miembros del séquito con los que estábamos en contacto a diario. Isabel escuchaba, observaba, reflexionaba en silencio sobre la línea de conducta a seguir. Raras veces intervino directamente.

Bona, por otra parte, nos regañaba, castigaba o recompensaba en el acto, actuaba de árbitro en disputas y de consoladora en la tristeza o los accidentes. Lo sabía todo

—o hacía como si lo supiera—, y eso fue lo que más nos impresionó de ella. En sus arrebatos comunicativos, nos llamaba a su lado, en algún lugar, en una estancia desierta o en alguno de los jardines de las azoteas, y nos contaba con todo detalle, apasionadamente, lo que recordaba o lo que sabía de oídas, de su pasado en Milán: cómo a su padre, el legítimo duque, su pariente Luis el Moro le arrebató todo el poder y finalmente le envenenó; cómo habían insultado y humillado a su madre, a su hermano, un crío todavía, y le habían llevado por la fuerza y dejado fuera de combate.

—El Moro, ese bandido, ese asesino, trajo a los franceses a Lombardía para esclavizar a Italia y repartirse luego el botín. Pensaba que podía engañar y traicionar al rey de Francia, como engañó y traicionó a mi padre; pero cayó en la trampa, y ahora está preso en Francia, encadenado como un mezquino ladrón, mientras los franceses gobiernan Milán, donde mi hermano debería ser dueño y señor. Nunca más podrá alegar derechos sobre su herencia, porque le forzaron a hacerse sacerdote cuando aún no comprendía lo que ello implicaba. El único sucesor de los Sforza se hizo abad en un monasterio francés y nosotras, mi madre, Hipólita y yo, somos aquí unas impotentes exiliadas. Y no existe en toda Italia, ni fuera de ella, ni un alma que salga en defensa nuestra y que defienda nuestros derechos. Soy la mayor de los hijos de mi padre, y debería haber sido hombre. Acabaré por volverme loca con la idea de que, durante toda mi vida, seré testigo de nuestra derrota sin poder nunca mover un dedo para cambiar la suerte.

Lo que dijo Bona no cayó en saco roto. Tenía un solo deseo: llegar pronto a la madurez para expulsar a los ocupantes franceses de Milán, y rehabilitar a los Sforza. Quería servirles, dar mi vida por ellos, si hacía falta. Las historiéis de Bona se fundían en mis pensamientos con las novelas épicas españolas que solía deletrear bajo la supervisión de maese Bonfiglio. El palacio ducal de Milán —según Bona, una serie de palacios rodeados por una inmensa fortaleza— dominaba todos mis sueños. Me imaginé incorporado al linaje de los Sforza para siempre. Olvidé que era un Borgia. Todos los lazos entre Rodrigo, yo y nuestro pasado parecían rotos, aunque bien sabíamos que Lucrecia nos mandaba cada año desde Ferrara regalos y dinero para nuestra manutención. Me consideraba como el paladín de Isabel: no podía imaginarme otro futuro que no fuese una vida caballerosamente dedicada a ella y a sus hijas. Rodrigo era mi eco; pero para él todo esto era fundamentalmente un juego.

Poco a poco, tuve conciencia de que existían tensiones ocultas bajo la aparente calma de la vida en la corte de Isabel. Esa paz era engañosa. En el castillo reinaban una tranquilidad y un orden ejemplares, en el que cada miembro del séquito tenía asignada su propia tarea diaria, la cual se llevaba a cabo con dedicación. El aire estaba impregnado del olor de las flores de los jardines de las azoteas, y del sonido del canto y de la música de laúd. En medio de todos, Isabel se movía en silencio, con una vaga sonrisa en los labios y la mirada baja sumergida en sus pensamientos. Con el paso del tiempo, aprendí a entender por qué miraba directamente a los ojos en tan

pocas ocasiones. Su mirada la delataba; era, tras un fino velo de melancolía, aguda y tensa, escrutadora, al mismo tiempo lúcida y fanática. La vida entera en Bari transcurría bajo la consigna de la espera. Isabel y todos los que compartíamos su exilio considerábamos Bari como un alto en el camino. Nuestros corazones y nuestros pensamientos estaban en Milán. Los mensajeros iban y venían, informaban sobre los acontecimientos en Lombardía, llevaban cartas de Isabel a fieles de tiempos pasados. Isabel no hablaba apenas de estas cosas delante de nosotros, pero Bona nos hacía saber que su madre mantenía contactos con ciudadanos de Milán que querían liberar la ciudad del yugo francés. Su principal corresponsal era Girolamo Morone, que había sido secretario de El Moro, pero que luego se pasó al bando de sus enemigos. Una traición que, por lo demás, no nos pareció grave, porque a nuestros ojos, El Moro, el usurpador, era un criminal y todo lo que pudiera dañar, una pena bien merecida.

—Pero, ¿qué importa, qué importa? —decía Bona, mientras paseaba delante de nosotros de un lado para otro con movimientos violentos, torpes—. ¿De qué nos sirve la tenacidad de mi madre y las intrigas de maese Morone? Estamos demasiado lejos de Milán; no tenemos amigos, dinero, tropas, nada, y aun cuando un día se expulse a los franceses, mi hermano nunca podrá ser duque. ¿Por qué seguir esperando? Es inútil.

Pero esa esperanza dominaba la vida de Isabel. El sonido del viento y del mar, la vista siempre igual, a lo lejos, sobre la ciudad de Bari en las cordilleras azules, el silencio en el castillo, la monotonía de los quehaceres cotidianos, no distraían su atención de la meta que se había impuesto a sí misma.

En 1506, Hipólita murió de una enfermedad de la garganta. El luto hizo más asequible a Isabel. Los únicos niños que le quedábamos éramos Rodrigo y yo, ahora que Bona actuaba como una adulta. Ocupábamos para ella el lugar del hijo ausente, de la difunta Hipólita. En las reuniones íntimas, se quitaba a veces la máscara que mostraba al mundo exterior. Reía raras veces, hablaba poco. Pero la mujer que nos recibía en la intimidad de sus habitaciones era totalmente distinta a la que aparecía en público entre cortesanos y sirvientes. Los que la conocían superficialmente interpretaban su silencio y dominio de sí misma como un signo de frialdad. En la corte francesa conocí a algunas personas que recordaban a Isabel del tiempo de la primera campaña del rey Carlos en Lombardía. La llamaban *sage et courageuse*, pero tenían mejores palabras para los encantos de Beatriz d'Este, la joven esposa de El Moro. No me extraña que pasaran inadvertidas las cualidades de Isabel al lado del proverbial resplandor del usurpador y su duquesa. Permitted a pocos adivinar que, bajo las cenizas, aún ardía una chispa de fervor. Tal vez haga falta conocerla tan de cerca como yo para saberlo. Aun ahora me persigue el recuerdo de esa sonrisa vaga e inescrutable, de su mirada llena de amargura, melancolía y determinación. Algo parecido volví a encontrar en la cara de la marquesa de Pescara.

Hay todavía otra semejanza. En Francia circulaba el rumor de que Sforza había cumplido sus deberes conyugales únicamente bajo la coacción de parientes y asesores. Isabel tenía el cuerpo de una mujer que es madre, pero que no ha conocido el amor; a pesar de toda su madurez, su postura y sus gestos eran los de una doncella. Maese Aretino había elogiado la castidad de la marquesa de Pescara. Incluso sin esa información hubiera comprendido que vive como una monja. Pero, ¿qué me importa esa extraña, y por qué sigo pensando en ella? Las mujeres han despertado mis deseos, pero raras veces han ocupado mis pensamientos, y nunca han llegado a mi corazón. ¿Me fascina porque se parece a Isabel? El golpe que recibí cuando apareció, me hizo comprender la inmensidad de la influencia que mi madrastra tuvo sobre mí.

Para conseguir su aprobación, quería formarme según la norma que ella aplicaba. Era todavía un niño y no tenía juicio propio, no sabía nada de mí mismo. Copiaba la caballerosidad, el orgulloso sentimiento de dignidad, el distinguido dominio de sí misma, al igual que uno se pone un atuendo extraño pero hermoso de una forma seductora: se hace ostentación de ello, sin darte cuenta de que no te sienta bien, porque lo cortaron a la medida de otro. Probablemente, también en ese sentido me identificaba con Rodrigo, cuya apariencia y actitud de pequeño príncipe lucían más en Bari que en el ambiente de invernadero de la estancia de Vannozza. Olvidaba que Rodrigo era un primo carnal de Isabel, hijo de un Aragón, y yo no.

Dos acontecimientos cambiaron mi vida: un viaje que hice inesperadamente en compañía de mi preceptor Bonfiglio y la visita a Bari de Alfonso d'Este, el marido de Lucrecia. Sólo más tarde llegué a sospechar la relación entre esos acontecimientos. Me enfrenté a situaciones que no comprendí entonces, y que tenían su origen en hechos desconocidos para mí. El viaje era una aventura, justamente por sus circunstancias misteriosas, pero la visita de Alfonso d'Este, duque de Ferrara, tenía para mí un carácter ominoso desde el principio.

Un día —tenía nueve o diez años—, Isabel me hizo llamar a su *studiolo*, una habitación donde guardaba libros, pinturas, y fragmentos de esculturas antiguas. Cuando entré, vi cómo entregaba unas cartas a maese Bonfiglio.

—Aquí llega don Giovanni —dijo mi madrastra—; cumpliréis con mis órdenes a no ser que en Carpi se decida otra cosa.

Comprendí que estas palabras significaban el fin de una larga conversación y que el contenido de ésta había de quedar oculto para mí. Maese Bonfiglio salió de la habitación con las cartas. Isabel se quedó mirándome en silencio durante un tiempo. Finalmente, me dijo que iba hacer un largo viaje para visitar a Alberto Pio, señor de Carpi, una región de los alrededores de Ferrara. No debía hacerle preguntas, ni podía explicarme el cómo y por qué de esa excursión.

—Si no se te aclaran allí ni una ni otra cosa, no muestres asombro. En ese caso, nos veremos de nuevo dentro de poco. Confía en maese Bonfiglio en todo.

La pregunté si Rodrigo vendría conmigo. Negó con la cabeza.

—Ven aquí. Mírame. ¿Qué recuerdas de antes de llegar a Bari?

El hecho de que pueda reproducir esta conversación casi palabra por palabra se debe sobre todo a que nunca he olvidado la reacción tan impetuosa que produjo en mí esta pregunta. Antes de llegar a Bari, mi vida había estado vinculada a César. Mi primer pensamiento estaba dirigido a él.

—¿Está en libertad? ¿Le han soltado? ¿Se ha escapado?

—Hay personas a las que no sueltan una vez capturadas. No es probable que le vuelvas a ver más. Tiemblas de emoción. ¿Tanto te importa él?

—Sí, es mi padre.

Isabel frunció las cejas y miró al suelo. Su silencio me desconcertaba. A causa de ese silencio, mis palabras cobraron más énfasis. Era la primera vez que, abiertamente, llamé a César mi padre.

La expectativa de navegar en un barco me llenaba de intranquilidad. No podía pensar en nada más. Olvidaba que no sabía por qué viajaba a Carpi y tampoco lo que iba a hacer allí. La travesía prosperaba, con tiempo despejado y el mar en calma. En el puente se había montado una tienda para maese Bonfiglio y para mí; durante el día, estábamos allí a la sombra, y por la noche dormíamos protegidos del viento por alfombras. Era agosto. El sol hacía resplandecer el cielo de horizonte a horizonte, y cuando había anochecido las constelaciones yacían destellantes sobre la negrura. Navegábamos siempre avistando la costa. De día, cuando maese Bonfiglio estaba leyendo o durmiendo en la tienda, miraba, bajo el arco protector de mis manos, a lo lejos, los pueblos y castillos en las rocas, mientras los marineros en las entrecubiertas trabajaban y la fila de remos subía y bajaba con regularidad, y los delfines saltaban jugando sobre la espuma. Finalmente, la galera echó el ancla, mucho antes del alba, en Toile, en la desembocadura del Po. Los criados armados de Alberto Pio nos aguardaban en tierra con los caballos. Emprendimos una larga y dura cabalgata a través de un paisaje que se me antojaba tan extraño como si estuviera al otro lado del mundo, un paisaje llano, verde y rico en agua. Hacia la noche, atravesamos una zona pantanosa; me adormecí con el croar monótono de las ranas, inclinado hacia delante sobre el cuello de mi caballo, de tal modo que llegué totalmente dormido a nuestro destino.

De la estancia en el castillo de Carpi, sólo ciertos acontecimientos han quedado grabados en mi memoria. A Alberto Pio no le vi más que una o dos veces en el transcurso de esas semanas. Era, por aquel entonces, un personaje igual de importante en el partido pro español como lo es hoy en día entre los pro franceses. El otro día le vi pasar camino de la sala de audiencia. Ahora es enviado francés en Roma. Ha perdido Carpi, que ha sido ocupado por las tropas imperiales. Según dicen, tiene buenas esperanzas de recuperar su posesión. Parece que no es la primera vez que

cambia de bando, y pierde castillo y tierras por ello. Probablemente, apenas se acordará, o no querrá acordarse, de mi visita. Por otro lado, está por ver si, dadas las actuales circunstancias, puede ayudarme a ascender, en el supuesto de que le quisiera recordar nuestro anterior encuentro.

Entonces, hace diecisiete años, iba casi siempre acompañado por los hijos jóvenes de Pio. Cazábamos pájaros en los pantanos, practicábamos juegos de dados o naipes en el patio o estábamos tocando música con las mujeres y chicas de la familia en una galería adyacente a los jardines. Amigos y parientes de Pio le hacían a menudo visitas, acompañados de un gran séquito, caballos y perros. No se hablaba más que de las hazañas bélicas del pontífice (en aquel tiempo, Julio), quien se dedicaba a fortalecer el estado eclesiástico a expensas de los pequeños principados. Durante mi estancia en Carpi, cayó la ciudad de Perugia. Consideré como un signo de mi mayoría de edad el que pudiera estar presente en estas conversaciones. Así pues, escuchaba atentamente, imitaba a los adultos, aunque no comprendía ni la mitad de lo que se decía.

Una tarde, Baltasar Bonfiglio vino a buscarme a los establos, donde miraba, con los hijos de Pio, cómo herraban un caballo. Me vistieron con mis mejores ropas, me rociaron con perfume y luego me llevaron a los aposentos de la señora de la casa. *Madonna Emilia* en persona me abrió la puerta.

—Aquí está, *vostra Signoría* —dijo, volviéndose hacia alguien que estaba en el borde de la suntuosa cama, en la profundidad de la habitación. Me empujaron hacia adelante, haciéndome tropezar y caer de rodillas. La extraña se inclinó hacia delante para ayudarme a levantarme. Sus guantes olían a jazmín. Me cogió por las muñecas con un apretón acariciador y con una leve sonrisa. Un velo cubría su cara hasta el mentón. Vi brillar vagamente sus ojos tras la fina tela, pero no podía distinguir más. Me llevó hacia ella con un movimiento rápido y vehemente. Su olor me adormecía. Sentí mover sus labios justo debajo de mi oreja.

—¿Joan de Borja? ¿Giovanni, Gianni, Giannino?

Nombres afectivos que sonaban como una pregunta. No comprendí lo que quería decir, por lo que me quedé en silencio, confuso, de pie delante de ella. Llevaba un collar del cual colgaba, entre sus senos, una piedra verde en forma de delfín. Empezó a hacerme preguntas en español: ¿Era feliz? ¿Me lo pasaba bien en Bari? ¿Había algo que quería tener? ¿Quería mucho a Rodrigo, era él más pequeño que yo, se parecía a mí, qué era lo que más le gustaba hacer?

Di las respuestas que se esperaban de mí. Maese Bonfiglio añadía lo que se me olvidaba, o lo que callaba por un sentimiento inexplicable de vergüenza.

Luego, por la noche, la mujer desconocida vino a la habitación que compartía con maese Bonfiglio. Estaba acostado, flotando en un duermevela. Escuché su voz y la de mi preceptor, pero no entendí lo que decían. Finalmente, entreabrí mis ojos. Estaban juntos en la mesa. Vi cómo Bonfiglio le entregaba las cartas de Isabel, y cómo ella

sacaba a su vez oro de un monedero. Cuando, después, se aproximaron a la cama, me hice el dormido. Bonfiglio corrió las cortinas y sujetó el candelabro.

—No le despierte —dijo susurrando la mujer.

Tocó mi cara, mi cabello y luego me quitó la sábana con cuidado. La idea de estar desnudo y de que así era observado por aquella mujer extraña, me hacía sudar de vergüenza y enojo. Estaba físicamente bien desarrollado para mi edad; solía exhibirme con cierto orgullo en el baño o en el juego, ante Rodrigo y otros camaradas. Pero esto era distinto. Me sentía indefenso y a su merced, sumergido en una corriente caliente, excitante. Finalmente, la mujer me tapó, despacio, acariciándome, pero sin rastro de maternidad; esto era, sobre todo, una experiencia nueva y desconcertante. El delfín rozó mi mejilla. Mucho tiempo después de que se hubiera ido, su olor a jazmín flotaba bajo la tienda de la cama. Me preguntaba por qué creía necesario esconder su rostro tras un velo, por qué había hablado en español. Por primera vez desde que salí de Bari, me daba cuenta de que no conocía el motivo de mi viaje. Identifiqué ese motivo con la misteriosa figura de la mujer. Más tarde, durante mis años de errancia por Nápoles, cuando me atormentaba más vehementemente la duda sobre mi ascendencia, me reproché mi sumisión infantil a esos enigmas. Nunca antes creí en serio que la visitante de Carpi podría haber sido Lucrecia, aunque a veces me asaltaba ese pensamiento. Si fuera así, ¿por qué no me revelaría su identidad la madre de Rodrigo, nuestra pariente y tutora?

En Carpi, tuve la sensación de que jugaba un juego con maese Bonfiglio, la familia Pio y, a lo lejos, mi madrastra; uno de esos juegos aparentemente sin sentido, misteriosos y complicados como los que aparecen en las novelas de caballerías y con los cuales se pone a prueba al protagonista de una forma u otra. Lo que había detrás de ello era secundario. Lo principal, en este caso, era la promesa que había hecho a Isabel: no mostrar asombro, pasara lo que pasara. Por eso, no hice preguntas cuando me di cuenta de que la mujer del delfín había vuelto a desaparecer. Nadie hablaba de ella: era como si nunca hubiera estado allí. Comprendí que el silencio era un elemento indispensable en este juego. Con el silencio tenía ocasión de ocuparme de nuevo de las experiencias adquiridas en Carpi. El viaje era mi iniciación al mundo del pensamiento que se abre paso tras las reacciones poco conscientes de la infancia. Había escuchado injurias dirigidas al papa Julio, que casi rayaban en la complicidad de una conspiración; había tendido trampas furtivamente con los hijos de Pio en el pantano, y luego torcido el cuello de los pájaros que cazábamos. Tampoco logré olvidar el olor, el calor corporal y las suaves caricias de la mujer extraña.

Maese Bonfiglio y yo volvimos a Bari. Durante el viaje, observaba continuamente los delfines. Maese Bonfiglio me contó que siempre juegan en parejas con las olas. Si un delfín pierde a su pareja, muere de dolor. Son despreocupados y extremadamente cariñosos, fieles acompañantes de *Venus Anadyomene*.

De vuelta en Bari, Rodrigo me pareció un niño. También a Isabel la vi con otros ojos. Su rostro no se escondía tras un velo, y tampoco percibía olor a jazmín

alrededor de ella; sus manos no acariciaban, su voz no tenía un sonido halagador. Ahora que soy más experto en esa clase de cosas, sé reconocer rápidamente la irradiación física y seductora de una mujer que ama y es deseada. Isabel no poseía esa atracción, ni tampoco la posee la marquesa de Pescara. Mi madrastra jamás me preguntó por las experiencias de Carpi. Cuando, tras mi regreso, me saludó por primera vez, me miraba de forma inquisitiva, pero no me daba ocasión de formular preguntas o de hablar sobre lo que me había sucedido allí. Lo que tomé por el comportamiento autoritario de una mujer sabia, era en realidad impotencia, una sensación de malestar. Pero entonces no lo comprendí todavía. Rodrigo me asedió con sus preguntas, pero a él no le quise contar nada. Por primera vez, tuve plena conciencia de la diferencia de edad entre nosotros.

Con la visita a Bari de Alfonso d'Este, el marido de Lucrecia, mi infancia se acabó para siempre. Su llegada tenía un doble objeto: anunciar que César había encontrado la muerte en España y llevarse a Rodrigo a la corte de Ferrara. Pero Rodrigo no quiso. No se acordaba de su madre y desconfiaba de Alfonso, que le había negado la entrada en la corte mientras no tuviera sus propios herederos. La resistencia de Rodrigo era la causa del aplazamiento indefinido de la mudanza a Ferrara. A mí, ni me mencionaron. Hasta entonces, Rodrigo y yo habíamos sido iguales. Nos habíamos considerado el uno al otro como parientes íntimos, como hermanos de la misma sangre. Nos trataron de la misma manera, con igual distinción. Los dos llevábamos títulos nobiliarios de regiones que César había conquistado en la Romagna: Rodrigo, de Sermoneta; yo, de Nepi y Camerino. Aunque bien sabíamos que no los podíamos reclamar, no se nos ocurrió dudar ni un momento de nuestro derecho a una educación principesca y a una veneración semejante. En el mundo que conocíamos, el mundo de Isabel, soberana destronada y princesa desterrada, una persona no perdía su prestigio cuando el destino le era adverso.

Me llamó la atención que Alfonso d'Este, su séquito y, al poco tiempo, también el séquito de Isabel, dieran preferencia a Rodrigo en todas las circunstancias. Comprendí que no sólo la cortesía hacia el hijo del duque de Ferrara podía ser la causa de esta actitud. Percibí miradas y alusiones que se referían a mí y que no comprendí. Entre los cortesanos, se levantaba un susurro que se apagaba antes de que pudiera escuchar lo que decía, pero que se reanudaba en cuanto me había dado la vuelta para irme. Aún más ofensiva me parecía la forma en que Alfonso d'Este me trataba. En el primer encuentro, me dedicó su atención como si se tratase de la inspección de un caballo o un perro de caza. Estaba con las piernas abiertas en medio de la sala, con los pulgares en el cinturón. Un abrigo de mangas de fuelle acentuaba la anchura de su busto, la fuerza de sus brazos y sus hombros. El pelo de su barba relucía con un brillo rojizo, como un fino alambre. Me acerqué a él con respeto. Ya por aquel entonces era un hombre famoso; se decía que fundía con sus propias manos

sus cañones y balas, y que podía alzarse por encima de una viga transversal incluso a caballo.

Me miró larga y atentamente de pies a cabeza sin decir una palabra. No había rastro de benevolencia en su mirada. Esperaba un gesto, un saludo, como le hubiera correspondido a Rodrigo. Pero, de repente, se dio la vuelta dejándome allí, y se dirigió a Isabel. Ella había presenciado en silencio esa inspección, que, de forma inexplicable, me recordaba el día que me habían visto desnudo los ojos de la extraña visitante nocturna.

En los días que siguieron, el duque de Ferrara ya no me hizo caso, aunque formaba siempre parte de la comitiva. Pero más incomprensible aún me pareció que mi madrastra y Bona me trataran con una gran reserva. Me empujaron sin previo aviso en la oscuridad y me dejaron solo. Tan pronto superé los primeros sentimientos de miedo y confusión, me propuse descubrir a qué se debía ese trato. Después de la visita de Alfonso d'Este empecé a considerarme a mí mismo, mi propio destino y la causa de mi posición excepcional, infinitamente más importante que la prosperidad y la adversidad de Isabel y su familia. Me di cuenta de que mi deber principal era servirme a mí mismo. Me siento satisfecho por haber llegado tan pronto a comprenderlo.

Palabras que escuché por casualidad me pusieron sobre la pista: en mi nacimiento, en mi ascendencia, estaba la clave del comportamiento enigmático de la gente a mi alrededor. Por primera vez tenía conciencia de la diferencia de cuna entre Rodrigo y yo. Él era el hijo legítimo de Lucrecia y príncipe de la Casa de Aragón. ¿Y yo? Mi padre debía de ser César Borgia, según creía. Jamás había pensado tan siquiera en la existencia de una madre. Cuando era aún un niño, oía hablar de la consorte de César, Catalina d'Albret, a la que había dejado sola en Francia después de la luna de miel. Estaba claro que ella no podía ser mi madre. Mi nacimiento tuvo lugar en la época en que César todavía llevaba la púrpura. Era, pues el bastardo de un cardenal. ¿Y qué? El papa Alejandro me consideraba digno de un ducado. ¿Por qué iba a ser yo menos que Rodrigo?

Cada vez que llegaba a este punto, me venían a la mente las palabras y modales de Vannozza. Me había detestado, tratado siempre con un sigiloso desprecio. Nunca dejaba que me faltase de nada, pero, a pesar de todos los cuidados, me hacía sentir su desgana. Era capaz de mimar de vez en cuando a Camila y Carlota, los otros hijos ilegítimos de César, tan cariñosamente como a su favorito Rodrigo. Sólo a mí no me había tomado nunca en brazos. Y qué decir, finalmente, de sus extraños arrebatos durante nuestra estancia en Castel Sant'Angelo. Me torturaba infructuosamente para hallar la coherencia en las palabras semiolvidadas y enigmáticas de una vieja mujer. Rodrigo me miraba con asombro cuando hablaba de estas cosas. No comprendía lo que quería decir; sus recuerdos no llegaban más allá de nuestra llegada a Bari. El enfriamiento en la actitud de Isabel y Bona hacia mí se le escapaba. Como siempre, él y yo estábamos juntos en los juegos, en las clases y en la práctica de armas. Para él,

nada había cambiado; para mí, todo. Rodrigo era un chico despreocupado, cautivado por nimiedades: un paseo a caballo, las bromas de los bufones, el hermoso vuelo de un halcón, una boina o un cinturón nuevos, una galera que pasaba muy lejos en el mar. Únicamente le torturaba el miedo de que le mandasen a Ferrara.

Ya entonces yo era reservado, con tendencia a la introspección. No quería derramar ni una lágrima por la actitud reticente de Isabel, pero día y noche me preguntaba cuál podía ser su posible razón. A primera vista, era tan bondadosa y serena como antes. Tal vez no hubiera tenido conciencia del cambio, si no hubiera valorado tanto su juicio hacia mí.

Una vez, unos campesinos le llevaron un águila real joven, caída de su elevado nido antes de aprender a volar, un animal espantoso, desnudo y ciego, que mantenía abierto el pico, y se había convertido en una fiera por el hambre. El séquito se divirtió con el pájaro; sólo Isabel lo observó en silencio, con una sombra de aversión y lástima en el rostro. Cuando vi fijados en mí sus ojos en los días posteriores a la visita de Alfonso d'Este, reconocí aquella mirada. Mi inseguridad aumentaba día a día.

Además, sentía cambiar mi cuerpo. Sabía que me estaba haciendo mayor; me llenaban nuevas pasiones, nuevas sensaciones, veía a la gente a mi alrededor con otros ojos. Era curioso e inquieto, deambulaba de sala en sala sin saber lo que buscaba o me esforzaba demasiado, de forma igualmente inútil, en las clases de lucha y equitación. Prestaba más atención, como es usual a esa edad, a los encantos visibles y escondidos de las damiselas que servían a Isabel que a los conocimientos librescos de maese Bonfiglio. Tampoco de esto podía hablar con Rodrigo; él era un niño y yo, un hombre.

En el año 1510, el hijo de Isabel se rompió el cuello en una cacería de la corte francesa. Es peligroso que un cazador nato salga a cazar con hábitos. Isabel escuchaba aparentemente impasible la ominosa noticia. Hacía diez años que se lo habían quitado; nunca más le había vuelto a ver, nunca había recibido una carta o una noticia directamente de él. Sabía que él la había olvidado y que se sentía contento en su papel de abad mundano de Noirmoutiers. Ella misma había deseado que fuera así, que se le ahorraran el pesar y el anhelo infructuoso. Cuando se lo arrancaron de sus brazos, guardó luto por él como por un difunto. Desde entonces, para ella ya no era su hijo, una parte de ella misma que añoraba con dolor, carne de su carne, sangre de su sangre, sino la encarnación del sueño que dominaba su vida: el regreso a Milán, la rehabilitación de los Sforza y los Aragón. Según Bona, nunca perdió la esperanza de ver a su hijo convertido en duque algún día. Estaba dispuesta a pedir de rodillas la dispensa pontificia. La esquela mortuoria de Francia destrozó esa esperanza. En silencio, sin lágrimas, Isabel sobrellevaba el luto, dando un ejemplo estoico de dominio de sí misma.

Aunque ya no me sentía tan unido como antes a Isabel, Bona y Rodrigo, me afectaba profundamente descubrir que Rodrigo estaba asumiendo paulatinamente el papel de heredero y sucesor en Bari. Este procedimiento en sí era hartamente natural:

Rodrigo era el hijo del hermano de Isabel. Ella podía alegar, con respecto a la ascendencia, casi tantos derechos sobre él como su propia madre, Lucrecia, en el terreno del cuidado, e incluso más. El mismo consideraba como un hecho probado que pertenecía a los parientes consanguíneos de su padre. Era un Aragón, de estirpe real. Se sentaba a la diestra de Isabel. En la corte, se murmuraba que nada era imposible: hijo, heredero, sucesor; un concepto, evidentemente, derivaba del otro.

En aquellos días, se produjo para mí el cambio de rango definitivo. Del círculo de parientes consanguíneos, fui desplazado a la *famiglia*, al séquito. Este proceso tuvo lugar tan gradualmente, que no me podía quejar de cierto trato humillante. Notaba la diferencia, pero no era capaz de indicar en qué consistía. De igual categoría y miembro de la familia de Rodrigo, me convertí en algo así como un hermano adoptivo, un camarada de juego de descendencia más baja. Todavía entraba y salía de los aposentos principales, tenía mi sitio en la cabecera de la mesa, en la delantera del cortejo de caza o la misa, pero se me antojaba que ya no se me concedía ese honor por descontado. Se había convertido en un favor que compartía con los bufones y los músicos de laúd de Isabel, el médico de cámara y el filósofo de la corte.

En un principio, Rodrigo, con toda seguridad, no tuvo conciencia de este cambio. Para él siempre seguí siendo el mayor, el confidente a quien se dirigía cándidamente. No sabía realmente nada de la misteriosa conspiración en contra mía, en la que, según me parecía, todo el mundo en Bari estaba implicado. Sin embargo, me invadía una y otra vez una duda con respecto a él. Le miraba con desconfianza, le increpaba o guardaba un silencio hiriente cuando iniciaba una conversación. Luego, me avergonzaba de mi suspicacia, que resultó ser infundada. Ese cambio repentino de humor demuestra en qué medida me sentía ya alejado de Rodrigo. Preferí seguir mi propio camino. Su presencia me molestaba; me incitaba cada vez más a menudo a chanzas y palabras bruscas. En contra de mi voluntad, me sentía obligado a provocarle. En la lucha y la esgrima empleaba todas mis fuerzas. Él no mostraba dolor y se tragaba sus lágrimas, pero esa caballerosidad era justamente lo que me enojaba. A veces, se enfadaba de verdad; lo que había empezado como un entrenamiento, degeneraba en una pelea enconada. En aquellos momentos, nos odiábamos. Cuando le pegaba una y otra vez, o le tenía controlado bajo mi rodilla, creía triunfar sobre Alfonso d'Este, sobre los altivos cortesanos napolitanos y lombardos de Isabel, sobre el enigma que me torturaba, sobre mi propio sentimiento de inferioridad. No le podía perdonar a Rodrigo que estuviera seguro de sí mismo, de su pasado, de su futuro. Saber que me temía me causaba una secreta satisfacción. Nunca se quejaba, ni a Isabel, ni a los demás. Sabía que era injusto con él, pero era demasiado orgulloso para mostrar vergüenza o arrepentimiento. Cuando tenía la oportunidad, le increpaba burlonamente o le golpeaba. Al principio, esos choques tenían todavía el carácter de un juego, pero poco a poco cambiaron para siempre. Nunca hablábamos sobre estas cosas, pero Rodrigo sabía tan bien como yo —de esto no cabe duda— que nuestra relación se había transformado hasta la médula.

Reparaba en que me miraba fijamente de reojo muchas veces, con una mirada sombría, recelosa. No se dejaba aventajar tan a menudo, y siempre estaba en guardia. Me evitaba tanto como yo a él. Nos distanciábamos, como nadadores a los que una corriente traicionera separa. A veces, me sobrevenía un sentimiento cercano a la desesperación, cuando pasaba a unos pasos de distancia sin saludar, los labios dispuestos con indiferencia en un silbar silencioso. Nuestro orden era ahora tal, que yo iba siempre detrás de él en el séquito de Isabel. Rodrigo era pequeño y delgado para su edad; pese a su postura digna, a veces daba la impresión de no estar a la altura de ciertas circunstancias. Había momentos en los que sentía no poder poner mi brazo alrededor de su fino cuello a modo de protección, como hacía antes. Ese sentimiento desaparecía en cuanto recordaba que, de nosotros dos, yo era el solitario y el amenazado. No se lo perdoné. ¿Por qué había de sentirme manchado, excluido; por qué circunstancias mi vida se diferenciaba de forma tan desfavorable de la suya?

Con el transcurso del tiempo, llegué a comprender que el linaje de los Borgia tenía mala fama. Parecía que César y el papa Alejandro se habían enemistado sistemáticamente con todos los altos cargos de Italia. Reparaba en ello cada vez que se abordaba el tema de la política en los años que pasé con Isabel. Además de las quejas conocidas, las acusaciones de usurpación, homicidio y traición, hubo más que no se declaraban abiertamente. Conforme crecía, aprendí a reconocer cada vez mejor el tono insinuante, la mirada significativa que acompañaban cada mención de actos y palabras de los Borgia. Me esforzaba en captar estas señales, que por otra parte no sabía interpretar. Una cosa estaba para mí más clara que el agua: fuera lo que fuera lo que hacía sospechoso el nombre de Borgia, a Rodrigo no se lo echaban en cara, mientras que a mí sí. También en otros aspectos él era un privilegiado. Resultó que, como miembro de la Casa de Aragón, estaba bajo la protección de la corona española, y que recibía todos los años grandes ingresos de la herencia de su padre. De mí no se ocupaba nadie: no poseía nada, salvo las pocas monedas de oro que me mandaba Lucrecia de vez en cuando. En aquel tiempo, creía que los enemigos de César le habían impedido tomar ciertas medidas con respecto a mí.

Cuando Rodrigo cumplió los doce años, recibió el título que había llevado su padre, o sea, duque de Bisceglie. Desde aquel momento, también asistía siempre personalmente a las reuniones con los mensajeros y los administradores de sus bienes en Bari, cuando éstos llegaban a presentarle las cuentas anuales. Esa nueva dignidad le volvió muy seguro de sí mismo. Cuando las tensiones entre nosotros se descargaban en riñas verbales o en peleas, yo ya no era indiscutiblemente el más fuerte. Su miedo había dado paso al desprecio. Aunque le tocaba llevar las de perder, leí en sus ojos el juicio sobre mis ataques incontrolados, y eso era tan grave como una derrota.

El castillo de Bari está construido sobre rocas que se alzan sobre el mar. Un camino descuidado lleva del castillo a una ensenada que hay abajo. Se llega a ese camino a través de una abertura que hay en una de las murallas, pasando por una serie de estrechos peldaños de piedra. El acceso al agujero de la muralla nos estaba terminantemente prohibido. Era, probablemente, la razón por la cual preferíamos jugar en aquel lugar cuando se nos ofrecía la oportunidad de hacerlo sin ser vistos. Nos imaginábamos que nos encontrábamos en la cueva del viento. La abertura espiraba corrientes de aire fresco, estaba semioscura y detrás de la tranquera, que se desplazaba con cierta facilidad, se abría el abismo. Lejos, abajo, escuchábamos el mar batiendo contra los escollos. La idea de descender el precipicio me atraía irresistiblemente desde el principio.

Cuando asomé por primera vez la cabeza para calcular la distancia y até una cuerda que había traído conmigo a un anillo de hierro que colgaba de la pared, Rodrigo se acurrucó inmóvil, quieto, detrás de mí. Era el período anterior a la visita de Alfonso d'Este; nuestra amistad todavía no arrojaba ninguna sombra. De modo que me sorprendió su falta de entrega en esa aventura. Me di la vuelta y le hablé; pero él no escuchaba lo que le decía. Estaba pálido, el sudor perlaba su frente, las aletas de la nariz le temblaban. Miraba fijamente la línea blanca del rompiente, allí abajo, por encima de mi hombro. Sosteniendo la cuerda, me descolgué por la abertura y bajé un buen trecho por la angosta escalera de huida. La luz del cielo y la del mar resplandeciente me cegaron; me mareó el espacio enrarecido y tuve que agarrarme a las piedras. Volví a subir y encontré a Rodrigo inconsciente en medio de su propio vómito. Luego me aventuré más lejos, hasta el camino donde los nidos de las golondrinas de mar se pegaban al despeñadero como escamas grises. Mientras vaciaba o arrancaba un nido, escuché por encima de mí los chillidos miedosos de Rodrigo:

—¡Cuidado, Giovanni, vuelve aquí, vuelve aquí!

Para impresionarle y persuadirle de que su miedo era infundado, me quedé allí el mayor tiempo posible. Cuando volví la cabeza, y aunque sabía que tenía que evitar hacerlo, un sentimiento de dulce cosquilleo en las plantas de mis pies me advirtió que ya era hora de volver. Sudoroso, sin aliento, entré reptando por el hueco de la muralla. Rodrigo vomitó otra vez. Desde aquel día, el miedo a estrellarse o a verme caer persiguió a Rodrigo hasta en sus sueños.

Nunca se atrevía a hacer lo que, con mucha temeridad, hacíamos yo y los pajes de Isabel: sentarse a horcajadas en las almenas de la galería, o en la balaustrada del jardín del tejado. Se quedaba mirándonos desde cierta distancia, blanco como ala de tordo, con los labios apretados. Nos reímos de él, pero su miedo venció a su vergüenza. Incluso entonces comprendí cuánto sufría con esa idea. Más adelante escogí a propósito su debilidad como blanco de las flechas de mi burla. Cuando teníamos una discusión, nunca dejaba de poner en ridículo ese vértigo que consideraba infantil.

—¡Cuidado, Rodrigo, hay un agujero de ratón detrás de ti! ¡Ese escalón es demasiado alto para su alteza, podrías perder el equilibrio!

Me recreaba emprendiendo escaladas peligrosas en su presencia: trepaba por una pared, una roca, un andamiaje. Una vez llegado arriba, le desafiaba a seguirme. Algunas veces, cuando estaba fuera de sí, se arriesgaba en un intento, que siempre tenía que dejar a mitad de camino. Pero estos eran triunfos superfluos para mí. Lo celebraba tanto más ruidosamente cuanto menos dominio tenía sobre él.

Supongo que me ocupo tan extensamente de su muerte, porque durante mucho tiempo me sentí culpable de ella. No deseé esa muerte; no tenía arte ni parte en aquel accidente... ¿o sí? El hombre tiene mucha habilidad para ver sus deseos más secretos como lo contrario de lo que son. Cuando vi amortajado el cuerpo destrozado de Rodrigo, me cegó durante un instante una idea que me hizo estremecer a mí mismo. Daría cualquier cosa por poder acordarme de ella.

Una mañana, en septiembre de 1512, poco después de la salida del sol, iba camino de la sala de armas por la galería abierta encima del patio. Miré hacia abajo y vi al mozo de caballos de Rodrigo haciendo guardia delante de la abertura que llevaba al camino de la muralla. A gritos le pregunté qué hacía allí, pero él meneó la cabeza y movió una mano de un lado para otro delante de la boca en señal de advertencia. Subí al adarve que daba al mar y me encaramé entre dos almenas para poder abarcar con la vista las rocas. Rodrigo ya había sobrepasado el lugar donde yacían los nidos de las golondrinas. Yo jamás me había arriesgado tan lejos: allí el camino era peligrosamente estrecho a causa de un derrumbamiento, y la roca resbaladiza no ofrecía asidero. Rodrigo avanzaba vacilante, paso a paso, buscando puntos de apoyo, agachado, a tientas. Finalmente, se detuvo para descansar a gatas. En esta postura esperpéntica, se parecía a un ternero asustado y desamparado que se ha alejado de la vaca y no se atreve a avanzar ni a retroceder. Me entró la risa. Rodrigo miró hacia arriba. Su camisa estaba rasgada, su pelo se pegaba, oscuro de sudor, a su frente y mejillas. Recorría con la mirada las murallas de Bari. Entonces me vio a mí. No me movía, no hacía ningún ruido; apoyándome entre las almenas, miraba hacia donde él estaba. Abrió la boca y gritó. ¿Pánico, triunfo? No lo sabré nunca. Extendió los brazos en un gesto vehemente, incontrolado, y cayó hacia atrás.



Durante los últimos días, no he recibido ningún encargo; sin embargo, tengo la consigna de quedarme en el Vaticano. Según parece, maese Morone me puede hacer

llamar en cualquier momento. De modo que el canciller de Milán vuelve a desempeñar un papel en mi vida. Reflexionando sobre lo que he oído y visto de él, me da la impresión de que el encuentro que se avecina entre nosotros está predestinado; la continuación, ampliación y conclusión de una serie de puntos de contacto iniciados con anterioridad. Una vez vi un cuadro de un maestro flamenco del siglo pasado. Representaba la visita de la reina de Saba al rey Salomón. Por ingenuidad o por ahorrar, el pintor había dibujado en el mismo lienzo, en un solo paisaje, todos los estadios del viaje. Muy lejos, al fondo en las montañas, se veía salir, más pequeña que un meñique, la figura de la reina; más claro, en un plano más cercano, cómo se dirige a los enviados a mitad de camino; pero, al mismo tiempo, en primer plano, tiene lugar el encuentro entre ella y Salomón, pintado a tamaño natural. Más o menos de la misma manera, parece que viene hacia mí desde el pasado la imagen de maese Morone, cada vez más grande y mejor perfilado. ¿Qué quiere de mí? ¿O tiene lugar ese acercamiento sin que él tampoco lo desee conscientemente? No hay ninguna razón para que se acuerde de mí. Le vi algunas veces en Bari, en medio de su séquito y los cortesanos de Isabel; jamás me presentaron a él ni me dirigió la palabra. No es posible que sepa que su presencia y las noticias de sus actos han influido de forma decisiva en mi vida.

El hecho de que Isabel se reconciliara con el hijo de su enemigo, El Moro, por consejo suyo, originó mi salida de Bari y su traición a Sforza; más tarde, fue la razón de que me alistara en las filas del estratega de Nápoles, Fabricio Colonna.

Tras la muerte de Rodrigo, decidí dejar Bari. Tenía quince años, los bastantes para valerme por mí mismo. La corte de Isabel ya no tenía nada que ofrecerme. Nunca más ocuparía la posición de un igual en rango y estaba fuera de lugar entre la servidumbre. Bari estaba aislado, lejos de todo lo que me atraía. Quería ganar fama y honor, principalmente para borrar la duda que latía dentro de mí y huir del recuerdo de la muerte de Rodrigo. En alguna parte, pensaba, debía de haber aún hombres que fueran leales al nombre de Borgia, que estuvieran dispuestos a apoyarme a mí, descendiente de un linaje poderoso en su día. ¿Dónde se habían metido los capitanes de César, los cardenales colmados de oro y privilegios por el papa Alejandro?

Esperaba una oportunidad para comunicarle mi intención a mi madrastra. Con Rodrigo, había desaparecido también la última muestra de intimidad entre ella y yo. Vivía retirada en sus aposentos con Bona y sus fieles. No la veía apenas y, cuando así era, ocurría casi siempre a distancia. Desde Ferrara, seguían llegando con regularidad envíos de dinero y ropa; las cartas iban dirigidas a Isabel, y nunca llegué a verlas. Maese Bonfiglio había reanudado sus labores en la biblioteca y las clases habían terminado. Iba de caza y me entrenaba con las armas con los señores del séquito de Isabel, los cuales toleraban mi presencia sin prestarme mucha atención.

Escuchaba sus conversaciones sobre política, su mutua jactancia y sus disputas. Aprendí muy bien a blasfemar y a decir porquerías; había tenido, como ellos, algunas aventuras con las doncellas y las chicas de los alrededores, aunque nada del otro

mundo: después de unas palabras, un poco de manoseo, se daban siempre por vencidas. Todo lo demás me proporcionaba, a la larga, poca satisfacción. No existía más diversión en Bari.

La inquietud —que durante el día me torturaba— y el miedo —que lo hacía por la noche— eran peores que el aburrimiento. Me parecía ver la figura de Rodrigo en las sombras y en la oscuridad; en el susurro del mar creía reconocer su voz. Aunque no le hubiera empujado yo al vacío, en cierto modo me sentía culpable. Ese sentimiento lo he llevado conmigo a todas partes desde entonces. Ahora sospecho que mi sensación de culpabilidad iba más allá de lo ocurrido con Rodrigo, que es un sentimiento antiguo, hereditario como el parecido físico. ¡Sabrá Dios qué actos y pensamientos de un linaje muerto tengo que pagar yo con esta inquietud!

En la primavera de 1513, un mensajero de Lombardía anunció que Maximiliano Sforza, el hijo mayor de El Moro —el cual se encontraba bajo la protección del emperador—, había aceptado el señorío de Milán, que por fin se había librado de los franceses. Yo estaba disgustado, porque Isabel envió de inmediato felicitaciones al heredero del hombre que había sido su peor enemigo. Una delegación del nuevo duque apareció no mucho tiempo después en Bari. Me señalaron al jefe de la comitiva, un hombre feo, vestido con una toga negra de jurista: maese Morone, el anterior secretario de El Moro, ahora nombrado canciller ducal.

El objetivo de esa visita se mantuvo al principio en secreto, lo cual no era de extrañar. Isabel, seguramente, debió superar una gran resistencia interior antes de tomar una decisión. Dio una fiesta antes de que partieran los enviados, y en ella comunicó al séquito y a los invitados que prometía en matrimonio a la única hija que le quedaba, *madonna* Bona Sforza, a su estimado pariente, Maximiliano Sforza, duque de Milán. Morone puso un anillo en el dedo de Bona en representación del novio. Lo hizo de prisa y en silencio, con un gesto de disculpa antes de tocar la mano de Bona. El contrato matrimonial, firmado por las dos partes, se mostró a todos los presentes. Isabel volvió a enrollar el pergamino en la mano como se sostiene un cetro. Cuando vi a las dos mujeres juntas, una al lado de la otra —Bona rígida, controlándose; Isabel, temblando de una emoción que ya no podía disimular—, comprendí que también había llegado el momento para mí. Habían conseguido su objetivo; aconsejadas por Morone, siguieron el único camino posible. Milán ya no era un espejismo, sino la tierra prometida por fin alcanzable en el horizonte. Bona y su futura prole eran la rama legítima de los Sforza, nuevamente rehabilitada. Restaba sólo el viaje a Lombardía y la celebración del matrimonio en el ancestral *Castello*. Aunque debo admitir que Isabel no podía obrar de otra manera, a mis ojos había perdido su aura de invulnerabilidad.

Esperé hasta que los invitados y los enviados de Milán se hubieron marchado, antes de solicitar a mi madrastra una entrevista. Mientras yo hablaba, ella estaba inmóvil, con la mirada baja y una vaga sonrisa en los labios, en una postura que conocía muy bien. Miré hacia donde ella estaba. Por primera vez, vi canas en su pelo,

arrugas marcadas entre las aletas de la nariz y las comisuras de la boca. Finalmente, alzó la cabeza.

—¿Así que te quieres ir? Bien. Lo entiendo. Escribiremos a la duquesa de Ferrara.

—No voy a ir allí.

—Es tu tutora, tu pariente consanguíneo. Te puede respaldar.

—Rechazo la ayuda que se quiere prestar a un bastardo que no es deseado.

Madre e hija intercambiaron una mirada. Pasé al ataque, temblando de emoción, porque finalmente tenía ocasión de decir lo que quería.

—Ya he vivido de la caridad durante suficiente tiempo. Soy más que un criado, pero menos que un señor. Siempre he vivido bajo la sombra de Rodrigo. No soy peor que nadie, ni mucho menos. Los bastardos llegan a ser comandantes, banqueros, cardenales. Desciendo de un linaje poderoso. Soy más Borgia que Rodrigo.

Isabel arqueaba las cejas y Bona, que estaba de pie detrás de su silla, hizo un gesto repentino.

—¿Qué es lo que has oído? —me preguntó mi madrastra.

—He oído que somos un linaje de traidores y asesinos. Pero, ¿acaso no lo son todos: D'Este, Montfeltre, Baglioni, Gonzaga, Médicis? Tomo buena nota. ¿Por qué es peor ser un Borgia?

Bona dio un paso hacia mí.

—César hizo matar al padre de Rodrigo en las escaleras del Vaticano, porque él...

—Silencio, Bona —dijo Isabel, con una voz clara y dura—. Son sólo sospechas. No sabemos nada con seguridad. No quiero que se repitan ciertas acusaciones bajo mi techo. Jamás he basado mi juicio en rumores. Ya es bastante grave que la duda haya envenenado nuestro pensamiento y turbado nuestra mirada... Giovanni, escribiré a Ferrara comunicando que respaldo tu decisión de marcharte. Un hombre es lo que quiere ser. Opino que te han de conceder la oportunidad de mostrar hasta dónde te lleva tu vocación. Te he visto crecer. Tenía motivos para seguir tu comportamiento muy atentamente. Rodrigo nunca tuvo nada de enigmático para mí. Quiero decirte francamente que no me gusta la expresión de tus ojos, ni la mueca que dibuja tu boca. Creo que tienes mucha oscuridad que combatir dentro de ti mismo. No me preguntes por qué. ¿Cómo sería capaz de explicarte algo que ni yo misma comprendo? Te deseo que llegues a conocer tu propia naturaleza y que la fuerces a adoptar una noble forma.

Se volvió hacia la pared, donde estaba su colección de pinturas —nos encontrábamos en el *studiolo*—, y me hizo señas de que me acercase. Miré el lienzo que me señalaba por encima de su cabeza. Lo conocía bien. Que yo recuerde, siempre había estado allí. Cuando iba al estudio de Isabel, aquel cuadro cautivaba mi mirada. Sobre el fondo de un paisaje crepuscular —rocas, cipreses, un lejano lago azul—, una figura medio oculta se arrodillaba entre helechos y matorrales bajos. El rostro vivía, se movía de un modo inexplicable. Nada de colores claros, ni formas bien determinadas, sino matices de luz y sombra, grados de profundidad en la perspectiva

reflejada con habilidad. Se tenía la impresión de estar mirando a través de una ventana. Por lo que se refiere a la figura que estaba en primer plano, todavía no sé si representaba a un hombre o a una mujer, a un niño o a un adulto, a un ser humano, a un ángel o a un demonio. La expresión de la cara parecía transmutarse mientras se la contemplaba.

Durante ese breve instante, en presencia de Isabel y Bona, vi en él primero crueldad y burla maligna; después, tristeza y compasión; y, finalmente, me parecía que la boca y los ojos sonreían, misteriosos, dulces y juguetones. Confuso, me di la vuelta y me encontré con la mirada inquisitiva de Isabel.

—Maese Leonardo da Vinci lo pintó para mí cuando vine a Milán para casarme. Añadió una explicación: esta es la cara que la naturaleza nos muestra, y muestra los rasgos de nuestras pasiones más secretas, de lo que poseemos en nuestra sangre, escondido, desconocido para nosotros mismos. A maese Leonardo le gustaba proponer adivinanzas. A veces, esa mirada me da escalofríos. Otras pienso: si los ángeles existen, tienen este aspecto. También me siento a menudo delante de este cuadro como si estuviera frente a un espejo. Míralo, Giovanni, y cuéntame lo que ves.

Comprendí lo que Isabel quería decir cuando, más tarde, en Francia, vi un cuadro parecido del propio maese Leonardo. Había trabajado allí para el rey Francisco I, y el lienzo se hallaba en el castillo de Amboise. En efecto, era misterioso y desconcertante, tan extraño y familiar como lo puede ser nuestra propia imagen en el espejo. El hombre que sabía dar parecido humano a manchas de moho, pecio y excrementos, mostraba en la cara y la figura del ser humano el parentesco con lo inanimado que nos rodea. Recuerdo a ese mago de los tiempos en que formó parte del séquito de César como ingeniero.

¿Qué intención tenía Isabel cuando me señaló el cuadro en su *studiolo*? ¿Qué delataría mi yo más profundo, describiéndole lo que me pareció ver en él?

Mis días en Bari estaban contados. Había pedido a Isabel que me enviara a Milán. Quería servir a Sforza. Por mediación de la anterior y de la futura duquesa, había de encontrar allí mi camino. Todo el mundo decía que la lucha en Lombardía no tardaría en estallar de nuevo. Francia se preparaba para reconquistar Milán. La amenaza de guerra era, por lo tanto, la razón del aplazamiento del viaje nupcial de Bona. Lucrecia temía, probablemente, que bajo esas circunstancias fuera al encuentro de una muerte segura si me dirigía al Norte. Nunca llegué a leer su contestación a la carta de mi madrastra. Desde Ferrara, volvió a mandar dinero y ropa y un buen caballo. De modo que Isabel escribió cartas de recomendación a sus amigos y parientes en Nápoles. Hacía por mí lo que podía. No obstante, a pesar de su benevolencia, tuve conciencia del alivio que sintió. Estaba distraída, intranquila. La boda de Bona, el viaje de vuelta a Milán y el final de un largo exilio la ocupaban por completo.

A modo de despedida, me regaló un cachetero que había pertenecido a Rodrigo. Siempre le había envidiado en secreto por su posesión; se lo regaló Alejandro cuando era pequeño. Desde entonces, llevo el arma siempre encima; se trata de un estilete de

Toledo bellamente cincelado. En el mango relucen los signos heráldicos de los linajes de Borja y Llançol. Aún recuerdo muy bien que a César le asaltó un terrible ataque de risa cuando el papa Alejandro le entregó este regalo a Rodrigo; ello enojó a Alejandro, y después tuvieron un violento altercado. Más tarde, César ayudó a fijar el puñal en el cinturón de Rodrigo; incluso dijo que él mismo había utilizado el arma durante un tiempo. No dejaba de soltar carcajadas. Creí entonces que era porque Rodrigo ofrecía un aspecto cómico con el gran puñal a un lado. Después he sospechado que el regocijo de César tenía otra causa.

La última persona de la que me despedí en Bari fue Bona. Cuando le deseé felicidad, frunció impaciente las cejas.

—¡Felicidad, felicidad! ¿Quieres ser malo? Maximiliano Sforza es un animal borracho, un hombre lujurioso, perezoso y estúpido. Si yo fuera un hombre, le echaría de Milán. Dado que soy mujer, sólo puedo conseguir mi fin metiéndome en su cama. Reconoceré a mi hijo como un verdadero Sforza, porque tendrá la sangre de mi padre en sus venas. Por supuesto, nadie tiene que compadecerse de mí, pues vivo sólo para esto. Desea conmigo que la lucha se resuelva rápidamente a nuestro favor y pueda viajar a Milán. Y admira a mi madre. Es, al fin y al cabo, obra suya que él me haya elegido a mí. Deseo que sepas jugar igual de bien los triunfos de tu vida. Manejas una baraja muy extraña, Giovanni. ¿Te acuerdas aún de las tantísimas veces que jugábamos antes a las cartas con Hipólita y Rodrigo? En tu honor he de admitir que nunca me di cuenta de que hacías trampa.

Me dio un leve golpe en la espalda y se volvió. La seguí con la vista. Poseía una figura angulosa, inflexible, la cabeza Orgullosa sobre el largo y delicado cuello. Llevaba un vestido adornado con los colores del escudo de Milán.

Salí de Bari para siempre no mucho tiempo después.

Sólo puedo evocar mis primeras andanzas por Nápoles con cierta ironía. A pesar de que llevaba conmigo a mi criado, mi caballo y un monedero bien lleno, no era más que un mendigo. Visité a todos los grandes señores con las cartas de recomendación de Isabel, con la esperanza de ser admitido en alguna corte: la del virrey, la del marqués de Pescara, la de Próspero o la de Fabricio Colonna. Me ofrecieron cortésmente una estancia, pero por boca del mayordomo o del secretario. Me consideraban como un invitado de los muchos que van y vienen a diario. El virrey me recibió una vez personalmente y, aunque fue muy afable, no me prometió nada. Pescara y los dos Colonna no estaban en Nápoles, sino con los ejércitos imperiales en Lombardía, para defender Milán. Ardía en deseos de ir allí también. Con un poco de respaldo de una persona influyente, seguramente hubiera logrado mi objetivo. Estaba decepcionado porque las cartas de Isabel no me servían de nada, y me irritaba mi propia inexperiencia. Cuando salí de Bari, montado en mi nuevo y brioso caballo, con mi mozo detrás de mí y las mulas que cargaban con mi equipaje, me consideraba un

hombre de mundo, libre, adulto. En Nápoles no quedaba mucho de esa soberbia. Pasaba los días en palacios extraños en una espera interminable. No sabía qué era lo que tenía que decir o hacer, a quién dirigir la palabra y a quién no. Cuando recorría las calles de la ciudad, estaba tan impresionado por lo que veía y escuchaba, que se me olvidaba adoptar el porte indiferente que caracteriza al noble. La curiosidad y la torpeza causaron mi ruina.

Me sentí halagado cuando dos jóvenes bien vestidos que hablaban en español, me dirigieron la palabra con un respeto fraternal frente a una posada. Los tomé por cortesanos del virrey. Delante de un vaso de vino les conté de dónde venía y qué buscaba. Prometieron interceder por mí ante un hombre poderoso de la corte. Pero antes me enseñarían las atracciones de Nápoles. Los días que siguieron fueron una borrachera de vino, amor comprado y peleas furiosas con otros festejadores. Cuando volví en mí, estaba estirado, medio desnudo, en una mesa de una taberna en alguna parte de los barrios bajos. Había perdido mi caballo, mi monedero, mi capa y mis botas. La ropa que aún llevaba estaba sucia y rasgada. En el camino había perdido, además, a mi mozo de caballos. Jamás le he vuelto a ver y no sé lo que habrá sido de él. Tambaleándome, busqué el camino de vuelta a la parte de la ciudad que conocía. El sol ardía en las estrechas calles empinadas; tropecé con montones de basura, mientras unas mujeres muertas de risa retorcían la ropa sobre mi cabeza.

Tuve que vender el contenido de mis cofres. No quería volver a Bari ni pedir ayuda a mi tutora Lucrecia bajo ningún concepto. Compré otro caballo; ya no era joven, pero andaba aún bastante bien. Durante un tiempo, vagué por los alrededores de Nápoles. Accidentalmente, fui a parar a una banda de salteadores, que me dieron caza como a un traidor cuando eché la soga tras el caldero. Más tarde, serví unos meses en el séquito de un noble que vivía en una finca no muy lejana de Benevento. Allí me enteré —era septiembre de 1515— de que los franceses, bajo el mando del rey Francisco I, habían derrotado a los ejércitos imperiales cerca de Marignano, y que la ciudad de Milán había vuelto a caer en sus manos. Sforza todavía estaba allí, atrincherado en el castillo, esperando refuerzos. En el sur se confiaba en que resistiría. El castillo de Milán se tenía por inexpugnable. Pero antes del invierno llegó la noticia de que el canciller Morone había traicionado y vendido a su señor a los ocupantes franceses, como había traicionado y vendido a El Moro quince años antes. Posteriormente, escuché en Francia otra versión de lo ocurrido. Según parece, Maximiliano Sforza, que no tenía muchas ganas de gobernar, ni de contraer matrimonio con Bona, iba con ellos a Francia, donde le habían prometido un puesto de honor y una vida fácil, medio cautivo, pero no muy en contra de su voluntad. Sea como fuera, es indudable que Morone colaboró en el desarrollo de las cosas. Tal vez por el bien de Milán, pero seguramente en perjuicio de Bona e Isabel. Para estas dos mujeres, la oportunidad de volver a Milán parecía perdida para siempre. El papa León abandonó a las tropas imperiales y firmó la paz con el rey Francisco I. No mucho tiempo después, los señores de Colonna y Pescara regresaron de Lombardía a

Nápoles. Fueron —Pescara lo sigue siendo— los líderes del partido pro español. Ya entonces se suponía que no se resignarían a la política del pontífice, sino que seguirían luchando con todas sus fuerzas contra la influencia francesa en Milán. En Benevento, se pregonaba que Fabricio Colonna reclutaba soldados para su adiestramiento. Era mi oportunidad. Quise acompañarlos a Lombardía, combatir a los franceses, liberar Milán, castigar a Morone con mis propias manos por su traición, llevar a Isabel y a Bona, en un futuro lejano, de nuevo al trono de los Sforza y, finalmente, ganar a cambio el reconocimiento de mi completa igualdad. Un ideal infantil. No vacilé: recogí todos mis bienes en un saco, ensillé mi caballo y cabalgué hacia Nápoles.

## **VII**

# **VITTORIA COLONNA**



abía qué enfermedad había contraído su marido en Pavía. Sabía, asimismo, que no debía hablar a nadie de su descubrimiento, ni siquiera con el propio Pescara. Su actitud lo puso de manifiesto desde el principio. Tras cada ataque de tos seca y martirizante en su presencia —¿cómo cabía la posibilidad de ocultarle las manchas de sangre en el pañuelo?—, la miraba con una mirada suspicaz, desafiante de antemano: no te atrevas a compadecerme. Rechazó de forma seca, al instante, la propuesta de un viaje a sus posesiones del Sur. Replicó que él no había venido a Roma para descansar. No hacía falta salir de la fortaleza de Novara para recuperar la salud. Allí le cuidaban muy bien. Vittoria se calló y apartó la cabeza para no dar a entender que aquella insinuación le había resultado desagradable.

Le conocía demasiado bien como para ignorar que no toleraría ninguna infracción de sus costumbres ni de sus propósitos. Se levantaba todos los días muy temprano y daba un paseo a caballo, aunque las cicatrices del muslo izquierdo todavía le hacían mucho daño durante el paseo. Después recibía a parientes, amigos, miembros del partido español. Desde que Vittoria le vio por última vez, se había dejado crecer una barba corta al estilo hispano. Vestía de negro. Su postura era más rígida, su gesto más parsimonioso; todo su ser parecía inmovilizado por la formalidad castellana. Malgastaba sus fuerzas intentando soportar el dolor estoicamente y ocultando sus ataques de debilidad. Su dominio exterior era total. La irritación y la cólera sólo se manifestaban cuando hablaba. Todas las conversaciones trataban de política. Pescara no escatimaba sarcasmos para ridiculizar la táctica de combate de los franceses, la diplomacia del pontífice y la actitud expectante de los estados italianos en general. Desdeñoso, declaraba que Francia merecía plenamente la derrota e Italia, la ruina. La fortuna del emperador era la incompetencia de sus enemigos. Su llegada a la ciudad se consideraba el acontecimiento más importante de la primavera y tanto sus amigos como sus enemigos querían conocer su opinión sobre la situación actual. Como un príncipe, concedía a diario numerosas audiencias.

Yo comparto el honor y el interés junto a él. Veo lo que se escapa a los visitantes, a los miembros de su séquito e incluso a nuestros parientes: cómo las sombras alrededor de las aletas de la nariz y las sienes se acentúan cada vez más; cómo roza con la lengua sus labios secos; cómo, en medio de una conversación, su sonrisa se congela en una mueca de dolor. Tan sólo yo le oigo suspirar, blasfemar para sí, ahogar un gemido. Todavía logra, gracias a su implacable autodisciplina, mantener ante los extraños la apariencia del hombre que ha sido siempre. Su postura, el corte de su jubón y su capa disimulan que ha perdido mucho peso y que cojea. En las conversaciones que se sostienen en la mesa, el cortesano juego de preguntas y respuestas, sabe desplegar tanto ingenio y elegancia, que por un instante creo que mis miedos no son más que alucinaciones mías. Entonces quiero creer que sólo ha sido un sueño, una más de esas pesadillas que me han acompañado en el transcurso de los años: fantasmas de enfermedad y muerte, repentinas noticias catastróficas. Me

despierto y compruebo que es mentira: a mi lado está sentado Ferrante, recostado descuidadamente en su sillón, con los dientes al descubierto en esa familiar sonrisa llena de ironía. Veo la luz de las antorchas, el desorden de las copas de vino y la fruta sobre la mesa; escucho el lejano canto al son de la música de laúd y, más allá de los arcos de la ventana, discurre el cielo azul nocturno como un decorado perenne, el mismo decorado de esas otras noches en Nápoles e Ischia, hace diez o doce años. Entonces surge en mí un antiguo sentimiento, una sombra de los deseos de mis tiempos de novia. Somos jóvenes, no hay distancia ni amargura entre nosotros. Quiero sumergirme en ese juego, olvidar que el tiempo no se ha detenido, que me encuentro en Roma y que estoy sentada al lado de un enfermo. El resplandor que brilla sobre ese rostro pardo y delgado es engañoso. La melodía de un madrigal merma mi resistencia interior y despierta en mí ensueños sin sentido. Pero cuando los invitados se han ido, y las antorchas en la sala se han apagado, la máscara cae. Pálido como un trapo, apoyándose en el hombro de un sirviente, Ferrante buscará su dormitorio, y yo no sabré nada de sus noches.

Para evitar fricciones, ella fingía no sospechar nada de su sufrimiento sigiloso. Pero Pescara sabía que lo había comprendido. Tampoco esto era un secreto para Vittoria, pero esperaba que él le revelara, por su propio impulso, el sentido y el fin de su actitud. No dudaba de que este despliegue de autoridad y esta actividad febril tenían una causa. Él, no obstante, aparentaba todo lo contrario: se sentía inquieto, inseguro, resentido. Esta vez, había tardado mucho tiempo en hacerla su confidente. Su gesto atemorizado y su mirada llena de comprensión consternada el día de la bienvenida, habían provocado en él un rechazo aún más fuerte que el que había tenido que superar cuando volvía a ver a su mujer tras una ausencia de varios años. Lejos de ella, normalmente mostraba una disposición indulgente, sabía expresar estima y respeto, alguna vez incluso le invadía la compasión por su soledad. En los brazos de Delia, a veces le sorprendió descubrir un cierto sentimiento de culpabilidad; después, se propuso mostrarse más complaciente en la siguiente ocasión. Pero, cuando su mujer fue a su encuentro para saludarle, su aversión hacia ella aumentó. El comportamiento de ella no era natural. Notaba que se dominaba con todas sus fuerzas para no delatar lo que pensaba y sentía realmente. Sabía que le rodeaba continuamente de atenciones y cuidados, que sus pensamientos no se alejaban de él, que lo veía todo, que lo escuchaba todo. Ese interés sigiloso y reflexivo le molestaba de forma desmedida. Ahora que estaba enfermo, se sentía con menos fuerzas que nunca para combatir aquella aversión.

A ratos odiaba a esa mujer tras su tranquilidad engañosa. Lo que ella se callaba, llenaba con intranquilidad el silencio que los separaba. Intentaba huir de ella conversando con extraños, lo cual le dejaba insatisfecho, pues no era sino un juego, y así no lograba escapar de la duda y la irritación. Lo que ocurría era que Vittoria era completamente digna de confianza. Había demostrado que sabía callar y sus consejos habían resultado ser valiosos en más de una ocasión. Lo que le irritó todavía más fue

que ella se mezclara con el datario Giberti. La paz y la libertad son un dulce cebo para cautivar a las mujeres. Alguien que, como él, comprendía el juego, sabía que, en aquel estado de las cosas, la paz era imposible y que Italia estaba predestinada a soportar la dominación del emperador. ¿Cómo podían darse cuenta de la magnitud del conflicto los que practicaban la política desde sus palacios? Despreciaba a los prelados, a los príncipes en sus principados, a los gobernadores civiles de las Repúblicas, por ser cortos de vista, por su afán de obtener pequeños beneficios. Hacía falta haber estado en el campo, entre el hollín y el griterío de la batalla, para saber que es más sabio tener en cuenta las exigencias de una horda de mercenarios, que las promesas sobre el papel de los diplomáticos.

Consideraba una estupidez, sobre todo, los intentos de mediación de Vittoria, y no como un propósito consciente de contrariar sus planes. Sólo cuando le aseguró que ya no mantenía contacto con Giberti, que incluso sus antiguos amigos desconfiaban de ella desde Pavía, decidió hacerla partícipe de lo que le preocupaba.

Cuando estimó que había llegado el momento oportuno para mantener una conversación, fue a ver a Vittoria a la parte del *palazzo* Colonna donde ella pasaba de preferencia las horas matinales: una galería abierta, adyacente al patio, pero oculta a la vista por filas de naranjos en macetas. En la galería se exhibían trozos de esculturas antiguas que, durante una reforma, habían aparecido en el subsuelo, así como sarcófagos, fuentes y columnas truncadas. Los cónyuges paseaban despacio entre los arbustos en flor y el mármol dañado.

—¿Realmente hay motivos suficientes para estar disgustado? Por tus cartas he comprendido que te sientes infravalorado.

—Ninguna de mis solicitudes es aceptada. Es siempre el mismo juego: cartas afables de Madrid, repletas de elogios y promesas. Por lo demás, nada. De Leyva y Lannoy no tienen que esperar los favores, sólo porque gozan del privilegio de ser españoles de pura sangre.

—Pero el emperador conoce tus deseos.

—Por supuesto que los conoce: hace ya tres o cuatro años que me dirijo directamente a él para comunicarle mis deseos. Tengo el derecho de exigir condiciones. Pero no hace el menor caso; en cambio, recurre a mis servicios, cuenta con que de todos modos, nunca le voy a dejar. Soy su vasallo. Mi padre y mi abuelo, antes que yo, han sido fieles a la causa española. Todos mis actos han demostrado que sigo su ejemplo. Pero el emperador es condenadamente desconfiado, y no me toma en serio porque nací en Italia; se muestra receloso hacia mí. Nunca se sabe. Odia a los italianos. Con razón, porque es un pueblo de meros cobardes y traidores.

—Vas demasiado lejos.

—Por respeto a ti, haré una excepción con los Colonna. Pero tú conoces mi punto de vista; no tengo la intención de repetir aquí todos los argumentos. Sabes tan bien como yo que el italiano medio, ya provenga de Roma, Milán, Florencia, Venecia o de Dios sabe dónde, es un presumido sin carácter, con más astucia que inteligencia, con

más despliegue de heroísmo que verdadero coraje. He podido comprobarlo en todas las circunstancias que se me han presentado.

—Tal vez no sean los mejores italianos los que sirven a la causa imperial; tienes muy poco contacto con otros.

—Te refieres a la categoría de soñadores y habladores. El cielo me guarde de aquella caterva; nunca esperes de mí que trate con ellos. He dedicado mi vida a la fama del emperador, a ayudar a cimentar su poder en Italia. Me debe mucho. Puedo afirmar sin exageración que soy yo quien ha mantenido el partido español en los últimos diez años. He pagado la soldada a las tropas y las he provisto de armas, a costa de mi propio bolsillo. Sabes cuánto hemos tenido que sacrificar, hasta qué punto estamos endeudados. Dentro de poco, vencerán las hipotecas de nuestras tierras y las perderemos para siempre. Ahora puedo exigir el reembolso por derecho y justicia. Sin mí, no habríamos vencido en Pavía. También capturé al rey francés. Así que me creí facultado para repetir la solicitud que ya hice hace dos años: asumir el mando supremo de los ejércitos imperiales. ¿Quién si no, es el indicado para ello? Pero tampoco he logrado ahora una respuesta concreta. Mientras tanto, tengo que contenerme. Esperar, siempre esperar. Mi dinero se ha acabado. Ni a ti ni a mí nos queda nada que hipotecar o vender. Tengo que dejar que los soldados saqueen y roben en las regiones donde acampan, porque no puedo pagar su soldada. Eso daña el nombre del emperador y la causa española. Me hacen responsable de todo el daño causado. En el bando contrario, tengo fama de ser el canalla más cruel que anda suelto en la tierra de Dios. Me encoleriza tener que tolerar esa falta de disciplina, ese desorden.

—¿Todo esto se sabe?

—¡No lo dudes! En este país nunca se mantiene nada en secreto. Todo el mundo sabe que el emperador no tiene dinero. Nuestros enemigos tienen motivos para reírse, pues cuentan con que su ruina vendrá de esa falta de dinero. Hay más: el condado de Carpi está proscrito desde que Alberto Pio se pasó a los franceses. Mis tropas ocupan las tierras y el castillo. He pedido al emperador que me otorgue Carpi en calidad de préstamo. ¡Petición denegada! ¿Qué te parece eso?

—O bien el emperador es extremadamente prudente, o bien tiene planes mejores para ti...

—Eres de buena fe. Me engatusa con promesas sólo para mantenerme a su servicio, pero no tiene la intención de cumplir ninguna.

—Recibí un escrito de Madrid, poco tiempo después de que se conociera tu victoria; en él, el emperador me felicitaba por tus hazañas militares. Respondí con palabras de este tenor: «Es un honor recibir loor de un soberano por los servicios rendidos, pero más grande honor es escuchar de su boca que está en deuda con nosotros».

—Una insinuación acertada; mi enhorabuena. Si quiere contestar a eso, tendrá que darse prisa; si no, me veré obligado a recurrir a un medio que le va a gustar

menos. El rey francés es mi prisionero. ¿Por qué no tendría yo el derecho de cobrar el rescate? Negociándolo yo mismo, puedo hacer que los franceses paguen el mantenimiento de mis tropas y que, al mismo tiempo, me indemnicen a mí.

—Nunca harías semejante cosa. No es digno de ti.

—¿Por qué no? Repito: el rey de Francia es mi prisionero. No tiene mayor importancia que Lannoy se abriera paso empujándome y se apoderase de la espada del rey. Ahora se jacta de haber ganado la victoria, pero todos los que lucharon en Pavía saben que Lannoy miente. En lo más duro de la batalla casi se volvió loco de miedo, y gritaba como un poseso: «¡Estamos perdidos!». Los soldados españoles pueden atestiguarlo. Si yo no hubiera intervenido, se habría producido una confusión irreparable. Y ese hombre quiere arrebatarme ahora el mérito. Sólo Dios sabe lo que sus parientes en España hacen creer al emperador.

—No hagas nada precipitadamente hasta que llegue la contestación de Madrid.

—No tengo tiempo para esperar más. Si la ayuda se retrasa, será demasiado tarde para mí. No digas nada. Espero que comprendas a qué me refiero; es suficiente.

Como de costumbre, su mirada me ha impuesto silencio. ¿Por qué se niega a cuidarse? ¿De verdad teme que le dejen de lado en cuanto el emperador y sus consejeros tengan noticia de su merma física? No se puede eliminar a un hombre como Ferrante. Tampoco quiero creer que el emperador le haga esperar a propósito la concesión de sus solicitudes. Es posible que De Leyva y Lannoy intenten dar esa impresión por envidia, pero, no obstante... ¿Cómo se puede mostrar el emperador tan negligente con su mejor estrategia, poniendo a prueba la paciencia de Ferrante? ¿No le cabe en la cabeza que otros sacan provecho de esta situación? Ferrante bien lo dice: todo el mundo está al corriente.

Recuerdo la observación que me hizo el pontífice cuando me encontraba con Varano de Camerino en el Vaticano: «Esperemos que su imperial majestad sepa recompensar en su justo valor el mérito del marqués de Pescara». Ya entonces sospeché que esas palabras tenían otra intención. Después se produjo un silencio breve pero muy significativo. Varano y *madonna* Catalina parecían relegados a un segundo plano: el pontífice, Giberti y yo misma éramos los actores principales de una comedia cuya trama y texto sólo para mí eran desconocidos. Mis dos antagonistas me miraban y aguardaban tensos. El papa Clemente, inclinado hacia delante, mantenía apoyadas las palmas de sus manos en los brazos del su trono, como si estuviera preparado para levantarse tras mi réplica. En su cara apreció una expresión de curiosidad no disimulada; en su

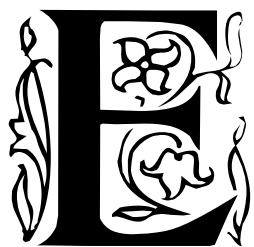
boca, una sonrisa condescendiente y protectora. Bajo la luz cenital, los pliegues de su esclavina resplandecían en matices que iban del blanco plateado al rojo sangre. Giberti, quieto, erguido detrás del trono del pontífice, parecía esperar mi reacción con la misma tensión. No me quitaba los ojos de encima. Palpaba, con lentos movimientos de los dedos, la fila de botones de su hábito. Primero, pensé que se burlaban de mí. ¿Por qué, si no, habría hecho esas alusiones a mi vida matrimonial, al estado desastroso de nuestras finanzas, a la indiferencia del emperador? Guardé silencio hasta que el pontífice concluyó la audiencia con unas breves palabras. Reflexionando sobre las cosas que me ha contado Ferrante, valoro de otra manera la escena de la sala de audiencias del Vaticano. El pontífice no hizo alusión alguna al regreso y al descontento de Ferrante para castigarme personalmente con su ofensa. Había otra intención detrás de ello.

Descubrió que Pescara no le había dicho toda la verdad durante su conversación en la galería. El plan de liberar al rey de Francia a cambio de una suma de dinero que cubriría el mantenimiento de las tropas del emperador en Italia era, desde el principio, algo más que una mera posibilidad. Se habían producido fuertes altercados entre él y Lannoy, el cual opinaba que había que conducir al importante prisionero a Madrid y dejar el resto en manos del emperador. Esa riña marcaba las querellas personales. Lannoy quería impedir que Pescara sacara provecho de las circunstancias, mientras que Pescara sabía que Lannoy esperaba ostentar todo el mérito ante Madrid. Al final, los dos contrincantes creían haberse anulado mutuamente mediante un pacto: hasta nueva orden, se habilitaría una estancia para el rey francés en el castillo de Nápoles. Cuando Pescara regresó a Roma, Lannoy estaba a punto de embarcar con su prisionero.

Vittoria sabía que su esposo esperaba, con creciente impaciencia, la noticia de la llegada a Nápoles. Él mismo mandó un correo para obtener información. El enviado volvió con noticias desconcertantes: la flota se había hecho a la mar rumbo a España. Pescara se encerró en sus aposentos y rehusó alimento y bebida. Apoyada en su puesta, Vittoria captaba los fragmentos de un ataque de cólera que terminaba con frecuencia en un vómito de sangre. Cuando, finalmente, la dejaron a solas con él, lo encontró tendido en la cama. Se había calmado, pero su mirada muda y oscura le preocupó más que su ira. Le leyó una nota en la que maese Girolamo Morone, el canciller de Milán, solicitaba una entrevista. Rechazó secamente la proposición de aplazar esa conversación, se levantó, se vistió de negro español con esmero, y mandó decir a Morone que el marqués de Pescara estaba preparado para recibirle.



**VIII**  
**FRANCESCO**  
**GUICCIARDINI A**  
**NICCOLÒ MACHIAVELLI**



*estimado Machiavelli:*

No me ha sido posible contestar a vuelta de correo. Me faltaba tiempo. Tengo muchas cosas en que pensar estos días. Además, primero me gusta dejar reposar el contenido de tus cartas. Uno tiende a quemarse con el fuego de tus palabras. Eres un idealista, amigo mío. Estás construyendo un cegador castillo en el aire, pero pierdes de vista la realidad. Expulsar a los extranjeros del suelo italiano, unificar estados y ciudades en una sola Patria, recortar el poder mundano de los sacerdotes... También ese es mi objetivo en la vida, estimado amigo. Muchas veces hemos hablado juntos sobre estas cosas. Sabes que siempre he lamentado la desunión de Italia. Comparto plenamente tu opinión de que nos arruinamos a causa de la desunión, la corrupción, el libertinaje y la vulgar sed de lucro de príncipes y prelados. En todos los años que llevo como gobernador de los territorios papales, he reflexionado sobre un medio para detener este desastre. De haber uno, sería yo el primero en recomendarlo y llevarlo a la práctica con el mayor esfuerzo. Pero he llegado a la conclusión de que no existe. La situación en la que nos encontramos está tan definitivamente moldeada por las acciones de generaciones anteriores, que nuestras posibilidades de cambiar o mejorar algo son muy reducidas.

En el mar de desastres que es nuestra vida en la tierra, reconozco un solo objetivo: el ser humano es incapaz de invertir el curso de las cosas, pero puede estudiar esos fenómenos para que le sirvan de lección. Mantener una mirada aguda y una mente fría me parece ahora lo más necesario. No dejarse cegar por nada, ni dejarse arrastrar por nada. Hay que conformarse con el estado de las cosas: no se le puede oponer nada. No existe, como ya he dicho, un remedio contra el mal del mundo. El heroísmo no conduce a nada. Una persona sensata sólo puede hacer una cosa, estimado amigo: intentar evitar, lo mejor que pueda, los golpes del destino y, en el caso de que no obstante lo alcancen, soportar su sufrimiento con calma. El único consuelo es la franqueza absoluta que nos proporciona una comprensión serena de lo ocurrido. Semejante comprensión te la deseo a ti también.

La batalla que Francia y España libran desde hace un cuarto de siglo en nuestro territorio debe prolongarse hasta que esté decidida. No es posible detener una avalancha una vez desatada. El ganador decidirá el destino de Italia. Sólo podemos esperar —y colaborar en ello lo mejor que podamos— que el pontífice tome conciencia del significado que tendrá su elección de los aliados de Italia. Sin una alianza nos pisotearán de seguro.

No veo con muy buenos ojos la organización de una milicia popular en la Romagna. Este pueblo es totalmente incapaz de algo semejante. La Romagna es un criadero de querellas: está plagada de bandidos, agitadores huidos de otras regiones, tropas errantes de mercenarios licenciados o que han desertado, por no hablar de las compañías españolas y alemanas que tenemos que alimentar y pagar, desde Pavía,

según los nuevos acuerdos entre el pontífice y el emperador. Además, la población se divide en güelfos y gibelinos: una mitad apoya a los francófilos y la otra a las tropas imperiales. La Iglesia tiene pocos partidarios aquí. El proceder vandálico de los últimos pontífices está todavía fresco en nuestra memoria. Te propones formar un ejército con las personas que no pertenecen a ningún partido. No las hay. Aunque sólo fuera por salvar su vida, todo el mundo ha elegido. Nadie aquí está seguro de su vida o de su propiedad; nadie espera un milagro tras medio siglo de robo, homicidio y saqueo. Date cuenta de lo peligroso que sería armar a esos tipos en caso de guerra. Haría falta un gran esfuerzo para entusiasmarles por conceptos como unidad e independencia.

Respecto a la cuestión de la necesidad de un líder, y suponiendo que se plantease realmente elegir uno —yo no soy de esa opinión—, me opondría con todas mis fuerzas al candidato que propones. Estoy al corriente de los planes de maese Girolamo Morone, los cuales, por cierto, no son suyos, sino incubados en círculos cercanos a Su Santidad. No se sabe quién fue el primero en sugerirlos. No creo que el pontífice y Giberti se den cuenta de lo peligroso que es el terreno en el que se aventuran. También me han hecho partícipe a mí, pero no quiero tener nada que ver con este asunto. Me parece muy significativo que Morone se haya implicado en seguida. Tú le conoces tan bien como yo. Es un jurista perspicaz y hábil. Pero, para mi gusto, ha servido a demasiados señores y conoce demasiado el arte de hacer teatro. Siempre me ha parecido sospechosa la maña con la que motivaba *a posteriori* sus jugadas diplomáticas. Sólo se puede confiar en Morone cuando él está seguro de obtener un gran beneficio propio a muy corto plazo. ¿Y está seguro de ello en este caso? Considera los hechos con serenidad, estimado Maquiavelli. Entre nosotros, no hay motivos para hacerse el misterioso; apuesto lo que quieras a que hay muchas más personas que saben de esta conspiración de las que el pontífice y Giberti se imaginan. De modo que Morone va a hablar con Pescara. ¿Y qué? Puede obtener como respuesta un sí o un no. Pero la cosa no es tan sencilla. ¿Quién conoce a Pescara? Nació en Italia, pero siente y piensa como un español. Aunque odiase al emperador a muerte, aun así, persistiría la duda de si podría compaginar la traición con su honor. Me niego a creer que se le pueda comprar.

Morone está jugando con fuego, y él mismo lo ha de comprender. Me acuerdo de que una vez, hace cuatro o cinco años, mantuve una conversación con él. Me dijo entonces que, en su opinión, en toda Italia no había hombre más ruin y de menor confianza que Pescara. ¿Y ahora estaría dispuesto a confiar el destino de Italia a ese hombre?

Llámame pesimista, acúsame de exagerada prudencia. Soy un hombre práctico, conozco a la gente. Supones en Morone amor por la Patria. No posee nada de eso, y los demás señores que están implicados en el asunto tampoco. Cada uno sirve a su propio interés. Esa cualidad es la única que los italianos tenemos en común. Aquí,

entre nosotros, no somos capaces de comprender una finalidad abstracta, ni mucho menos servirla. Esta es nuestra ruina.

El secreto de las victorias y el poder creciente de su majestad radica en que sus servidores son, por lo menos, capaces de anteponer la gloria del emperador a su propio interés inmediato. Hablo por experiencia. Sabes que he estado mucho tiempo en España como enviado en la corte del rey Fernando.

La entrega fanática a una idea que trasciende lo personal es lo que caracteriza a los españoles y degenera a menudo en todo tipo de fantasmagorías. Pero también se manifiesta en su honor caballaresco y su fidelidad al monarca. No se puede decir nada malo de eso. Ojalá el honor y la fidelidad todavía fueran conceptos vivos para nosotros. Bien podrían pertenecer a las cualidades privadas que tú, en cambio, no quieres ver relacionadas con la política. A mi entender, Niccolò, sin honor ni fidelidad nunca se llevará a cabo nada importante. Además, no quiera Dios que los españoles tengan aquí aún más influencia de la que ya tienen desde que entraron en nuestros territorios, a dos pasos de los Borgia.

En tu carta hablas de César Borgia. Logró entonces en la Romagna más que yo ahora: orden y tranquilidad con el castigo inmediato de la resistencia y los criminales. Pero yo no soy ningún aventurero carente de escrúpulos como él, y tampoco tengo detrás de mí un pontífice complaciente para respaldarme con dinero y autoridad. Y ese es justamente el motivo, mi querido Nicolás, por el que no puedo hacer lo que quiero en la Romagna, como tú parece creer.

Sólo a base de mucho esfuerzo consigo dominar a este pueblo salvaje. Cuando me nombraron en el 24, con la misión de limpiar la región y restablecer la paz, traté en seguida de actuar con firmeza contra los elementos más molestos. Apenas pronuncié la primera sentencia de muerte en Forlì (condené a un hombre que había matado a su padre, y que tenía, además, dieciocho homicidios y numerosos robos sobre la conciencia), empezaron las dificultades. El criminal y sus parientes hicieron que sus relaciones poderosas en Roma hablasen en su favor ante el pontífice. Me vi forzado a revocar mi sentencia, y a conceder un salvoconducto al criminal y a toda su familia. Era ridículo a los ojos de la población, y eso hizo mucho daño a mi reputación. Desde entonces se atrevieron, por así decirlo, a robarse y a matarse entre ellos bajo mi ventana.

Envidias mi poder y estás amargado por tu ociosidad forzosa. Si estuvieras en mi lugar, comprenderías qué pesado es mantenerse en un puesto elevado, cuánta humillación y decepción debe soportar incluso un gobernador de provincia, cuando sus mandatarios le responsabilizan y al mismo tiempo le contrarían. Te conozco; tienes un carácter impetuoso. Tú habrías gritado tu indignación y luego te habrías marchado, incluso antes de que pudieran comunicarte tu destitución. Esto demuestra la ventaja de las máximas de las que te hablé: callar, aceptar las cosas como vienen, esperar con paciencia, y, mientras tanto, estudiar con calma la situación. Tenía todas las razones del mundo para estar enfadado con el Papa; pero he intentado darme

cuenta de su carácter y posición. En cuanto tenía preocupaciones más serias que los disturbios de la Romagna, hacía lo que me parecía. Ahora puedo afirmar que tengo las cosas más o menos bajo control.

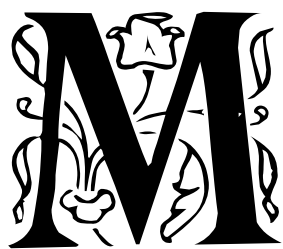
Me has reprochado muchas veces que haya hecho carrera al servicio de los papas Médicis, a pesar de que soy partidario de la República de Florencia, y enemigo del dominio de los sacerdotes. Estimado amigo, sin los Médicis, sin el papado, nunca hubiera llegado adonde estoy ahora. Sólo en el puesto que ocupo ahora seré tal vez, a la larga, capaz de realizar algo de lo que me propuse cuando era más joven y me sentía lleno de esperanzas. Nada de conspiraciones contra el emperador, nada de chapuzas políticas, Niccolò. Tan sólo hay una cosa que, a lo mejor, puede evitar el peor desastre de Italia: una liga, siempre que esté concebida con habilidad, y el acuerdo sea rápidamente firmado y se respete al pie de la letra. Sólo apoyaré este fin: una liga; ningún otro.

No me hables más de Morone o de ejércitos populares; eso es sentimentalismo, mi amigo Niccolò, y yo no veo nada más que la objetiva realidad.

Con mucho gusto seré tu mediador, en Roma o Florencia, para intentar conseguirte un puesto de enviado en la Romagna. Pero yo, en tu caso, preferiría seguir leyendo a Cicerón y a Tito Livio a la sombra de los olivos de san Casciano. Si yo fuese tú, daría gracias a todos los dioses por esa calma que te permite poner tus pensamientos por escrito. Prosigue con tus *Istorie*, danos una segunda *Mandrágora*. Pocos poseen el don de palabra que tú tienes. Retrátanos el Estado, al príncipe, al ciudadano, como deberían ser en un mundo mejor. Deja en manos de hombres serenos, como yo, la realidad: el pacto.

Con amistad,  
Guicciardini

**IX**  
**GIOVANNI BORGIA**



mucho ruido y pocas nueces. Había esperado, por lo menos, un viaje fuera de Roma, una legación a Venecia o Florencia. No acabo de comprender por qué maese Girolamo Morone necesitaba una escolta de cien jinetes, además de su propio séquito y los señores que se le unieron aquí en Roma, sólo para hacer una visita a la ciudad, al marqués de Pescara. ¿Esperaba acaso un asalto, un recibimiento hostil? En la comitiva, nadie parecía conocer los detalles del asunto. Antes de salir del Vaticano, nos comunicaron que teníamos que estar alerta y seguir en todo momento las órdenes de maese Morone. Nuestro cortejo atraía muchas miradas. Se nota que hay poca diversión en Roma. Comparado con el 18, cuando estuve aquí con Alfonso d'Este, la ciudad da la sensación de estar sucia y desmoronándose. En aquel tiempo, se acababan de edificar los palacios de la Piazza Navona, que lucían sus fachadas vivamente pintadas. A duras penas reconocí ese lugar cuando lo atravesé con el séquito de Morone. El pavimento estaba hundido y la pintura, desconchada; las calzadas eran ciénagas o vertederos; las plazas, verdaderas selvas cubiertas de vegetación, que apenas se diferenciaban de la tierra no urbanizada. A causa de la situación política y la inseguridad de los caminos, apenas vienen peregrinos a Roma. Parece ser que un gran número de ceremonias que forman parte de la celebración del Año Santo, se han suprimido este año. La peste campa por sus respetos. El barrio de Ripa, situado junto a la orilla del Tíber, ha sido cerrado para controlar el contagio. No servirá de mucho: cada día hace más calor, se prevé una estación extraordinariamente cálida y seca.

En el *palazzo* de Ascanio Colonna nos recibieron con el debido respeto. Los soldados de la caballería se quedaron en el cortil, mientras Morone y sus confidentes de Milán, así como los funcionarios papales entre los que me contaba yo, entramos. Nosotros, los miembros del séquito, no llegamos, por cierto, más allá de la antesala. Nadie, excepto Morone, llegó a ver al marqués. Se dice que está enfermo. La entrevista duró mucho tiempo. Los señores de Milán creían saber sobre lo que se discutía: Morone intentaría contactar con personas influyentes del partido imperial, para conseguir que se concediese el ducado en préstamo a Francisco Sforza. Otra vez un Sforza: el hermano menor del antiguo prometido de Bona. No hay nada nuevo bajo el sol; también este hombre da muestras de ser incapaz, un mero títere en las manos de maese Morone. A partir de estas conversaciones, he podido conocer la otra cara de algunos acontecimientos anteriores. Por ejemplo, que los milaneses ven en el canciller al defensor de sus intereses, al patrón que ha de guiar el ducado entre Escila y Caribdis. No consideran una traición que haya hecho caer, cuando estaba convencido de su incapacidad, tanto a El Moro como a Maximiliano Sforza. Milán lucha por la conservación de su independencia y, además, es consciente de su significado: ser la llave de Lombardía y de toda Italia. Según parece, Morone tiene el poder de proporcionar esa llave a cualquiera que garantice los derechos de la ciudad.

Mataba el tiempo escuchando estas y otras observaciones semejantes, cazando moscas y mirando por la ventana, cuando maese Morone apareció de nuevo. Se sentó un momento y enjugó el sudor de su frente; hacía calor aquel día y Morone ya no era joven. No obstante, tuve la impresión de que su cansancio tenía otro motivo. A pesar de ello, parecía satisfecho. Se disculpó con una broma por habernos hecho esperar tanto tiempo. Cuando regresamos por la galería, se mordía los labios para disimular una sonrisa.

En el pórtico, la marquesa aguardaba; probablemente para despedirnos en lugar de Pescara. Esta vez la pude observar de cerca. Esa mujer evocaba en mí un viejo sentimiento. Me gustaría hundir mi rostro en los pliegues de su vestido, como solía hacer con Isabel de Aragón cuando era niño, con la esperanza de obtener paz de su autosuficiencia casta y fría.

Cuando la vi pasar en el Vaticano, me pareció mayor, más rígida, parecía como si una coraza de férreo control la envolviese. Entre las paredes del *palazzo* Colonna, al despojarse del velo y la capa parecía haberse despojado de una parte de su altivez. Mostraba el cuello y los hombros hasta el nacimiento de los senos; su carne era brillante y blanca como el marfil. En su postura o en su mirada no había el menor rastro de coquetería; su expresión es seria y alerta, sus labios poseían un trazo severo. Ese contraste tuvo en mí un efecto excitante, y despertó un afán de conquista que trascendía el deseo físico. Es posible que Pescara buscara en las mujeres victorias más fáciles que las que le correspondían en el campo de batalla. En sus momentos de reposo, seguramente desearía un amor que no le diera quebraderos de cabeza. Saber que había logrado la rendición de una mujer como Vittoria le debía causar una satisfacción únicamente comparable con la derrota de un fuerte adversario o con la caída de una fortaleza considerada inexpugnable. Clavé la mirada en ella, pero no me vio, o pretendió no verme, porque tal vez consideraba mi mirada demasiado directa. Detrás, en una sala visible a través de las puertas abiertas, dos figuras oscuras hablaban ante la alta chimenea: eran Giammaria Varano y su mujer.

Mis pensamientos describen siempre el mismo círculo; continuamente vuelvo al punto de partida: Borgia. Tanto mi ansia de poder, como mi sentimiento de inferioridad, se reducen a un solo concepto: Borgia. Mi ambición se estrella contra el secreto de mi ascendencia, que creo conocer sin ser capaz de llegar al fondo. La idea de ser presa de influencias que sólo Dios sabe cómo han penetrado en mi sangre, me vuelve inseguro. Creí que podría resignarme al hecho de que no puedo hacer valer ningún derecho sobre el ducado de Camerino. Pero es pedir demasiado. Desprecio a Varano, que castra su castillo convirtiéndolo en un monasterio, un hospital, una residencia para pobres. Alguien que trata su herencia de esta manera merece sin duda perderla. Apoya, moral y materialmente, a unos monjes apóstatas y se afana por la reforma eclesiástica. Los monjes apóstatas son, normalmente, lo bastante hombres como para defenderse a sí mismos y atacar a la Curia con sus propias fuerzas;

testimonio de ello es el caso de ese alemán, el hermano Martín, que armó un gran escándalo en la Dieta de Worms.

Por pura casualidad, he oído hablar mucho sobre el tema, y de la fuente más fiable. El obispo Aleandro, mi protector, asistió como representante del pontífice a esa Dieta, y dictó personalmente el anatema. Durante nuestro largo desplazamiento del campo de batalla de Pavía a Roma, habló largo y tendido sobre las palabras y modales del alemán. Aleandro es un hombre de la vieja escuela: rígido, honrado, ascético, desconfiado e ingenuo al mismo tiempo; pertenece a una raza de prelados que, por lo que yo puedo juzgar, está extinguida en Roma. Le di la razón en todo porque tenía interés en seguir siendo amigo del anciano, incluso cuando, en su afán de defender la actuación de la Iglesia, alegó argumentos que resultaban grotescos.

Pero bueno, todo esto no viene al caso. La reforma eclesiástica es, como la propia palabra indica, un asunto de la Iglesia. Hoy en día, todo el mundo cree tener el deber de desempeñar un papel en un terreno que no es el suyo. Los sacerdotes actúan como mandos militares, los hombres de estado quieren ser filósofos, los príncipes dicen ser poetas y sabios; lo único que falta es que los grandes señores, que ante todo tienen la obligación de ser capaces de defenderse, se retiren a los bosques para meditar sobre los abusos de la Iglesia. Seré el último en negar que los señores prelados están al servicio ante todo de su propia ambición y avaricia; cuanto más alto es su rango, tanto más llamativo es el contraste entre la dignidad de su función y su conducta.

Pero, ¿no sucede en todas partes igual? El mundo sólo respeta el poder. El papa Adriano, el predecesor de Clemente, era, al parecer, un hombre piadoso y justo. A Aleandro le faltaban palabras para alabar su sencillez, su disciplina y su incorruptibilidad. En Francia no se hablaba más que con burla o desdén del pontífice, porque no supo mantener el decoro de su clase y era demasiado simple de ánimo para ser un buen diplomático. De un pontífice se esperan tan pocas virtudes civiles como de un rey.

Por lo visto, Varano se toma muy a pecho cosas como esta y de parecida calaña. ¿Por qué él y su mujer no han hecho los votos monásticos? El bonete le sentaría mejor que la corona ducal. Quién sabe lo saludable que resultaría su influencia en la curia. No tiene heredero varón, sino una hija, una niña todavía; si no engendra un hijo, Camerino pasará a otras manos. Con el dinero y el respaldo de algunos hombres influyentes, yo tendría una posibilidad razonable. Precisamente por el hecho de que estoy sin blanca y no poseo ningún asidero, se me hace aún más insoportable. Lo que soy, lo he conseguido por mí mismo.

Cuando, por aquel entonces, vagaba por los alrededores de Nápoles a mis diecisiete años de edad, podría haberme convertido en cualquier cosa: un salteador de caminos, un gorrista en la *famiglia* de un noble del campo, un mendigo y Dios sabe cuántas cosas más. Impulsado por el deseo de luchar en favor de Milán y los Sforza, escogí el servicio militar, y me ofrecí como mercenario a Fabricio Colonna. No puede existir mejor escuela para un soldado; todo lo que sé sobre la táctica de combate lo

aprendí cuando servía entre sus hombres. Y no sólo el arte de la equitación y el manejo de las armas. Fabricio Colonna hacía formar a sus soldados todos los días. Primero, iba lentamente a caballo entre las filas y nos inspeccionaba con el bastón elevado. Su mirada se adivinaba aguda y severa bajo la visera; el viento mecía su larga y canosa barba. Finalmente, nos hablaba de pie en los estribos. Su voz era muy poderosa. Todavía recuerdo algunas de sus palabras.

—En nuestros días todo el mundo se esfuerza por imitar los aspectos externos de los antiguos. Tomemos, por el contrario, un ejemplo de su fuerza espiritual y moral. La sencillez, el orden, la disciplina, son normalmente ajenos a los hombres como vosotros, que hacéis de la guerra una profesión. Sólo sabéis robar, asesinar, cometer actos de violencia. Los de vuestra calaña han de subsistir a costa de guerras largas. En tiempos de paz, os convertís en criminales. Un soldado sin sentido del honor, sin sentimiento de vergüenza, es un instrumento del diablo, la causa de una indecible miseria.

»Para mí, no es suficiente ser el comandante de un ejército. Quiero educaros para llegar a ser lo que yo llamo soldados. No tolero gentuza indisciplinada en mi tropa. Os enseño a luchar, el arte de formar, atacar, cercar, replegarse; pero no es suficiente. No perdono en mis tropas la traición, la avaricia ni la crueldad.

Probablemente sus discursos eran como echar margaritas a los puercos, pero su entusiasmo e inspiración le aseguraban, en todo caso, nuestra adhesión.

Algunas veces, se habló de que embarcaríamos para Lombardía. Pero las batallas siempre resultaron ser de corta duración. Antes de haber ultimado los preparativos para la partida, solía llegar la noticia de que las hostilidades habían cesado por tiempo indefinido. A Fabricio Colonna le hubiera gustado mantenernos junto a él, pero la falta de dinero le forzó a disolver la tropa que había instruido con tanto esmero. Gran parte de los soldados se dirigió al Norte, para incorporarse por su cuenta a los ejércitos que vagaban errantes por allí. Seguramente, yo mismo habría seguido este ejemplo, si mi vida no hubiera tomado otro giro.

En aquel tiempo, me presentaba siempre como don Joan de Borja i Llançol. Pertenecer a la nobleza española supone una recomendación especial en Nápoles. Sólo los hombres de mayor edad junto a los que serví en la tropa de mercenarios de Fabricio Colonna relacionaron el nombre de Borja con Borgia. Cuando me preguntaron si pertenecía a la familia de ese notorio linaje, contesté afirmativamente, pero sin aclarar el grado de parentesco. En dos ocasiones llegué a desenvainar el puñal para poner coto a las insinuaciones de un bromista imprudente. Aumentó mi prestigio el hecho de que estuviera dispuesto a defender con las armas el honor de mi nombre. No solamente reaccioné así por orgullo herido; las observaciones que me llevaron a desenfundar el puñal —el puñal de Rodrigo y de César— me hicieron comprender, sobre todo, la cantidad de cosas que ignoraba.

La primera vez, una pregunta capciosa fue el motivo de un duelo: se me inquiría si conocía el secreto de la *cantarella*, el veneno que repetidamente había prestado tan buenos servicios al papa Alejandro y a César.

—Venga, estás entre amigos, desembucha: tu silencio te hace sospechoso, hombre. Limaduras de cobre y orina, eso ya lo sabíamos; pero, ¿qué otros ingredientes contiene? Un buen medio que no deja huellas en el cuerpo de la víctima. ¿Tus consanguíneos asesinos no te han dejado la fórmula?

Otra vez, cuando había hablado de los lazos existentes entre Jofré y Lucrecia con miembros de la Casa de Aragón:

—¿Se tragarón tal fanfarronada en Roma? ¡Aquí, en Nápoles, todo el mundo sabe que el viejo rey Alfonso consideró a sus hijos legítimos demasiado buenos para los bastardos de un sacerdote, sea pontífice o no! Clase con clase... especie con especie.

La vanidosa Sancha, el orgulloso padre de Rodrigo: ¿bastardos? Gané las peleas, pero en mi interior era presa de la confusión.

Un día encontré un cortejo que iba camino del campo de horcas. Unos alguaciles arrastraban a un hombre y una mujer; detrás de ellos la muchedumbre chillaba. Los condenados ya estaban medio muertos; en otro lugar de la ciudad se les había estado torturando desde la salida del sol. El pueblo les arrojaba excrementos y piedras, les insultaba y gritaba con una vehemencia sorprendente. El hombre, canoso y gordo, sangrando por sus muchas heridas, se dejó arrastrar como un saco. La mujer era todavía joven; iba desnuda hasta la cintura y tenía la cabeza afeitada. Sin que yo lo pidiera, me gritaron, de diez lados a la vez, la naturaleza de su crimen. Un hombre que estaba a mi lado agitaba los dos puños, insultándolos, por encima de mi cabeza:

—¡Hay que colgar a esos cerdos, colgarlos! Padre con hija: no existe pecado más sucio —dijo. Y dirigiéndose a mí añadió—: el año pasado colgaron a dos por incesto en Foligno. Allí, hubo además un hijo de por medio; al que habían atado en un saco y ahogado. Un horror antinatural. ¡Ningún cristiano puede tolerarlo!

De la aglomeración humana surgió otro para replicarle. Todo era tan natural como si se tratase de una representación teatral, en la que la acción y el texto marchaban a la par hasta en los más mínimos detalles.

—Hubo un tiempo en que lo tuvimos que tolerar, quisiéramos o no. A propósito de los cristianos, ¿qué cristiano quiere ser el primero en arrojar excrementos y basura a la tiara?

—De eso hace ya veinte años, hombre; nunca más se ha vuelto a ver nada igual. Esos Borgia ya han muerto, y arden en el infierno, *e basta!*

—Pero esa perra vive todavía en Ferrara, con todo honor y virtud. ¿Dónde está su cachorro? Eso es lo que me gustaría saber.

No seguí a aquel hombre; no le agarré, ni leforcé a explicar sus palabras. En lo más profundo de mi ser no estaba sorprendido. Lo que siempre había resultado

incomprensible en las insinuaciones de Isabel y sus cortesanos en Bari, se me mostraba ahora con toda claridad. Del mismo modo que, en las tormentas nocturnas, los árboles y las casas parecen durante un momento blancos contra la oscuridad, como recortados en papel quebradizo, inmóviles a la luz del relámpago. Finalmente, revelaron su secreto las palabras y los gestos que nunca había comprendido, pero tampoco olvidado. Sentí un horror antinatural. Habían atado en un saco y ahogado a esa criatura nefasta de Foligno. Recordé el gesto de desprecio de Alfonso d'Este; la mirada de Isabel, llena de aversión y compasión; el comportamiento de la mujer en Carpi que, clandestinamente, vino a mi habitación para tocarme; y, aún más alejada en el tiempo, la repugnancia de Vannozza, sus monólogos.

Ser el bastardo de un bastardo, sin posesiones, amigos o protectores es un contratiempo, pero no una deshonra. Más bien puede ser un estímulo para hacerse valer, para arrancar a la Fortuna su benevolencia.

Pero es una maldición sentir la repulsión hacia uno mismo como una enfermedad incurable, siempre atormentado por la culpa, sin tener arte ni parte en ello y, peor todavía, dudar constantemente de la exactitud de las propias sospechas.

Decidí volver a Bari y exigir una aclaración a mi madrastra, pero me ahorraron ese viaje. Heraldos del virrey confirmaron, con fanfarrias de trompeta y discursos en las plazas y las esquinas de las calles, lo que hasta entonces circulaba por la ciudad como un vago rumor: antes del final del año se celebraría una boda real en Nápoles. Bona Sforza había sido prometida al rey de Polonia. No tenía más remedio que creer esa nueva, aunque entonces, y más tarde también, después de la boda, me parecía absurdo que Bona reinase sobre un bárbaro país lejano, y no sobre Milán.

Así que esperé hasta que Isabel y Bona llegasen a Nápoles. Bajo una lluvia torrencial, un día de otoño, el largo cortejo entró en la ciudad. Las cortinas de las sillas de mano, las gualdrapas de los caballos y las mulas, iban empapadas y desteñidas; los jinetes y las cabalgaduras y los espoliques que les acompañaban aparecían salpicados de barro de los pies a la cabeza. Se instalaron en el palacio del virrey Lannoy. El principio del invierno era más húmedo de lo acostumbrado en Nápoles. Un vaho salino flotaba sobre la costa. Bajo cielos grises, en las calles lodosas, se irguieron arcos triunfales y se tendieron guirnaldas. Yo me encontraba entre el pueblo, al lado de la carretera, y vi pasar la cabalgata de invitados ilustres bajo una lluvia de barro. Los novios no recibían más que burlas por parte de los espectadores. Bona tenía claramente diez años de más como para ser una novia radiante, mientras que el rey polaco llevaba un ridículo gorro alto y peludo. Pero a Pescara y a su mujer les recibieron con palmas y gritos: «*Imperio! Spagna!*». Entonces, mi atención se centraba más en el general de las tropas imperiales que en su cónyuge. Me impresionó, sobre todo, la prestancia de Pescara a caballo: derecho, inmóvil, una mano apoyada en la cintura. En su aspecto vi representado lo que yo quería ser: un español de sangre noble, orgulloso, valiente, con esa prestancia que es

fruto de una disciplina perenne. Pero en aquel momento me sentí más alejado que nunca de mi objetivo, y esto me hizo rabiar de impotencia.

Cuando los festejos concluyeron —había visto salir a Bona, pálida y rígida, de la ciudad para siempre, al lado de su esposo— me dirigí al palacio del virrey. Tuve que sobornar a diversos miembros de la corte, antes de conseguir que comunicaran a Isabel mi deseo de entrevistarme con ella. Apenas había cambiado, aunque el pelo se le había vuelto blanco. No llegué a comprender, esta vez menos que nunca, qué pensamientos evocaron en sus labios y sus ojos aquella sonrisa de furtiva, Orgullosa satisfacción. Lo único que tenía que esperar en esta vida era un final tranquilo. No se mostró sorprendida cuando aparecí de repente ante ella. Tuve la impresión de que sabía a lo que venía, y que había previsto semejante encuentro desde hacía mucho tiempo. Despidió a las mujeres que se encontraban con ella.

—Ignoro la respuesta a tu pregunta —me dijo, cuando terminé de hablar—. Pero quiero hacerte comprender cómo ha sido posible que surja esa pregunta —guardó silencio mientras la observaba totalmente inmóvil—. La vida de personas como nosotros se define por las peripecias de los linajes a los que pertenecemos. Frente al nombre, el poder y la posesión, el hombre no cuenta para nada. Los peones, en el juego del ajedrez no piensan, ni sienten. No todo el mundo tiene la facultad de rebelarse, de darse cuenta de lo deshonroso que es dejarse mover sin voluntad, como una pieza en un tablero. El primer matrimonio de tu pariente, *madonna* Lucrecia, con un Sforza, se disolvió a causa de la impotencia. Incluso antes de dictar el divorcio, el papa Alejandro ya negociaba con mi padre sobre una unión entre Borgia y Aragón. Era un secreto a voces que Sforza tenía que desaparecer, dado que ya no encajaba en la política de los Borgia, y su presencia obstruía la elaboración de nuevos planes. Conocí a aquel hombre, pues era un primo de mi marido, y creo posible que sufriera realmente de impotencia. Todos los Sforza son débiles de constitución; mi propio matrimonio no se consumó hasta tres años después de su celebración. E incluso entonces... Pero los Borgia cometieron el error de poner abiertamente a Sforza en evidencia. Lo cual resultaba imperdonable, justamente porque era verdad. Sforza reaccionó a esa difamación con una acusación de incesto, y los enemigos de los Borgia —ya innumerables, por aquel entonces— se aprovecharon de esa acusación.

—¿Son mentiras, por lo tanto?

—No puedo probar nada. Te cuento todo lo que sé. Pero no juzgues precipitadamente. La verdad tiene infinitas caras. En aquel tiempo circulaba también el rumor de que *madonna* Lucrecia había tenido un hijo. Calumnia o no, el eco continuó resonando durante mucho tiempo. Mi padre exigió un desmentido oficial desde el Vaticano, antes de dejar salir a mi hermano hacia Roma para casarse. Te aseguro que ese matrimonio no se hubiera llevado a cabo, si mi padre hubiese tenido motivos para dudar.

Revelé entonces lo que había oído en Nápoles. Pregunté a Isabel si, a lo mejor, hacían la vista gorda a estas y otras cosas porque el joven Bisceglie era también un

bastardo.

—Legítimo o ilegítimo, para nosotros no supone ninguna diferencia, en lo que a la educación y al trato se refiere —dijo Isabel con orgullo—. Estos son los hechos. No puedo brindarte ningún otro consuelo.

—Usted también me desprecia. Siente aversión hacia mí.

—Cuando te acogí, lo hice porque quería proteger a un niño solitario, no a un Borgia. Después del cobarde asesinato de mi hermano, tenía pocos motivos para abrigar buena voluntad hacia los Borgia. Minaron y destrozaron para siempre el poder de Aragón. Lamento que circunstancias ajenas a mi voluntad me obligasen a centrar mi atención en el Borgia que hay en ti. Desde entonces, nos hemos ido alejando el uno del otro, Giovanni.

—¿Por qué le asesinaron? ¿Lo hizo acaso César?

Isabel se encogió de hombros. Las comisuras de su boca dibujaron una sonrisa llena de amargura.

—¿De verdad esperas que sepa la respuesta? La Casa de Aragón había perdido, en aquel tiempo, mucha influencia y poder, como ya te he dicho hace un momento. El papa Alejandro apoyó a los franceses porque así convenía a su preferido, César. Alfonso era ya, por aquel entonces, aliado de Francia y, además, viudo. Nadie podía acusar a mi hermano de impotencia —Rodrigo acababa de nacer—, por lo que tuvo que desaparecer de otra manera. Saca tus propias conclusiones.

—¿Es, entonces, verdad que todos los Borgia son unos traidores y unos asesinos?

—Sabían conseguir su objetivo. Sus adversarios no perdonarán ni olvidarán eso nunca. Te lo digo de nuevo. No soy quién para juzgar. No tiene sentido desempolvar viejos rumores. Con ello no conseguirás nada. Eres adulto. Quieres conocerte a ti mismo. Pertenece a una nueva generación, que no descansará hasta comprender todo lo que existe bajo el cielo.

Expresó justo lo que yo pensaba.

—Así es, quiero saber quién soy.

—¿Qué quieres ser, Giovanni? El hombre es lo que es por su fe, por su convicción, por la entrega de todo su ser a un objetivo elegido a conciencia. Todo por lo que vale la pena vivir y morir existe por gracia de nuestra voluntad humana.

Repliqué que, a pesar de la fe, la convicción y la entrega, su voluntad nunca le había llevado al objetivo deseado. Bajó la mirada.

—He aprendido a querer mi destino. Lo que me pasa, ya no me hace daño; quiero entregarme a la resignación con todo mi ser.

De nuevo, creí sorprenderla en una actitud de cobardía.

—Pero esa resignación no es más que una mentira para encubrir una derrota.

—La voluntad de vivir de forma magnánima nunca puede ser considerada una mentira. Entregarse al odio, a la amargura, a la ira, eso sí es, a mis ojos, una derrota. La contención, aspirar a un orden, justo cuando todo amenaza con abandonarnos, eso es, por el contrario, actuar conscientemente. El que actúa nunca será un juguete, una

víctima. Soy libre debido a mi voluntad de querer crear bajo todas las circunstancias una norma única para mí. No me pierdo por decepción o por tristeza.

—Sin embargo, se llama a sí misma *única in disgrazia*...

—Tengo todo el derecho de llamarme así. Veo que no me comprendes... Tendrás que vivir algunos años aún, antes de poder darme la razón, Giovanni.

Lo único que entonces no podía o quería comprender era que su orgullo principesco le impedía admitir que su mundo se había venido abajo como un castillo de naipes. Respetaba esa arrogancia; debía reconocer que esa postura era la única posible, pero no la creí. Me costaba trabajo disimular mi impaciencia e irritación. Ella no me diría lo que yo quería saber. Había recurrido a disquisiciones filosóficas que me dejaban frío. También sentí compasión por ella. Milán perdida para siempre, Bona lejos de ella en el otro lado del mundo. Era una mujer solitaria, al borde de la vejez. ¿Cómo podía reprocharle que quisiera ser indulgente, que evitase juzgar con dureza, que prefiriera correr un velo sobre los puntos podridos del pasado?

Las tranquilas palabras de Isabel habían adormecido temporalmente mi duda, pero no la habían ahuyentado. No había dado una respuesta a las preguntas que más me atormentaban, sino que las había esquivado, del mismo modo que su mirada había esquivado la mía en otro tiempo.

Iría a Ferrara, pues... Realizaría un viaje del que me acordaría durante mucho tiempo. El mar estaba alborotado, y el viento soplaba imprevisible. A la altura de la Romagna, con la costa a la vista, el mercante naufragó. Nadé hasta tierra, pero mi equipaje se perdió. En la ciudad de Pesaro me uní a un grupo de viajeros. Montando un caballo prestado, envuelto en una túnica prestada y calando un gorro prestado, me dirigí a Ferrara, ese país llano e incoloro, lleno de pantanos. El croar constante de las ranas me evocó el recuerdo de mi último viaje a Carpi. Carpi no queda muy lejos de Ferrara. Nuevo alimento para las sospechas que no me dejaban en paz.

Cuando me encontré delante del *Castel Ducale*, me sobrevino un sentimiento insólito de angustia. Entre yo y los altos muros rojizos de la estancia de Lucrecia —fortificada, coronada con almenas y reforzada por torres— sólo se interponía el foso inundado. La fortaleza me observaba fijamente a través de hileras de ventanas oscuras. Mantuve mi caballo al paso al cruzar el puente. Cada pisada me alejaba irremediabilmente de la libertad que había gozado en Nápoles. Pero no me quedaba otra elección. Me habían visto. De la manera como me recibieron en el patio, se dedujo que mi llegada ya había sido anunciada. Isabel había enviado un mensajero. Se había acondicionado un aposento para mí. Un criado me proporcionó agua para lavarme y un vestuario adecuado. Por las expresiones y el comportamiento de las personas con las que traté durante las primeras horas, intenté averiguar qué disposición reinaba en el palacio ducal hacia mí. Únicamente encontré un servilismo al que no estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo. Más tarde, el secretario de

Lucrecia y varios señores de la corte vinieron a saludarme. Me trataron de *vostra Signoría*, el título reservado a una visita importante. Me condujeron hasta la duquesa por unos pasillos largos y escasamente iluminados.

¿Cómo debía imaginarme a una mujer, cuyo nombre evocaba tanto la imagen de la extraña en Carpi como la de la condenada por incesto, que había visto arrastrada por las calles de Nápoles? No había pasado ni un solo día de mi juventud en que no recibiera noticias y rumores sobre Lucrecia; lo había absorbido todo, tanto consciente como inconscientemente: elogios, culpa, burla y ambigüedades. Había oído describir la elegancia de su aspecto, leer sus cartas, alabar y criticar sus modales. Vannozza había hablado sobre ella con asombroso respeto; César, con complacencia e ironía; Sancha, con envidia; Rodrigo, con indiferencia; Isabel, con formalidad; Bona —con una elocuente voluntariedad—, nunca había hablado de ella. Siempre había comprendido que se ocultaba más de lo que se decía. Se levantó una nube de misterio entre nosotros y aquella mujer sobre la que todo el mundo parecía estar hablando. Cada vez que aparecía en mis pensamientos, tenía un aspecto distinto. Más tarde —después de los susurros, las miradas y las insinuaciones—, la idea que me hice de ella se turbó aún más. Entre Nápoles y Ferrara, mi corazón se debatía entre la aversión y un miedo secreto.

En Bari, Rodrigo y yo solíamos buscar serpientes entre las rocas. Una anciana del séquito de Isabel nos había dicho que quien logra sorprender a un reptil en su guarida, queda el resto de su vida inmune a su veneno. Cautelosos, reptábamos entre la maleza, armados con un palo y un cuchillo. Se trataba de encontrar una serpiente que durmiera enrollada al sol, para seguirla cuando se deslizara de vuelta a su guarida. Pero las serpientes eran siempre más rápidas que nosotros. Una vez, nos atrevimos a penetrar en una grieta estrecha y profunda que se abría entre las rocas. En la oscuridad, frente a mí, ardían dos puntos de fuego verde que identifiqué como los ojos de un animal asustado, un gato salvaje, o un tal vez un hurón. Se me encogió el corazón palpitando. Tenía la sensación de estar completamente indefenso en la oscuridad, incluso armado como iba con mi cuchillo y mi palo de punta afilada. El animal me vio, pero yo estaba ciego. El miedo paralizó mis miembros y mi facultad de pensar. Quería huir, pero no podía. El grito de Rodrigo, que resonó desde fuera de la cueva, acabó con mi situación de parálisis. Me arrastré violentamente hacia atrás, entre las piedras sueltas. Sólo más tarde pude darme cuenta de que el animal, allá en la oscuridad, debió de haber sentido tanto miedo como yo, o aún más.

En el puente que conducía al *Castel Ducale* de Ferrara me sobrevino, por un momento, una parálisis muy parecida. Aquella sensación volvió a asaltarme cuando me llevaban ante Lucrecia por los portales abovedados y las antecámaras sombrías.

Me dije a mí mismo que sería mejor mostrarme orgulloso y agresivo, preparado para cualquier revelación que hiciera Lucrecia, así como para cualquier circunstancia que Alfonso d'Este pudiera haberme reservado. Al fin y al cabo, había ido a Ferrara por propia iniciativa, movido por el deseo de saber la verdad sobre mis orígenes. Ya que había dado este paso, prefería todo lo pudiera suceder a la incertidumbre que había padecido. Traspasé el último umbral con la mano en la empuñadura del puñal de Rodrigo.

La habitación estaba llena de gente. Parecía como si toda la corte se hubiera reunido en aquel reducido espacio. Cuando entré, no se percibía ningún ruido, ningún movimiento. Por lo visto, todo el mundo había estado esperando en silencio a que yo apareciera, con la mirada fija en la puerta. El ambiente estaba cargado; olía a perfume y a sudor. No vi a Alfonso d'Este. Una mujer se levantó a duras penas de su silla y se acercó lentamente hasta mí con el andar vacilante de las mujeres en avanzado estado de gestación. Sus pequeñas manos rollizas y atiborradas de sortijas sostenían unidos los pliegues de su vestido contra su pecho. Bajo un ridículo tocado en forma de melón, descubrí una cara de niña marchita, con los ojos azules claros. Cuando estuvo muy cerca de mí, pude ver que las curvas del mentón y las mejillas eran fofas, obviamente a consecuencia de la hidropesía; las líneas de su boca, atractivas a lo lejos, eran en realidad blandas; su mirada preñada de miedo, brillaba por las lágrimas reprimidas. Alzó la vista hacia mí y me extendió las dos manos. Su «bienvenido» sonaba agudo y fuerte; con un gesto de la cabeza, implicó a todos los presentes en aquel saludo.

—Sed bienvenido en Ferrara. Este es don Joan de Borja, mi hermano.

Sus manos estaban pegajosas. Por las filas de cortesanos corrió un murmullo cortés; las mujeres volvieron a sentarse, lo que suscitó un frufrú de faldas en los sofás. Conduje a Lucrecia a su silla.

—Quédate a mi lado. Háblame de tu viaje. ¿Cómo se encuentra nuestra pariente, doña Isabel? Se dice que la boda de su hija ha sido el acontecimiento del año en Nápoles. Nosotros no pudimos asistir, muy a nuestro pesar.

Su voz siguió siendo melodiosa y ligera, pero su mirada evitó cruzarse con la mía. Los dedos estrujaban un pañuelo y le temblaban.

—Naufragué.

—Ya nos lo comunicaron. Compensaremos los daños sufridos.

—Lo que traía conmigo no era de valor. En realidad, era una carga que arrastraba en contra de mi voluntad. No habría mejor destino para ella que el fondo del mar.

—Quizá la marea alta arroje algo a la playa.

—No estoy obligado a reconocerlo como posesión mía.

—A veces, perderlo todo puede significar empezar una nueva vida.

—He perdido mi equipaje, alteza, pero no mi memoria.

—El tiempo lo devora todo. Hoy presenciamos lo que mañana será sólo un recuerdo. Aprovecha bien, por lo tanto, las horas en Ferrara. Aquí hay mucha

diversión en los meses de invierno. La caza, las carreras de caballos, dentro de poco el carnaval. Nuestros *ballet* y representaciones teatrales son justamente famosos. Tengo los mejores bufones y enanos de Italia. ¿Dónde se han metido? Hazles entrar. Mi enana, Ana la loca, sabe bailar una moresca. Pregúntale si quiere «vadear el río». Entonces se levantará las faldas y fingirá meterse en el agua: da la sensación de que uno mismo tiene los pies mojados.

Se estremeció y se pasó el pañuelo por los labios. De un aposento contiguo, entraban los monstruos cantando y saltando. Una mujer gorda, vivamente ataviada, alzaba tanto las piernas al bailar que se le veían los muslos. Era la favorita de Lucrecia: Ana La Loca, una criatura insolente y medio idiota. El tintinear de las panderetas y el canto de los enanos ahogaron nuestra conversación.

—No hacen falta enanos para entretenerme —dije—. Su excelencia me ha propuesto un acertijo fascinante llamándome «hermano».

—No muestres asombro, —me contestó en español, sin apartar la vista de los enanos—. Seguramente tendremos ocasión de hablar de estas cosas en privado. Por el amor de Dios, mantén una actitud desenvuelta. Todo el mundo nos presta atención.

Reía y batía las palmas. La loca se acercaba rodando como una pelota para besar el dobladillo del vestido de Lucrecia. Mientras lo hacía, me miraba con malicia.

—Cruza el río, cariño —dijo Lucrecia. Puso su mano pálida y rolliza en mi manga—. Atención, ahora viene algo bonito.

La enana gruñía intranquila, como un animal que no tolera extraños junto a su ama. Nunca he sentido mucha simpatía por ese pueblucho desfigurado; es un enigma para mí cómo se puede encontrar diversión en verse imitado por unos seres deformes, hidrocefalos y patizambos. Por consiguiente, la mayoría de los enanos siente a su vez aversión hacia mí. Ana La Loca me odiaba desde el primer momento en que me vio. Ni las bofetadas ni las caricias de Lucrecia consiguieron que me enseñara sus trucos. Al final, sus compañeros la sacaron de allí gritando y pataleando.

El fracaso del divertimento había puesto a Lucrecia aún más nerviosa de lo que ya estaba. Sus labios temblaban y gotas de sudor perlaban su frente bajo el turbante de brocado. Estaba claro que tenía que esforzarse por mantenerse erguida y sonreír. Sus ojos se habían vuelto blancos y opacos como el esmalte; la vida parecía haberlos abandonado; no delataban nada. Irritado y decepcionado, dirigí la mirada hacia donde ella estaba. No encontré ni rastro de la belleza que había oído elogiar, nada que me recordara a la mujer de Carpi, en aquella cara marchita y aquel cuerpo deformado por los embarazos. Aparte de una cierta gracia en las curvas de los brazos y los hombros, así como los ojos claros, de un azul de porcelana, no descubrí los encantos que justificasen su fama. A través de una fina capa de polvos, se apreciaba el color insalubre, pálido, amarillento de su piel. La nariz y el mentón eran muy pronunciados y carnosos. No se parecía en nada a César. No obstante, había esperado reconocer en ella algún rasgo oscuro y la flexibilidad felina que caracterizaba a César. Lucrecia

daba, sobre todo, una impresión de indolencia; la debilidad de unos rasgos frágiles y un carácter maleable.

Parecía desamparada, vulnerable a cualquier influencia extraña; se diría que se asustaba fácilmente, y que se tranquilizaba con la misma facilidad; podía mostrarse ingenuamente alegre o triste por cosas sin importancia. Tenía la sensación de estar obligado a protegerla, pero al mismo tiempo surgió en mí la inclinación incontenible de provocar las lágrimas en aquella criatura ingenua e hipersensible. Su dignidad, su control, el tono formal de su conversación eran pura apariencia, un juego para complacer al séquito.

En cuanto nos dejaron solos, abandonó su papel. Se echó a llorar, me cubrió de besos y caricias. Con una avalancha de palabras españolas me llamaba su Juanito, su hermanito, el único pariente querido consanguíneo que le quedaba. Me suplicó que la perdonase, que tuviera paciencia con ella; me juró que todos los enigmas se aclararían, que quería cumplir todos mis deseos y cubrirme de oro. Le pregunté lo qué pensaba Alfonso d'Este de mi llegada a Ferrara.

—Ahora se encuentra de viaje. Pero es tu mejor amigo, hará por ti cuanto esté en su mano —dijo Lucrecia.

Deduje de su agitación que ni ella misma estaba tan segura de ello. Me hizo relatar mi estancia en Nápoles, seguramente para impedirme que le hiciera nuevas preguntas. Mientras yo hablaba, ella caminaba inquieta de un lado para otro en la habitación penumbrosa, dándose un masaje en la espalda con las dos manos. Después de algún tiempo, noté que no me estaba escuchando; así que me callé. Se detuvo y me dirigió una mirada suplicante, consciente de su culpa, como la de un niño que ha sido sorprendido en un juego prohibido. Tenía miedo de que me enojase y por ello se puso a hacer pucheros de una forma coquetona que en una mujer joven hubiese poseído cierto atractivo, pero que ya no armonizaba con su aspecto marchito. Adivinó mi repulsión y cambió de táctica.

—Dios mío, mi cabeza, mi pobre cabeza me duele tanto, que ya no puedo ni pensar. —Se sentó y arrancó, con los dedos temblantes, las hebillas y los alfileres de su tocado—. Nunca pude aguantar los adornos pesados. Incluso el peso de mi cabello me pone enferma. Esta toca me la pongo sólo para complacer a mi esposo. Su hermana, la marquesa de Mantua, introdujo este atuendo en palacio. Sus ideas aquí son leyes y sigo, en todo lo posible, su ejemplo. Discúlpame ahora un momento.

Mientras se hacía ordenar su peinado en otra habitación, miré por la ventana. El patio abajo era oscuro y profundo como un pozo. De allí subía un aire frío. Debajo de las arcadas, se vislumbraba de vez en cuando el resplandor de antorchas y linternas. Las galerías colgantes amortiguaban cada sonido. Me volví y descubrí a Lucrecia detrás de mí; su rostro parecía una mancha pálida contra la oscuridad.

—Allí, en el patío, decapitaron a la duquesa Parisina y a su hijastro Hugo. Hace mucho tiempo, cien años quizás. Los d'Este son implacables en su ira. Mi esposo tampoco tendría clemencia si me sorprendiera en una infidelidad. Han sucedido

muchas cosas entre estas paredes. Podría contar algunas que... La imprudencia y la frivolidad se castigan duramente aquí. Sólo el desalmado, o quien carezca de pecados puede respirar tranquilo en el *Castello*. Ahora, acompáñame; en la habitación de al lado hace más calor y hay más luz.

Al resplandor de las velas, Lucrecia tenía un aspecto menos pálido. Sus ojos brillaban mientras hablaba sin cesar. Hizo entrar a sus hijos, los herederos de la Casa d'Este. Luego sirvieron la cena. Mientras comía y bebía, ella hablaba de Rodrigo con la mirada baja. Le aseguré que no se había sentido infeliz lejos de ella.

—Entiéndeme bien, el recelo de mi esposo me impidió hacer lo que siempre quise hacer. También a tí, mi pequeño hermano, también a tí te he fallado.

—Nadie me ha dicho jamás que era hijo del papa Alejandro.

—Ni yo misma lo sabía. Mi padre te confió muy joven al cuidado de César. El otro día trajeron unos papeles de Roma. Ahora están aquí, en nuestra cancillería. Se trata de una bula; está escrita en latín y firmada por mi padre el pontífice. Atestigua que eres hijo suyo.

Le pregunté si conocía el nombre de mi madre. Lucrecia se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Gozas de todos los privilegios.

—Sobre el papel, quizás. En realidad, soy un vagabundo que no posee ni un soldo.

—Ahora eso cambiará. Yo te ayudaré. Haré por tí lo que mi padre hubiera querido hacer. Es mi deber.

—¿Por qué?

—¿Por qué, por qué?

Mi mirada la desconcertaba. Troceó un pedazo de carne y lo arrojó a sus pequeños galgos. No la creí. Cuanto más tiempo hablaba con ella, más grande era mi convicción de que me ocultaba algo. Se mostraba insegura, nerviosa. Los criados y las mujeres se llevaron los restos de la comida. Ahora estábamos solos.

—Los Borgia tenemos que apoyarnos entre nosotros. Pertenecemos el uno al otro, como las uvas al racimo. Así lo dijo mi padre. Era bueno y no me importa lo que digan de él. Se preocupaba sólo por mi felicidad. ¡Sí, sí, es verdad! —dijo impetuosamente, aunque yo no había expresado ninguna objeción—. Todo lo que hizo fue en nuestro favor y en el de nuestra fama, nuestro poder y nuestra riqueza. Fue el amor por nosotros, y no otra cosa, lo que le volvió débil. Después de la muerte de mi hermano Gandía, no quería comer ni beber. Únicamente por mí, porque no soportaba oírme llorar, se levantó entonces del suelo. «Lo que les pasa a mis hijos lo siento en mi propio cuerpo como placer y dolor», estas fueron sus palabras. Nos hacía ver una y otra vez que la consanguinidad es una unión sagrada, merecedora de todos los sacrificios, que obliga a conceder cualquier favor. En esa creencia nos educaron. He obedecido siempre a mi padre. No importa lo que me pidiera: lo hice. Tal vez no fuera bueno, o quizá debiera haber actuado de otro modo. Desde entonces, he visto y oído tantas cosas... Oh, Dios, ¿quién sabe lo que es verdad y lo que no lo es? Tú no

puedes comprenderme. Servir a mis parientes se ha convertido en mi segunda naturaleza: hice cuanto querían mi padre y mis hermanos; ahora hago lo que quiere mi esposo. ¿Por qué no te iba a ayudar a ti?

Habló emocionada, respirando de prisa; sus manos no paraban de moverse, pellizcando los pliegues de su vestido, los pasamanos de las mangas y el corpiño. Las sortijas brillaban en sus dedos inquietos. Mientras la escuchaba, jugueteaba con mi puñal, que había desenganchado de mi cinturón. Cada uno tiene sus gestos habituales cuando sus pensamientos se extravían. Siempre hay a mano una joya, una moneda, un par de guantes, una borla o una cuerda, para efectuar con ellos maniobras sin sentido. En tales ocasiones, tomo mi puñal, lo hago girar sobre la punta de la hoja y exploro con las yemas de los dedos la forma del mango. Antes, lo hacía sin pensar. Desde la conversación con Lucrecia, ya no soy tan cándido. Lo que ocurre es que, para la mayoría de la gente con la que me encuentro, mi puñal es un arma como cualquier otra.

«¿No te iba a ayudar a ti?». Al decir esas palabras, Lucrecia se inclinó hacia adelante y tocó mi rodilla suavemente. En ese instante, todo su cuerpo empezó a temblar. Escuché cómo le castañeteaban los dientes. Se llevó las manos a la cara y se apartó. A duras penas entendí lo que susurró.

—¡Guárdalo, guárdalo! ¿Quién te ha dado ese puñal? Guárdalo, esconde esa cosa. ¡No lo quiero ver nunca más!

Le pregunté si recordaba si aquel estilete había pertenecido a César. Cuando asintió en silencio, con las manos aún tapándose los ojos, le conté que el papa Alejandro había regalado el arma a Rodrigo y cómo, más tarde, en Bari, había llegado a mis manos. Se tumbó en la silla; todo su cuerpo se estremecía. Mientras la sujetaba vi, para mi asombro, que no lloraba, sino que reía con una risa crispada, silenciosa, más lastimera que las lágrimas.

—Ferrara es célebre por sus fabricantes de máscaras. Toda Italia encarga aquí sus máscaras para el carnaval. Nuestros artistas no son sino aprendices, comparados conmigo. Pequeña Lucrecia, hija mía, hermana mía, Lucrecia: ríe y baila, ponte guapa, porque siempre es fiesta, siempre es carnaval, siempre hay una boda. Una, dos, tres bodas... ¿por qué no? Los novios son marionetas, para montar y desmontar a discreción...

Su risa antinatural cesó tan pronto como había empezado. Estaba quieta en su silla, con su atención centrada en algo que, para mí, seguía siendo inaudible e invisible. Deslizaba los dedos abiertos sobre su vientre, palpando. Suspiró algunas veces y, entonces, me pidió que llamara a sus mujeres y la dejara a solas.

Pasaron varias semanas hasta que volví a ver a Lucrecia. El día después de nuestra entrevista, parió un hijo que no tuvo fuerzas suficientes para sobrevivir. En cuanto fue capaz de levantarse, hizo que la llevaran secretamente a San Bernardino, un convento

de Ferrara donde ella, según me dijeron, se alojaba durante su convalecencia. Por aquellos días, Alfonso d'Este regresó de su viaje. Con él, regresó más de la mitad del séquito ducal. Comprendí por qué había habido tanta tranquilidad hasta entonces en el castillo. Alfonso trajo de nuevo vida y alegría. Apenas se notaba la ausencia de Lucrecia. No tuve que esperar mucho tiempo para comprobar su interés: Alfonso me saludó jovial e indiferente, como se hace con un pariente lejano de rango menor. No hizo alusión alguna a nuestro primer encuentro en Bari. Por otra parte, yo tenía pocas ganas de recordárselo. No había cambiado en ningún aspecto, a pesar de diez años de preocupaciones de estado, y de sostener una guerra contra pontífices ansiosos de conquistas. Su paso retumbante, su fuerte voz, llenaban el *Castel Ducale*. Dondequiera que estuviera, dominaba ya fuera el ambiente del campo militar, ya fuera la partida de caza. Dogos y galgos le seguían a todas partes, brincando alrededor de su silla. Músicos y bufones fueron confinados a las habitaciones del servicio.

—¡Pompa y ornamento son cosas de mujeres! Mantén todo este jaleo alejado de mí hasta que vuelva la duquesa. Dame bien de comer; nada de lenguas de ruisseñores doradas o pasteles perfumados. Tanta exquisitez me está costando una fortuna; mantener el decoro es una afición más cara que hacer la guerra. Todo ese teatro pertenece más bien a una corte. Ya recuperaremos las antiguas costumbres cuando la duquesa haya vuelto; ella lo puede arreglar todo, pues tiene tiempo para hacerlo. El tiempo que permanezca solo; quiero disponer de espacio.

A los invitados y al séquito se les ofreció diversión de hombres: fuertes comidas, largos paseos a caballo por los campos pantanosos de las afueras de Ferrara, y —actividad aún más agotadora— visitas nocturnas a las respectivas amantes y a las amigas de éstas. Alfonso tenía preferencia por las mujeres obesas y oscuras de piel, amantes del placer y sensuales y, a ser posible, calladas, sosegadas, lentas de movimientos; es decir, opuestas a Lucrecia en todos los sentidos.

Me condujo personalmente por las galerías que rodeaban las almenas para enseñarme los cañones que se encontraban allí montados, y que habían salido de su propia fundición. Todos me aseguraron que debía considerarlo un favor excepcional. Iba delante de mí sobre las plataformas de las atalayas, con la cabeza descubierta y sin capa, indicando las piezas más importantes con el mango de su látigo.

El cielo invernal se extendía bajo y pesado sobre el campo. A ambos lados del castillo, y hasta donde alcanzaba la vista, sólo se divisaba el campo llano, de color gris verdoso, interrumpido por pantanos, afluentes del Po y arboledas del parque ducal. Junto al puente de acceso, discurría la ciudad de Ferrara, un amontonamiento irregular de casas bajas y oscuras rodeada por un anillo de murallas. El viento nos arrojó unas gotas finas de lluvia a la cara.

—¡El arma del futuro! —Alfonso acariciaba el bronce liso de sus cañones—. La práctica así lo demuestra. No obstante, soy el único en Italia que se ha dado cuenta. ¿No estás de acuerdo conmigo? Tú perteneces a la escuela de Fabricio Colonna. ¡Un

hombre valiente, un buen estratega que sin embargo vive en un tiempo que ha terminado para siempre! Las tropas españolas confían demasiado en la infantería y los arqueros. Los suizos piensan que la técnica de la lanza es el abecé de la estrategia. Los franceses se decantaron antes por la caballería, también tenían artillería, pero no servía. En Rávena, les he enseñado lo que valen los cañones. Rectifican sus errores y me escuchan a mí. Mira esto... En ninguna parte los fabrican mejores. El rey francés manda sus artilleros aquí para aprender el arte de mí.

Llamó a los cabos de cañón e hizo que me enseñaran todos los detalles. Él me aguardaba bajo el cobertizo de la galería con las piernas abiertas; me pareció que se recreaba visiblemente en mi asombro. Más tarde, bajamos a la fundición que se hallaba en las bóvedas del castillo. Yo pensaba en los discursos del viejo Fabricio Colonna, su ferviente alegato por la disciplina y el sentido de la responsabilidad, sin los cuales opinaba que el trabajo manual de la guerra era una empresa repugnante. La pasión de Alfonso por esos cañones era sin duda de otro calibre. El perfeccionamiento del cañón, la mecha y la carga, constituía para él un fin en sí mismo. Impasible, con voz clara y fría, explicaba con todo lujo de detalles las ventajas de la forma y el material; me enseñaba, mediante cálculos, el alcance de las distintas clases de balas; describía los efectos del disparo...

La guerra, para él, significaba una oportunidad de probar la solidez de sus cañones. Partidarios y adversarios sólo tenían importancia en cuanto causantes y víctimas del fuego de artillería. Lo principal era el duelo entre las bocas de fuego, la aptitud de las fortificaciones, la organización eficaz del suministro de balas. Hasta aquel momento, había considerado la guerra como un mal necesario, una fase inevitable de la discrepancia entre grupos con intereses opuestos. La convicción de luchar por una causa justa o cuando menos de que la causa del otro es injusta; ambición, sed de venganza, rapacidad: el mal se ha encarnado cien, mil veces, en los hombres armados en el campo de batalla. Cada hombre, además, es guiado por sus propios motivos: miedo, afán de supervivencia, perspectiva de botín y muchísimas cosas más. Escuchando la exposición de Alfonso d'Este, llegué a ver la lucha como la destrucción por la destrucción. La causa y el objetivo del enfrentamiento ya no importaban; los soldados eran meros figurantes, esclavos de monstruos de bronce y hierro que vomitan fuego; las ciudades y los pueblos se reducían únicamente a blancos, como si fueran hormigueros indefensos. Una visión angustiosa.

Por lo tanto, después de mi estancia en Ferrara, creí durante mucho tiempo que el número y la calidad de los cañones determinaban la invencibilidad de un ejército. Sin embargo, Pavía me enseñó que no es así. El rey Francisco I alardeaba de su artillería, compuesta por grandes piezas pesadas que utilizaban el enganche para apuntar; una novedad introducida por consejo de Alfonso d'Este. En la temprana mañana de la batalla, las tropas imperiales no parecían poder resistir el fuego francés; hasta que tuvieron que ponerse a cubierto atropelladamente. La confusión general fue la consecuencia deseada. Un error táctico del rey Francisco I neutralizó esa ventaja.

Pescara supo aprovechar ese error de forma magistral. Provocó un nuevo envite, en el cual el uso de la artillería causaría más daños que beneficios a los franceses. La batalla de Pavía demostró que la estrategia y, sobre todo, la influencia que ejerce un comandante sobre sus soldados, valen cien veces más que los cañones, aunque estén dotados de las últimas novedades técnicas.

En Ferrara me impresionaron sobremanera el conocimiento y la autoridad de Alfonso d'Este. César estaba muerto, Fabricio Colonna era un anciano y Pescara se hallaba fuera de mi alcance. Alfonso me parecía ahora la personificación de la autoridad masculina, el modelo de un soberano. Sobre el tapiz de fondo de la grandeza de la Casa d'Este, se me antojaba una figura de gigante, un héroe.

En cierta ocasión, me indicó la torre donde tenía presos a sus dos hermanastros —sorprendidos en una conspiración para asesinarle— para el resto de sus vidas.

—No tiene sentido promulgar leyes estrictas si se cierra los ojos a los crímenes de los propios parientes. Es nuestra tradición: ser inexorable en lo referente a las debilidades de los miembros de nuestra familia. A esa tradición debemos nuestra autoridad.

Entonces admiré mucho su actitud. Más tarde, tuve sobrada ocasión de conocer su frialdad, mezquindad y suspicacia.

Me trataba con una afable indiferencia, me invitaba a compartir algunas comidas con él y su hijo mayor Hércules, un chico de catorce años, y me permitía ir justo detrás de él en cacerías y desfiles. Asimismo, me mostró el taller donde armaba cerraduras de hierro y pintaba cerámica por placer. De la ausente Lucrecia no hablaba casi nunca; de mí y de mi pasado, nunca. Finalmente, una mañana, me hizo llamar a su dormitorio. Estaba en camisón en medio de la habitación; los sirvientes le alcanzaban sus prendas de vestir, le ayudaban a anudar las agujetas y a atarse los cordones. Sus dos perros reposaban sobre la cama. Al otro lado de las ventanas, apuntaba el crepúsculo nebuloso de un temprano día de invierno. El reflejo del fuego en la chimenea jugueteaba en las paredes, pintadas al fresco con figuras de mayores dimensiones que el natural, de ilustres antepasados de Alfonso, de los tiempos del duque Borso.

—He dado a mi mujer la orden de volver a casa mañana. Su estancia con las monjas ya ha durado bastante tiempo. Antes, no practicaba la costumbre de correr a encerrarse a los conventos. Al contrario: *madonna* prefería, entonces, las diversiones menos piadosas. Bailes todos los días de la semana; largas conversaciones a solas; viajes de placer a alguna casa de campo, junto con algún admirador; y si por casualidad no había un tonto enamorado a mano, un baño en compañía de sus damiselas de honor, criaturas astutas en las artes de amar. Nada de rezar o ayunar. Así son las mujeres: volubles, siempre de un extremo a otro. Una cosa no ha cambiado. Mi mujer está tan singularmente apegada a su familia como sus parientes. Ella sabe muy bien cómo imponer su voluntad, enfurruñándose, cayendo enferma o huyendo. Por lo visto, aprendió de niña que era la única forma de conseguir algo de esa chusma

de los Borgia. No es que no me dé cuenta. Si no me perjudica, cedo; si no, no lo hago. Quiere ayudarte a progresar en el mundo. El tiempo dirá si eres digno de su ayuda. ¿No conocías a *madonna* antes de venir aquí?

Me hizo la pregunta como quien no quiere la cosa. Algo en su mirada y el tono de su voz me hizo comprender que, de mi respuesta y de la forma en que la pronunciara, dependía gran parte de mi futuro.

—Jamás —dije—. Tampoco sabía que era el hermano de su excelencia.

Alfonso se sentó ante el fuego e hizo que le pusieran las botas. Después, mandó que sus criados y a su séquito nos dejaran solos. Me quedé de pie delante de él, mientras devoraba su desayuno de carne, vino y fruta.

—A petición suya, han hecho averiguaciones acerca de tu nacimiento. Han aparecido dos bulas en la cancillería pontificia.

—Su excelencia me habló únicamente de una de ellas.

—¿Lo hizo? Es curioso. ¿Por qué habrá mencionado sólo una, sabiendo que son dos? Debes estar equivocado, amigo mío.

Me desentendí de la pregunta que su mirada fría y aguda contenía; no mostré sorpresa alguna y guardé silencio.

—¡Así que hay dos bulas! En una, constas como el hijo de César Borgia; en la segunda, el papa Alejandro declara nulo el contenido de la primera y te llama su propio hijo, su queridísimo Giovanni, duque de Nepi y Camerino, Infante de Roma. Suena como príncipe heredero del Estado Eclesiástico, o algo parecido. Seguramente todo esto te sorprenderá. No me extraña. Tampoco entiendo lo que hay detrás de esas dos declaraciones contradictorias, las cuales, con mucha pompa jurídica, parece ser que se redactaron el mismo día. Personalmente, me trae sin cuidado si descienes del padre o del hijo; uno me parece tan plausible como otro. Me interesa, en cambio, la actitud de mi mujer en todo este asunto. Tu sorpresa no me parece fingida. Por lo tanto, quiero suponer que realmente sólo ha mencionado una bula, en este caso la última. ¿Tienes alguna idea, maese, de por qué pudo no decirte toda la verdad? La duquesa es un ser lleno de sorpresas; un día, se muestra dulce como una paloma, dócil y llena de humildad; y, al día siguiente, sin que logre averiguar por qué, testaruda y reservada, rezando y llorando como una pecadora penitente.

Se levantó; su sombra trepó por la pared sobre el cortejo pintado de nobles.

—Pensé que me había tocado una Magdalena, cuando me casé con ella. Había razones para ello. Pero, por lo visto, en aquel tiempo todavía no le atormentaba su conciencia. Ni a mi padre, ni a mí, ni a ninguno de nuestros parientes nos atraía la idea de ese matrimonio. Pero necesitábamos dinero. Cuando supimos que el papa Alejandro estaba dispuesto a pagar bien por la integración de *madonna* en la Casa d'Este, hicimos la vista gorda con algunas cosas. Por otra parte, hemos sabido domarla. He de decir, en favor de su honor, que hace lo que se espera de ella, dejando aparte sus frecuentes depresiones; por mi parte, hago caso omiso de sus antojos. Entiéndeme bien: aquí, en Ferrara, nunca nos hemos dejado cegar por los trucos de

los Borgia. Soy una persona serena, y mantengo bien abiertos mis ojos y mis oídos. La ternura y la melancolía que me depara *madonna* son superficiales, igual que ese follón misterioso de maese César y la lujuria que el papa Alejandro poseía por aquel entonces. Todos los españoles son sensuales, oscuros y caprichosos; quien se aferra a sus características generales, no es más que un tonto. Los Borgia sabían terriblemente bien lo que querían; poseen caracteres hábiles, y son astutos todos, inclusive *madonna* Lucrecia... ¿Y tú, maese Giovanni, qué es lo que quieres?

Se volvió y se detuvo frente a mí. Repliqué que no me sería posible conocer mi propia voluntad hasta que no supiera a ciencia cierta quién era yo mismo. Alfonso hizo un gesto impaciente.

—No finjas ser una hoja en blanco. No lo eres. Tienes todas las características de un Borgia. Te sabes acomodar como un cortesano y obedecer como un soldado; tienes la postura de un noble, la desfachatez de un marrano español, el sentimiento de inferioridad de un bastardo... ¡No hace falta enseñarme nada sobre las personas! Eres ambicioso, y te sientes insatisfecho con tu suerte. Eres inteligente, puesto que sabes esperar. Seguro que tienes más armas en tu arsenal. ¿Cuándo se van a revelar la ambigüedad, la astucia, la traición y la ingratitud hacia tus benefactores, maese? ¿Acaso surgen de repente, como con la señora duquesa, quien, con el pretexto de su sumisión, siempre se propone mentir y engañarme; que se vuelve llorona y sentimental por un padre y un hermano que, en realidad, la inspiraron un miedo de muerte, es más, a los que odiaba? Sí, señor: así es; pero cabe dudar si ella misma lo sabe. Es una persona que, con sus ojos grandes e inocentes, suele llamar calumnia a toda difamación que tenga su persona por objeto, pero aun así ayuna y reza como una penitente. A mí, lo escondido, lo caprichoso, me inspiran desconfianza. Tan pronto como los caprichos ajenos amenazan con convertirse en molestos o peligrosos para mí, no conozco la piedad. Estoy continuamente en guardia, aunque parezca que no es así. ¡Quiero que lo recuerdes, maese!

—Me marchó hoy mismo, si mi presencia no es de vuestro agrado. Ya suponía que no sería bienvenido. Recuerdo que su alteza, entonces en Bari, no quiso hablar conmigo.

—Vaya, ¿recuerdas eso? —Alfonso escogió un trozo de caza asado de un plato, seleccionándolo con cuidado; lo miró y lo olió antes de hincarle el diente—. Sabía que don Rodrigo existió. *Madonna* fue muy sensata comprendiendo que no podía tener el chico aquí consigo, cuando todavía era un crío. Ya era suficiente que estuviera dispuesto a hacer caso omiso de sus dos matrimonios anteriores, así como de todo lo demás: las habladurías, las alusiones... no muy halagadoras, te lo aseguro. Se me informó que andaría por allí otro bastardo de mi mujer, de padre desconocido. Durante un tiempo, creí que tú eras aquel niño, maese.

Sin apartar la vista de mí, daba grandes bocados a la carne. Reflexioné. En ese momento, le comprendí perfectamente. Mi propia seguridad en Ferrara, la paz de Lucrecia, la complacencia en apoyarme, dependían de la actitud que tomara ahora.

Dije que me había considerado siempre como el hijo de César Borgia y que estaba seguro de que los demás así también lo hicieron.

—Aquí, en Ferrara, tenía muy mala fama. El recuerdo de él y de sus actos todavía no se ha desvanecido. Por tu propio bien, te aconsejo, por lo tanto, que hagas uso de las posibilidades que te ofrece la segunda bula pontificia. Como hermanastro de la duquesa, tienes derecho a nuestra ayuda.

Toda esta conversación con Alfonso d'Este —incluso entonces lo supe— era puro teatro. Lo que de verdad nos preocupaba, ni se mencionó. A mí lo que me atormentaba era averiguar si yo era fruto de un incesto; las dos bulas, de contenido contradictorio, no aclaraban este punto, sino que, por el contrario, planteaban nuevos enigmas. Por cierto, no me enseñaron esos documentos, ni entonces ni más tarde. Los motivos de Alfonso d'Este eran de otro tipo. Después, cuando comprendí mejor la situación, pude llegar a formularlos. Había algo que le inquietaba día y noche: quería obtener pruebas de la culpabilidad de Lucrecia. No le interesaba un determinado aspecto de su culpa. Además, no perseguía los actos y pensamientos que habían podido constituir su culpa, sino la satisfacción de sorprenderla cometiendo un delito contra él y la Casa d'Este. Alfonso pertenece al grupo de personas incapaces de admitir que se han equivocado.

Ni él ni yo obtuvimos, durante el curso de la conversación, las respuestas deseadas. Y ambos lo sabíamos.

La vuelta de Lucrecia coincidió con el comienzo del carnaval. La ciudad y el castillo de Ferrara mostraron, como por encanto, una cara nueva: no ya mortal y gris, como en los primeros días de mi estancia, ni tampoco combativo, próspero, lleno de animación —el decorado apropiado para Alfonso d'Este—, sino que parecía un paraje lleno de necios y enamorados, poseídos por el vino y el baile. Los enmascarados recorrían las calles de la ciudad gritando y cantando, y los pasos del castillo se abrieron a todo el mundo: cabezas de gallo, narices puntiagudas, caras de diablo, monstruos de los bosques y marinos, un tornado de trapos variopintos, plumas, oropeles y confeti. Desfiles, juegos, comidas se celebraban en todas partes, y en los prados, a lo largo de las orillas del Po, se disputaban carreras de caballos y asnos. En el castillo, las antorchas permanecieron encendidas día y noche; las mesas no se recogieron; sobre los tablados, las danzas se alternaban con las representaciones de comedias, de modo que todo el mundo perdía la noción del tiempo. En una sala, se mantenía una contienda de resistencia entre músicos y bailarines, interpretando *piva*, *saltarello*, *mezacrocca* sin parar; más lejos, grupos de festejantes agotados o borrachos dormían profundamente allí donde habían caído. La luz del día apenas se dejó ver a causa del cielo nublado, pero nadie le prestó atención. La realidad parecía haber dejado de existir; sólo cabía un afán por divertirse, que rayaba la locura. En aquella ocasión me di perfecta cuenta de que carecía de la facultad de entregarme sin

reparos al delirio. A pesar de la máscara y del traje festivo, me era imposible perderme por un solo momento en aquella exuberancia. Se ha de ser frívolo, italiano y fácilmente inflamable, para sumergirse en la vorágine del carnaval.

El ambiente templado y cargado de las salas de fiesta, el resplandor de las antorchas, las risas y los gritos incontrolados, el efecto ambiguo de las máscaras de animales cubriendo los rostros humanos, la desvergüenza de los trajes, despertaron en mí sentimientos contradictorios, de desdén y aburrimiento, pero también de ansia de convertir el juego en un asunto serio, arremeter contra los arlequines y payasos que rodaban por el suelo, ebrios, y que luchaban entre sí o se arrojaban dulces y pasteles; prender una antorcha en las cintas y los harapos, para oír convertirse las risas en gritos de miedo; insultar a las mujeres que creían que, disfrazadas, podían permitirse cualquier palabra o gesto, hasta que se les pasara su temeridad lasciva. Mientras, en el *bailo dalla catena* las parejas se agitaban horas y horas, girando y dando vueltas en una cadena sin fin por la larga serie de salas:

*il ballo s'intreccia  
braccia con braccia  
mentr'un s'aliada  
l'altro si streccia,*

Yo me refugiaba en un rincón, preso de la duda, con la máscara puesta y ataviado con los mismos adornos y campanillas que lucían los demás. Reconocí la sensación de angustia que me sobrevenía cuando vejaba a Rodrigo por su temor infantil. De nuevo, estaba a punto de sobrepasar un límite: ¿adónde, por qué?

Busqué una escapatoria por las antecámaras, a lo largo de las escaleras donde tropezaba con los cuerpos de gente dormida y parejas amándose. De un golpe, abrí una ventana y vi que nevaba. Me harté en Francia, tiempo después, de la blancura del invierno; pero por aquel entonces la caída de la nieve en Ferrara tenía todavía para mí el encanto de lo desconocido. Recuerdo que pensé en Bona Sforza; que allá, en Polonia, debía ver heladas y hielo durante medio año. Pensar en Bona, en el espectáculo de esos copos flotando ligeramente, atemperó mi ira y me hizo volver en mí. Cogí una capa y estaba a punto de pedir mi caballo, cuando, a través del puente, una banda de enmascarados irrumpió en el patio, retando a la corte a una batalla de bolas de nieve. «¡A fare alla neve!». Todo el que no estaba demasiado borracho para mantenerse en pie, salió de las salas de fiesta y corrió abajo. Nadie parecía más complacido con el juego que Alfonso d'Este. Las mujeres se apiñaban en las galerías que asomaban al patio. Entre las damiselas de honor que chillaban con euforia se encontraba, inmóvil y silenciosa, Lucrecia, reconocible detrás de una máscara dorada. Por primera vez, me sentí emparentado con ella. Detrás de la máscara de bacante hecha de pan de oro, adiviné el mismo rasgo de orgullo y desprecio que inmovilizaba mis propios labios.

La corte de Ferrara tenía que mantener la reputación de ofrecer las danzas y representaciones de teatro mejor preparadas y más costosas; la época de carnaval en el castillo ofrecía, por tanto, toda una serie de divertimientos. No quiero negar que fueran grandiosos en su planteamiento y que, obviamente, habían costado mucho dinero. Fuegos y cascadas artificiales, maquinarias para hacer descender ninfas y ángeles de forma invisible del cielo, suntuosos trajes y decorados, bailarines y cantantes en abundancia, y muchas otras cosas. Pero los textos me parecían tediosos sin excepción; la acción, incomprensible; las bromas y chuscadas, tan viejas como el mundo. Por encima de todo, brillaba un barniz de cultura clásica demasiado aparatoso para mi gusto. Todos los dioses del Olimpo intervenían en la obra: cada alegoría planteaba una especie de jeroglífico, únicamente descifrable por quien estuviera versado en la mitología. Los invitados y los miembros de la corte, por lo tanto, bostezaban ostentosamente. Me sorprendió en gran medida que Alfonso d'Este tolerase tales representaciones, asistiera a ellas hasta el final e, incluso, mirara con disgusto a los que no disimulaban su aburrimiento. Gocé del privilegio de poder sentarme con la pareja ducal y sus hijos bajo el baldaquín; me convertí así en un testigo a la fuerza, no sólo de lo que se representó sobre el entarimado, sino también de las conversaciones entre Alfonso y Lucrecia.

Se alzó un gigantesco delfín de plata, que primero escupió agua colorada y después fuego. A continuación, los dioses del mar cantaron en su lomo, en una serie de estrofas sin fin, la reciente alianza entre Ferrara y Venecia.

—¡Ejem! Muy bonito, pero, ¿cuánto cuesta? —dijo Alfonso—. ¿No se podía hacer con menos aparato, señora? Sé muy bien quiénes te han enseñado a despilfarrar el dinero. ¿Cuándo acabarás de comprender que la defensa de Ferrara me ha costado una fortuna en los últimos años?

—Mi fortuna, mi dote —susurró Lucrecia, sin moverse—. No he inventado yo la celebración del carnaval. Continúo la tradición. Tienes tanto apego como yo a la tradición. Esa alegoría de ahí, por ejemplo, es una idea de la marquesa de Mantua.

—No intentes culpar a mi hermana. Alégrate de que se esfuerce un año y otro por mantener nuestras costumbres, cuando tú estás demasiado ocupada con tus enfermedades, o tratando de inventar algo tú misma. ¡Una soberana hasta la médula, la primera mujer de Italia; eso es mi hermana! Ella sabe lo que debe hacerse en una corte. Pero, quien no ha aprendido en su casa el estilo distinguido, no puede comprenderlo.

Lucrecia tosió y desplegó su abanico ante su rostro.

—No se ocupa de la organización de las fiestas por amistad. Ya no me opongo, antes bien, le concedo ese gusto.

—No seas tan sufrida, *madonna*. Tú, que te carteas con tanta aplicación con mi estimado cuñado, el marqués, ¿te has preguntado alguna vez lo que piensa mi

hermana de esas cartas de amor, escritas a la manera platónica?

Las plumas del abanico vibraban. Sólo veía la espalda de Lucrecia. Dado que se mantuvo rígida en la misma posición, su perfil quedaba oculto. Había embutido su cuerpo en un corsé brocado para la ocasión. Se apreciaba el color deslucido y céreo de su piel a través de un velo que le cubría el cuello y los hombros.

—Tienes pensamientos feos. ¿Entonces tengo que sacrificarlo todo, mis costumbres que no molestan a nadie y mis buenos amigos?

—¡Sí, ya conocemos esas costumbres y esas amistades! ¿No termina nunca esa pieza? Muy bien hecho; ese delfín es símbolo de Venecia. Nuestro amigo, maese Bembo de Venecia, ¿no tenía él también un delfín en su escudo? Hablando de maese Bembo, le quiero invitar a que nos visite de nuevo. ¡Se ha convertido en un gran hombre, ahora! Ha hecho una bonita carrera. La púrpura le favorecerá. No puede hacernos daño estar en buenos términos con el secretario de Su Santidad. Además, debe de ser agradable renovar la amistad, tras diez o doce años; sabes mejor que yo cuánto tiempo hace desde la última vez que nos vimos. Vamos, ¿qué me dices de ello? Por aquel entonces se marchó precipitadamente, sin despedirse de mí. ¿Crees que tenía motivos para tenerme miedo?

No oí lo que contestó Lucrecia. Sólo vi cómo encogía los omóplatos temblando. Alfonso no creyó necesario hablar en voz baja, pues la música en el escenario resonaba bastante alta.

—¿Serías menos contrario a la llegada de *monsignore*, si os ofreciera la oportunidad de continuar vuestras clandestinas escapadas pastoriles a Carpi? ¿No era allí donde os encontrabais? Después de tantos años, podrás admitirlo ahora. Pero si Alberto Pio y su mujer todavía quieren servirte de alcahuetes... Además, quizás Bembo haya perdido las ganas de amar. Todos hemos envejecido...

Me agaché para recoger el abanico. El mango estaba roto. Lucrecia recogió las piezas, sonriendo con un gesto elegante de disculpa destinado a los muchos ojos fijados en nosotros; pero a mí no se me escapó el temblor de sus labios ni el brillo violento de sus ojos.

En los meses que pasé en Ferrara presencié, más de una vez, semejantes conversaciones entre los cónyuges. Se diría que a Alfonso le resultaba imposible dejar a Lucrecia en paz. Su resignación melancólica y su silencio le irritaban. Podía comprenderlo hasta cierto punto, aunque despreciaba su afán de atormentarla. No obstante, no creo que la asediara con amenazas y alusiones únicamente por malicia. A quien más atormentaban los sentimientos y pensamientos que se ocultaban tras esas palabras era a él mismo. Sabían mantener, con todo, una apariencia de buen entendimiento. En ocasiones oficiales, Alfonso trataba a su mujer con una gran formalidad: la dejaba pasar delante, se mostraba contento cuando la gente la ovacionaba —Lucrecia era, sobre todo tras los años de guerra, muy popular en Ferrara—, le pedía consejos y alababa su discernimiento de modo que todo el mundo lo oyera. Lucrecia fue bastante sensata para participar en el juego. Sabía mostrarse

muy favorable en público. Cuando la veía así, vestida y peinada con cuidado, ataviada con sus joyas, me era posible creer en la existencia de la legendaria Lucrecia.

No se impuso obligación ninguna en sus aposentos. Siempre la encontraba allí, acostada en un diván, con la ropa suelta, sin corsé, el pelo envuelto en un trapo, como lo llevan las mujeres romanas. Nunca vi su famoso pelo dorado al descubierto durante todo el tiempo que estuve en Ferrara. Después de su muerte circuló el rumor de que, durante los últimos años de su vida, había llevado una peluca. Es posible que así fuera.

Me hacía llamar a su lado dos y hasta tres veces al día. Primero, intercambiábamos las habituales cortesías; a continuación, me preguntaba lo que había estado haciendo en las últimas horas, o lo que pensaba acerca de la ciudad y el castillo. Quiso oír mi opinión sobre los poemas y las piezas de música que componían los artistas famosos de todos los países que tenía a su servicio, o bien sobre el color y el corte de sus vestiduras, o sobre el adorno de sus habitaciones. Pero mis conocimientos de latín y literatura dejaban mucho que desear; sabía poco sobre mitología, y nada de moda y arte. Se rió de mi falta de cultura cortesana, y prometió que me educaría. Luego, se volvía más íntima; apenas me dejaba articular palabra. Tenía una necesidad incontrolable de hablar de sí misma. Mientras hablaba, parecía que se libraba de un peso; suspiraba, apretaba mis manos y se reía con su sonrisa ingenua llena de disculpas. Dado que hablábamos en español, no se inquietaba por la presencia de los miembros de su séquito que entraban y salían. Me llamó su regalo de Dios y añadió que finalmente podía ser de nuevo ella misma.

—Mi esposo aprueba que te quedes en Ferrara. No sabes lo que eso significa para mí. Siempre ha hecho la vida imposible a las personas que yo quería y que me querían a mí. ¡Oh, Dios, si te lo pudiera contar todo!

Sus relatos me permitieron entrever los asuntos familiares de los d'Este. Lo que pude saber despertó en mí sentimientos de afrenta e indignación:

—¡Y ese se atreve a hablar de la chusma de los Borgia!

Se habló, y todavía se habla —me he dado cuenta desde entonces— en Italia y también fuera de ella, de los misterios de Ferrara. Pero, como los d'Este pertenecen a un linaje ilustre y antiguo, que aún hoy es poderoso, se les perdona lo que a los Borgia se les imputa como infamia. Lucrecia hablaba y yo escuchaba. Su manera ingenua de hablar me reveló sus quejas y rencores, de igual forma como se aprecian los guijarros en aguas claras poco profundas. La mayor parte se me ha olvidado. A pesar de su comunicatividad, nunca me fue posible formarme una opinión sobre la vida que llevó Lucrecia en Ferrara.

—Siempre desconfianza, siempre hostilidad. Nunca me han perdonado que fuese mejor que mi mala reputación. Hiciera lo que hiciera, siempre estaba mal. La gente de aquí odia a los españoles. Traje conmigo un séquito español de Roma. En la corte de mi padre se observaban muchas costumbres españolas. Lo cierto es que

provenimos originalmente de España, de Xátiva, cerca de Valencia. ¿Lo sabías? Me encantaba bañarme durante mucho tiempo, y dejar que las mujeres moras me untaran con ungüentos. ¿Qué hay de malo en eso? Mis damiselas de honor eran guapas y refinadas. ¿Es culpa mía que los hombres de Ferrara sean demasiado burdos para comprender las bromas despreocupadas de los enamorados? Mi séquito fue despedido. Después de aquello, me quedé sola entre extraños. Tuve cuatro abortos seguidos. Dios mío, lo que tuve que oír entonces. Dijeron que era por mi pasado, por mis costumbres de vida. Mi esposo me despreció porque no podía tener hijos. Pero no me dejó en paz, y menos aun cuando estaba embarazada. Y siempre estaba embarazada. Escogió a mi personal, a mis acompañantes. Eligió un confidente cuando tenía que marcharse... o aún peor. El poeta cortesano Strozzi, mi buen y fiel amigo, fue asesinado, degollado como un animal. ¡Oh Dios, toda mi vida ha sido así; todo lo que me es querido me lo quitan siempre o tiene que morir! No puedo hablar, ni pensar por más tiempo en ello. Has de perdonarme; ya no sé lo que digo. ¡Olvídalo, Joan!

Más tarde, supe que Lucrecia había fundado el convento de San Bernardino adonde solía retirarse, justo en el lugar donde se cometió aquel asesinato. ¿Lamenta alguien, de esta manera, la pérdida de un poeta alegre, que simplemente se encargaba de ofrecer un poco de distracción? Traté de informarme acerca de ese Strozzi, pero resultó que en el castillo nadie estaba dispuesto a hablar sobre el tema. Eludían mis preguntas como si lo hubieran acordado entre ellos, del mismo modo que no pude averiguar quiénes eran los dos señores d'Este que estaban encerrados en la torre. Más tarde, comprendí que también habían recibido órdenes de no hablar sobre mi presencia en Ferrara, por lo menos no con terceros.

Por otra parte, Lucrecia me dio una explicación distinta para justificar sus períodos de reclusión en el convento. Huía de Alfonso. Un pasillo conducía de sus habitaciones a la de su esposa. Por lo visto, sus muchos amoríos no le impedían honrar también regularmente a su mujer con una visita. Probablemente, desconfiaba menos de ella cuando estaba embarazada. Después, tuve que sonreír con desdén cuando Alfonso escarnecía las inclinaciones piadosas de la duquesa en mi presencia. Sobre estas y otras cosas semejantes, Lucrecia me habló con gran franqueza. Dijo que la aliviaba, que la hacía revivir. Se mostraba feliz como una niña, dirigiéndome cumplidos y palabras agradables.

—Debes quererme, quererme mucho —repetía muchas veces, con una sonrisa o lágrimas en los ojos, según le convenía—. No hay nada en el mundo que me haga tanta falta, nada que anhele tanto.

La escuchaba uno y otro día, con una paciencia que me costó un gran esfuerzo mantener. Me dije a mí mismo que no llegaría a saber nada antes de que hubiera establecido su posición respecto a mí. Mi presencia la emocionó, la confundió; eso se notaba claramente. No me sorprendió darme cuenta, ¿cómo podía ser de otra manera? Comprendí que quería ganar tiempo. Pero, al mismo tiempo, me esforcé en extraer de

su torrente de palabras cuanto pudiera ayudarme a resolver los enigmas que amargaban mi vida. Después de algún tiempo, empecé a notar que su comunicatividad era menos espontánea de lo que había creído en un principio. Lo más importante, las cosas de verdadero interés, las mantenía escondidas. Se callaba todo lo que yo quería oír. Las penas de las que se quejaba no eran las que la atormentaban; no hablaba nunca de los años anteriores a su llegada a Ferrara. Sólo indirectamente aludía a su padre, el papa Alejandro, pero jamás la oí pronunciar el nombre de César. Igual de sorprendente era la reserva que mostraba respecto a su amigo y cuñado, el marqués de Mantua, o a Pedro Bembo, el veneciano al que Alfonso hacía alusiones una y otra vez. A veces, me dio la impresión de que el rostro que me mostraba era una máscara. ¿No se había vanagloriado muchas veces de su capacidad de mostrarse distinta de como realmente era?

El tiempo pasaba sin que llegase a aclarar nada. Lucrecia eludía todas mis preguntas e insinuaciones. Cuando comprendí que no era tan ingenua e indefensa como quería aparecer, cambió mi sentimiento hacia ella. Negándome la verdad a la que tenía derecho, se alineaba con mis oponentes. Hubo momentos en los que la odiaba con una violencia que me sorprendió incluso a mí mismo.

Alfonso había mencionado en cierta ocasión el nombre de Carpi en relación con Bembo, y el papel que este hombre habría desempeñado en la vida de Lucrecia. Yo había sacado mis propias conclusiones de ello y, cuando me encontré de nuevo con Lucrecia, le pregunté directamente si todavía existía la posibilidad de que tuviera lugar la visita del secretario pontificio que Alfonso había sugerido. Por casualidad, había oído a Alfonso afirmar con sorna que *monsignore* Bembo no había osado aceptar la invitación. Lucrecia se miraba en un espejo que sostenía en la mano izquierda. Cuando se decidió a hablar, la contestación parecía ir dirigida antes al espejo que a mí.

—No lo creo. Tiene muchas cosas que hacer en Roma —dijo, mientras palpaba, atentamente con un dedo, la piel flácida de su cuello y mejillas—. Aprende esto de mí, Joan. Cuando algún día ames a una mujer, déjala antes de que se vuelva vieja y fea. Háblale de amor en tus cartas, durante diez, veinte años, pero no hagas ningún esfuerzo por verla. Nunca dejes que la vergüenza, el pesar, la decepción o el aburrimiento estropeen la felicidad de la que has gozado.

—Tanto como engañarse a uno mismo —dije con afán de herirla.

—Llámalo como quieras. Jugar a creer que las cosas son distintas de lo que son es el arma de que disponemos contra la realidad, que es fea, tan fea...

Le hablé entonces de mi estancia en Carpi, mientras la miraba alusivamente, dando por supuesto que nos habíamos encontrado allí. Lucrecia siguió mirándose en el espejo. Comprobé que buscaba una escapatoria. Tuve que admirar el control que tenía sobre sí misma.

—Alberto Pio y *madonna* Emilia eran amigos míos. Ahora, ya no les veo nunca... Sí, a petición mía, ellos te llevaron entonces a Carpi.

—¿Por qué?

—Me habían dicho que te parecías a Rodrigo. Le añoraba. Era todavía un lactante cuando marché a Ferrara, y no podía imaginarme qué aspecto podía tener. A él no me atreví a hacerle llevar a Carpi. Mi esposo estuvo siempre en contacto con la corte de Bari. Un viaje tuyo llamaba, por el contrario, menos la atención. No obstante, también acabó sabiéndose. Rogué de rodillas que se me permitiera tener a Rodrigo conmigo. Luego, mi esposo fue a Bari para recogerle.

—Pero Rodrigo no quiso verte —dije con aspereza.

La conmoví más profundamente de lo que ella me había conmovido a mí. Apartó la mirada del espejo y se calló. Lloró, inmóvil, en silencio. Pero las lágrimas que vertía siempre tan abundantes cuando se hablaba de Rodrigo no eran de dolor por su hijo difunto. Cuanto más presenciaba esos exabruptos de tristeza, más firme era mi convicción de que lloraba por un sentimiento de culpabilidad, por vergüenza de sí misma, y no porque había tolerado que lo educasen lejos de ella. Su llanto y el temblor de sus manos tenían una causa más profunda. Pensar en él significaba para ella algo distinto. No le había conocido, y ni siquiera sabía nada de él. De Rodrigo sólo podía recordar los días en los que era apenas un bebé, así como cuando estaba embarazada de él y fue concebido. Su sentimiento de culpabilidad había perdurado hasta entonces. Bona había acusado a César del asesinato del padre de Rodrigo. Comprendí entonces que tal vez podría averiguar muchas cosas acerca de mi nacimiento si pudiera encontrar la conexión entre todos esos cabos sueltos.

Sólo creí en parte a Lucrecia cuando alegó como motivo de su presencia en Carpi sus ansias de ver a Rodrigo. ¿De verdad esperaba que podría librarse de los fantasmas que albergaba dentro de sí misma, si, pensando en Rodrigo, pudiera imaginarse su rostro y su figura? Si fuera verdad que me parezco a Rodrigo, lo cual no sucede en absoluto, Lucrecia habría creído poder evocar su imagen pensando en mí. Esa afirmación no me satisfizo. Porque, ¿qué le pasó por la cabeza cuando me vio por vez primera? La atención concentrada de la mujer de Carpi, sus besos y caricias, no iban dirigidos únicamente a Rodrigo. Debía de haber una razón que explicara la inquietud que le sobrevenía continuamente en mi presencia.

Le pregunté por qué en esa ocasión había cubierto su rostro con un velo. ¿Acaso no quería ser vista conmigo, o quizás con maese Bembo? Sin contestarme, todavía con la cara oculta, se encogió de hombros. Junto al diván, un papagayo dormitaba sobre un palo. De cuando en cuando, el pájaro hacía un movimiento como si quisiera abrir las alas, sus plumas abigarradas vibraban, y caía de nuevo en su sopor. Le regalaron ese papagayo a Lucrecia cuando era aún una niña. Sus alas resplandecían como plumas de pavo, ora verdes, ora azules, pero la cabeza y la pechuga tenían un brillo marrón rojizo con reflejos verdosos, el color que tienen las manchas de sangre secas sobre el metal. El papagayo sabía hablar; le gustaba repetir la primera estrofa de una canción española:

*Si los delfines mueren de amores, triste de mí...*

Muchas veces me he preguntado con asombro cómo podía aguantar Lucrecia a su lado ese graznar insoportable. Más tarde, comprendí que ese sonido no sonaba como una parodia a sus oídos, sino como el eco de una voz amada.

Ya no estaba dispuesto a contentarme con vaguedades. Decidí obligar a Lucrecia a darme una respuesta. Había llegado a conocerla lo bastante bien como para saber que podía evadirse de mis preguntas molestas fingiendo indisposición o cansancio, y dirigirse acto seguido a su convento o a descansar al castillo de Belriguardo. Durante los tres días que siguieron a la conversación en la que se mencionó a Bembo y a Carpi, Lucrecia no quiso recibirme. Sabía que la conversación llegaría a un punto en el que no habría otra alternativa que contestar la verdad. Con el pretexto de la familiaridad y las chanzas amistosas manteníamos un juego de ataque y defensa. En cuanto abordaba alguno de los temas prohibidos —el pasado en Roma, el papa Alejandro, César, Bembo—, se escondía en su concha. Fue, sobre todo, este duelo silencioso el que me convenció de que Lucrecia no era cándida en absoluto. Comprendí la impotencia y la rabia que debía de sentir Alfonso ante esta resistencia pasiva. Sabía manejar de forma inimitable el arma de los débiles; el sigilo era su elemento. En aquellos aposentos en penumbra, donde ardían sustancias fragantes según la costumbre árabe, su fuerza oculta y pasiva era más patente que en ninguna otra parte. Pero no me reveló nada. Había aprendido a salvaguardarse a sí misma.

Cuando cierto día percibió adonde la conducían mis palabras, empezó a narrar con todo detalle anécdotas sobre los palacios pontificios, las ceremonias y las fiestas en Roma. Describió el carnaval, la celebración del Año Santo de 1500, las bodas de ella y de sus hermanos, las marchas triunfales de César tras sus victorias en la Romagna. Roma con su decorado enorme y los Borgia eran siempre los protagonistas. Emocionada, me atiborró de pormenores, como si quisiera cegarme con sus imágenes de pompa y boato. No me esforcé en disimular que todo ello no me importaba nada. Además, todavía podía recordar algo de aquella grandeza perdida. Cambió entonces de táctica, extendiéndose sobre el trasfondo de numerosos acontecimientos que yo había vivido de niño. La escuché atentamente. Sus palabras conferían profundidad a algunos de mis recuerdos.

En un momento de la conversación, y sin previo aviso, Lucrecia se dirigió de repente hacia mí:

—¿Por qué me miras de este modo? No soporto que nadie me mire así, tan fijamente. Hay desconfianza y hostilidad en tus ojos. ¡Oh, Dios! Joan, ¿no te volverás en contra mía, verdad? ¿Por qué ha cambiado todo entre nosotros? ¡Me alegró tanto tu llegada! He hablado contigo como siempre he deseado poder hablar con un hermano mío.

—¿Y con César, qué?

Contuvo la respiración como si le hubiera dado una bofetada. Luego se quejó de dolor de cabeza y me pidió que saliera de su habitación.

Aquella misma tarde se marchó con un pequeño séquito a San Bernardino. Alfonso hizo anunciar que la duquesa, impulsada por la necesidad de meditar sobre asuntos espirituales, se había retirado con las clarisas por un tiempo indeterminado. Se mantuvo inusualmente callado durante la comida. Tamborileaba constantemente los dedos sobre la mesa. Cuando le saludé, me miró atentamente durante largo tiempo. No me gustó nada esa mirada. Me di cuenta entonces de lo insegura que era mi posición en la corte de Ferrara; ni siquiera me habían incorporado al séquito ducal. Gocé de su hospitalidad y me trataron con gentileza; me habían asignado un ayuda de cámara y un mozo de caballería. Lucrecia se encargaba de que mi bolsa estuviera siempre bien llena; me obsequiaba con prendas de vestir y objetos de uso personal. Llegó incluso a regalarme uno de sus enanos, un hermano o un primo de Ana La Loca. Por cortesía, mantuve a mi lado aquel monstruo durante algún tiempo. Le di permiso para hacer cuanto quisiera, con tal de que me ahorrara sus trucos y muecas. Cuando percibí que él, aunque en silencio y de la forma más discreta posible, me seguía a todas partes y se quedaba en la habitación cuando yo dormía, empecé a sospechar que había recibido la orden de espiarme. Aproveché la ausencia de Lucrecia para mandar al enano, con cualquier pretexto, al sitio donde pertenecía: de vuelta al séquito. Los demás enanos se lo tomaron muy a mal. Se sintieron probablemente heridos en su honor profesional. En cuanto me vieron, imitaron mi postura y mi manera de andar de una forma poco halagadora, lanzando sonidos desabridos. Supe después que se me reprochaba la marcha de Lucrecia. La Loca languidecía; no quería comer ni beber. Una vez, cuando iba solo por un pasillo semioscuro, apareció de un salto de la sombra y me mordió una mano. Tuve que emplear todas mis fuerzas para quitarme a aquella criatura rabiosa de encima. Aunque no hablé a nadie de ello, este suceso llegó a conocerse. Los cortesanos, que no comprendían mi aversión hacia su famoso pueblo de bufones, sonreían con malicia por aquel lance. Hércules, el hijo mayor de Alfonso y Lucrecia, se hacía cargo de la enana.

Hércules d'Este tenía la nariz aplastada, consecuencia de un parto difícil; sin ese defecto, el joven habría tenido un aspecto encantador. Tenía la edad en la que semejantes cosas nos preocupan aún más. Su propio desencanto y el de su padre — Alfonso no podía dejar de mostrar, a veces, cuánto le molestaba la deformidad de su sucesor— le volvían malhumorado, soberbio, hipersensible a cualquier señal de aprecio o de lo contrario. Alfonso tenía un trato muy familiar con su hijo. Por supuesto que, cuando se hallaban juntos, hablaban de mí. La disposición que Alfonso, por consideraciones diplomáticas, escondió bajo una máscara de benevolencia, se podía leer en la cara de Hércules. Apenas tenía trato conmigo. Poseía su propio séquito, con el cual salía de caza o realizaba ejercicios de habilidad en los prados que se extendían alrededor del *Castel Ducale*.

En aquel tiempo, Alfonso d'Este viajó a Venecia por asuntos de estado. Se hizo representar en Ferrara por su hermanastro, el cardenal Hipólito, el gamberro más presumido y de menos confianza que he visto en mi vida. Lucrecia, que había prometido volver, se quedó sin embargo en su convento. Sabía que detestaba a Hipólito. Probablemente, tampoco tenía demasiadas ganas de verme. En el *Castello* reinaba la intranquilidad: las intrigas y peleas estaban a la orden del día. Comparada con las prácticas libertinas y perversas de Hipólito, la tosca sensualidad de Alfonso me parecía un juego de niños.

Un día, uno de los cortesanos, que resultó ser buen amigo de un capitán de la guardia, me preguntó si me apetecía ver a los dos señores de d'Este encarcelados. Después de prometerle que guardaría silencio, me condujo a una parte desierta del *Castello*. Allí, todas las ventanas estaban tapiadas, menos una. Esta ventana daba a una parte de la torre donde se aireaba a diario a los prisioneros, así como a una galería enrejada situada muy por encima del piso inferior. Entre la torre y los muros de los edificios del palacio, se abría un pozo profundo y estrecho. No tuve que esperar mucho. Detrás de las rejas, algo se movía; allí un hombre se agitaba de un lado para otro. Luego descubrí al otro que, con la cara en alto, inmóvil, parecía estar mirando fijamente en nuestra dirección. Quise hacer un gesto de saludo.

—¡No hace falta! —dijo mi compañero detrás de mí, mientras me tiraba del brazo—. Es el ciego. El cardenal Hipólito, por aquel entonces, le hizo sacar los ojos porque miraba demasiado a una damisela de honor de la duquesa que apetecía al propio Hipólito.

No mucho tiempo después de esta breve y aparentemente inútil visita a la torre, cabalgué una noche junto a unos cortesanos —entre ellos se encontraba el hombre que me había enseñado los prisioneros— sobre la plaza que se halla frente a la catedral. Unos hombres armados nos asaltaron de repente desde la sombra que proyectaba un peristilo. Fue una pelea corta y confusa. Los agresores desaparecieron como habían venido. Uno de ellos se quedó muerto en la *piazza*; luego, resultó miembro del séquito de Hércules d'Este. Lo ocurrido causó gran revuelo en el palacio. Lucrecia regresó de San Bernardino. Me llamó a su lado y me imploró que le dijese por qué me había mezclado en una conspiración. Le aseguré repetidas veces que no sabía de qué hablaba, pero, dado que necesitaba su intercesión en mi favor, le conté mi visita a la torre. El susto que mostró consiguió que empezase a creer en el peligro que corría, y me reproché a mí mismo mi imprudencia. Lucrecia aludió a la posibilidad de huir. Alfonso d'Este había emprendido el viaje de vuelta a Ferrara, y tenía cierta idea de lo que le habían comunicado. Pero huir significaría admitir la culpa. Finalmente, intuí la comedia que se me había preparado: se querían librar de mí. Si huía o me dejaba expulsar, estaría proscrito. Tenía que intentar aprovechar a mi favor las tensiones entre los d'Este. Así que decidí esperar al regreso de Alfonso. Lo

que hablaron él y Lucrecia, antes de que finalmente me hiciera llamar, no puedo saberlo. La actitud brusca que adoptó hacia mí era tan fingida como la jovialidad de los meses anteriores.

—Has tenido suerte, maese. Otras personas antes que tú, que conspiraron contra mí para dejar escapar a mis hermanos, no salieron tan bien parados.

Para guardar las apariencias, me defendí y me quejé del asalto en la plaza de la catedral.

—Mi hijo Hércules es impetuoso. No sabe esperar. La reflexión llega con los años. Pensaba hacerme un favor, a mí y a Ferrara.

Sabía que no se perseguía a ninguno de mis compañeros de aquella noche, y Alfonso sabía que yo lo sabía. Su acusación y mi defensa tenían un carácter puramente formal. Cuando comprendió que estaba dispuesto a dejar Ferrara si él me ayudaba a mejorar mi posición, y cuando para mí era un hecho que mi oficiosidad sería recompensada, la conversación tomó otro cariz. Desde entonces, he reflexionado mucho acerca del trasfondo d'Este juego. La explicación más sencilla que he encontrado es que ni Alfonso ni Lucrecia confiaban en mí. Cada uno creyó ver en mí al cómplice secreto del otro. Preferían su propia tensa relación mutua a lo que, posiblemente a causa de mí, pudiera ser descubierto.

Alfonso me comunicó que iba a sostener conversaciones con el rey de Francia, en nombre de Ferrara y de Venecia. Había de acompañarle en su viaje; él se encargaría de introducirme en la corte francesa. Yo me sentí muy contento con este plan, pues me ofrecería la oportunidad —al menos, así pensaba entonces— de empezar una nueva vida lejos de Italia.

Se hicieron los preparativos para nuestra partida. A Lucrecia no la vi durante aquellas semanas; me dijeron que tenía que guardar cama. Finalmente, Alfonso me envió a visitarla para recibir los regalos que debía entregar al rey de Francia.

Lucrecia estaba sentada frente a la mesa donde se desparramaban sus joyas. La piel de su rostro era de un amarillo pálido, con manchas pardas en la frente y alrededor de los labios. Estaba sentada en su silla como si no fuera capaz de moverse. Me indicó lo que había escogido y me dijo lo que debía decir cuando lo entregara.

—Ahora elige algo para ti, como recuerdo —dijo. Y, por primera vez desde que entré, una sonrisa suavizó el penetrante resplandor azul claro de su mirada.

Expresé mi admiración por el tesoro que había sobre la mesa.

—No es nada. Ni una centésima parte de lo que traje cuando vine aquí. Se empeñó y vendió gran parte en la guerra. Mi padre opinaba que nada era lo bastante bueno para mí. Ahora ya no me importa mucho.

Abrí una caja. Allí yacía, sobre un cojín de terciopelo, el delfín verde.

—Esto —dije.

Pero, antes de que pudiera tocar la piedra, Lucrecia ya la tenía escondida entre sus manos apretadas.

—Esta piedra no está incluida. No me deshago de ella. Cuando me muera, será devuelta a quien me la entregó.

La vista de aquella joya evocó un flujo de recuerdos en mí. Al mismo tiempo, me di cuenta de que mi visita a Ferrara habría sido en vano si no obtenía ahora una respuesta a las preguntas que constituían las claves, tanto de mi pasado como de mi futuro.

—¿Quién soy? Por lo menos contéstame a esto antes de irme.

Se levantó de su silla y se aferró a mí. Sentí sus uñas a través de la tela de mi jubón.

—No lo sé. Tuve un hijo, mi primer hijo, que me quitaron después de nacer. Nadie me ha querido decir nunca lo que fue de él. Nunca más se habló de él, jamás. No podía existir.

—¿Acaso porque podía llamar a su padre, abuelo, también?

—Oh, Dios, ¿quién te ha dado esa idea? Juro por Dios que no es verdad. Mi padre me quería como a su propiedad más preciosa. ¿Por qué esa ternura se ha de manchar con inmundicia? El niño nació cuando tuve que declarar bajo juramento que era virgen, para conseguir así la disolución de mi primer matrimonio. Era en interés de mi padre y de mis hermanos por lo que me casé de nuevo. No tenía elección.

—¿Quién engendró aquel niño, que podría ser yo mismo?

—No preguntes más. Lo que te puedo decir no haría más que aumentar tu inseguridad. ¿Qué sentido tiene? No acepto que tú seas ese niño. Además, mi padre tenía otros muchos hijos con diversas mujeres en Roma. La bula en la cancillería...

—Hay dos bulas.

Se quedó en silencio aferrada a mí. Aunque no hizo ningún movimiento, tenía la impresión de que luchaba por recobrar el control sobre sí misma.

—No sé nada de eso. Cree lo que quieras. ¿Qué más da? Eres un Borgia. Te aprecio, te tengo cariño. Siempre te consideraré como un hermano, el último, el único hermano que me ha quedado.

Dando un paso hacia atrás, la obligué a mirar a los ojos y le pregunté por qué había odiado a César. Sus ojos quedaron clavados en los míos, con sus pupilas grandes y rígidas. De nuevo me hizo pensar en un animal que se ve acorralado y que, con un miedo mortal, se queda mirando, indefenso y fascinado, al cazador que le acosa.

—¿Odiado, odiado? ¿Cómo te atreves a pronunciar esa palabra? César lo hizo todo por mí, todo. Dijo que me quería proteger, que actuaría como el mismo Dios cuando me amenazaran dificultades o peligros. «El curso de tu vida —dijo—, es el símbolo de nuestro triunfo, querida hermana; pero déjame juzgar a mí en qué puntos se le ha de echar una mano al destino...».

Otra vez estalló su risa, que no se distinguía apenas de los sollozos. Apoyó las dos manos contra mi pecho y se puso de puntillas. Mirando fijamente en sus ojos claros muy abiertos, creí entender de repente que, dentro de Lucrecia, se llevaba a

cabo una lucha definitiva entre su propio yo y las fuerzas que habían dominado su juventud. El papa Alejandro y César —muertos y convertidos en polvo, aunque algo de ellos existiera en ella todavía—, habían tomado posesión de su alma dócil, la cual trató de condensarse en una personalidad que quiso vivir en el cuerpo de Lucrecia, después de haber expulsado de allí a su propio y diáfano yo. Sus caprichos eran un reflejo de la lucha que mantenía con ese demonio. Contra Alfonso, contra mí y contra todos los demás mortales, sí disponía de un arma; pero el mal que la minaba lo llevaba consigo.

—Siempre me resigné a mi ignorancia. Confié ciegamente en el entendimiento de mi padre y de mis hermanos. Seguramente era demasiado estúpida para comprender el cómo y el por qué de las cosas, las cuales, a pesar de todo, se hicieron en mi interés y en el de mi familia. Me contentaba con un poco de tranquilidad, felicidad y comodidad... Nunca fui muy ambiciosa. He llegado lejos, es verdad; pero, Dios, las lágrimas que he derramado en el camino... —Divagaba de nuevo.

Repetí mi primera pregunta:

—¿Quién soy?

En un repentino arrebato de ira, me quiso apartar.

—Si actúas así, creo que eres hijo de César. No sueltas tu presa, quieres imponer tu voluntad y me atormentas...

—Soy yo quien más se atormenta. Vivo en la inseguridad. Soy vulnerable por todos lados. ¿Qué soy: un enigma ambulante, un absurdo? Por todas partes tropiezo con el silencio, con las contradicciones. Prefiero la peor verdad a la duda.

Ahora quiso mimarme otra vez. Me abrazó y me susurró palabras de consuelo.

—Lo comprendo bien. Tampoco yo soy feliz. Tú y yo tenemos que arrastrar una carga. Pero tú tienes que arrastrar mucho menos que yo, por lo que tal vez todavía te puedas librar. Eres joven y te irás pronto muy lejos de aquí. Si quieres, puedes olvidar. Quizá tu voluntad sea todavía fuerte y no esté afectada por la depravación. No me mires así. Si fuera capaz de ayudarte... Perdóname. Recuérdame con cariño. Esta es la última vez que nos vemos. Estoy embarazada de nuevo y ahora ya no sobreviviré...

Tenía razón. Siete meses más tarde, cuando me hallaba en Francia, me llegó la noticia de su muerte. Alfonso me escribió personalmente, calificándose de inconsolable. Según los rumores, cuando la amortajaron descubrieron bajo su ropa una camisa de pelo y un cinturón de puntas afiladas dirigidas hacia dentro, como el que llevan los penitentes.

En el fondo, muy poco ha cambiado desde que dejé Ferrara. Palabras captadas aquí y allá alimentaron de vez en cuando las sospechas que ya tenía. Nunca se me concedió aferrarme durante mucho tiempo a la misma convicción. Después de mucho dudar y atormentarme a mí mismo, y bajo la influencia de Luisa, escogí de entre todas las posibilidades la más aceptable para mí: que, a pesar de todo, era hijo de César. Tras la muerte de Lucrecia, tampoco me costó ningún esfuerzo creer la

explicación que había hallado para su despliegue de agitación al oír el nombre de César. Su elemento eran la alegría, la despreocupación y la felicidad. Una y otra vez César había estropeado esa calma, expulsando de forma difamatoria a su primer marido y asesinando al segundo, lo cual probablemente hizo con el puñal que pasó a mi propiedad; el puñal que César, por una suerte de chanza perversa, luego regaló a Rodrigo, el hijo de la víctima. Para encontrar la explicación a esta manera de actuar hacía falta recurrir a los datos que me había proporcionado la propia Lucrecia. En el fondo de todo se encontraba la política de los Borgia. Lucrecia era un simple peón y su buena voluntad se prestaba a apoyarlo todo en nombre del amor paternal y fraternal, y la vocación de su familia. El papa Alejandro, bajo el hechizo de su ambicioso hijo mayor, no podía consolarla más que con joyas, besos y su lloroso lenguaje zalamero. Por supuesto, odiaba a César, pero conservaba en la sangre tanto miedo hacia él que, todavía a los diez años de su muerte, intentaba disimular aquel miedo. Yo era para ella atractivo y repulsivo a la vez, un consanguíneo Borgia, pero también una prolongación del hermano temido. ¿No explicaba esto su actitud curiosa hacia mí? En Carpi, me había mirado, tocado, visto cómo un milagro: carne de la carne de César, sangre de su sangre y, no obstante, inofensivo, indefenso ante su poder.

Cuando consideraba estos argumentos, tendía a considerar también el resto: las alusiones infames, escuchadas en Bari y Nápoles, que tomé como calumnias sin más. El nombre de Borgia siempre ha inspirado odio, repugnancia y envidia. ¿Ha de sorprenderme, entonces, que se arroje ahora tras los muertos un torrente de inmundicia y putrefacción?

De modo que pensé: «Soy el bastardo de César. ¿Acaso no me había informado personalmente Alfonso de la existencia de una bula que confirmaba este hecho? Que hubiera una segunda bula, en la que se me llamaba hijo del papa Alejandro, no era de gran importancia. El que fuera capaz de comprender a fondo la política familiar de los Borgia en el momento de mi nacimiento, seguramente podría encontrar un motivo para explicar esa contradicción». César me había reconocido, pero casi inmediatamente después consideró ese reconocimiento perjudicial para sus intereses. Entonces, el papa Alejandro asumió —a la fuerza o voluntariamente— la paternidad, pero, con la astucia de un jurista experto, había hecho guardar los dos documentos, por si acaso.

Todo esto rondó por mi cabeza durante mi estancia en la alegre corte del rey Francisco I. Logré, como ya he dicho antes, convencerme cada vez más a mí mismo; sólo en la oscuridad y en el silencio de la noche, hasta las cosas más irreales parecen posibles, me despertaba una pesadilla y reflexionaba sobre mis enigmas sin solución. Aquel hijo misterioso de Lucrecia, del que, por lo visto, ni ella ni nadie había recibido nunca más ninguna señal de vida; aquel bastardo, nacido en el período que transcurrió entre su primer matrimonio y el segundo, ¿realmente creyó en algún momento que yo fuera ese hijo? Si quisiera, también hallaría una respuesta a eso en

sus palabras y modales para conmigo. Por lo que se refiere a mí, he rechazado siempre esa posibilidad que se me imponía una y otra vez en sueños. En la relación entre Lucrecia y yo, había tanto que no comprendí, que probablemente quedará para siempre sin aclarar. Nunca bajábamos la guardia cuando estábamos frente a frente; toda suerte de sospechas e inseguridades enturbiaron nuestra reunión. Todavía ahora me sobreviene un sentimiento, mezcla de irritación y compasión, cada vez que la recuerdo. Todavía tiendo a reprocharle —aunque sé que es injusto— la suerte que he corrido. ¿Por qué? ¿Porque su actitud para conmigo parecía estar determinada siempre por un sentimiento de culpabilidad? Muchas veces me he dicho a mí mismo que, si hubiera sido su hijo, la naturaleza nos habría concedido a mí o a ella o a ambos, una señal de reconocimiento, ¿verdad? Por otro lado, bien sé que no se debe atribuir demasiado valor a tales señales. Jamás he oído que un hombre, por instinto, reconozca y respete a su madre como tal, si no la ha visto nunca antes de llegar a su madurez. En la tragedia griega del rey Edipo... No, Lucrecia no me era tan preciada. Era la hermana de César. El hijo que tuvo no me atañe. No me atañe. Porque, si tuviera que identificarme con él, saldría a relucir la cuestión de la paternidad, y me vería forzado otra vez a hacer frente a los rumores que escuché en Nápoles. A menos que... ¿Quién dice que ese Giovanni Sforza fuese en verdad impotente? Se quisieron librar de él y se tuvo que ir. Aunque Lucrecia estuviera embarazada... ¿Por qué no? La posibilidad de un nacimiento legítimo, de un parentesco real con Isabel y Bona y los soberanos de Milán... Toda mi vida cambiaría si consiguiera probar tal cosa. En Francia deseché estos pensamientos, pues tales suposiciones me parecían allí demasiado extravagantes, demasiado alejadas de lo alcanzable. Pero, desde que he vuelto a Roma, la pregunta se me presenta a cada momento.

Por falta de información, me tachan aquí de bastardo de los Borgia. No tengo origen y, por lo tanto, tampoco tengo futuro. Ni siquiera me es permitido sentir vergüenza u orgullo por mi nacimiento. No sé nada. La pregunta que tantas veces me he hecho a mí y a los demás sigue vigente: ¿cómo puede un hombre saber qué dirección quiere tomar, cuando no se conoce a sí mismo? ¿No es ya hartos difícil trazar una trayectoria en el vacío del tiempo que hay delante de nosotros, aunque se conozca el país de origen? Siempre he envidiado a los que no sienten ninguna duda acerca de su pasado y de su objetivo en la vida. En Francia, busqué la amistad de jóvenes ambiciosos y seguros de sí mismos, y me enamoré de las mujeres más calculadoras de la corte. Pero no aprendí nada de ellos. Aunque me esforcé en imitar su desenvoltura despreocupada y su actitud segura y confiada, sabía que carecía de lo único que realmente importaba. Lo que en ellos era real, en mí seguía siendo apariencia. A lo mejor, podía engañar a los demás, pero no a mí mismo. Uno de ellos me dio un consejo valioso.

La inglesa, con su nombre de linaje bárbaro —Bullen o Bolena, nadie supo pronunciar esos sonidos— (todavía oigo sus carcajadas burlonas), fue una dama de honor de la reina madre; joven y morena, con ojos negros desafiantes. Retó y tentó a

todos los hombres de la corte, pero no concedió a nadie más que unos besos. Por supuesto, yo también probé suerte con ella. Pero se rió de mí en mi propia cara.

—No soy una fulana como esas otras —dijo. Orgullosa, describiendo un círculo con su brazo en un gesto significativo.

Me bastó un rechazo y, en lo sucesivo, la dejé en paz. Por lo visto, esa actitud le gustó. Después habló algunas veces conmigo de forma amistosa. Recuerdo que le pregunté cuál era el secreto de su atractivo y creciente éxito. Se rió, como de costumbre.

—Nadie me conoce. Nunca digo lo que pienso o lo que me propongo hacer. Pero hago notar que mis exigencias son altas. Me contento sólo con lo mejor. Así, mi propio valor se eleva hasta las nubes.

Tenía razón. De vez en cuando, apliqué esas reglas suyas, y pude notar que producían el efecto deseado. Me han dicho que en la corte inglesa es ahora una persona de gran peso. El mismo rey la desearía como querida. Callar los propios pensamientos y propósitos. Al menos, pretender que lo que se calla vale la pena callarlo. Dar la impresión de que se está completamente seguro de uno mismo.

Darse aires de importancia en un esfuerzo constante. Esa Bolena supo ganarse así a un rey; ¿cuál será mi recompensa? No vendrán a ofrecerme el ducado de Camerino, aunque logre, mediante una conducta concienzudamente estudiada, dar la impresión de tener más talento que los demás. Cuanto más veo y escucho, más insoportable se me hace el pensamiento de que no poseo ni el derecho ni el poder para reclamar Camerino o Nepi. En un caso, tendría que expulsar a ese gordo santurrón, Varano; en el otro, a los parientes de esa mujer, esa tal Colonna, que ahora de nuevo se encuentran en Nepi.

Pero se acabaron los tiempos en los que alguien con audacia y fuerza de voluntad, y un puñado de soldados, podía someter a la fuerza ciudades y regiones. Poco antes de salir de Francia, tuve una última conversación con Luisa sobre mis posibilidades. Me prometió entonces que escribiría a nuestros parientes de sangre en España, que son los que administran allí las posesiones de los Borgia. No supe nada más de ello. Luisa no contesta a mis cartas.

Además, desde que entré en el séquito del canciller de Milán, mi prestigio ha aumentado mucho aquí. Todavía me pregunto quién me ha conseguido este puesto. Tengo una estancia razonable, comida y bebida, me pagan mis gastos, y se me ha entregado una bolsa bien repleta. Ahora, por lo menos, puedo pasear a caballo en Roma con los demás señores del séquito, y ya no tengo por qué holgazanear alrededor de la cancellería durante todo el día, o vagar por las interminables galerías del Vaticano por aburrimiento o por falta de dinero.

En la ciudad hay un ambiente polvoriento y caluroso, así como un olor que reconozco de antaño: humo, pescado frito, basura callejera y albaricoques, todo ello mezclado con otro hedor nauseabundo que viene de los barrios donde reina la peste. Como ya he dicho antes, no hay mucho que hacer. Se ha intentado animar un poco el

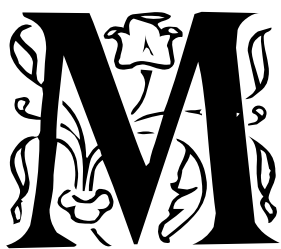
ambiente, organizando en la calle juegos divertidos, carreras y salto de longitud entre ancianos, cojos, ciegos, judíos en largos tabardos y putas medio desnudas. Acude mucha gente, gritando y silbando junto al camino; las tabernas están repletas, se canta y se baila como durante el carnaval. Francamente, no he podido descubrir una razón para toda esa alegría. Para ahuyentar el desánimo, los pensamientos de Pavía y la peste, al menos por algún tiempo, también se celebran algunos desfiles y procesiones según la fórmula habitual. Si las historias de Lucrecia no fueron muy exageradas, el anterior año de Jubileo, el 1500, debió de haber sido muy distinto. Además, ni siquiera en ocasiones tan importantes podían verse en la corte del rey Francisco I más caballos y, sobre todo, más bonitos y mejor cuidados, ni carrozas más grandes y adornadas de forma más hermosa; y, en todo caso, no se habría tolerado allí un brocado marchito, unas banderas desteñidas o unos participantes que deambularan sin orden. Roma parece estar poblada por prelados de todos los rangos que visten vestiduras del más variopinto corte y color, por fulanas peripuestas y holgazanes, por lacayos, escribientes, escritores de bulas y curanderos, así como una horda de artistas y casi artistas, y el populacho más descarado del mundo. Los banqueros y los nobles atraviesan la ciudad con un ejército de seguidores, con un ruido y un despliegue que hace pensar en una batalla en vez de un paseo de tres o cuatro calles.

Me divierto más en los viñedos fuera de Roma, o cazando palomas torcaces entre las ruinas, en las cercanías del Coliseo. El lunes por la tarde, cazamos allí un buen número, y luego hicimos desplumar el botín en una posada en los lindes de la ciudad. A continuación, discutimos alrededor de las jarras de vino hasta que salió la luna, sobre las habladurías que circulan aquí sobre la visita de maese Morone al marqués de Pescara. Un secreto que toda Roma conoce: es un tema digno de la *commedia del arte*. Hombres como Pescara y Morone no son payasos. A la vuelta, todavía acalorado por la conversación —y bastante borracho, además— choqué con mi caballo contra una silla de mano. Los señores que acompañaban la silla —que no parecían tampoco muy serenos— creían que se enfrentaban a unos bandidos. Se produjo una grotesca pelea y un intercambio de insultos que, finalmente, terminó con una risa generalizada, abrazos, disculpas y zalemas a diestro y siniestro. Al pasar, eché un vistazo a la silla. En su interior había dos mujeres, una vieja y gorda que estaba todavía sin aliento de gritar, y una joven, bella sobremanera, que bostezaba en una esquina con semblante aburrido. A la luz de las antorchas, parecía cubierta de pies a cabeza con oro y joyas resplandecientes. Pregunté a mis compañeros quién era.

Una cortesana, qué si no. Cierta Tulia, que se ha apropiado —como esas mujeres acostumbran hacer— el apellido de un ilustre linaje: De Aragón. Sea por el sonido tan familiar de ese nombre, sea por el pálido e indiferente rostro de la chica, tan seductor a la luz de la luna, o por el hecho de que he estado tanto tiempo privado de aventuras amorosas, tengo la intención de solicitarle a maese Aretino una presentación.

Me contaron algunas cosas de maese Pietro en el secretariado del datario y en el séquito de Morone. No voy a afirmar que, ahora, conozco la verdad sobre él. Es de Arezzo, eso es seguro. Su padre es un zapatero o, quizás un noble venido a menos; su madre, una moza o una monja. Antes de venir a Roma, debe de haber llevado una vida agitada como acompañante de un pintor, salteador de caminos, monje, tabernero, lacayo, y aún se me olvida la mitad. Aquí se ha hecho famoso como rimador de epigramas, sobre todo. Es el alma de la fiesta anual en honor de Pasquino, aquí llamado «santo de las sátiras anónimas». Produce libelos y pornografía por encargo, compendios políticos y vidas de santos. Le gustan los muchachos, sin desdeñar por ello a las mujeres. Desempeña, alternativamente en diversas cortes, el papel de espía, payaso, secretario y alcahuete; bueno, algo semejante me contó él también. Dicen que, en toda Italia, no hay nadie tan oportuno como él, y tampoco nadie tan peligroso. Aunque parece ser que tiene mucho peso sobre la conciencia, el pontífice no se atreve a expulsarle. Todas esas noticias arrojan una determinada luz sobre la figura de mi amigo del traje azul pavonado.

**X**  
**PIETRO ARETINO Y**  
**GIOVANNI BORGIA**



e complace, maese, que por fin me brinde la ocasión de enseñarle algo de Roma. No se arrepentirá de esta noche. Acaba de pasar por nuestro lado Tulia de Aragón; ¿ha visto que porte tan distinguido? Espere a que haya estado en su casa: la decoración es la pauta de su éxito. Le puedo contar una historia amena de ella. Cuando el banquero Strozzi —uno de sus visitantes más fieles, un rico florentino que por su condición está bien acostumbrado al lujo— fue por primera vez a casa de Tulia, quedó simplemente perplejo ante su magnificencia. En un momento dado le hizo falta una escupidera; pero mirara por donde mirara, no vio ninguna. Llamó entonces con un gesto a su criado, y le escupió en la cara. Tulia le preguntó en seguida por qué había hecho eso. Y Strozzi contestó a su vez: «Porque su cara es lo menos bonito que hay en estas habitaciones; ¡no me atrevo a escupir en otro sitio!». Luego recompensó los favores de Tulia con unas escupideras de oro macizo. Esa Tulia es una chica dulce, por otra parte, y no suelo decirlo de mujeres de esa calaña. La mayoría de las cortesanas son, en el fondo, mujeres ordinarias que, con un poco de artimaña, se disfrazan de mujeres de gran mundo. Estúpidas, descaradas y supersticiosas, son focos ambulantes de contagio: no hay enfermedad que ellas no tengan. Rasca con la uña, quítales todo ese atavío del cuerpo y no quedará gran cosa. No le cuento nada nuevo, pues en todas partes es igual: Roma, París o Madrid. Pero esa Tulia... es un cuervo blanco de verdad. Joven, sana, inteligente, y hasta de procedencia eminente; vale la pena echar un vistazo a su casa. Pero, primero, venga conmigo a beber un vaso de vino a la mía. Nos conocemos aún demasiado poco, maese. Debe contarme cosas acerca de su persona. Confía en mí, ¿verdad?

—Todavía no me ha dado razones para dudar de su buena fe. —Es cuando menos prudente, eso sí que lo noto. Una buena costumbre. Popular entre personas que tienen algo que ocultar, o que quieren llegar a ser algo, o que tienen interés en presentarse como personas de gran peso.

—¿Dónde estamos ahora?

—En las dependencias del Vaticano, mi estimado señor. Aquí no verá mármoles, murales ni columnatas ni, Dios sea alabado, tampoco muñecos de piedra horrorosos de una época pasada. Estamos en el laberinto del Borgo, maese, un verdadero laberinto de casas, torres y pasillos: el domicilio de los dioses menores de la corte. ¿Nunca ha estado aquí? ¿Vive al otro lado del palacio?

—Encima de los locales de la guardia.

—Entonces, lejos del radio de acción de las ratas del Borgo. La persona a quien debe su estancia aquí debe de haber tenido una buena razón para mantenerle alejado de ese lugar.

—Me da la impresión de que vuestra merced siempre busca algo detrás de todo.

—Maese, conozco el mundo, la gente y, sobre todo, la vida de la corte como la palma de mi mano. Hemos llegado. Supongo que no tendrá inconveniente en

honrarme siendo mi invitado. ¡Mateo, Pirro, abrid esa puerta! ¿Dónde se habrán metido esos asnos? ¡Por fin! Gamberros, ¿qué mosca os ha picado? ¡Hacerme esperar en mi propia puerta! Pase, maese.

—Me temo que molestamos.

—Espere un momento, maese; esto lo arreglo yo en menos que canta un gallo. Afrosina, ¿no te he dicho esta mañana que tenías que desaparecer? ¿Acaso mi casa es una taberna o un burdel? ¿Crees que puedes quedarte todo el día en mi cama para recibir allí a mis señores criados en cuanto me haya dado la vuelta? Lárgate, no quiero verte más por aquí. Vuelve con tu alcahueta, y que ella te malvenda a alguien menos exigente que yo. ¡Fuera! Disculpe este trastorno, maese. Los criados y las fulanas de Roma son la chusma. Mateo, Pirro, haced la cama, recoged esas migas y pipas y charcos de vino del suelo; traed vasos limpios y una jarra de Falerno. Pero, siéntese, maese. Mi perdición es ser demasiado bonachón y enamorarme demasiado pronto. Mi personal y mis queridas siempre me engañan y me roban. Largo, Afrosina, largo; eso no son más que lágrimas de cocodrilo. Si por lo menos supieras cocinar, a lo mejor me mostraría indulgente... pero no me gusta tu polenta, y me cuestas demasiado en alhajas. Si no hubiera tenido la habilidad de cuidarme a mí mismo de vez en cuando, ahora andaría mendigando por los caminos del Señor. Sé lo que pretenden. En alguna ocasión, le haré leer unos fragmentos de la obra de teatro que estoy escribiendo; se trata de una comedia, *La cortesana*, en la que explico de modo franco la vida y aspiraciones de tales damiselas...

—¿Vale la pena dedicar una comedia a las mujeres de la vida? Se puede uno divertir con ellas o no hacerles caso, pero pensar en ellas...

—Y ¿por qué no, maese? Son seres humanos como vuestra merced y como yo; inagotable material de estudio para el que quiera conocer las virtudes y faltas de su prójimo. La puta y su negocio es el mundo en pequeño. Esa *Cortesana* mía ha de entenderla en un sentido simbólico: se trata de una sátira de la sociedad. En ella se pone en evidencia toda la corte. No se niegue ahora, Borgia; hay que vaciar esta jarra. Con este calor, el vino no hará más que fermentar. Así que, recientemente, estuvo vuestra merced en el secretariado del datario. ¿Qué le parece Berni?

—¿Su enemigo, si no me equivoco, maese?

—¡Ah... está vuestra merced bien informado! ¿Qué le contó de mi el séquito de ese intrigante y chafallón de rimas? Revelaron mis defectos, ¿no es así?, todo son mentiras y calumnias. Verni me odia porque tengo más talento que él y porque los hombres poderosos quieren mantener mi amistad. Antes de llegar yo aquí, él tenía buenas posibilidades como poeta de epigramas y toda clase de trabajo ocasional. Pero ahora ya puede olvidarse de ello. No me lo perdona. Por aquel entonces, el papa Clemente incluso estuvo a punto de concederle mi puesto. Entonces, yo había destacado durante años en el séquito de maese Agostino Chigi, el gran banquero. Fui su preferido, su mano derecha; no llevaba a cabo ninguna transacción importante sin mi asentimiento. Me suplicaron que viniera a la corte. El que está en la cumbre se

expone a la crítica, maese. Se ceban conmigo. Giberti no me soporta porque lo sé todo y nunca disimulo mis opiniones. Hace lo que puede para minar mis influencias. Es una suerte para mí que el pontífice no sea, de momento, tan íntimo de Giberti que disguste al cardenal de Capua. Después de la victoria de las tropas imperiales en Pavía, el gran hombre ahora es Schomberg, como seguramente vuestra merced habrá notado. Si no se hubiera dañado el prestigio de Giberti, haría ya mucho tiempo que me habrían echado de aquí. El papa Clemente y Giberti son buenos amigos desde muy antiguo, antes llamaban a Giberti *il cuor del papa*, el corazón del pontífice. Todo lo que el *monsignore* deseaba se cumplía sin falta. Por eso, he tenido que arriar muchas velas: me quitaron una parte de mi renta, me exiliaron durante un tiempo de la corte y, cuando volví, tuve que buscar cobijo aquí, en el Borgo. Mire a su alrededor: ¿qué ambiente es este para un poeta de genio, un caballero de la orden de Rodas y hombre de confianza del marqués de Mantua? Una habitación, qué digo, un tugurio, un establo, cuatro paredes con un techo encima; nada más. Me tengo que encargar yo mismo del servicio, del mobiliario, de mi comida y bebida, y de la ropa. Y todo eso, por unos sonetos.

—He oído contar algo sobre unos versos que acompañaban ciertos grabados...

—¡Ah! Así que ya está al corriente. Ya veo, ya oigo la noble indignación en el secretariado de Giberti. Reconozco que esos versos eran algo subidos de tono. Pero tenía que haber visto las estampas de Marco Antonio Raimondi. Dieciséis variaciones del juego del amor, raramente excitantes y, además, perfectamente ejecutadas en lo que a la técnica del grabado se refiere. Obras maestras, una por una, maese. ¿No es el artista libre en la elección de su sujeto? ¿Acaso está prohibido mostrar la unión del hombre y la mujer? ¿Somos tal vez inferiores a los animales, para que tengamos que avergonzarnos de un acto al que todos debemos nuestra existencia? No pretendo ser mejor de lo que soy. Estoy dispuesto a confesar que tengo sangre en las venas y no agua. Verdaderamente, no podía mantener la calma al ver aquellas estampas magistrales. Cuando el pintor Romano —quien no es, ni mucho menos, un don nadie— del que partió toda la idea, me pidió que le escribiese los versos, así lo hice, ¡y con mucho gusto, maese! Eso es todo. Pero aquí, en la corte, se desató una conmoción que me hizo pensar en el fin del mundo. *Dio!* He oído y visto cosas mucho más feas desde que llegué a Roma. Lo más gracioso de todo el asunto es que los grabados y los versos obtuvieron mucho éxito, sobre todo entre los miembros de la Curia. No había ningún cardenal que no los tuviese debajo de su almohada... Todo fue una invención de Giberti; necesitaba un pretexto para poder destituirme. He pensado, maese, que seguramente conocería bien a Giberti, dado que ejerce el mando del partido profrancés.

—Conozco a *monsignore* de vista, eso es todo.

—Pero mantendrá vuestra merced contactos con Francia y los francófilos, tras una estancia tan larga allí. A su salud, maese, y al éxito de sus propósitos.

—Parece conocer mis propósitos mejor que yo mismo.

—Sólo un completo idiota acepta un puesto en la corte de Roma sin amasar propósitos, grandes propósitos. No habrá sido a causa de un anhelo sentimental por la bella Italia y nuestra Ciudad Eterna por lo que ha abandonado vuestra merced la corte francesa... donde la vida es agradable. Por lo menos, eso es lo que me han dicho.

—Fui soldado, maese. Si la campaña del rey Francisco hubiera tenido otro desenlace, seguramente ahora no estaría en Roma.

—¿Especulaba, quizá con un bonito puesto al servicio de Francia, comandante de un fuerte o incluso gobernador de alguna ciudad en el valle del Po?

—Muestra tanta comprensión por mi ambición, que por poco creo que a vuestra merced le duele más que a mí el hecho de que todas mis oportunidades en ese sentido se hayan desvanecido para siempre después de Pavía.

—¿Para siempre? Vamos, vuestra merced es menos optimista que los francófilos. Ni siquiera Su Santidad ve las cosas tan negras. Naturalmente, vuestra merced sabe que él, en secreto, ambiciona un nuevo acercamiento a Francia, del mismo modo que salen mensajeros especiales desde y hacia Inglaterra a cada momento... No le cuento nada nuevo, maese Giovanni. Pero deje que le sirva otra vez... Este es un espléndido Falerno; seguramente ya se habrá dado cuenta. Por cierto, conmigo puede hablar tranquilamente de política, estoy tan bien informado como aquellos con los que se relaciona vuestra merced en esta corte.

—¿De qué deduce vuestra merced que yo tengo relaciones en el Vaticano?

—El que quiere triunfar aquí, debe tener amigos poderosos; de lo contrario, no vale la pena molestarse. Un puesto en la cancillería puede conducir al capelo cardenalicio. ¿Qué otra cosa buscaría aquí, estimado amigo? Debe de estar muy seguro de su empresa, si lo que le interesa es un sitio entre los portadores de la púrpura. Sobre todo porque vuestra merced, si no me equivoco, no puede presumir de un nacimiento legítimo.

—Mi nacimiento es un asunto que únicamente me concierne a mí.

—¡Es susceptible, Borgia! No he querido ofenderle; sólo intento ayudarle con mis consejos. No creo necesario decirle que la ilegitimidad no es ningún obstáculo para hacer carrera: nómbrame media docena de grandes hombres de Italia que no sean bastardos. Aquí, en la corte, ocurre tres cuartos de lo mismo. Cargos, rentas, tierras y títulos los regalan por doquier, aunque hayáis salido de la cuneta. Pero el papa Clemente no es tan generoso con la púrpura como sus antecesores: no quiere hacer cardenales, ni siquiera por dinero. ¡Con León era otra cosa! Habría vendido al propio Dios, si hubiese hecho falta. ¿No conoce aquel dicho suyo: «El cristianismo es un negocio lucrativo»? Puedo recitarle nombres de personas que ofrecieron fortunas al papa Clemente por un capelo rojo. Pero, con lo inestable que es en todos los aspectos, en este al menos sigue en sus trece. ¡Miedo, claro! Para este pontífice el miedo es siempre el único móvil. Sobre él pesa la mala reputación de sus predecesores. Y Giberti, que hoy en día presume de gran reformador de la iglesia, también juega sus

bazas. Acepte un buen consejo mío, maese: si quiere hacer carrera en Roma, ha de procurar, sobre todo, congraciarse con Giberti.

—Entonces, no comprendo por qué vuestra merced continúa día tras día desairando al datario.

—Para mí, Roma se acabó. No quiero quedarme aquí. Me asquea este pantano maloliente. Ponga atención, maese; lo que voy a decirle ahora es confidencial...

—No diga nada si no está seguro de mí.

—¡Ah! Sé de sobra de qué madera está hecho, Borgia. Es un noble al gusto de maese Baltasar Castiglione, nuestro experto en finos modales. Sale directamente del *Libro del Cortesano*...

—Me halaga el honor. No conozco a Castiglione y no he leído su libro.

—¡En qué estaría pensando! Ya le habían nombrado enviado en Madrid antes de que vuestra merced hubiera puesto pie en Italia. Se cartea con diligencia con el marqués de Mantua, mi más importante contacto. Así, puedo llegar a saber cosas que, en general, sólo se conocen en el entorno del emperador. Como muchos de los que llamamos naturalezas nobles, Castiglione es ingenuo. Dado que él mismo es toda nobleza, cree que se puede vencer en un abrir y cerrar de ojos la vileza y la inmundicia del mundo. El trato cortés es su caballo de batalla. Ve en la corte, en cada corte, el foco de brillantes virtudes patrias.

—Y vuestra merced, maese Aretino, ¿qué ve?

—Una pocilga, un criadero de odio, de ambición, de envidia... La tumba de nuestra esperanza y nuestras honestas intenciones, un mercado de mentiras, una escuela de engaño y crimen, un paraíso de vicios, el estercolero en el que el talento y el mérito se están pudriendo. Es una locura creer que uno puede convertirse en un hombre de verdadera calidad en medio de la chusma que ronda por aquí.

—Le haré una pregunta entonces: ¿por qué se quedó en Roma, maese?

—Maese Giovanni: porque de algo he de vivir.

—Una persona como vuestra merced encontraría trabajo en todas partes.

—¡No lo crea! En los tiempos que corren, escribiendo no se gana ni para malvivir, estimado amigo. Mire a su alrededor: las cortes de Italia están plagadas de pobres. Los monarcas están endeudados hasta el cuello y, cuando tienen dinero, prefieren gastárselo antes en mercenarios y fortificaciones que en poetas.

—Dada la situación, no les falta razón.

—Alguien que está lleno de recelo y hostiga a sus vecinos no necesita un poema épico de sus antepasados o una oda a sus proezas. Esos señores importantes no se quieren gastar ni un soldo en un trabajo de especialista. ¿Dónde quedaron los tiempos en los que un poeta conseguía grandes encargos, en los que siempre encontró un mecenas que le quisiera nutrir, vestir y darle cobijo, a cambio de unos centenares de estrofas? Créame, eso ahora es imposible. Escribir es una forma de mendicidad encubierta, nada más. Escoges un monarca u otra persona eminente que has oído encomiar como excepcionalmente bondadosa, artística o vana, le celebras en tercetos

y cuartetos, le comparas con todos los dioses del Olimpo, con todos los héroes del pasado y de hoy mismo, elogias a su mujer como un milagro celestial, alabas a su enano, a su caballo favorito y a su perro faldero... Luego le mandas toda la órdiga, acompañada de una carta halagadora, u ofreces tu trabajo en persona, arrodillado y preferentemente sazonado con un adecuado discurso en verso, y ¿cuál es tu recompensa? «Nuestro agradecimiento, maese Pietro, estamos muy contentos. En alguna ocasión, haremos leer su poema. Nos pondremos en contacto con vuestra merced...». En el mejor de los casos obtendremos un puñado de monedas de oro, suficientes para pagar los gastos de plumas y papel, o alguna ropa nueva. Pero no es la regla. No puedo contar las veces que he tenido que pedir, rezar, suplicar, amenazar y blasfemar, antes de que me dieran una propina. A su salud, maese; bebamos por la gloria de la poética.

—Sin embargo, a juzgar por lo que he oído sobre vuestra merced, no tiene por qué quejarse de la falta de interés por sus creaciones.

—Ah, maese, ese es mi secreto. Sé lo que quiero y cómo conseguirlo. Conozco a la gente como nadie. Recogeré el fruto de mi genio, creedme. Sacaré partido en dinero contante de su cobardía, de su vanidad, de su mala conciencia, de sus pasiones, de sus deseos más ocultos: ¡es una invención mía! Suministro lo que desean aun antes de que sean conscientes de ese deseo. Saco provecho de atmósferas y sentimientos que reinan por doquier, aun antes de que se hayan formulado. Capto un rumor cuando todavía no es más que una nubecilla enrarecida, y le doy forma, color, le inyecto larga vida y lo presento como una verdad. Nada compensa tanto como el escándalo. La gente quiere que se les moleste, maese. Las burlas, las críticas y las ambigüedades albergan más poder que toda la lírica del Parnaso. Para eso sí pagan los señores: para hacerme callar o calumniar. Créame, sé de qué forma se puede tener el mundo entero en la palma de la mano. Lo único que hago es esperar el momento adecuado. Presto oído, mantengo los ojos abiertos, recabo informaciones, estoy al mismo tiempo en todas partes y en ninguna, me honro en saberlo todo, maese, todo... 1.a verdad, pero también la mentira. La persona alrededor de la cual tejo mis redes lo pasa muy mal. De vez en cuando, actúo al azar.

—Entre otros, ¿con Giberti y sus adeptos?

—Dígalo vuestra merced mismo: ¿los resultados no hablan por sí mismos? Giberti está fuera de sí pero, por el momento, es impotente. Si su posición no fuera tan insegura, estaría ya desde hace mucho tiempo en la mazmorra más profunda de Castel Sant'Angelo, como mi amigo Marco Antonio Raimondi, el grabador. Ahora no se atreve a hacerme nada porque, si lo hiciera, él mismo confirmaría mis afirmaciones.

—¿Qué afirmaciones?

—Que *monsignore* es responsable de todas las estupideces del pontífice. ¿No es muy significativo que él y su apéndice Berni no obren abiertamente en contra mía? Piense en eso, maese, cuando quieran contarle, una vez más, algo sobre mí en el

secretariado. Tengo mucho más poder de lo que vuestra merced pueda sospechar; me he dado buena cuenta de que primero quiere verlas venir. ¡Muy sensato! Tampoco a mí me gustan las personas que se dejan seducir en seguida. Sólo le digo, para que lo tome en consideración, que le puedo rendir servicios inestimables. No hay nada que no pueda conseguir con mi ayuda, maese. Desde luego, tiene que confiar en mí y ponerme por encima de todas sus demás relaciones.

—Maese Pietro, admiro la tenacidad con la que intenta tirarme de la lengua. Déjeme recompensarle por sus esfuerzos diciendo que no tengo ninguna relación influyente en la corte, y que mi ambición no apunta a la púrpura y todo lo que ello implica.

—Debemos ser honestos el uno con el otro. ¡Déjese ya de simulacros de combate, maese! He dado el primer paso, contándole algunas cosas sobre mí mismo, cosas que no suelo gritar a los cuatro vientos. Claro que quiere hacer carrera. Repito: aquí quien no es ambicioso no dura ni un día. Es un Borgia. Lleva en la sangre, como no podía ser de otra forma, un don para la intriga, para llegar adonde se quiere llegar. Seguramente, conoce medios, métodos... Mantenga la calma, no hay ningún motivo de enfado... Una vez más: déjeme servirle... Sé más de lo que vuestra merced piensa.

—¿Qué es lo que sabe? ¿Qué se está diciendo de mí?

—Maese, no quiero estropear esta entrevista, tocando un tema del que prefiere no hablar. Cada uno tiene sus sensibilidades. Lo que sé, no es propiedad común. Apuesto que aquí, en la corte, no se cuenta nada de vuestra merced que para mí valga la pena repetir, nada que vos mismo estiméis importante. Y, para tranquilizarle aún más, le diré que lo que yo sé no sale de mi boca...

—Por todos los diablos, ¿de qué se trata entonces?

—No se ofenda. Simplemente, vivimos en tiempos de pecadores, maese. Existen cosas que hombres de mundo, como vuestra merced y como yo, toman por lo que son, pero que horrorizan al hombre medio... Los reyes del antiguo Egipto incluso se vanagloriaban de haber nacido de hermano y hermana... ¡Ah, ah...! Vamos, guarde ese puñal, estimado amigo, y siéntese.

—¡Quiero pruebas de lo que se ha atrevido a insinuar!

*Dio* tiene un sentido español del honor, maese Giovanni. En seguida toma el puñal cuando no se habla con sumo respeto de su familia.

—¿Dónde y cuándo escuchó esos... rumores por primera vez?

—Amigo, por aquel entonces la gente lo pregonaba a bombo y platillo. En Roma y en las ciudades, pueblos y aldeas de toda Italia. Yo ya lo escuchaba cuando todavía era un niño, en Arezzo. Pero, créame, hoy en día la mayoría lo habrá olvidado.

—¿Y las pruebas?

—Pruebas, pruebas. En el caso de que quiera pruebas a toda costa, se las puedo proporcionar. Será un trabajo difícil y prolongado, pero bueno, por un amigo... Si hubiese sabido que ese asunto le iba a afectar tanto, no habría abierto la boca. No piense más en ello, amigo mío. ¿Juega a las cartas?

—Cuento con esas pruebas.

—Por supuesto que juega a las cartas. Viene de Francia. Me han dicho que en ninguna parte se juega con tanta pasión como en la corte francesa: las cartas hacen circular más dinero que el negocio en Flandes y las hazañas bélicas en Italia juntos. ¿Quiere barajar? Mire bien esas cartas: son auténticas obras de arte una por una. Sí, de Marco Antonio Raimondo. ¡Y tienen la osadía de encerrar en las mazmorras de Castel Sant'Angelo a semejante hombre! Alguien que sabe plasmar de tal manera los símbolos del juego de naipes es más que un artista: es un filósofo.

—Me pregunto qué se propone conmigo, maese Pietro. Me gustaría saber cómo va a utilizar lo que hemos hablado durante esta entrevista.

—Utilizar, utilizar; qué palabra más desagradable. Bebamos otra vez.

—El vino no me hará más hablador de lo que soy por naturaleza, maese.

—Escuche: dice que no mantiene contacto con Giberti y su pandilla. Pero conozco el mundo: es costumbre decir A, hacer B, pensar C, y, si procede, pretender D.

—Si le tranquiliza, estoy dispuesto a darle mi palabra de honor.

—¡Una palabra de honor! Maese, me toma por una persona muy ingenua.

—He vivido siete años en Francia. Allí, una palabra de honor es atributo de un noble.

—Tendrá que perder esa costumbre, si quiere triunfar en Roma. Aquí, a un hombre de honor le pasa lo que a un pez en aceite hirviendo. Bueno, de acuerdo, tiene una palabra de honor. ¿Se ha visto obligado con su palabra de honor a no decir una palabra de la visita que hizo al marqués de Pescara en el séquito de maese Girolamo Morone?

—¿Cree probable que maese Morone me haga su confidente? Me añadieron a su séquito sin que yo supiera la razón.

—Pero, diablos, vuestra merced debe de haberse dado cuenta de que está pasando algo. No tiene aspecto de idiota o de soñador ajeno al mundo. Fíjese bien, si obra hábilmente, tenga por seguro que podrá hacer carrera. Créame, algo se cuece... y despedirá un buen aroma cuando se levante la tapadera. Qué cartas más deliciosas. Soy un jugador apasionado, maese. Dormir y jugar a las cartas: esos son para mí los dos grandes gozos de la vida. Escuche, Borgia: sobre el asunto del que acabamos de hablar, lo mejor sería formar pareja. Con mis relaciones y mi experiencia, le puedo rendir servicios inestimables. Trate de estar al corriente de lo que pasa entre Morone y Pescara. Téngame informado y deje todo lo demás en mis manos. Si no me equivoco, encontraremos pronto a alguien que nos ofrecerá una fortuna por nuestro silencio o por nuestra locuacidad, eso depende. ¿Qué le parece?

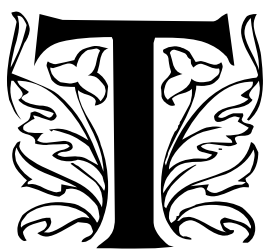
—Me había imaginado que podía hacer carrera de una forma más honrosa.

—No me haga reír. Alguien con su nombre e historia... ¡Ah, ah! Vuelve a actuar como si le hubieran pinchado. Dios mío, maese, ¿lo toma todo tan a pecho? Le aseguro, pues, que nadie aquí se preocupa por esas viejas habladurías. Todavía no, al

menos. Sólo un hombre como yo podría transformar, por arte de magia, esos rumores en un huracán que arrasaría a vuestra merced y todos sus planes y sueños... Recuérdelo, maese. Pero, ¿por qué iba a ser mi enemigo? Nos llevamos tan bien. Espero mucho de nuestra colaboración. Pero no debemos dejar que nos ganen por la mano. Primero tome sus cartas y contemple tranquilamente el juego que tiene en las manos, maese Giovanni. Es pronto todavía; tenemos tiempo de sobra. En casa de Tulia, las cosas no se ponen interesantes hasta que no encienden las velas. ¿Pujo yo? ¿Qué es un ambicioso, sino un jugador, Borgia? Un jugador a lo grande y el mundo, su baraja.

# **XI**

## **TULIA DE ARAGÓN**



Tulia se ha retirado a la altana, la valla de madera que circunda el tejado de su casa. Allí lava y tiñe de rubio su pelo largo, una ocupación que requiere un día entero y que debe efectuar con extrema precisión. Está sola. Ninguna criada, ninguna amiga, ni siquiera su madre quiere acompañarla bajo el sol ardiente. Quien no tiene que lavarse el pelo, evita la azotea descubierta antes de la puesta del sol. Tulia está sentada entre barreños y tinas, secándose los mechones que ha extendido por el borde ancho de la solana con la protección del sombrero sin copa que le protege la cara y el cuello de la deslumbrante luz. Con una mano sujeta un espejo; con la otra, un palo con una esponja en el extremo. De cuando en cuando, baña sus trenzas en un tónico blanqueador.

Emular el rubio veneciano, el color de moda, es su objetivo. Tulia, que es perezosa, no se tomaría tantas molestias por un peinado de color oro rojizo. Pero su madre sabe lo que se debe a sí misma una joven cortesana que quiere hacer carrera. ¿Dónde estaría Tulia sin su ayuda, sus consejos, su constante y vigilante presencia? Cien veces al día se hace esa pregunta y su hija no sabe darle la respuesta.

¡Ah, Tulia! Perezosa, puerca, soñadora, ¿quién te despierta, quién te lava, te peina y te viste? ¿Quién prepara tus afeites, quién procura que te pintes como es debido? ¿Quién se encarga de que no engordes ni adelgaces demasiado? ¿Quién te ha enseñado cómo debes hablar y andar para gustar, quién está siempre a tu lado con una seña, con un gesto, con una palabra de aliento o aviso? ¿Quién entabla relaciones para ti, negocia los regalos, recibe a los señores y luego los despide? ¿Quién te da la ocasión de hacer gala de tu buena educación y quién, quién te ha dado esa educación?

Tulia sólo sabe encogerse de hombros. A veces bosteza, a veces mira canturreando por la ventana, a veces se marcha a otra habitación. No hay nada que objetar. Es el único camino. Cuando se rebela, su madre está siempre ahí para recordarle las cosas que no debe olvidar.

—¿Crees que habrías tenido un cardenal como padre, si en mi tiempo no me hubiera mantenido en forma? Sabía lo que quería y trabajé duro para lograrlo. Debes hacerte a ti misma irremplazable, ser la más bella, la mejor educada, la más deseada, la única. Y cuando lo hayas conseguido, aun así, no te puedes abandonar. Tienes unas fantásticas oportunidades, mejores de las que yo haya tenido nunca. ¿Qué fui yo? Una chica corriente de Ferrara que, un buen día, se encontró en las calles de Roma, sin amigos ni parientes y sin dinero. Si no hubiese sabido cuidar de mí misma, habría muerto ya hace mucho, o tendría que arrastrarme junto a los mendigos bajo el Ponte Sisto... ¿Y tú? Tu padre fue un ilustre caballero y yo, su amiga íntima. Sólo me quería a mí. «Julia Ferrarese; ahí va la reina de Roma», decía la gente. Naciste y te educaste en un palacio. Has aprendido griego y latín y a tocar el arpa como las chicas de las mejores familias. Has leído libros y puedes sostener una conversación. Tu desgracia fue que tu padre muriese pronto y que sus acreedores no nos dejaran nada. De no haber sido así, podrías haber contraído un matrimonio conveniente; no tendrías

por qué contentarte con menos que con un noble de campo. Pero no tiene sentido mirar hacia atrás. Tenemos que cuidar de nosotras mismas. He hecho lo que he podido, pero ahora soy demasiado vieja para el amor. Es tu turno, Tulia. Emplea tu cerebro, tu inteligencia. Podrás llegar lejos. Entonces, me estarás agradecida.

Tulia conoce todos esos argumentos de memoria. La acompañan día y noche como una banda de sombras armadas de zarpas y picos como las arpías: codicia, corruptibilidad, sensualidad y cálculo se muestran tan alerta como las viejas que su madre hace venir a casa para guisar, preparar las especias y echar las cartas.

—Aplica tu inteligencia, sé sabia, aprovecha en lo posible tu juventud y tu belleza; debes llegar más arriba, querida, más arriba.

Por un momento ha logrado ahuyentar esos fantasmas, acallar ese zumbido, ese siseo y esas risitas; pero su madre se los trae de vuelta. Si es peligroso no actuar como una aristócrata, más peligroso aún es su innato orgullo español heredado de su padre, pues el orgullo prefiere la pobreza y la muerte antes que la pérdida de honor. Su madre sí sabe manchar esos sueños autoconscientes.

—Has de considerar como un pasaporte que te permite el acceso al gran mundo —con el que de otra manera no entrarías en contacto tan fácilmente— que tu padre descendiera del linaje de Aragón. ¿De qué te sirven tus conocimientos y tus modales distinguidos, si no sabes sacar provecho de ellos? Son armas para derrotar a tus competidoras. Hacer música, recitar versos, hablar en latín no son sino refinamientos para sazonar tu belleza. Los hombres fascinables por esas exquisiteces, y que disponen de medios para satisfacer sus deseos, son los protectores que le hacen falta a mi Tulia. Conozco los secretos de la profesión; déjame obrar a mí... Sólo tienes que obedecer.

Tulia se calla. Simultáneamente al anhelo por el padre muerto, al que adoró como un símbolo de majestuosidad por el espacio y la tranquilidad del palacio donde pasó su niñez, crece su odio contra la mujer gorda y ataviada de alhajas tintineantes a la que ha de llamar madre. Cuando Tulia creció, se mudaron a la elegante Siena —donde, tras la bancarrota del cardenal, vivieron en la periferia de un círculo de poetas y sabios— a Roma. En el Campo Marzio, en la parroquia de San Trifone, Julia Ferrarese alquiló para ella y para su hija un apartamento en una bonita casa nueva que pertenecía al monasterio Justiniano. Sus vecinos eran, en el piso inferior, un obispo, y, en el superior, dos cortesanas, Vasca y Esperanza, dos simples ramerías que no representaban competencia alguna. Detrás, junto al patio, había un colegio para niños. Los primeros admiradores de Julia —su fama no prescrita todavía era la mejor recomendación para su hija inexperta— pagaron la decoración, los vestidos, la silla de manos, el personal y las mulas.

La altana es alta y constituye una pared divisoria entre Tulia y los tejados amarillos, grises, negros por el humo del barrio, una barrera entre ella y la peste y el ruido que sube de la calle y del patio. Sólo la voz de su madre penetra desde la logia; enumera en voz alta y lentamente los ingredientes de un agua embellecedora a la que

supone virtudes suavizantes: «Trementina, hojas de azucena, huevos frescos, miel, conchas machacadas y alcanfor... Déjalo en infusión dentro de una bola de vidrio sobre un fuego lento; añade más tarde almizcle y ámbar y obtendrás una pócima como no hay otra. Tienes que empaparte la cara con esto, siete veces al día...».

Tulia se mete los dedos en los oídos. A través de una pantalla de pelo resplandeciente, adivina el cielo, donde unas palomas aletean. El lavado y teñido semanal es su única ocasión de escapar de la tenaza de Julia, de la charla de las viejas, de la impertinencia de Vasca y Esperanza que, a través de los balcones, intercambian experiencias y secretos de belleza. Sólo aquí, en la azotea ardiente, medio desnuda, adormecida por el olor de su cuerpo y la fuerte fragancia de los bálsamos, cegada por la luz, mareada por el calor, Tulia se siente libre. Canturrea una canción para ahuyentar el recuerdo de la voz de su madre, y balancea las chinelas de madera con los dedos de los pies. Se pone la caja de escribir sobre el regazo y busca una pluma de ganso nueva y afilada.

Un día, en sus aposentos, entre los visitantes familiares y sus invitados, descubrió a un extraño, que luego identificó como el compañero de maese Pietro. Tenía una mirada oscura que parecía verlo todo; era de pocas palabras y no sonreía. Lo que la afectó sobre todo fue que más tarde, en el curso de una discusión, se pusiera del lado del más débil, el español.

Julia quería que su hija, mediante muestras de cortesía y erudición, ocultara el carácter de mercado amoroso de las recepciones.

—Venga, Tulia, regálanos un poema, una canción al laúd o al arpa, un baile, una giga o una pavana; háganos de Dante o de Platón, propicia una discusión; no te quedes ahí como si el festejo no te concerniese.

Y Tulia, tras un momento de resistencia que pasa inadvertida a todos, en voz alta y sonriendo: «Qué le parece, maese Strozzi: ¿Petrarca tomó en su obra muchos recursos prestados de los antiguos poetas provenzales y toscanos?». Aplausos, bravos: en casa de Tulia se acaricia tanto la mente como los sentidos. Se forma un círculo. Tulia mantiene el debate por pura inercia. En todo momento, es consciente de las miradas vigilantes de su madre, que observa la sala desde un rincón estratégicamente escogido.

—Tomar prestadas las ideas de los demás no es digno de un gran poeta.

—Petrarca no robó ni más ni menos de sus antecesores que los españoles de nosotros. Llevan nuestros gorros, pero les colocan hebillas y medallas, y ahora llaman a ese atuendo una invención española.

—Los españoles nos robarán unas cuantas cosas más aparte de nuestros cubrecabezas...

—*¿Che dizis vos, signor, de los espagnoles?*

¡Oh, Dios, el único español de la reunión! Julia mueve su abanico violentamente en señal de advertencia. ¡Un invitado, un extraño, insultado en su casa! Petrarca está olvidado, ahora se trata de política. Surge un altercado que se convierte en una

discusión plagada de amenazas desafiantes. El invitado de maese Pietro respalda al español y son los primeros en salir. En menos de un cuarto de hora, las habitaciones de la cortesana han quedado vacías. La furiosa Julia se queda únicamente con desorden de vasos rotos y sillas volcadas, y Tulia con el amante que ha pagado cara la fiesta. En sus brazos aún pensaba en aquel joven. ¿Por qué no ha hablado con ella, no le ha pedido una hora, una noche en su compañía, como hacen todos los demás? Quiere saber quién es, pero su madre rehúsa contestar a sus preguntas, encogiéndose de hombros:

—No nos interesa en absoluto, según he visto en seguida. Un rostro oscuro, esquivo; una postura rígida. ¿Te dejas acaso cegar por tan poca cosa? Te apuesto dos contra uno a que es el nuevo Ganimedes de maese Pietro. ¡No es más que un estuche!

Pero los pensamientos no cuestan nada. Lo que Tulia quiere saber se lo ha de decir maese Pietro, el amigo, el consejero, el hombre de confianza. Un hombre de mundo, un cortesano que conoce a quienes cuentan tanto dentro como fuera de Roma, que está al corriente de todo, que tiene más influencia de lo que pueda uno imaginar, pero que, al mismo tiempo, es capaz de hablar durante horas y horas con una mujer sobre temas que únicamente interesan a las mujeres: ropa, recetas, cuestiones de amor. Sabe traer a casa tanto un cliente riquísimo como una adivina; entiende de inversiones; para todo artículo imaginable, conoce las mejores direcciones; es una fuente de chistes, noticias y de fascinante cotilleo; un verdadero milagro, del que sobre todo Julia no se cansa nunca. No es un señor en el estricto sentido de la palabra; Julia se percató en seguida de eso, pero qué más da: se ha de respetar a quien ha sabido abrirse camino de esa forma hasta llegar a ser un personaje importante de la corte pontificia: ¡Todo un ejemplo, Tulia, y qué camarada, qué apoyo, qué fuente inagotable de diversión es ese maese Pietro! Entra en casa cuando la puerta está cerrada para cualquier otro hombre, por la mañana, o por la tarde temprano, cuando las mujeres duermen su siesta. No le molestan el pelo suelto, la camiseta abierta o las faldas atadas con prisa. En su presencia se puede comer, dormir y aplicarse polvos de arroz. Comparte los dulces y el vino, olfatea las pomadas y los perfumes, holgazanea con las piernas sobre la mesa, canturreando, haciendo juegos de manos con una baraja de cartas, bromeando con el mono de Tulia.

—Sí, ese nuevo amigo mío es un joven muy particular: no hay que perderlo de vista. Un misterio y por ello tanto más fascinante. Pero no hay ningún misterio que yo no pueda resolver a la larga. ¿Se trata de un inseguro que se esconde tras sus aires de importancia, o un peón en manos poderosas? ¿Quién es, en verdad, Giovanni Borgia?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Un Borgia?

Julia amenizó en otro tiempo las fiestas del papa Alejandro y de su hijo César. *Dio!* Nunca jamás se volvió a ver una cosa semejante.

—¿Sabes, maese Pietro, que asistí a la fiesta de la castaña en el Vaticano? Cincuenta mujeres romanas escogidas entre las más bellas, claro está. A cuatro patas y en cueros, teníamos que gatear por el suelo entre candelabros con velas

encendidas... Era un juego: se trataba de saber quién podía recoger más castañas. Una idea de *Il Duca*. Nos partimos de risa. Pero ya conocéis la historia, pues os la he contado muchas veces.

—Demasiadas veces, madre...

—Cállate, Tulia; tú compórtate como una dama distinguida cuando corresponda. Más aún ante ese Borgia tuyo. Maese Pietro, ¿se trata de un consanguíneo del papa Alejandro y de *Il Duca*? Me lo imaginaba: debe de ser uno de sus muchos hijitos sin nombre... ¿Y no tiene dinero? Sin embargo, los Borgia eran fabulosamente ricos.

Maese Pietro levanta las manos en un ademán elocuente.

—Nuestro amigo posee las cualidades de sus ilustres antepasados: sabe cómo hacerse el misterioso. En la cancillería del Vaticano no se habla tanto de nadie como de él. Hace como si no lo notase y va a su aire; se calla y proporciona, una y otra vez, nueva materia de reflexión. ¿Tal vez tú lograrías hacerle hablar, Tulia mía? Quién sabe si se volvería en tus brazos tan comunicativo como maese Strozzi. Por cierto, ¿has sondeado al florentino sobre tú sabes qué, mi palomita?

Aunque lo intenta, Tulia no puede sacudir la cabeza como le hubiera gustado; la solana no se rinde fácilmente, como tampoco el pensamiento que la molesta. Se siente presa bajo su gran sombrero, agobiada por la presión del pelo mojado, del mismo modo que está a la merced de la ambición de Julia y de la curiosidad de maese Pietro por los secretos políticos y comerciales de los señores que compran sus favores.

En la corte de su padre, el cardenal, no trató más que con hombres importantes; por eso acepta ahora como natural el homenaje de los nobles, los prelados y los banqueros. Además, Julia no admite a nadie que no cumpla las más altas exigencias en lo referente a rango y riqueza. Pero el interés de maese Pietro por sus amantes tiene motivos distintos. Julia anima a su hija a acceder a los ruegos de ese amigo de la casa, tan fiel y valioso: «¡Le debemos un favor a cambio de toda su oficiosidad!».

No es por azar que Roma elogia los dones espirituales de Tulia. Aumenta su prestigio el hecho de que se en su cama también se pueda hablar de política y asuntos económicos, hacerla partícipe de los problemas personales y sociales. Strozzi, el enviado florentino, la llama Aspasia, porque, cuando se desahoga con ella, él tiene la sensación de ser un Alcibíades. Por su causa prolonga su estancia en Roma contra las órdenes de Florencia. Está enamorado y le gustaría llevarla consigo algún día; pero Julia no ve ninguna ventaja en semejante relación mientras Tulia todavía sea joven. De modo que Strozzi las sigue visitando con ricos regalos y un corazón lleno de preocupaciones y quejas que no puede desahogar con nadie más que con Tulia. Ella escucha la relación de sus angustias: el tormento que le causa su mujer celosa, allí en Florencia; el lento desarrollo de las negociaciones diplomáticas que se le han confiado; su irritación e inquietud ante la situación general; su aversión republicana hacia los Médicis, que —¿por cuánto tiempo aún?— gobiernan Florencia.

Maese Pietro capta deseoso el eco de esas conversaciones nocturnas y da a Tulia instrucciones para próximos encuentros.

—Tulia, mi joya, me gusta estar al corriente de todo. Ya sé muchas cosas, pero, por desgracia, no puedo estar en todas partes al mismo tiempo. Haz que Strozzi sepa que te has enterado de que su amigo maese Nicolás Maquiavelo está en Roma. Te favorece conocer ese nombre, pues te tiene por una mujer de ideas avanzadas. Conduce la conversación hacia maese Girolamo Morone, el canciller de Milán. Muéstrate preocupada por la suerte de nuestra querida Italia, que podrías comparar con un trozo de carne que dos perros desgarran peleando. Probablemente, a partir de ahí Strozzi te contará todo lo demás...

Maese Pietro conoce el punto débil de Tulia. Presume más de su inteligencia que de su cuerpo. No tan sólo la vanidad la inspira. La mente libera y ennoblece. Tulia ansia más que nunca la libertad, la eminencia, en la medida en que se siente un objeto sin voluntad con el que juegan su madre, maese Pietro y sus sucesivos amantes. Algo en ella se resiste a que toquen su carne, a la presión que ejercen sobre su voluntad y sus pensamientos. Experimenta esta pasividad forzosa como un ultraje. Conocimiento significa poder, pero el poder creativo es la llave mágica que rompe todas las cadenas. Una cortesana, por rica y célebre que sea, sigue siendo un instrumento de placer. El placer que debe tolerarse, humilla. Pero una artista, que hoy admite a uno a su lado y mañana a otro —porque ama, o porque tiene que vivir, ¿qué más da?—, tiene el derecho a afirmar que lo que ella hace con sus favores es *concederlos*. Tulia no quiere que su valor provenga de los hombres que la poseen. Quiere que su vida tenga un sentido, aparte de servir, casi mecánicamente, a una divinidad en la que no cree. El semblante ceñudo y el cuidado infatigable que pone su madre en el trabajo manual de una cortesana, despiertan en Tulia la impaciencia y el desprecio.

De buen grado soporta el calor en la altana y el peso del sombrero de lavar y del pelo, a cambio de un día de soledad no perturbada. Con la caja de escribir en las rodillas y una pluma en la mano, Tulia se imagina poetisa y sabia. No rima mal; en Siena sus versos gozaron de cierta fama. Tulia canta a la primavera, al amor, a lo pasajero de todas las cosas, en un lenguaje rico en imágenes mitológicas que todo poeta, desde los Alpes y hasta Calabria tiene en su arsenal. Strozzi, por cortesía, aprendió de memoria sus mejores odas y estancias; maese Pietro, menos sincero, pero más elocuente, las llama «pequeñas obras maestras» y a la poetisa, «una segunda Safo». Aspasia y Safo son mujeres de genio, ejemplos que Tulia quiere seguir. Hará imprimir sus poemas: *Divae Tulliae Aragonensis Opera*, en letras doradas y pergamino encuadernado. ¡Qué gloria! Sobre aquel papel vivirá todavía, admirada y honrada, cuando su cuerpo esté acabado y su cara marchita para siempre bajo los polvos de arroz. Tulia cree en su talento con una pasión que ha de acallar su duda secreta. Aquel que elogia su obra y, además, sabe mostrarse un experto crítico, ha ganado el pleito con ella. Maese Pietro no se hace rogar y dedica largos discursos a las estrofas que Tulia crea en las horas que pasa en la altana, así como durante las

raras noches que está sola. Aunque Tulia desconfía bastante de ese entusiasmo, también agradece cada miga de alimento que proporciona a su propia estima. A cambio, habla con Strozzi de política tantas veces como maese Pietro lo desee. Julia, por su parte, sólo tolera la caja de escribir en manos de su hija cuando se ha de redactar una carta: declamar versos puede ser un talento que adorna a una cortesana; pero por qué hacer versos, cuando hay ya bastantes poetas en Roma.

En lo alto, la azotea, jadeando bajo su sombrero de lavar, Tulia se siente, por lo menos, liberada de los baños, de los masajes, de las horas de comer y beber, y de los complicados tratamientos de belleza que ocupan su jornada diaria. Compone versos acerca de una mirada oscura que irradia más resplandor que el sol y, haciéndolo, piensa en el amigo de maese Pietro. Las estrofas la confunden; suspira intranquila, se enjuga el sudor de la cara y de los brazos, dibuja figuras en los márgenes blancos del papel: un sol, una corona de laureles, un corazón que gotea sangre. Maese Pietro le ha asegurado, bajo palabra de honor, que ese joven no le rinde los servicios de un Ganimedes.

—Ése sueña con mujeres bonitas, con la marquesa de Pescara, si no me equivoco, tal vez contigo, desde aquella noche que estuvo aquí, ¿quién sabe? Por lo que se refiere a mí, me he enmendado, ¿no lo sabías? Me he convertido al amor que tú y tus amigas sabéis mostrar tan tentador.

¿Qué es lo que conduce a Tulia hacia Giovanni Borgia? Esa mirada llena de resentimiento y resistencia secretos, el aura que proporciona el estar a solas consigo mismo. Solo, pero combativo; solo, pero libre: a los ojos de Tulia, es un privilegio a cuyo lado todo lo que podría conseguir como cortesana no vale nada.

Ha oído que ha sido contratado en el séquito del canciller de Milán. Eso habla en su favor, porque sabe por boca de Strozzi —¡secreto, secreto!— cuáles son los intereses que viene a defender Morone en Roma. Maese Pietro, que a su vez ha sido puesto al corriente de los detalles por mediación de ella, no deja de señalar que si la empresa de Morone se corona con éxito, también recogerán los frutos las personas cercanas a él, y, por supuesto, maese Giovanni. Tulia se ha vuelto intranquila. Pasea por las habitaciones de su casa como por el corredor de una prisión. Comprende mejor que nunca que ella también es una prisionera entre los sillones con cojines, las mesas repletas de candelabros, la valiosa cubertería, las alfombras con borlas y flecos y las escupideras de oro. Sólo sale al exterior para dar algún paseo ostentoso por las calles más anchas y concurridas; alguna que otra vez, acompañada por media docena de admiradores, hace una excursión a una viña fuera de la ciudad.

Entre ella y Giovanni Borgia, aquella noche, no hubo más que una mirada. Él estaba apoyado en la pared, distanciado de los demás, como si hubiese venido para verla a ella y sus invitados, como se mira a los animales exóticos en una casa de fieras. Un hombre que admira a la marquesa de Pescara, creará, tal vez, poder menospreciar a una cortesana. ¿No sabe acaso que ella, Tulia, escribe poesías que, seguramente, no tienen nada que envidiar a las de esa Colonna que él, según maese

Pietro, admira tanto? Expertos en versos se lo han asegurado. Más aún, le podría contar sobre aquella otra que es una mujer fría como una piedra; su esposo huye de ella, pues no sabe nada del amor. Esa Colonna, que ella envidia por su aplomo aristocrático, por su nacimiento inmaculado, por su fama de poetisa, la mujer que es todo lo que ella, Tulia, querría ser. Dios sabe lo que daría por saber hacer lo que Tulia sabe hacer como nadie: gustar.

Si Giovanni Borgia, algún día, vuelve a su casa —y debe venir, pues ella así lo quiere— le dará por propia voluntad lo que ningún hombre jamás haya podido comprar: una pasión no fingida.

No puede explicarse por qué es así: la domina una sensación que no comprende. Cada noche le busca en vano entre sus visitantes. Cuando, finalmente, pregunta por él, maese Pietro se ríe con malicia:

—Palomita mía, ese hombre no es bastante rico para cortejar como es debido a una mujer como tú. Quizá la diosa Fortuna le sonría si el atrevido plan de maese Morone —ya sabes a lo que me refiero— tiene éxito. Si supiera todo lo que sabe Strozzi, podría acelerar la buena marcha de las cosas gracias a mis relaciones en la corte... Por desgracia, ese florentino enamorado no quiere hacerme su confidente. Escucha, bella mía: si fuese así, le preguntaría...

Tulia trata de memorizar esas preguntas y sabrá repetirlas en el momento oportuno. Cumple con la tarea con más dedicación que antes, porque espera que el camino que sigue se cruzará, en alguna parte, con el sendero de Giovanni Borgia. Por primera vez, Strozzi muestra inquietud:

—Júrame, Tulia, que esto quedar entre nosotros.

Sonriendo, Tulia levanta la mano derecha. Strozzi besa esa mano; debe perdonarle su agitación, pues ya no tiene dominio sobre sí mismo: se avecinan grandes cambios, la salvación de Italia está próxima, escucha, Tulia...

Cuando maese Pietro vino de nuevo, se dirigió a él directamente soltando las manos de las ancianas, descalza, con la cara y el cuello todavía untados con un bálsamo que había de blanquearle la piel. «El marqués de Pescara ha sido ganado para la causa italiana». A Strozzi se lo había contado alguien que lo supo de boca del propio maese Girolamo Morone. Pero maese Pietro chasqueó impaciente los dedos.

—Ya lo sabía desde hace días; toda Roma lo sabe. Para eso no hacía falta quitarle el sueño al florentino. Maldita sea, ¿tus besos no pueden obtener más que noticias caducadas?

Más tarde ha ido a verla a la habitación donde la engalanan para la noche. Ella le ha visto aparecer a través del reflejo en el espejo; pero Tulia no recupera su sonrisa, aun cuando maese Pietro afirma que la vista de sus hombros y senos es más bella que la de las siete colinas de Roma. Pero Tulia acaba de proponerse no hacer más lo que maese Pietro le pide. ¡Que alquile espías que sonsaquen y delaten secretos por dinero! Tulia no es estúpida. Cuando maese Pietro le habla con sus ojos exaltados dirigidos al cielo de la avasallada Italia, ella sabe que finge: es tan fascinante y tan

falso como un actor virtuoso. Tulia le ha hecho favores, sin preguntar nunca cómo utiliza la información que ella le facilita; pero no está dispuesta a tolerar groserías de su parte: no es ni su hija, ni su querida, ni su criada. Ya no se dejará amaestrar por su madre, ni por maese Pietro, que no son sino dos parásitos. Ya no podrán aprovecharse de Tulia; en adelante, hará lo que ella quiera. La han utilizado, y ahora ella les utilizará a ellos.

En el espejo cruza la mirada arrepentida, pero al mismo tiempo curiosa, de maese Pietro. Su barba negra, rizada, le toca el hombro.

—¿Enfadada, querida Tulia? Tienes una extraña luz en los ojos. Cuando me enojo, suelo decir cosas poco amables. No pienses más en ello. Hay mucho en juego en este asunto. Estoy obligado a saberlo todo; debo cuidar mi reputación.

Tulia se inclina en silencio hacia su propio reflejo en el espejo y cuelga de sus orejas dos perlas en forma de pera. Cuando maese Pietro intenta apartar atentamente un mechón de pelo de su frente, ella esquivo su mano. Él frunce las cejas.

—¿Ya no me está permitido? ¿Ya no me dejas ayudarte a ponerte guapa para tu banquero?

Tulia se le queda mirando fijamente, hasta que la burla desaparece de sus ojos.

—Escucha, Tulia. Strozzi ve las cosas de forma demasiado limitada; todo este asunto no es tan sencillo. Se llama a sí mismo amigo y privado de Morone y Maquiavelo, pero dudo que esos señores ladinos revelen sus pensamientos a nuestro florentino. Hay más cosas ocultas detrás de todo esto de lo que Strozzi parece sospechar. Es de suma importancia que yo esté al corriente. Hemos de encontrar a alguien cercano a Morone, preferiblemente uno de los señores de su séquito. Seguramente estarás de acuerdo conmigo.

El guiño de su ojo izquierdo no se le ha escapado a Tulia, pero no articula ni una palabra, ni le dirige un solo un gesto. Por el contrario, sigue cubriendo sus mejillas y su frente con una mezcla de pomada roja y sublimado. El sigue merodeando a su alrededor, hablando mucho y bromeando con Julia y las ancianas, pero mirando de forma inquisitiva a la callada Tulia.

Nuevamente ella ha abierto su caja de escribir y, con los ojos entrecerrados por lo agudo de la luz, relee sus nuevos versos. Pero las palabras son débiles y lánguidas, comparadas con la impaciencia contenida dentro de ella. Ahora ve con claridad que el encuentro deseado es inminente. Nota sus miembros pesados, así como una tensión insólita de los nervios. Por primera vez, las artes del amor y las caricias que ha aprendido y practicado mecánicamente le parecen llenas de sentido e, incluso, tentadoras.

En la azotea, el aire vibra a causa del calor, calor que penetra por los poros de la piel de Tulia; todo en ella se vuelve llama. Conoce esa sensación: es un aviso. Ahora debe huir del sol. Golpea la trampa del tejado; una de las ancianas la abre y la ayuda a

bajar a la casa por una escala. Mareada, medio desnuda, con la solana quitada de prisa en la mano, el pelo caliente y resplandeciente, mate, revuelto por la cabeza y los hombros, entra en la habitación donde espera encontrar a su madre. La blanca luz la ha cegado. Tarda un poco en descubrir a maese Pietro y su compañero.

—¡*Ecco la bella!* He traído conmigo a maese Borgia.

Busca la mirada, que no ha salido de sus pensamientos desde el primer encuentro, pero nota que él sólo tiene ojos para sus espesos mechones de pelo rubio rojizo, que se ondulan como serpientes, e irradian el brillo del sol y huelen fuertemente a especias y a aceite de jazmín. Maese Pietro toma un mechón entre el pulgar y el índice, frota el pelo de un lado para otro con ademán experto. «¡Bonito, bonito! Ni demasiado seco, ni demasiado rojo... Ninguna mujer en Roma consigue llevarlo así».

Julia se acerca a ellos con vino y dulces. El tono de su voz delata que, al menos de momento, ha cambiado su irritación por curiosidad, pero que no se siente en absoluto halagada con esta visita. De vez en cuando, por encima de la bandeja dedica una mirada airada, recelosa, al hombre que, sin el ceremonial preceptivo de presentarse y negociar antes con ella, se atreve a entrar en su casa siguiendo a maese Pietro, fuera de las horas fijadas de recibimiento. No está dispuesta a perder el control de la conversación.

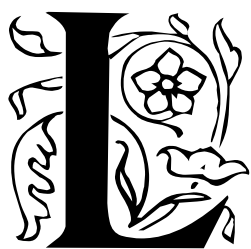
—Acabo de contar a maese que te blanqueas el pelo según el método que empleaba su pariente, *madonna* Lucrecia. La conocí personalmente; ha de saber que antes visitaba muy a menudo el Vaticano. ¡Dio, qué hermosura de cabello! Siempre lo llevaba suelto. Mi hija tiene exactamente el mismo pelo, igual de espeso y ondulado; es un milagro que una cosa semejante se pueda repetir en otra persona...

Maese Pietro, como siempre, sabe opinar sobre cualquier tema que surja durante la conversación.

—Por aquel entonces, ningún cabello era tan famoso en Italia como el de Lucrecia Borgia. Dicen que *madonna* era capaz de hacer esperar a Dios y al diablo cuando se lo cepillaba y teñía. Era un cabello peligroso, también. Fatal, entre otros, para cierto Strozzi, consanguíneo de tu florentino, Tulia, al que apuñalaron en Ferrara porque había llevado a su amante Bembo un mechón de la señora marquesa.

Tulia sacude vehementemente su pelo hacia atrás, se lo recoge y enrolla en un moño grueso. Es un cuarteto insólito el que se ha formado en aquella habitación semioscura y mal ventilada. A través de las persianas bajadas, penetran unos rayos de sol. Maese Pietro se deshace en ambigüedades y alusiones, pero la terca Julia no quiere acceder a su insinuación de dejar a los dos jóvenes solos. Tulia espera y se calla, escuchando el murmullo de la sangre en sus oídos. Allí está, frente a ella; su mirada está embriagada de deseo. Pero Tulia ya lo sabe: ese deseo no es por ella.

**XII**  
**VITTORIA COLONNA**



a visita de Morone no la preocupó en absoluto. Sabía que Pescara y el canciller de Milán se conocían. Su llegada, acompañado de un gran séquito, dio la impresión de ser oficial, pero esto tampoco le extrañó. No era un secreto que el emperador se había declarado dispuesto a dar en préstamo el ducado de Milán al joven Sforza, siempre y cuando se cumplieran ciertas condiciones. En círculos favorables al emperador la habilidad de Morone para regatear se había vuelto proverbial. Negociaba en nombre de Sforza con los enviados españoles y cada encuentro suponía para el emperador una nueva rebaja en sus pretensiones. Tras la caída de Pavía, Morone se dirigió repetidas veces a Pescara. Como hecho en sí, era normal que buscara la mediación del general más importante del ejército del emperador. Vittoria veía con buenos ojos que un hombre como Morone, que por su oficio estaba al corriente de todo, estimara tanto la influencia de Pescara en Madrid. Pensaba que esto no hacía más que demostrar, a los ojos de los demás, que las relaciones entre su marido y el emperador no eran tan tirantes como parecía, o que la noticia todavía no se había filtrado. Creía comprender también por qué Pescara, a pesar de sus vómitos de sangre, había insistido en recibir a Morone inmediatamente. Manejaba mejor al canciller de Milán que a los demás portavoces del emperador. Cada punto diplomático que ganaba, podía acrecentar la estima que creyó haber perdido.

Tras la conversación, que duró mucho tiempo, aguardó a que Morone saliera para despedirle. No estaba obligada a hacerlo, pero tenía la sensación de que un gesto cortés podría redondear la entrevista. Pescara se comportaba violenta y recelosamente cuando el dolor le torturaba, y pronunciaba palabras burlonas e hirientes sin motivo alguno. Por tanto, buscó indicios de desagrado en el rostro de Morone, pero encontró todo lo contrario de lo que había esperado. En cuanto la vio, cayó de rodillas, besó la mano que extendió hacia él y le habló con palabras solemnes con una voz que temblaba de emoción. Le deseaba suerte en la completa recuperación de su esposo; estaba claro que el *marchese* había superado totalmente las heridas sufridas en Pavía. Vittoria tuvo que esforzarse para no mostrar sorpresa, no tanto por la actitud de Morone como por sus palabras. Le miró, intentando descubrir qué motivos podría tener para mentir de una forma tan descarada. Pero el canciller se deshizo en cumplidos. Viendo a *madonna*, le pareció como si viera encenderse una luz clara: sabía de antemano que iba a encontrarse con la mujer más bella e inteligente de Italia, la noble Colonna, que profesaba la paz como ideal, pero sólo ahora, que se hallaba cara a cara con ella, se dio cuenta de cuán verdadero era lo que de ella se decía: una voz interior le susurraba que ella triunfaría donde hombres poderosos y valientes habían fracasado.

Vittoria le escuchó en silencio hasta el final, confusa y también irritada por esa excesiva alabanza y las alusiones a un empeño que recordaba siempre con vergüenza por su propia impotencia. Comprendió que Morone no la halagaba de modo

desinteresado. ¿Qué quería de ella? Miró por encima de su hombro a los miembros del séquito, que aguardaban inmóviles a que el canciller terminase de hablar. Uno de ellos se inclinó cuando sus miradas se cruzaron; pero ella se percató de que la observaba con atención. Buscaba en su memoria: «¿He visto antes esa cara?». Su mirada fija la molestaba y aumentaba la sensación de malestar que el comportamiento de Morone había despertado en ella.

En cuanto la comitiva se marchó, se dirigió a la habitación de Pescara. En las antecámaras no encontró ningún criado ni ningún miembro del séquito. Pescara estaba sentado frente a una mesa, dando la espalda a la ventana. Un enlucido cubierto de tela roja suavizaba la luz del mediodía. No la oyó entrar. Cuando se detuvo frente a él, alzó la vista como quien despierta de un sueño.

Se ha producido un cambio en Ferrante desde esta mañana. El que está aquí sentado posee un engañoso parecido con el Ferrante que yo conozco; pero dentro de esa capa, esa delicada superficie, todo se ha revuelto y desencajado. Si no hubiera entrado justamente en este momento, no habría sabido nunca nada. En ese caso, hubiera recobrado en la soledad el dominio de sí mismo, dejándome a mí y a los demás al margen de lo que se oculta tras esa rígida máscara. Pero le he sorprendido mientras estaba indefenso. Ahora es incapaz de ocultarme el desconcierto que alberga en su interior. Esta es la primera vez que se muestra ante mí sin disimulo, vulnerable. Por primera vez puedo ver no la apariencia, sino el hombre mismo. Su frente cubierta de gotas de sudor, su mirada vacilante... ¿Qué leo en ella sino la tortura de la tentación? Acaba de pensar: Satanás, retírate. ¿Por qué? ¿Qué es lo que se ha discutido aquí? Entre Ferrante y la silla donde debe de haber estado sentado Morone, hay una mesa ancha y un espacio más ancho aún de suelo enlosado. ¿Es posible que Morone realmente no haya visto lo que veo yo, lo que cualquiera debe ser capaz de ver a primera vista: que Ferrante no es más que la sombra de lo que en su día fue? Esa falta de defensas le pone a mi alcance. Siempre me ha rechazado, me ha mantenido a distancia, incluso cuando estaba enfermo o dolorido. Ya no es así. Me mira como si viera en mí la personificación de la fuerza que ha perdido. Le pongo la mano en la frente y no se opone. Nunca hemos estado tan cerca el uno del otro como ahora en este silencio. Se inclina hacia mí; no es una alucinación. Este abrazo sin un ápice de deseo físico, este silencioso escuchar la respiración y los latidos del corazón del otro es la gracia, por fin. No importa que mis lágrimas

caigan sobre su cabeza, sobre sus manos. Por primera vez me necesita.

—No hables, no te muevas. Estás agotado.

—No tengo tiempo que perder.

—¿Qué es lo que te preocupa? Dímelo con una sola palabra. ¿Milán sigue resistiéndose a las exigencias del emperador?

Pescara se echó a reír ligeramente, pero pronto esa risa terminó en un ataque de tos. Le sujetó mientras jadeaba para recobrar el aliento.

—No hemos hablado de las exigencias del emperador.

—Pero entonces, ¿cuál era el objetivo de la visita de Morone?

Pescara apartó su brazo y se incorporó.

—Mírame. Siéntate en esa silla. Morone me tuvo así, delante de sus ojos. Se ha dejado engañar por un viejo truco de magia, por esa luz roja. Me deseó suerte con toda sinceridad en mi restablecimiento.

—¿No dudas de esa sinceridad?

—Lo que siguió a ese augurio era la prueba de su buena fe, al menos en este aspecto. Sólo un completo idiota se hubiera presentado ante alguien cuya situación intuye, con una propuesta semejante. Morone no es idiota y dista mucho de serlo. Por Dios, empiezo a tenerle respeto a ese hombre. No le confiaría mi alma y salvación, pero, ¡qué diablo más astuto y atrevido!

—¿Qué quiere?

—Me quiere a mí. Y está dispuesto a dar algo a cambio. Lo que me ha dejado adivinar no es poco: general supremo de las fuerzas armadas unidas de Italia. Rey de Nápoles, si todo sale según lo provisto. ¿Te parece un galimatías incomprensible? Quiere que traicione al emperador. Que haga asesinar a De Leyva y a media docena de comandantes, que haga prisioneros a mis oficiales españoles o los mande fuera, y que soborne a los que no son españoles con promesas de fama y botín de guerra. Que engatuse a los mercenarios extranjeros que están a mi servicio con el dinero que mis nuevos protectores me mandarán a manos llenas y que, finalmente, disuelva, disperse y, si es necesario, pase a cuchillo las tropas que no quieran reconocer mi autoridad. No, Morone no está loco. Detrás de él está Milán, Venecia, Florencia y el Santo Padre en persona. Francia ha afirmado que, si los planes prosperan, renunciará a todos los derechos sobre el territorio italiano. Un sacrificio nada despreciable... y todo eso sólo con la esperanza de ver morder el polvo a su majestad imperial. Cuando llegue el momento, los españoles serán expulsados y se restablecerán la tranquilidad y la paz —una será la lógica consecuencia de la otra, como parecen pensar esos señores patriotas—; entonces, Su Santidad me pondrá personalmente la corona de Nápoles sobre mi cabeza. Ya no nos convertiremos en fundadores de una dinastía, tú y yo, por falta de descendencia, pero a pesar de eso... ¿No te atrae tanto honor?

—No has dicho ni una palabra en serio.

—¿No has visto salir a Morone? Quería mantener el tipo, pero el triunfo iluminaba su cara.

—Tú no has aceptado esa propuesta.

—La libertad y la paz. ¿No es también ideal tuyo?

—No te creo. Estás bromeando.

—¿Lo llamas broma? Más en serio no puedo hablar. Esta conspiración contra el emperador es la gota que colmará el vaso. Nadie va a poder detener el curso de los acontecimientos.

—Por el amor de Dios, basta ya. Estás amargado porque se han atrevido a tomarte por una persona a la que se puede corromper. Dime cómo has rechazado a Morone.

—No le he rechazado. ¿Rechazarías una propuesta semejante? ¿Decir no y correr el riesgo de que mañana otro de los generales del emperador diga sí, con todo lo que ello implicaría?

—No entiendo lo que quieres decir.

—He de conocer qué garantías me ofrecen. Si es jurídicamente posible que un ex vasallo del emperador acepte la corona de Nápoles. Si se abonarán de inmediato las sumas prometidas para el mantenimiento de los ejércitos; si de verdad podré obrar con un poder ilimitado. He de conocer todos los detalles, así como los nombres de todos los implicados. Quiero garantías por escrito. Morone sabe que no soy un hombre que construye sobre arenas movedizas.

Apartándose de él, Vittoria se apoyó en la mesa con las manos agarradas detrás de la espalda. Pescara se había quedado inmóvil, erguido. Los ojos rígidos, hundidos en las cuencas; los dientes al descubierto, dibujando una mueca de burla. Una calavera, pensó; y ese pensamiento evocó otro que la asustó aún más. Cayó de rodillas al lado de la silla.

—Estás enfermo. Deliras. Déjame llamar a tu criado, o a tu médico de cámara para llevarte a la cama. Mejor aún, ¿me dejas que lo haga yo misma? Apóyate en mi hombro. Tienes fiebre, tu piel está ardiendo.

Pescara liberó la mano que ella había agarrado.

—Déjame en paz. ¿Cómo te atreves? No te he pedido tu opinión, y no lo haré. Tráeme pluma, tinta y papel para escribir o llama a un criado para que lo haga. Levántate; esa postura no es digna de ti. Levántate, te digo.

Vittoria obedeció en silencio. La seguridad en ella misma se había esfumado. Estaba, como antes, ante un muro sin brechas. Trajo los enseres de escritura que Pescara había pedido, y los puso en la mesa delante de él.

—Lee conmigo lo que voy escribiendo. Es de suma importancia que esté redactado a la perfección. Los secretarios no tienen por qué enterarse de esto. Una carta a su majestad imperial en Madrid.

Ella miró la hoja por encima de su hombro. Sin vacilación, Pescara escribió: *Hieronimo Moron a hablarme por grandes arodeos y ultimamente dezirme que sy yo*

*le prometía la fe de le tener secreto que él me diría y descubriría grandes cosas...*

Vittoria detuvo la mano que conducía la pluma.

—El papel de delator es incompatible con tu dignidad.

—¿De modo que sientes secreta simpatía por los salvadores de Italia? Antes de proseguir, me gustaría saber hasta qué punto estabas al corriente de este hermoso plan. A maese Morone le faltaban palabras para elogiarte: «Símbolo de la victoria, la columna en la que reposa la paz», y otros tantos floridos juegos de palabras con tu nombre. ¿Te ha ordenado acaso el papa, o tu amigo *monsignore* Giberti que influyas sobre mí en este asunto? Nada de evasivas: la verdad.

—Juro por Dios que no sé nada de todo esto. Quizá me hayan hecho insinuaciones, pero en tal caso no las comprendí. Olvidas que en el Vaticano se desconfía de mí: Giberti me conoce demasiado bien como para creer que estaría dispuesta a inducir a mi esposo a la traición.

—¿Ni siquiera por la patria que sueles pintar en tus versos como una inocente desastrosamente encadenada? Italia ha sido violada por los intrusos, en especial por ruines españoles. Esa es tu opinión, reconócelo. Tu sangre no reniega de su origen. ¿Cómo puedes entender a un pueblo que todavía tiene el valor de creer, de descubrir, de conquistar...?

Vittoria apretó ambos puños contra su pecho, en un intento de controlarse. El rostro que veía a su lado se debatía en una hostil reserva.

—Cualesquiera que sean mis deseos y opiniones, nunca minaría tu posición. Te respaldo. Tengo que actuar de común acuerdo contigo.

Pescara hizo una mueca.

—¿Y, sin embargo, quieres impedir que informe a mi señor de lo que se emprende en contra suya?

—Deja eso en manos de los espías del emperador.

—Ningún espía llegará jamás a saber tanto como lo que ahora se me presenta a mí en bandeja.

—No te rebajes a jugar un doble juego. Haz prisionero a Morone, o mantente al margen de todo esto.

—Estoy asediado por la traición y la artimaña; ¿acaso debiera convertirme en víctima suya? El emperador sabrá quién es su servidor más fiel y hábil. No hay ningún medio mejor para amontonar brasas ardientes en su cabeza.

Pescara se puso aún más pálido y dio un fuerte golpe en la mesa con el puño izquierdo.

—Por Dios, usa tu inteligencia. Este plan no fue tramado hoy o ayer. ¿Qué rumores habrán difundido sobre mí, tal vez a propósito, para sembrar el recelo hacia mí en Madrid? ¿Quién sabe lo que Lannoy susurrará al oído del emperador? «Pescara es un traidor». ¡Por todos los diablos! El emperador sabe muy bien que me ha menospreciado. Creerá a Lannoy al instante, aunque sólo sea para calmar su propia conciencia...

Es una larga carta. Frase tras frase, con lógica claridad, expone el complot. La propuesta de Morone y sus razones subyacentes. Ferrante escribe sin cesar. No se me va de la cabeza que nunca se habría mezclado en este asunto si estuviera completamente seguro de sí mismo. Su afán sólo puede servir para convencerse a sí mismo. Está manteniendo una lucha interior. No puedo olvidar la mirada que he visto en sus ojos al entrar. No estaba en guardia, como ahora. Debía de estar a punto de ceder ante la oferta de Morone. Dios me perdone ese pensamiento, pero siento que es la verdad. De un golpe, se realizó todo lo que siempre había deseado, el cumplimiento de sus sueños más ambiciosos. Una clandestina conciencia de culpabilidad le conduce ahora a este despliegue de fidelidad de vasallo. ¿Tengo razón, las cosas no son de otra manera? ¿Acaso la enfermedad y la amargura han afectado tanto su orgullo, que ahora está dispuesto a arrastrarse por el suelo para recuperar el favor del emperador? No se considera demasiado bueno para participar en el juego de Morone; es incomprensible que prefiera conscientemente esa manera de actuar, incomprensible. Por lo que se refiere a Su Santidad y a Giberti, ¿no ven ningún otro camino que les lleve a la paz que la conspiración? El pontífice debe estar por encima de los partidos. ¿Qué queda de su dignidad en este juego de reticencias? ¿Un Morone portavoz, representante de los que quieren liberar a Italia? Estoy dispuesta a servir a este fin, pero rehúso utilizar semejantes medios. Se dice que la política existe por la gracia del engaño y la traición; si la política determina nuestro tiempo, entonces nuestro tiempo está maldito, condenado a la perdición.

De modo que quieren pagar a Ferrante con la corona de Nápoles por algo que, a los ojos de un hombre como él, es imperdonable, la única acción que supone la pérdida del honor para siempre: la infidelidad al soberano. Sólo a costa de una mutilación interior podría aceptar ese precio. ¿Qué clase de seres son los que se atreven a tentarle, que consideran poco la corrupción espiritual con tal de conseguir su fin? Sobre esa base no puede existir una Italia libre y feliz. La semilla podrida no germina. Si este mundo no quiere perecer a causa de su propia corrupción, la gente ha de guiarse por otras convicciones. ¡Oh Dios, si pudiera ver en la oscuridad, y encontrar palabras para explicar lo que viese! ¡Si fuera capaz de transformar en acciones protectoras mi miedo y mi aprensión de una catástrofe que se avecina!

Ferrante está escribiendo. Su pluma se desliza sobre la hoja. Si poseyera el don de penetrar en el ser de este hombre; si pudiera

luchar con él por la conservación de su integridad. Creería en un futuro mejor, si supiera que es posible la victoria sobre la ambición, el ansia de poder y la envidia. No sé a qué estoy esperando; esta es una lucha para obtener la gracia de Dios mucho mejor que rezar y repartir limosnas. La sensación de redención que me invadió cuando, hace un instante, me senté junto a Ferrante no puede haber sido una ilusión. ¿Por qué no habría de inaugurar una nueva fase de nuestra relación? Me necesita, aunque él no lo sepa y no quiera necesiteme. Pero paulatinamente y con cautela tiene que tomar conciencia de ello. El que intente intimidarme con burla demuestra que tengo más influencia sobre él de la que está dispuesto a admitir.

Las deliberaciones con Morone le retendrán en Roma. Todo ese tiempo lo pasará junto a mí. Quiero que me dé su confianza enteramente. Debe sentir que quiero servir a sus intereses más profundos y esenciales.

Vittoria tomó la hoja escrita que Pescara había dejado en el borde de la mesa. Las palabras españolas, en la letra empinada y violenta de Pescara, parecían cargadas del dolor y la pasión que no mostraba en la conversación.

«... por un momento, dudé de hacerle castigar por atreverse a hacerme semejante proposición. Pero me daba cuenta de que sería más útil llegar a saber más. Así que contesté que, efectivamente, tenía motivos para estar descontento. Que lo que me ofrecía no era nada despreciable, pero que sólo podría separarme de Su Majestad Imperial de una forma digna de un noble. Finalmente, le dije que estaba dispuesto a hacer lo que me pedía aunque sólo fuese para que Su Majestad Imperial se diese cuenta de que me necesita más que a los que actualmente estima por encima de mí. Girolamo Morone tiene ahora la impresión de que accederé a sus planes. Estas prácticas me repelen. Sólo he aceptado seguir adelante porque las circunstancias así lo exigen. Si Su Majestad no se da cuenta de la importancia de una actuación enérgica en Italia en este momento, significa que ha sido mal informado por consejeros a los que ha dado su confianza...

»Frente a la posición poderosa de Su Majestad, las oportunidades de esa conspiración no son muchas. Sin embargo, no quiero ocultarle el peligro. Italia le teme, pero la presencia de sus ejércitos es sentida como un peso odioso. Sus amigos y servidores, aquí, están cansados y desanimados. Los soldados que no reciben la paga se convierten en desertores, los comandantes amargados abandonan la vigilancia. Se lo imploro: mándenos dinero y tropas de refresco. El rey de Francia está en sus manos. Fuércele a una alianza...

»Su Imperial Majestad debe disculpar mi tono, pero es el deseo de servir a mi soberano el que me hace hablar de esta manera. Ahora se trata de ganarlo todo o de perderlo todo...».

Vittoria bajó la hoja, que rozó su vestido. Sin volver la vista, Pescara extendió la mano izquierda.

—¿La has leído?

—No envíes esta carta. Escribe otra en la que no menciones a Morone para nada...

—¿He de cometer una estupidez, peor aún, incurrir en una falta grave sólo porque mi proceder no se ajusta a la imagen del héroe noble sin miedo ni mancha que mi mujer desea ver en mí? —Pescara arrojó el papel en la mesa. Su puño se abría y cerraba crispadamente—. Este asunto no se puede resolver sin engaño. Ahora el caso es: ¿qué engaño es el menos infame? Escúchame bien: no pretendo ser mejor de lo que soy. —Leyó con gran énfasis—: «... porque sé bien que, sea como sea, cometo traición, aunque lo hago para no pecar contra Su Majestad Imperial, a la que por mi juramento estoy obligado a servir». ¿Qué me dices a esto?

Vittoria no contestó. Pescara oyó detrás de él el frufrú de las faldas al caminar ella hacia la puerta.

—Si no quieres ser reina de Nápoles, ni tampoco la cónyuge del sumo estratega del emperador, el vencedor de Italia... ¿qué quieres ser entonces, en nombre de Dios?

—La mujer de Ferrante de Ávalos, al que quiero y respeto.

Cuando Pescara, encogiéndose de hombros con impaciencia, volvió la vista, Vittoria Colonna ya había cerrado la puerta detrás de ella.

En los días que siguieron, Pescara la evitó. Ella no hizo ningún esfuerzo para hablar con él. Pasaba las horas en el patio, cerca de la fuente, allí donde el agua despertaba la ilusión de ráfagas frescas. A veces, Varano y *madonna* Catalina le hacían compañía; pero sabía mantenerse sola con cualquier pretexto. Desde que en cierta ocasión, en un arrebato de desesperación, se puso al descubierto ya nunca se libró de la sensación de que sus amigos, Catalina sobre todo, la observaban con cautela. No le imponían su presencia ni le ofrecían ayuda o consejo que no hubiera solicitado, pero su vigilancia era evidente. Aquella atención que Vittoria sentía como consoladora y reconfortante antes de la vuelta de Pescara, ahora la angustiaba, la llenaba de un vago sentimiento de culpabilidad. Sus pensamientos se desviaban de la lectura conjunta de las epístolas de san Pablo, y se retiraba, cansada e intranquila, durante las disertaciones que seguían. La oculta, pero a pesar de ello clara antipatía que la pareja sentía hacia Pescara (que nunca había resultado molesta durante sus años de ausencia), ahora generó desavenencias. La bondadosa indiferencia de Varano se le antojaba una máscara, detrás de la cual la espiaban secretamente; en todo lo que decía Catalina creía apreciar un fondo de impaciencia.

—El que tiene ojos para ver y oídos para oír pero, sin embargo, no toma partido ni se esfuerza al máximo para defender la verdad de Dios en este miserable mundo, es más despreciable y más peligroso que el peor pecador. Mantenerse al margen cuando está en juego la vida y la muerte de nuestra alma es del todo intolerable. Ocuparse de los problemas del propio yo —la felicidad o la adversidad, el placer o el divertimento: mera vanidad y fugacidad—, mientras el mundo parece porque ya nadie comprende lo que significa la muerte de Cristo en la cruz a causa de nuestros pecados... es temerario, irresponsable, un crimen contra Dios y la humanidad. Sobre los mejores entre nosotros pesa la obligación de hacer el mayor sacrificio. Si tuviera yo el don de la palabra como fray Mateo, gritaría la verdad en las plazas de Roma...

—La semilla está sembrada y ya no tardará en germinar —dijo Varano—. Créeme, hemos hecho cuanto podíamos; no tiene sentido querer acelerar el curso de las cosas. La mentalidad a la que nos oponemos se está descomponiendo; ¿dónde se percibe con mayor nitidez que justamente aquí, en Roma?

Supongo que las palabras de Varano y Catalina están destinadas a mí, pues tengo oídos para oír y ojos para ver, pero me mantengo al margen. Fui llamada y, sin embargo, no cumplo con mi deber. Quiero creer que la gracia de Dios es el supremo bien, pero amo a Ferrante más que a Dios. ¿Y qué? Por primera vez les he contradicho. Varano utiliza el nombre de Dios en interés propio. En otras circunstancias, Catalina habría puesto su ímpetu al servicio de otras convicciones. No son profetas ni ángeles predicadores. Lo que profesan no tiene por qué satisfacerme a mí. Cada cual posee un cielo propio y un infierno propio; cada cual emprende un camino personal y solitario hacia Dios. Esta convicción me asalta con violencia y tengo la sensación de ser arrancada del suelo familiar. Comoquiera que les vayan las cosas a Varano y Catalina, conmigo ya han cumplido su misión. Lo que no podían despertar en mí con explicaciones e incitaciones, madura ahora que me apercibo de las diferencias entre ellos y yo. Ni siquiera he intentado contarles lo que ha cambiado dentro de mí. Se comportan como esperaba que hicieran: se mantienen a distancia.

El distanciamiento entre yo y esos dos que fueron mis amigos y confidentes me parece irremediable, ahora que me doy cuenta de que tengo que seguir mi propio camino sola. Aquí, en el patio, encerrada por los muros del palacio Colonna, tengo como nunca la sensación de estar completamente sola. Desde aquí puedo ver el ala donde vive mi hermano Ascanio, del que me he distanciado desde hace mucho tiempo. Es un hombre que hace intentos crispados por

desempeñar un papel de relevancia en la política, que está apesadumbrado por la idea de poseer menos poder y menos dinero de lo que estima que le corresponde por derecho, que atormenta a su mujer y realiza pruebas clandestinas de alquimia con la esperanza de poder fabricar oro. Sólo por ambición quiere tenernos a Ferrara y a mí bajo su techo, aunque nos odie.

Al otro lado, están los apartamentos donde Ferrante tiene su residencia. Cercano e inalcanzable. Detrás de esas persianas cerradas, espera nuevas noticias de Morone o una contestación del emperador. El ayudante y el médico de cámara me cuentan cómo pasa su tiempo: se queda en su habitación, le oyen ir de un lado para otro durante mucho tiempo. Come poco y por la noche no puede dormir. Ha tenido otro vómito de sangre. No se permite a nadie la entrada para visitarle. Han recibido la orden de decir que el *marchese* está trabajando.

Tengo que tomar fuerzas para desterrar de mí todo lo que no tenga como fin servir a su interés. Su interés quiere decir lo que le permita ser íntegramente él mismo, seguir fiel a su propia ley interior. Su interés quiere decir que se cure de la enfermedad que le destroza física y psíquicamente. Para ayudarle no debo exigirle ni esperar nada a cambio. Le he tocado, he osado hablarle de amor. Le tomé toda la mano cuando sólo me ofreció un dedo; la consecuencia podía haberla previsto: me rechaza, desconfía de mí. Ahora sé que durante años me he engañado a mí misma, aunque pensaba que lo había superado para siempre. Creía que había desistido de Ferrante completamente, pero no es verdad: mi deseo es tan fuerte como antes, quizá más fuerte aún. El dolor que sufro me hace comprender cuánto esperaba todavía de él. Lo que he de hacer ahora, lo que tengo que hacer por su bien y también para emprender el camino hacia la redención final, es olvidarme de mí, de mi deseo y mi dolor. Sólo me permitirá acercarme a él cuando sienta que no quiero nada de él, nunca más. Ayúdame, Dios; queda tan poco tiempo.

Cuando Pescara solicitó una entrevista con ella, la abandonó el valor que había conquistado a duras penas durante los días y las noches anteriores. Pudo comprobar que él había recobrado el control sobre sí mismo, y que había determinado irrevocablemente su posición.

—Lamento que me hayas visto desconcertado. Aquello ha pasado. Nunca más hablaremos de ello. Ayer tuve otra entrevista con maese Morone.

Su mirada de sorpresa le hizo sonreír por un momento.

—Según se acordó, vino solo y entró por una puerta lateral. Me comunicó el resultado de la investigación jurídica que le pedí. Como era de esperar, todo estaba en orden. Es irrefutable. Los mejores cerebros de Roma me aseguran por escrito que puedo aceptar la corona de Nápoles sin inconveniente. ¿Te interesa?

Desplegó los documentos y los acercó a ella, que no extendió la mano.

—Bueno. Tampoco importa mucho. Te pongo al corriente porque siento que es mi deber, ya que una vez te hice mi confidente. Angelo de Cesis y el cardenal Accolti demuestran que Nápoles en realidad todavía es un feudo pontificio, a pesar de tres siglos de dominio extraño. Me demuestran, mediante cálculos, que puedo prescindir de mis posesiones en España sin pérdida ninguna. Así esto ya está. Por lo demás, Morone me ha dado garantías escritas de las sumas de dinero prometidas. Puedo disponer hoy mismo de una gran cantidad. En relación con una y otra cosa, es importante que vuelva lo antes posible a Novara. He dado orden de prepararlo todo para mi partida.

Vittoria miró las baldosas esmaltadas que se extendían bajo sus pies. Sobre un fondo granate, caracoleaba un dibujo de arabescos entretejidos, serpientes y pámpanos. Vistos desde la distancia, esos motivos de flores y hojas, esas formas sinuosas de reptiles parecían cuerpos humanos envueltos en un abrazo caótico. Pensó: va a unirse con ella para recuperar la paz, para poder hacer tranquilamente cuánto desee.

Pescara reía en voz baja.

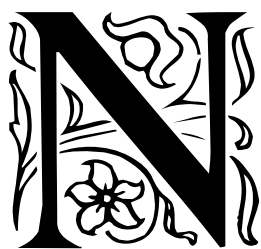
—Por supuesto, cuánto escribí al emperador sigue siendo mi pauta de conducta. Pobre Vittoria. ¿Mi juego diplomático te sobrepasa? No pienses más en ello. Nunca debí haberte importunado con cuestiones sobre las cuales una mujer no puede juzgar.

Tosió y escupió en su pañuelo. Cuando se repuso, descubrió su mirada fija en él.

—Supongo que sabes cómo están las cosas con respecto a mi salud. Eres una de las tres o cuatro personas que lo saben. No comentes nada. Para mí es de suma importancia que nadie lo sepa. No sé cuánto tiempo duraré. Te doy mi palabra de honor de que te haré llamar en cuanto llegue el momento. Entonces, ven... a Novara, o adonde me encuentre en aquel momento.

Pescara apreció que su mujer le ahorrara lágrimas y alusiones a circunstancias personales en el breve adiós que se dispensaron. Temía una escena emocional que consideraba inevitable porque estaba convencido de que, a partir de entonces, nunca más se hablarían a solas. Inmóvil, callada, ella recibió su beso en la mejilla y en la mano. Cuando había dejado Roma tras él, surgió en Pescara la sospecha de que sólo en el último instante ella había comprendido que él se estaba muriendo de verdad.

**XIII**  
**GIOVANNI BORGIA**



o habría sabido lo que sé ahora, si hubiera accedido a ese primer impulso y me hubiera marchado de la casa de maese Pietro cuando sacó a relucir su versión del secreto de mi nacimiento. Pero entonces ya había bebido bastante. Sus revelaciones me inquietaron tanto, que tardé en comprender el alcance de lo que me había dicho sobre Morone y el marqués de Pescara.

Luego le acompañé a casa de Tulia de Aragón. Tenía pocas ganas de quedarme solo con mis pensamientos. En la casa del Campo Marzio había tantos invitados que no pude intercambiar más que un saludo con la cortesana. Vi que tenía los ojos verdes y el pelo teñido. Se movía con unos movimientos tan exageradamente graciosos de cadera y busto, que parecía que tomaba a guasa la estudiada seducción de sus hermanas del gremio. Aun así, la expresión de su cara permanecía rígida y ofendida, y no se molestaba en ser amable. Pensándolo mejor, tenía pocas ganas de unirme al ruidoso grupo que se apiñaba alrededor de ella como una guardia personal. Bebían vino en los zapatos de ella mientras discutían cuestiones filosóficas y literarias. Maese Pietro, aún más hablador de lo normal debido a la embriaguez, se había subido a un taburete y gritaba sobre las cabezas de los invitados:

—¡Literatura, tu tía! ¡La literatura en Italia está muerta, y bien muerta! ¡Es un plagio de la gloria clásica: remedos de Virgilio, Plauto y Terencio, plagios de Boccaccio y Petrarca; todo es imitación! ¡Incluso la lengua con sus formas fosilizadas y maneras afectadas está más que muerta, señores!

Después empezó a contar una de sus anécdotas preferidas: cómo una vez, una ilustre dama le había invitado a pasar la noche con ella. Apenas entró en su dormitorio, el esposo volvió inesperadamente de un viaje. Maese Pietro, aún totalmente vestido, se preparó para una enconada pelea, pero el señor de la casa le saludó cortésmente y le dijo: «Pero desvístase y póngase cómodo; buenas noches a los dos», y salió de la habitación con discreción.

Tras relatar aquella historia, maese Pietro se quedó hablando al aire algún tiempo más, hipando y gesticulando en su escabel, mientras la mujer obesa, la madre de Tulia, le llenaba de vez en cuando el vaso. No menos necios me parecían quienes, con rostro acalorado, gritaban sobre Petrarca y los secretos de la poesía, formando una academia literaria vista a través de un espejo burlesco. Me sentía cada vez más sereno, mientras seguía cascando nueces junto al armario repleto de platos y jarras. Cada vez que por un instante se abría un hueco entre los agitados habladores, veía cómo Tulia mantenía la mirada fija en mí.

Probablemente hubiera pasado allí media noche, apoyado en la pared y contando las figuras del empapelado dorado y los hilos de los tapices, si no se hubiera producido una riña entre los visitantes de Tulia. Si se hubiera tratado de una escaramuza de unos señores entre ellos, me hubiera ceñido a mi papel de espectador. Pero algo en la postura de aquel español que, espada en mano, se disponía a defenderse solo contra todos, se correspondía con la sensación que durante toda la

noche había tenido yo que reprimir. Saqué mi puñal y le socorrí. Cuando la madre de Tulia nos imploró que respetáramos las estatuas, muebles y demás ornamentaciones, nos dirigimos a la *piazza* formando un enjambre enredado. El español luchó siseando y blasfemando, incitando e increpándose continuamente a sí mismo. Al final, sólo teníamos tres o cuatro contrincantes, mientras los demás miraban, con sus mozos de caballería y sus portadores de antorchas. Maese Pietro estaba tendido en el suelo, rimando a placer en voz alta unos versos sobre la lucha de los titanes en el campo de Marte. Cuando se hubo derramado algo de sangre —no hubo nadie que no recibiera algún rasguño o corte—, los que nos daban combate dijeron que ya era suficiente. El español no podía detenerse y seguía exigiendo satisfacción, pero los señores mandaron traer sus caballos y partieron. Finalmente, cuando comprendió que no quedaba nadie contra quien luchar, el español escupió en el suelo para hacer patente su desprecio, me abrazó, me agradeció el apoyo que le había prestado, y desapareció cojeando en la oscuridad con su séquito, y con el brazo herido envuelto en su capa.

Aquella escaramuza me había devuelto parte de mi confianza en mí mismo. Dejé a maese Pietro, que todavía mantenía discursos con las estrellas, al cuidado de sus criados. De vuelta a mi estancia nocturna, me pregunté por qué razón seguía en Roma. También surgió en mí aquella noche la idea de dejar la ciudad donde se sabían tantas cosas acerca de mi procedencia que podían dañarme. No soy cortesano y no quiero ser escribano. Nunca estaré a gusto entre los parásitos y sicofantes del Vaticano, entre los holgazanes de moda, los visitantes de bodegas y burdeles de Roma. Mientras aguardaba el alba en mi cama, pensaba en la posibilidad de ofrecer, al buen tuntún, mis servicios a un ejército, como el del marqués de Pescara o el de Giovanni de Médicis, que tiene el mando sobre una famosa tropa de mercenarios. Lo que finalmente me impidió dejar Roma en el acto fue la consideración de que, sin la intercesión de un hombre influyente, debería contentarme siempre y en todas partes con un lugar entre los rangos más bajos.

Una nimiedad, una casualidad puede cambiar la forma de percibir las circunstancias de la propia vida. Un acontecimiento, en el fondo tan poco importante como esa pelea me ha hecho darme cuenta de que, aquí en Roma, he entrado en un callejón sin salida. En virtud de mi ascendencia y naturaleza, no pertenezco a un ambiente en el que únicamente se tiene éxito si puedes depositar tu confianza en el baluarte de nombre, fortuna y protección, o cuando dispones de talento o paciencia para tejer ingeniosas intrigas. Estoy en mi lugar, en un mundo donde las cosas no tienen principio ni fin, donde se ha de aprovechar el ahora inmediatamente, donde una acción reemplaza las cartas de nobleza y los monederos, donde un hombre debe probar al instante con su proceder quién y qué es. Este es el mundo de un soldado de campo. El ayer ya no cuenta, el mañana todavía es incierto. Yo, que no tengo ni pasado ni futuro en el sentido habitual de estas palabras, no me sentí en ninguna parte tan completo, tan libre, como cuando combatí en Navarra y el Delfinado y luego en Lombardía y ante Pavía. Si no llevara conmigo esa maldita inquietud, esa sensación

de que sólo puedo justificar mi existencia mediante logros espectaculares, viviría incluso contento como mercenario, sin más posesiones que mis armas y mi soldada, sintiéndome uno del montón, siempre subordinado a las órdenes de otro. Pero un miedo secreto me obliga a probarme a mí mismo sin cesar que sí soy alguien. Como soldado, viví en armonía con mi entorno. Mi existencia tomaba significado de la realidad palpable de la que formaba parte mediante la acción. Aquí, en Roma, ni siquiera me han dado la oportunidad de hacer algo. Escribir pensamientos y recuerdos mientras realizaba mi trabajo estúpido de escribano era una ocupación que me daba, al menos a veces, la sensación de que hacía alguna cosa. El nombramiento en el séquito de Morone me pareció un preludio a la acción. Si las noticias de maese Pietro contienen un ápice de verdad, he ido a parar a un nudo gordiano de intrigas. Para una persona hábil en este campo, es una oportunidad entre mil. Pero no poseo esa habilidad.

César y Lucrecia. Una posibilidad que me parece más plausible, conforme más pienso en ello. Pero no quiero especular basándome sólo en plausibilidades; quiero una *prueba*. Después, nada de torturas ni inseguridades. César, mi padre a pesar de todo; así se explicaría mi sentimiento ambiguo hacia Lucrecia. Aceptaré esa idea: ser un Borgia, nacido de un Borgia y una Borgia que tuvieron por padre al mismo Borgia; lo sabré sobrellevar sin esperanza, pero también sin miedo. Por lo menos, podré enfocar mi vida desde otro punto de vista.

Una vez llegado a esta conclusión acerca de mí mismo, decidí ir a ver de nuevo a maese Pietro. El hombre en cuya casa entré sin anunciarme, resultó ser el mismo fanfarrón vestido de azul pavonado que suele deambular por el Vaticano. El desorden de su casa era aún mayor que la primera vez que estuve allí. Me explicó que había sorprendido a sus criados robando y los había echado. Entre las jarras y vasos, prendas de vestir y toda clase de trastos, estaba él, vestido sólo con un camisón y un pantalón, escribiendo debajo de la ventana. Creo que, al principio, no le gustó que le viese así; luego diría que, por el contrario, se complacía en exagerar el descuido de su aspecto y su entorno. Rompió en pedazos algunas botellas vacías y tiró montones de libros y papeles de una silla al suelo, de modo que nubes de polvo nos quitaron el aliento. Seguía andando de un lado para otro, en chinelas de caña, con el camisón muy abierto, frotando su moreno pecho peludo, hasta que la colección de amuletos y medallas de santos que colgaban de su cuello tintinearón como un carillón. Por supuesto, no me dejó decir ni una palabra. Empezó a leerme una carta insultante que había escrito al marqués de Mantua, en la que amenazaba con una campaña de difamación si no le mandaba en seguida ciertos géneros.

—Me hace falta ropa nueva —dijo, después de pronunciar una larga lista de insinuaciones y amenazas—. Allí, en Mantua, son bastante descuidados a la hora de pagar los servicios rendidos. Afortunadamente, su excelencia da mucha importancia a

su reputación en Roma y de cuando en cuando me tomo la libertad de recordárselo. Apuesto a que esta vez me proporcionará unas birretas y tela para una capa.

Después, maese Pietro recogió los papeles que estaban esparcidos debajo de la mesa y la cama. Me los puso en la mano con el ruego de leer su *Cortigiana* en voz alta, mientras él cambiaba de ropa. Se impacientó cuando quedó patente que yo tenía problemas para descifrar su letra negra y borrosa. Me dijo de memoria lo que ponía, se enardecía paulatinamente e interpretó finalmente el texto entero con la mímica y flexiones de voz distintas, como un actor consumado. Cuando terminó, quiso saber en seguida mi opinión. Jadeando y sudoroso, estaba inclinado hacia mí, lleno de esperanza, con los ojos muy abiertos y resplandecientes de fervor.

—Bien, di algo. Nunca antes habías oído algo parecido, ¿no? Algo totalmente distinto, totalmente nuevo. ¡Seres de carne y hueso, un diálogo lleno de vida, un pedazo de realidad, maese, y asimismo un símbolo, una sátira!

Contesté que me había divertido mucho, pero que la acción me parecía bastante floja y confusa, y, el sujeto de la obra, no extremadamente importante. Fulanas, lacayos, ladrones, fracasados, descarados y tímidos provincianos buscadores de fortuna, taberneros y timadores eran sólo aptos para papeles secundarios. ¿Qué sentido tenía, por otro lado, poner en escena extensamente las conversaciones, los jaleos y las granujadas de los canallas de Roma? Prefiero la obra en la que se ha de resolver un misterio, o que difunde un buen ejemplo, donde los elementos del juego se han quedado fuera de la realidad por una estilización rigurosa. Tanto los héroes como los bufones están lo bastante alejados de la realidad cotidiana como para ser tolerados sobre un tablado. El que se interesa por los actos y los pensamientos de los personajes que maese Pietro eleva a protagonistas de una representación de comedia, obtendrá más placer en la calle, en una posada o en un burdel.

Maese Pietro estalló antes de que yo terminara de hablar. La habitación pareció demasiado pequeña para tanto sonido y movimiento.

—¡Basta ya de anticuadas mascaradas! ¿Por qué sólo se quiere aceptar la verdad cuando la recitan en verso reyes o santos, o dioses y semidioses, o pastores y sátiros? ¡Los héroes y los bufones existen, maese, pero hay un número infinitamente mayor de gente corriente, que mienten, roban, sufren y ríen, que se toman el pelo entre sí y lloran y se prostituyen, como esas criaturas mías a las que tú llamas los canallas de Roma!

Con lágrimas en los ojos, imploró que me convenciera de que las tragedias y las farsas, como las que a la sazón estaban en boga, ya no se llevaban.

—Toda la literatura es un cadáver hábilmente embalsamado, pintado y ataviado, maese: puras formas y reglas sin vida. ¿Tenemos que continuar adorando a una momia? La mitología y la historia no tienen nada que enseñarnos, todo está en nuestro alrededor, en la naturaleza, en la realidad cotidiana. ¿Echáis en falta acción en mi *Cortigiana*? Maese, ¡pero si bulle de vida, lo cual es mejor que la pura acción! No he escrito una tontería para que el público se parta de risa, sino para enrojecer de

vergüenza y de sentimiento de culpabilidad al buen entendedor. Toma y lee, ¿acaso se te ha escapado este pasaje?

Era evidente que maese Pietro se sentía insultado. Su excitación contenía un fondo de ira. Se plantó delante de mí y repitió, con gestos obscenos y articulando cuidadosamente cada palabra con sus labios anchos, húmedos y móviles, una parte del texto que, si lo recuerdo bien, venía a decir lo siguiente: la guerra, la peste, el hambre y las predicciones de desastres que conducen a la humanidad a perseguir el placer, han convertido el mundo entero en un gran prostíbulo, donde padres e hijos, hermanos y hermanas, sin remordimiento, sin arrepentimiento o sin vergüenza, los unos con los otros... Bueno, no le di la ocasión de extenderse mucho más. Era obvio que quería hacerme pagar caras mis críticas. Esta vez me hacía el juego, dado que yo mismo tenía la intención de abordar ese tema. Le pedí que me suministrase las pruebas prometidas de lo que él había osado insinuar en esta conversación y en la anterior. Juntó las manos de golpe y torció los ojos de tal manera que se le pusieron en blanco.

¡Ah, ah, pedía algo imposible! No sería tan fácil de averiguar. Ahora, haciendo memoria, también recordaba otras cosas... Lucrecia tenía tres hermanos, ¿por qué iba a haber preferido, en cierto sentido, a uno de ellos? ¿Acaso no sabía cómo, en su tiempo, habían intentado explicar la muerte misteriosa del hijo mayor del papa Alejandro, el duque de Gandía? César habría quitado de en medio a su hermano, porque él también gozaba de los favores de Lucrecia. Y en lo que al tercero, Jofré, se refiere...

Cuando, con un gran gesto y una mirada astuta y observadora, llena de clandestina diversión, me ofreció recopilar para mí todos los epigramas, libelos, cartas e informes que todavía pudiera encontrar de los cortesanos de aquel tiempo, etcétera, meforcé a mí mismo a declinar su propuesta de la forma más serena posible, como si hubiéramos estado hablando de cosas intrascendentes.

Desde aquel encuentro, se está librando un duelo secreto entre nosotros. Mi voluntad de no exponer mi inseguridad más profunda se enfrenta con su voluntad de conocerme a fondo y hacerme bailar al son que él toca mediante ese conocimiento. Ha faltado poco para que lograra su objetivo. Ha descubierto dónde me aprieta el zapato, pero —presumiblemente porque él no tiene, de por sí, mucho valor, como la mayoría de los fanfarrones y parlanchines— me ha tomado por un cobarde. Si a uno le ocultan ciertos pensamientos año tras año, no será por miedo que pronto pierda el control de sí mismo. Podría convertirme en espía al servicio de Pescara y Morone por ambición, pero nunca por miedo a maese Pietro. Conoce la naturaleza humana, pero esto quizá se le ha escapado. Quedó sensiblemente desconcertado cuando me mostré sereno tras su alusión a un improbable cuádruple incesto.

Al contrario, estoy dispuesto a contrastar también esa noticia con lo que he oído y visto en el curso de los años. Tampoco entonces mostré asombro alguno. Aquí cobraban sentido ciertas observaciones de Sancha, que aún podía recordar, así como sus insultos y burlas contra el siempre perplejo Jofré. Una vez, en Nápoles, se quejó de su comportamiento licencioso, en presencia de Rodrigo y mía. Imitando una cornamenta con los dedos extendidos sobre la frente, se burlaba de él:

—Vete con tu hermana, reúnete con tu querida Lucrecia, que te consolará y amparará como antes.

Sancha le gritó que debía dar gracias a Dios de que ella no le reprochase nada, de que no se fuera de la lengua con todo lo que sabía sobre él. Escupió a Rodrigo y a mí cuando pasó ante nosotros envuelta en un remolino de faldas negras. También recordé las extrañas lamentaciones de Vannozza, o ciertos momentos con Lucrecia en Ferrara, cuando supuse que, tras la fachada de dominio sobre sí misma, yacía un mundo oculto lleno de hedor y oscuridad.

Diez, veinte veces maese Pietro aventuró, ante un vaso de vino y un juego de cartas, lo lejos que podríamos llegar si trabajábamos juntos. Con la regularidad de un reloj salen a relucir después nuevas atrocidades y desenfrenos de los Borgia. Una y otra vez creía que podía vencerme estimulando mis temores; trazaba una estrecha relación entre tener poder y la facultad de inspirar miedo. No conocía lo que me da miedo: un hombre como él sólo entiende razones tangibles para explicar el miedo o la inquietud.

Así librábamos de continuo un simulacro de combate, interrumpido por la lectura de alguna de sus comedias, o por paseos por las calles de Roma, donde conocía a cada prestamista, joyero, vendedor de pescado y fruta, pregonero, patrón de taberna y patrona de burdel.

Le había dicho que no me atraía la idea de tener que esperar el último, en una larga cola, para gozar de los favores de Tulia. Cuando contestó que era un problema de difícil solución si no disponía de mucho dinero, consideré terminado ese asunto.

Probablemente notó que, a pesar de todo, lamentaba no poder acercarme a aquella mujer. Una tarde apareció diciendo que me esperaban; guiñaba el ojo y contaba muchas ocurrencias para ir preparando el terreno. Me encontraba en una posición privilegiada, pues era ella misma quien quería verme.

Así que fui con él a la casa del Campo Marzio. La encontré más atractiva que la vez anterior; no estaba ataviada y pintada, sino que llevaba un camisón y una falda como las campesinas, y tenía el pelo suelto. Ni ella, ni su madre, me trataron como a un invitado bienvenido, lo que me hizo dudar de la fiabilidad del mensaje de maese Pietro. La madre se mostraba hostil; Tulia me miraba en silencio. Cuando se movía, era para arreglarse el pelo recién lavado, todavía desmandado. Una carga dorada chispeante. Nunca supuse que el pelo femenino pudiera ser tan denso, tan largo; así imagino también los mechones legendarios de Lucrecia. Cuando Tulia percibió que continuamente miraba su pelo, empezó a trenzarlo y recogerlo; luego, ató una cinta

alrededor. Me excitaba que ella me forzase a pensar en Lucrecia y en su tendencia al sigilo. Entonces sentí que me daba igual ser bienvenido o no. No tenía más que un deseo: inducirla a deshacer aquellas trenzas.

Cuando, finalmente, conseguí que lo hiciera (horas más tarde, porque resultó que hacía falta toda la habilidad de maese Pietro para que la madre se reconciliara con mi visita), había adquirido dos experiencias: primero, que sus caricias eran sinceras; y segundo, que tocar aquel flujo de pelo cálido y ligeramente oloroso, me embujaba de tal manera que no era capaz de contestar a sus caricias como era debido. No dijo ni una palabra sobre mi fracaso. Estaba recostada, quieta, a mi lado, apoyándose en el codo. Su mirada no se apartaba de mi cara. Dado que no sabía cómo explicar ese silencio y esa mirada, le aseguré que no tenía por qué reprocharse nada. Agitó la cabeza con un gesto orgulloso e impaciente. Así nos quedamos a reposar allí, en aquella habitación sumida en penumbra, como dos estatuas de un panteón. Con otra mujer, semejante reunión me habría parecido inaguantable, por vergüenza e irritación. Tulia me dio tiempo, cortés y sensatamente, para recomponerme. Hizo traer fruta, vino y otros refrescos; echó a la vieja que se quedaba remoloneando curiosa en el umbral, y me sirvió de su propia mano. No hacía preguntas, sino que me contó historias sobre ella misma. Era la hija bastarda de un primo de Isabel de Aragón. Esa raza se mantiene fiel a sí misma. La actitud y las manos de Tulia, su aversión a la risa y el bullicio se explicaban así. Cantó y recitó versos compuestos por ella misma, con bastante más inspiración que la primera vez que la escuché en la noche de la recepción. Hizo que su mono nos enseñara unos trucos. Luego, me permitió quedarme con ella mientras la vestían y la peinaban. La vi transformarse, en el curso de una hora, de un ser humano en un ídolo. Un brocado crujiente abultado en las caderas y los brazos. Los pechos empujados hacia arriba en un ajustado corsé. El pelo, dividido en mechones y entretejido con toda clase de atavíos, perdió su encanto desconcertante. Sobre la propia cara seria, pintaba una máscara de cortesana rígida y calculadora.

En la despedida, le di la hebilla de joyas de mi sombrero, uno de los pocos objetos de valor que me conservaba de mi pasado. Me pidió que volviese, que volviese a menudo.



Ciertamente, no es culpa suya que conserve un recuerdo desagradable de las horas que pasé con ella; ojalá su pelo no fuese de oro rojizo, ni olier a jazmín. Cada vez

que me volvía su espalda y veía ondular esa corriente ancha y resplandeciente sobre sus hombros y hasta abajo de su cintura, me sobrevinía un sentimiento de confusión indescriptible. Maldigo a todos los Borgia.

Un mensaje escrito de Tulia: ¿Acaso el recelo me impide visitarla? Jura no hacer nunca partícipe a un tercero (esto está subrayado) de lo que yo le pueda confiar mientras estemos juntos. Me suplica que vaya, por ella, y que no diga nada de esa visita, ni de la carta, a maese Pietro. «Iré».



Maese Morone ha regresado de repente a Milán. También el marqués de Pescara se ha marchado silenciosamente. Es para darse contra una pared: me llamaron ante Berni para recibir una segunda y última bolsa de ducados, al mismo tiempo que el agradecimiento por los servicios prestados. No fui más que un figurante en un juego que sólo ahora creo conocer, basándome en las noticias de maese Pietro y por lo que Tulia me susurró al oído durante nuestras horas de siesta. He dejado escapar la oportunidad de ser algo más que eso, porque no advertí a tiempo de qué se trataba. Consideré ya como un progreso que pudiera ir a caballo detrás de un hombre importante, comparado con el puesto de escribiente en la cancillería. ¿Me eligieron tal vez porque no sospechaba nada? ¿O me atribuyeron un papel de traidor, y en el caso de que así fuese, quién? Tulia me confesó que maese Pietro quería que ella me tirase de la lengua. Eso demuestra que me tomó, desde hacía mucho tiempo, por un iniciado.



Maese Pietro se halla gravemente herido en su casa del Borgo. Parece estar inconsciente. Los médicos que le atienden y los guardias armados que custodian su

puerta no dejan entrar a nadie. Le atacaron unos desconocidos por la noche, en plena calle. Por la ciudad corre el rumor de que el atentado se cometió por orden del datario Giberti. Aquí, en el Vaticano, sólo se atreven a encogerse de hombros con cara de circunstancias. Entretanto, todo el mundo sabe que los cardenales pro españoles acudieron al lecho del enfermo maese Pietro, y que, por orden de *monsignore* Schomberg, un considerable número de sospechosos fue encarcelado... aunque el pontífice se opuso. No es difícil adivinar el trasfondo de toda esta historia.

Por fin he conseguido entrar en casa de maese Pietro. Ya no hay peligro de muerte. Siete puñaladas le han eliminado temporalmente, pero no le han hecho callar en absoluto. Estaba en la sombra de las cortinas de la cama, apoyado en un montón de almohadas, con vendajes alrededor de la cabeza, el pecho y un brazo. Su rostro tenía un color pardo. Su barba, que había perdido el rizo, colgaba en tiras negras desiguales sobre su camisón, lleno de manchas de sangre secas.

Parecía contento cuando me ha visto, y me ha invitado a sentarme al pie de la cama, al borde. Con los ojos brillantes por la fiebre y la excitación, me miraba al mismo tiempo descarado y dócil.

—¡Hala, mira, también ha venido maese Giovanni! Como ves, estoy vivo todavía. Esta vez se han esforzado mucho en dejarme tieso. ¡Qué desilusión para Giberti y Berni, el fracaso! Más, mucho más que una desilusión: espero que les cause problemas. *Monsignore* Schomberg, el arzobispo de Capua, me ha prometido que no descansará hasta que se haya castigado a los autores. Si hubieses estado aquí hace tan sólo media hora... El asesino se hallaba sentado en mi cama, allí donde tú estás ahora, interesándose por mi estado. Ya dije, cuando recobré el conocimiento después del atentado, que le tenían que prender a él, pues le reconocí muy bien, aunque el callejón donde me asaltaron era oscuro. Pero, ¿cómo estás? La cárcel está llena de tipos que no saben nada, y Della Volta se va libremente a hacer una visita a la víctima. Y, encima, tengo ahí fuera un guardia para protegerme. Adivina, adivinanza, ¿cómo es posible?

Le pregunté cuál podía haber sido, según él, el motivo del atentado. Quiso encogerse de hombros, pero se dio cuenta demasiado tarde de qué ahora no podía hacerlo, e hizo una mueca de dolor.

—Calma, maese —dije—; ¿ha informado tal vez al partido hispanófilo de ciertos hechos relacionados con Girolamo Morone y el marqués de Pescara?

—¿Cómo puedes pensar algo semejante de mí, maese Giovanni? Las cosas son completamente distintas. No se trata de política, Dios me libre. Estoy enamorado de la criada de cocina de Giberti, y él no me la quiere dar —guiñó el ojo y se echó a reír—. ¿Crees de verdad que Giberti reconocerá públicamente que se halla implicado en una conspiración en contra del emperador? ¿Sobre todo ahora que resulta que esa conspiración ha fracasado? Escucha y saca provecho de lo que te digo. ¿Por qué

salieron Morone y Pescara de Roma? Sé de buena tinta que Morone no tiene todavía la promesa de Pescara por escrito, aunque por intervención suya se haya pagado ya al *marchese* una buena cantidad de ducados pontificios. Esos señores no están locos. La libertad de Italia o el poder del emperador son hermosas palabras, pero en la práctica no hay nada como la *propia* libertad y el *propio* poder. Atención, esos juegan un bonito juego. Morone tiene el dinero a su disposición y, Pescara, los ejércitos bien entrenados; ambos conocen todo lo que vale la pena saber sobre relaciones interiores y exteriores. Luego tanto el Papa como el emperador están en jaque mate, por lo que pronto tendremos en Italia dos monarcas: el rey Morone en Milán y el rey Pescara en Nápoles...

Me hizo gestos para que me acercase. Cuando me hube inclinado sobre él, mareado por el vaho cargado de sudor y pócimas, me tiró de la manga y susurró con rabia:

—Si no hubieras sido tan cabezota, maese, ahora quizá yo no estaría aquí. Ahora es demasiado tarde. Lástima, lástima. Ya no hay ningún secreto para vender porque, a estas alturas, todo el mundo lo sabe todo de esta cuestión, todo el mundo habla de ello, todo el mundo se esmera para dar señas más o menos claras al bando contrario, para sacar provecho según el resultado, *ad votum* como lo llaman. Podíamos haber sido los primeros, maese. No por nada dicen que al hierro caliente batir de repente. Con todo, esas vacilaciones tuyas casi me han costado la vida.

Le recordé que también sin mi colaboración sabía obtener sus noticias. ¿No esperaba saber de la boca de Tulia lo que yo callaba? Frunció las cejas fingiendo sorpresa, pero su mirada seguía siendo aguda y astuta.

—Ah, ah, ¿eso lo sabes también? Entonces es que aún está más enamorada de ti de lo que pensaba, maese. Tus dotes de amante deben ser extraordinarias. Al haberlo sospechado... Reconozco que quise aventajarte. Ahora, tú me aventajas a mí. ¿Por casualidad sabes más de ese atentado? ¿O esta vez he hecho mal todos los cálculos?

Le tranquilicé diciéndole que no tenía por qué medirme con el mismo rasero que a maese Della Volta.

—He venido por las pruebas que me prometiste una vez.

Por lo visto, en su posición horizontal forzada, no osó fanfarronear como de costumbre. Después de reflexionar un poco, recitó los nombres de portavoces del pasado: un enviado veneciano, un espía de Ferrara, un ayudante de cámara del maestro de ceremonias del papa Alejandro. La mayoría habían muerto o era imposible encontrarlos.

—Que el cielo me proteja: ¡qué empeño, maese, por algo tan poco importante como un par de padres! No sales de una col, no debes tu existencia a un milagro celestial. Vives, ¿qué más quieres? En todo caso, portas un gran nombre. En este aspecto, has salido mejor librado que yo, que, a falta patronímico, me tengo que llamar Arezzo como mi ciudad natal. ¿Me preocupa? ¿Soy menos por ello? Ya he llegado muy lejos, maese, y llegaré aún más lejos. Les demostraré que sin todo ese

jaleo un hombre puede ser el igual, qué digo, superior a reyes y emperadores. Con mi pluma dominaré el mundo. Fíjate en lo que te digo: me llamarán el flagelo de los monarcas. Pondrán tesoros a mis pies sólo para mantenerme como amigo. ¿Cómo lo consigo? Siendo un hombre libre, maese. Vivo mi vida. Diré lo que quiera mientras viva. No reconozco a nadie como amo. Y, en todo caso, no me verás nunca convertirme en el esclavo de quimeras. Tómame como ejemplo, manda a hacer puñetas tu pasado y cuida del futuro: entonces tendrás las manos muy ocupadas.

Me espiaba con los ojos entrecerrados. Me pregunto qué es lo que leyó en mi rostro. Estaba inspirado. Recostado en las almohadas, dibujando gestos en el aire con su mano sana, dio una nueva muestra de su elocuencia. Esta vez cambió de táctica y diseñó una imagen halagüeña del linaje de los Borgia, con la misma facilidad con que había hecho alusión a escándalos y atropellos en ocasiones anteriores. Personalidades inteligentes y fascinantes, esos Borgia, difamados por envidia y falta de comprensión, por un mundo que ya no sabe apreciar el afecto hacia los parientes próximos y el orgullo de familia.

—El papa Alejandro fue un diplomático de primer orden. Desde luego, le gustaban demasiado las mujeres bonitas, pero, qué quieres, él mismo fue una persona impresionante, según dicen, salvo en sus últimos años cuando engordó demasiado. Alto, moreno y fuerte, amabilísimo en compañía, un espléndido orador, un hombre también de mucho espíritu y tacto, era capaz de someterlo todo y a todos a su voluntad. Nunca debía haber sido Papa, eso es lo que pasa. Los problemas eclesiásticos no le interesaban para nada; apenas conocía la liturgia, y se olvidaba a cada momento del ceremonial. En los actos oficiales, sus prelados tenían las manos más que ocupadas intentando encubrir sus errores. En primer lugar, se sentía un monarca mundano, y era demasiado orgulloso o descuidado para guardar tan siquiera una apariencia de dignidad sacerdotal. Es muy de apreciar que no tuviera ganas de fingir en ese aspecto... Lucrecia —dijo— también tenía más inteligencia de lo que se afirma normalmente. ¿Acaso sabía yo que ella había actuado dos veces de vicaria, cuando su padre tuvo que marchar de viaje? En Espoleto había desempeñado, y cómo, la regencia durante unos meses. Su dignidad y sabio juicio fueron proverbiales desde entonces. Y en Ferrara la adoran desde su muerte como a una santa. Allí estableció un fondo para que las chicas pobres puedan obtener una dote, de modo que nadie tiene por qué desviarse del buen camino por necesidad... No hay nada como el matrimonio, eso es lo ella que dijo... Además, sabía bailar como un ángel, y tenía más gusto para vestirse que todas las demás mujeres de Italia juntas... Eso no se perdona fácilmente, maese... Damas prominentes, que tenían la competencia, han alimentado la mala reputación de *madonna* Lucrecia. A la vieja marquesa de Mantua, la madre de mi patrón, le he oído con mis propios oídos hacer observaciones viles sobre aquella difunta que ya no se puede defender. Es la hermana de Alfonso de Ferrara, como sabrás seguramente... Conozco a esa bruja despótica, que siempre quiso ser la primera, la más alta, la mejor, la más famosa, la más rica. *Prima donna*

*d'Italia*, ¡no me hagas reír! Patrocinadora de las artes y de las ciencias. A los artistas que no respondían a sus exigencias disparatadas los encerraba en una torre a pan y agua. Ella les dirá cómo hay que hacerlo. Sí, sí. Sus ideas ponen los pelos de punta a un verdadero artista. Si empezase a hablar de eso... ¿Pero, de qué estaba hablando? Ah, de los Borgia, ese esqueje español injertado en un tronco italiano... Peculiar linaje: el mundo no se cansará de ellos, créeme, maese...

Me describió a César como un hombre que despreciaba las costumbres cortesanas y la molicie. Silencioso, dado que aborrecía la palabrería superflua y prefería la soledad porque no podía aguantar a aduladores y rastreros. Era fuerte y hábil en la corrida de toros, y un cazador y jinete sin par. En la Romagna, la gente aún hablaba de cómo César entraba a menudo en algún pueblo por la noche, sin escolta, para luchar en la *piazza*, por puro placer, con los campesinos más fuertes.

—Cruel, frío, caprichoso: sí, eso también, claro, maese. Un verdadero español. Es que ellos son así. Bien lo sabe vuestra merced. El golfo más pobre se cree un hidalgo, pues tiene su orgullo, su honor. Allí, la espada y el puñal están siempre a punto de ser desenvainados. En seguida se ofenden y, entonces, luchan como diablos. Y más aún cuando, por su origen, pertenecen a las grandes familias. Por mi parte, creo que por eso los señores Borgia llegaron tan lejos aquí: porque eran extranjeros y no tenían obligaciones o riñas con los linajes italianos por lazos de sangre. Toda esa familia era una unidad cerrada. Probablemente, se sintieron siempre amenazados y odiados. Lucharon con todas sus fuerzas para mantenerse. Y, en lo que a ese incesto se refiere... —maese Pietro levantó la mano izquierda al cielo con los dedos muy extendidos en un gesto de duda—. ¿Acaso los presencié alguien, maese?

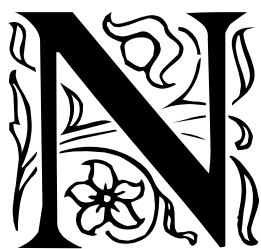
Nadie estuvo presente, nadie. Pero esa no era la esencia del problema. El juicio del mundo sólo tiene interés para mí como medio de verme a mí mismo. Me dejaría completamente frío lo que se pensara y dijera de mí, cuando el ser humano que soy formase una unidad entera, cuando en mí mismo poseyera una propia realidad. Este asunto envenena mi vida: saber a ciencia cierta qué no soy yo mismo. Los que me engendraron son más fuertes que yo. Por eso, y únicamente por eso, los quiero conocer. Quiero saber de qué eran culpables, porque su culpa pervive en mí. No obstante, el consejo de maese Pietro de cuidar de mi futuro tiene sentido. Si no fuese por las cavilaciones sobre mis orígenes, podía tal vez haber atraído —con su colaboración o sin ella— la atención de hombres con influencia. Pues ese ha de ser el primer paso. En cuanto tenga apoyo, podré reclutar seguidores. Quien puede contar con seguidores osa imponer exigencias. Sólo a ese nivel empieza el verdadero juego. Aún me queda un largo camino por recorrer.

Dicen que los partidarios del emperador están al corriente de lo que Morone pidió a Pescara. Pero Pescara ha prometido colaborar. Dicen que los partidarios del emperador también están al corriente de lo que Pescara ha prometido. Pero Pescara

está libre de culpa. Morone y los que le respaldan sabrían que los partidarios del emperador lo saben todo. Pero, a pesar de eso, apoyan a Pescara con dinero. ¿Quién es la víctima aquí? Que perdure esta insólita situación de confusión sólo puede significar una cosa: que cada uno de los dos bandos espera que su representante al final sepa aventajar al contrincante, a pesar de todo. Mientras tanto —según maese Pietro— Morone y Pescara estarían formando en secreto una nueva facción. ¿Por qué no? A menudo maese Pietro ha asombrado a Roma, cuando sus atrevidas predicciones se cumplían.

Aquí, en la corte y en la ciudad, se desarrolla una farsa necia. Nadie sabe nada pero todo el mundo cree saberlo todo. En realidad, no hay ningún mortal que conozca la verdadera historia.

**XIV**  
**NICCOLÒ MACHIAVELLI Y**  
**FRANCESCO**  
**GUICCIARDINI**



*iccolò Machiavelli a Francesco Guicciardini*

Desde San Casciano, preocupado. *Vir illustrissime*, mi saludo.

Tras todos los manejos y tejemanejes que han rodeado este asunto, y después de tus avisos y predicciones, apenas me ha sorprendido la noticia según la cual Pescara tendió una emboscada a Morone y lo capturó. Al contrario, ahora que sé que Pescara ha incorporado Milán al Imperio en nombre del emperador, y que se acusa a Sforza de felonía, comprendo que esta debió de ser su intención desde el principio. Pescara practicó este juego con Morone, con el pontífice y con Italia, únicamente para apoderarse de Milán y destronar a Sforza. Tú percibiste el peligro a tiempo, mientras yo estaba ciego. En Lombardía, los españoles causan estragos como si fueran verdaderos diablos.

Parece que nuevas tropas de lanceros alemanes cruzan continuamente los Alpes y que se incorporan a un ejército que se encuentra en los caminos del Norte. Fugitivos de Milán, Cremona y otras ciudades ofrecen unas descripciones tan horrendas, tanto de los españoles como de los alemanes, que aquí no hay ni un alma que no prefiera tener a Satanás como invitado antes que a esos tipos.

¿Por qué no toman medidas en Roma? Ahora todavía hay ocasión de actuar. Pescara yace enfermo en Novara, según se dice; Lannoy y Borbón están en España, por lo que en este momento deberíamos asaltar a sus tropas desordenadas y dispersas. Si al menos actuáramos en nombre de una idea común... Necesitamos un ejército y un comandante, así como todos los soldados que podamos reunir bajo un solo mando.

Por qué no Giovanni de Médicis. Un capitán de mercenarios siempre es mejor que ningún comandante. Todo el mundo considera al *signor* Giovanni como un guerrero valiente y hábil. No es un Pescara ni un César Borgia, ni mucho menos. Pero su pequeño ejército es veloz, valiente y disciplinado. No tenemos un hombre mejor que él. Debe asumir, pues, el mando sobre nuestras tropas reunidas. Con buenas instrucciones y el apoyo de la autoridad de Roma tras de sí, derrotará las tropas imperiales. El pontífice ha de implicarse, por poco que sea, en este plan, pues no en vano se trata de un Médicis. Tú puedes hacer ver a Su Santidad lo que una victoria de Giovanni significa para toda su familia. Simplemente, me es imposible callar, Francesco. Has conseguido que el pontífice se desentienda del plan para formar una milicia popular, con el que yo le había entusiasmado. Sé muy bien que lo hiciste porque lo creías tu deber, y no para perjudicarme a mí. Sólo así he sido capaz de perdonártelo. Sirves al pontífice y no emprendes nada que pueda dañarle.

En una liga, tal como la propones tú, el poder de la Santa Sede desempeña un importante papel; un plan como el mío, por el contrario, no tiene más que un objetivo: la libertad, la unidad de Italia; y la Iglesia, a mi entender y tú lo sabes, no tiene lugar alguno en este plan. A costa de ese ideal, apoyas a los portadores de la tiara, a tus patronos que son los únicos culpables de nuestra división. Me has escrito que antepones el honor y la fidelidad a todo lo demás. Es muy loable que te

mantengas fiel a una causa hasta el final, ya que la has hecho tuya. Pero la causa de poner a salvo la autoridad papal es una mala causa para quien quiera servir a Italia. Hasta me atrevo a afirmar que se opone a tus propias ideas más profundas y, por eso, en el fondo, no eres un hombre de honor, sino falso e infiel contigo mismo; eso, a mis ojos, no tiene perdón. Te aprecio, *signor* Francesco, pues no tengo mejor amigo, pero por encima de todo quiero a mi patria.

Me atormenta un sueño que vuelve noche tras noche: estoy solo en un extenso campo lleno de haces de trigo, haces de grano maduro hasta donde alcanza la vista, conteniendo el pan para todo un año. En el horizonte, se levantan torres de nubes arremolinadas de color gris plomo; los vientos racheados empujan el chubasco hacia mí y veo acercarse el temporal que va a destrozar nuestra cosecha, pero soy impotente, pues un hombre solo no puede almacenar todo ese grano.

En el otoño tardío, San Casciano es un paraje mortal. La niebla y la lluvia impiden ver los cerros. Paso mis días dentro de la casa, en la penumbra, envuelto en un vaho de sopa de cebolla. Mi hijo menor está enfermo y se agita gritando durante todo el día; mi esposa lo calma meciéndolo en sus brazos. En la cocina, la servidumbre discute y, mientras tanto, el viento no hace más que estrellarse en las contraventanas. A veces, atravesando senderos lodosos e intransitables, visito a una de las campesinas de por aquí para hacer, aunque sólo sea por unas horas, otra cosa que aniquilarme de fastidio. Ahora me doy cuenta de que estoy envejeciendo. También tengo un problema intestinal. Me mantengo de pie con medicamentos. Ahora me acuerdo de que pediste una receta. *Et tu, amice?* Dios mío, Francesco, somos dos figuras de farsa.

He vuelto a escribir para no volverme loco, para poder airear mi inquietud y mi amargura en forma de acusación a los monarcas y prelados que nos han llevado hasta donde estamos ahora. Aquí me tienes: un necio encanecido, sin más armas que la pluma y el papel, ninguna otra caja de resonancia aparte de este maldito caserío dejado de la mano de Dios. ¿Por qué estoy de nuevo en San Casciano? Porque he dimitido de la función, imponentemente honorífica, de portavoz del gremio de tejedores de lana (que se me ofreció tras mi regreso de Roma, tras serme reconocidos los servicios prestados). Un viaje a Venecia para redactar un informe de tres páginas sobre unos comerciantes extraviados, es una tarea que realmente sobrepasa el poder de un historiador y diplomático. Además, tenía problemas en Florencia con mis dos hijos mayores, uno enfermo, el otro con problemas financieros...

Estimado amigo:

Cuando recibas esta carta estarás, según espero, muy lejos de San Casciano, de vuelta en Florencia; esta vez se te ha dado la ocasión de hacer méritos en un terreno que te sienta mejor que los asuntos de los tejedores de lana. Con mucho gusto te habría mandado un aviso antes, pero ciertos asuntos no se pueden arreglar actualmente en un abrir y cerrar de ojos.

Todavía estoy en Roma. La muerte de Pescara, el 2 de diciembre, fue un acontecimiento que hizo concebir nuevas esperanzas a mucha gente aquí. La reina regente de Francia me ha hecho importantes propuestas. Ahora se trata de persuadir al Papa para que concerté una liga antes de que en Madrid liberen al rey Francisco I en unas condiciones muy desfavorables para nosotros.

Marchar en este momento sobre las tropas imperiales con un ejército formado de prisa con civiles y campesinos sería de una temeridad descabellada. Tampoco el pontífice se muestra muy propicio a nombrar comandante a su sobrino, y sólo accedería en caso de suma emergencia. No sé cuál será el motivo de su obstinación; quizá una riña de familia, o el miedo a que le acusen de nepotismo. Sea como sea, personalmente estoy convencido de que hay que abordar este asunto de una forma completamente distinta. La red que el emperador teje alrededor de Italia ya no se puede romper con un simple tirón heroico. Sólo con una preparación detenida, una paciencia y un aguante infinitos lograremos escapar de la suerte que nos tiene preparada. Sólo una liga, con un fuerte apoyo de Francia y Venecia nos puede proporcionar el aplomo necesario.

No te dejes cegar por las apariencias. Tal vez en Lombardía no sean numerosas las banderas españolas y alemanas, pero las enarbolan soldados endurecidos y expertos, hombres duros que no temen las privaciones o los reveses, y que no se arredran ante nada. Y por lo que se refiere a los procedimientos diplomáticos del emperador, ¿todavía te atreves a afirmar que los intuyes, después del asunto Pescara-Morone? ¿Por qué a Morone se le trata con tanto miramiento tras su detención y tienen toda clase de consideraciones con él? Está encerrado bajo llave, pero, según dicen, en una estancia principesca. Recibe visitas con regularidad de De Leyva y los demás capitanes del ejército imperial. Ni su dinero ni sus posesiones han sido embargados; a sus parientes no les tocan ni un pelo de la cabeza. Nadie se esfuerza por mantener en secreto ese estado de cosas. ¿Qué razones puede haber tenido Pescara para no dar muerte a Morone? Reflexiona: antes de que Morone hiciera su última visita a Novara, que sería para él tan funesta, se elevaron muchas voces en contra. No obstante, fue. Su confesión, escrita de su propia mano y no bajo coacción, fue justamente el salvoconducto que Pescara necesitaba para ir a ocupar Milán. Es sabido que Pescara, en su testamento, habla en favor de Morone ante el emperador. Pescara se ha llevado consigo a la tumba la explicación de toda esta intriga. Pero me

temo que Morone, gracias a todas esas ingeniosas artimañas y rodeos, pronto será uno de los más apreciados consejeros de Su Majestad Imperial.

La amargura te vuelve injusto, mi estimado Niccolò. Me acusas de infidelidad conmigo mismo. ¿Crees que he escogido este camino por interés propio? Sacrifico deliberadamente la satisfacción de obrar abiertamente según mis convicciones más profundas, para servir al fin que también te inspira a ti, si bien de forma indirecta, a escondidas. No ansío la fama, sino la verdadera influencia. No me atrae la apariencia del poder, sino el poder auténtico. Una vez dijiste que manejo los hilos del teatro de títeres papal: no es necesario que los espectadores vean y conozcan al hombre que tira de los hilos. Por lo demás, no necesito que me rindan honores. No amo menos que tú eso que llamas patria. Si no fuera así, ¿de dónde sacaría la paciencia y el valor necesarios para guiar esa exasperante danza coral, ese triple salto —uno adelante, dos atrás—, hacia una liga?

He meditado sobre ese sueño tuyo. Lo peor no es que se pierdan los haces, sino que el pueblo, apostado en el camino en medio del diluvio, permanezca mirando como si no pasara nada importante. Lo malo de Italia son los propios italianos. No se puede remediar. Ojalá ya no te atormenten las pesadillas, ahora que has vuelto a Florencia.

Tengo una petición que hacerte de índole personal. ¿Querías rendirme el placer y el honor de actuar de intermediario en un asunto familiar? Se trata de una posibilidad de matrimonio para una de mis hijas...

... no, esta vez no me puedo quejar. Te agradezco de todo corazón tu gestión en este asunto. Me encargaron un estudio sobre la forma de defender Florencia. Eso equivale a la pregunta: ¿en qué medida son aún útiles las murallas? El año pasado, cuando estuve en Roma, hablé también sobre el tema con el pontífice. Su Santidad aconsejó entonces prolongar las murallas alrededor de San Miniato, según un plan que me pareció absurdo. El cerro es un estorbo. La muralla, o se hace demasiado larga, y por lo tanto demasiado débil, o todo un barrio quedará sin defensa. Ahora iniciaré una investigación concienzuda. En mi informe espero demostrar que cabría reforzar las murallas existentes con torres, fortalezas y baluartes nuevos. Tengo la cabeza tan llena de bastiones, que no puedo pensar en nada más. Por fin he conseguido una tarea de utilidad inmediata.

Sin las murallas de Florencia, reventaría de irritación. Bien sabía yo que la liga no se formaría. A mi entender, no se llevará a cabo nunca, ahora que el rey de Francia ha llegado a un acuerdo con Madrid en favor de su puesta en libertad. Ese tratado significa que la guerra es inevitable. ¿Por qué no reunimos nuestras tropas? ¿Por qué no se hace nada todavía? ¿Esperáis acaso un milagro en Roma? Has visto convertirse en humo tu sueño de una liga. Ahora me habrás de dar la razón.

No comprendo tu actitud expectante. Detrás de tu escritorio sabes formular las cosas tan noble y tranquilamente que, cuando leo tus cartas equilibradas, me siento un loco excitado. Ahora me pregunto: ¿en qué se funda esa tranquilidad? ¿En un entendimiento al que yo no he llegado todavía, o en una calidad que creí haber notado ya antes en ti, una especie de menosprecio altivo por todo lo que pasa a tu alrededor, esa maldita *sprezzatura*, como lo llamamos aquí? Aversión aristocrática a remedios heroicos: todo está bien, excelencia, la resignación filosófica ante el destino resulta magnífica para la vida privada. Pero ahora hay cosas más grandes en juego.

Te enviaré un informe de las negociaciones que he sostenido en tu nombre con los parientes del pretendiente de la mano de tu hija. Tienen la intención de desplumarte, como banqueros florentinos bien nacidos que son. No toman en consideración mis contrapropuestas y todo ha quedado en un escarceo cortés de palabras. Deja que te dé un buen consejo: pide prestada al pontífice una cantidad de dinero para la dote, si de verdad aprecias mucho este enlace. No te la negará...

... negar, no, pero no pienso hacer semejante ruego al Papa. Siempre he ahorrado mi propio dinero y el de los demás. En este caso, ofrezco lo que tengo, que ya es bastante. Si no es del agrado de los señores de Florencia, entonces renuncio al asunto.

Te formas un juicio demasiado precipitado. No he visto convertirse en humo el plan de una liga. Al contrario. Considero el tratado de Madrid como un serio resbalón político por parte del emperador. Impone exigencias que Francia, aunque sólo sea por subsistencia, no cumplirá jamás. El pontífice prometió de antemano la absolución al rey Francisco I, en el caso de que infrinja el tratado y entre en la liga. Vettori ya ha salido para Fontainebleau para entablar nuevas negociaciones. Así que espera un poco, antes de hablar de fracaso.

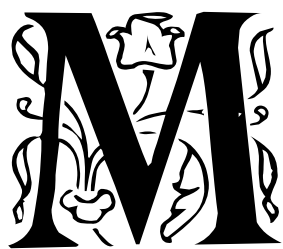
Malgastas demasiadas palabras en conjeturas acerca de mi carácter, amigo mío. Soy una persona seca, sobria y meticulosa, y aprecio ciertamente el decoro. ¿Altivez, menosprecio del mundo, ese panorama desconcertante de desastres e impotencia humana? Ah, no. Es que he sido creado de distinta manera que tú, querido Niccolò. La Providencia no me concedió el don de la espontaneidad.

Esa receta que me mandaste contra el estreñimiento no me sirve de gran cosa. Comprendo por qué no te hacen efecto los medicamentos, cuando confías en semejante charlatanería. Consulta a un buen médico y cuídate mejor.

*Francesco Guicciardini a Niccolò Machiavelli*

Te envío un mensajero, para que seas tú el primero en saberlo en Florencia. Noticias Favorables desde Francia. La liga es un hecho consumado. *Sis felix.*

**XV**  
**TULIA DE ARAGÓN**



madre e hija están arrodilladas en una de las capillas, en San Trifone, delante del altar donde se celebra misa, una al lado de la otra: el cojín de Julia para arrodillarse se encuentra, de nuevo, muy cerca del de Tuba; los pliegues del vestido de Julia acarician el abrigo de Tulia, que cuelga ampliamente. La mirada de Tulia está clavada en las luces del altar. Ni con la mirada ni con el movimiento da a entender que es consciente de la presencia de su madre, que susurra, susurra sin cesar, con un abanico en una mano y en la otra un rosario, mientras se reza a coro el responsorio en voz alta.

—Lorenzo, ese estúpido, de nuevo no escuchó lo que le dije, pasado el relicario de san Cosme le digo, sobre el mosaico del asesinato de los niños, ahora estamos sobre la adoración de los reyes, justamente en plena corriente de aire, amén, me da gota y a ti tortícolis, ata tu velo alrededor del cuello, el cielo haga que ya no llueva cuando salgamos, me pone enferma todo ese barro, mira, Pantasilea lleva una estola de armiño, por lo menos cuento cinco o seis docenas de rabos, mañana vendrán todas llevando pieles, fíjate lo que te digo, amén, recuerda a tu Strozzi otra vez su promesa de esas pieles de marta, si no las hacemos elaborar ahora, no nos valdrán para nada este invierno, debes coger forro rojo, yo lo cogeré negro, pide también hebillas y cadenas para cerrarlos y acompañarlos, no hablé de ello, pero un cierre ordinario de cuerda o trencilla no sirve, ha de ser generoso, para evitar que nos griten que tus mejores tiempos han pasado, ves, ahí lo tienes otra vez, antes no teníamos por qué temerlo, es por todos esos locos caprichos tuyos, venga, habla de esa piel con Strozzi, le es imposible negarte nada, mira, ahí está también de vuelta maese Petrucci, aún algo pálido por los vómitos, pero por lo visto la cura ha dado resultado, Tulia, oigo decir que al *mal francese* los franceses lo llaman «enfermedad de Nápoles», habrase visto, ahora Italia ha de tener la culpa, amén, esta mañana no te has comido la pasta de mazapán, es deliciosa, con nueces de la India, pipas de melón, esencia de rosas, ten cuidado, no te quedes demasiado delgada, no lo vale ese feo bastardo de lacayo, que por su culpa te dejas consumir, fíjate en Imperia, ahí, justamente delante de ti, qué hombros y brazos tan bien formados, tan blancos, se sacrifica por ello, te lo aseguro, ahora fanfarronea que todos tus amantes se han ido con ella, amén, estás en los puros huesos, eso no puede gustarle a maese Strozzi... ¡Oh Dios, oh Dios, si al menos nunca hubiéramos visto a ese Borgia, qué desgracia nos habríamos ahorrado!

Tras la primera visita de Giovanni, Julia no ha escatimado medios para convencer a su hija de que arriesga su carrera entablando un amorío con alguien que no tiene nada que ofrecerle. Cuando los gritos y los pataleos se revelan inútiles, cambia de táctica: en un flujo sin fin, las palabras salen de su boca, los reproches y las reprensiones; apela al sentido común de Tulia, al amor infantil que al fin y al cabo debe de sentir, y como último recurso le hace observar finalmente todo lo que ya ha ganado, fama y éxito, y más tangible aún, la casa, la valiosa decoración, el oro y la plata, las obras de arte, las joyas y los perfumes y las prendas de brocado y seda. Le

pinta, con los colores más sombríos, la suerte de una moza envejeciendo, que vive en el hedor y la pobreza y ha de morir como un perro. Toda esa elocuencia es inútil frente a una silenciosa Tulia que se encoge de hombros.

Después de unos días, aquel Borgia apareció de nuevo, y desde ese momento se convirtió en un invitado habitual, hasta que... Ah, sólo de pensar en ello, cómo tenía que huir en su propia casa de un intruso indeseable, cómo, en cuanto oía sus pasos, se escondía para no tener que verle, para no tener que saludarle. Nunca ha llevado personalmente, como hacía siempre con los demás invitados de Tulia, vino y pasteles a la alcoba, riéndose, burlándose, con una mezcla de autoridad y sumisión, arreglando un pliegue del camisón de Tulia por aquí, un mechón de pelo del hombro desnudo por allá, como si su hija fuese un objeto que se puede recomendar y hacer examinar.

Cuando la puerta de la habitación de Tulia se cerraba, Julia quedaba sola renegando en los aposentos decorados donde se hallan hacinados los tesoros que, a sus ojos, hacían que valiera la pena vivir. Con ademanes de propietaria, apretaba y sacudía los cojines, disponía bicales y platos en el aparador, movía taburetes y las escupideras nuevas y eminentes de Strozzi, adornadas con ángeles dorados. Mientras tanto, aguzaba el oído con la esperanza de captar algún sonido procedente de la habitación cerrada.

Cada vez que aquel Borgia aparecía, escupía a la puerta por la que entraba. Se atormentaba con la pregunta de por qué odiaba y aborrecía tanto a aquel joven. Borgia, Borgia. Sí que llevaba ese nombre, pero eso no quería decir nada. Normalmente, los bastardos de linajes ilustres sabían nombrar a su padre y a su madre, o al menos a uno de los dos; pero era un secreto a voces que ese no era el caso de maese Giovanni. Julia tenía la desagradable sensación de que debía ser capaz de acordarse de algo...

Por lo tanto, seguía errando por la casa durante las tardes de siesta de octubre y noviembre, inquieta y enojada, dando patadas al gato que pasaba por delante de sus pies, echando pestes contra los papagayos adormilados en las jaulas, contra el frío del otoño en las habitaciones. Cuando, finalmente, no podía aguantar más, bajaba al piso inferior, supuestamente para dar una lección a las dos ancianas sobre algún que otro descuido, aunque en realidad lo hacía para calentarse frente al buen fuego de la cocina. Ahí murmuraba entonces toda suerte de maldiciones, en la baja bóveda que había entre las ollas y los cacharros, debajo del ajo, la cebolla y las especias, frotándose los antebrazos bajo los abrigadores pliegues de su chal...

—Has visto claramente que utiliza pelo postizo en su peinado, esa Imperia tiene un tinte totalmente distinto, y daría diez años de su vida para tener el pelo tan espeso como lo tienes tú, pero es una desgracia y una pena que lo descuides, ¡ay!, esa birria con la que lo has lavado, el cielo me ampare, todavía puedo gritar de disgusto cuando miro esa melena morena tuya, áspera como la cola de un caballo, amén, y sobre todo tú que tenías el pelo dorado más bonito de toda Roma, ¿por qué lo habrás hecho?, e incluso después de que *monsignore* Bembo compusiera ese bonito verso sobre él,

cómo era, «cuando los mechones que un día ataron mi alma y sentidos en una red de oro bruñido», ¿no está magníficamente dicho?, escuchar algo semejante de la boca de un gran hombre, y saber además que te compara con la difunta *madonna* Lucrecia, que fue su amante, amén, ahora tú podías haberlo sido si no le hubieras insultado de una forma tan grosera, devolviéndole su regalo, nada menos que una joya rara, un colgante precioso, ese delfín de esmeraldas, cómo pudiste actuar tan tontamente, el cardenal estaba perdidamente enamorado de ti, ésa era nuestra oportunidad Tulia, nuestra mejor oportunidad, pero no, tú prestas oído a las insinuaciones que te susurra ese gandul tuyo, que nueve de diez veces se presenta con las manos vacías, y por si todo eso no fuera bastante grave, vas y te cortas un trozo de tu pelo y lo aclaras con una sustancia, sin consultarme antes sobre ello, basura, asqueroso zumo de nueces, y por Dios, ahora andas por ahí con una cabeza como si fueras una campesina y una vagabunda, amén, amén. Si supiera de alguien en Roma que tuviera influencia sobre ti, sólo soy tu madre, osas desatender mis consejos ahora que piensas que lo sabes todo, ah, ah, pues así es como te va, y sin embargo no pretendo hacer nada más que mirar por tu bien, gloria y poder y riqueza para mi Tulia, y que seas la reina de Roma, como lo fui yo en mis buenos tiempos, doy cualquier cosa por ello, facilito el camino para tí, dejo que aproveches mi mina de experiencia, escúchame hija, deja de comportarte como una estatua de piedra, me rompes el corazón y también el de maese Strozzi, oh, no se queja conmigo, pero lo veo, lo noto, él también está desesperado, ten cuidado y no perdamos ese último fiel amigo, que no te abandone por Pantasilea o Anton ella o Magdalena, como hicieron los demás... Ahora todavía no le importa llenarte de regalos y cortesías para complacerte, pero sigue así y buscará su placer donde se lo ofrezcan con mayor rapidez. Da gracias a Dios por conservar ese protector, pues no hay muchas chicas que se puedan permitir lo que tú te has permitido últimamente, tienes que compensarle con algo a Strozzi, ni siquiera sabe cómo tú, una y otra vez, delatabas sus secretos del corazón y de estado a maese Pietro, ah, que se vaya al diablo ese viejo zorro que nos endosó a propósito a ese Borgia, ah, me dejé cegar por sus charlas bonitas y su galantería y sus muecas y sus chistes, *dio!*, a eso era a lo que venía, a engatusarnos, a someternos a su voluntad, comió y bebió en nuestra casa, lavamos y remendamos su ropa, le prestábamos dinero y dejamos que se pasease como si fuera el señor de la casa, le contamos todo, sí, tiramos de la lengua a nuestros invitados más distinguidos y fisgamos sus bolsillos y sobornamos a sus criados sólo para darle gusto a él, ese socarrón, y cómo te lo agradece, destrozando tu carrera, haciendo que te enamores de ese maldito amigo suyo...

Julia cavila con rabia y amargura sobre maese Pietro, desde que tomó las de Villadiego a Mantua o a Venecia, nadie sabe adónde. No estar seguro de su vida, bueno, es el precio que un hombre ha de pagar por dedicarse a prácticas oscuras. Ella nunca metió la nariz en sus asuntos. Aunque sí creyó en cierta alianza tácita. Nada de preguntas, nada de explicaciones, pero nos comprendemos. Sirvo a tus intereses, tú a

los míos. Este estado de cosas siempre le hizo sentirse muy cómoda. Contar siempre con alguien del propio ambiente ante quien bastaba media palabra. Se encogió de hombros ante el hecho de que, en su comportamiento y en sus observaciones, había detalles que no concordaban con su imagen de consejero omnisciente y hábil, de divertido amigo de la casa.

Mirando atrás, le invade la desagradable sensación de que no se trató en absoluto de un «de tú a tú», sino de una tomadura de pelo unilateral. Julia —pese a que conoce como nadie su lugar en el mundo, el imperio de las alcobas y las artes de amar y las pociones de amor y los secretos de tocador, de todos los senderos transversales y rodeos de la pasión física, y que creyó que tenía tomada la medida de maese Pietro cuando le catalogó como hombre para todo— de repente comprende que los escondites de su carácter escaparon a su atención. Recuerda ahora todo tipo de cosas: la entrega con la que palpaba los trozos de satén y terciopelo, los encajes y el lino, lo dejaba caer en forma de pliegues sobre los brazos, como jugando, pero durante demasiado tiempo como ser una broma, estudiaba ante el espejo el efecto de las joyas y el juego de luces sobre su propio cuerpo; su curiosidad por asuntos que incluso una cortesana discute raras veces con un hombre; la sofocante atención secreta con la que espiaba a Tulia en su ir y venir, y cuando se bañaba y se vestía, la misma atención como cuando daba vueltas alrededor de ella, cerca de ella, tocándola y husmeándola, sin ningún interés erótico sino como si pretendiera adentrarse en su piel, ser la propia Tulia... y a menudo en sus miradas, veía ese relucir, ese rayar rápido y vehemente de una inconfundible envidia, de una curiosidad que parecía una tortura de sí mismo. Ahora Julia creía conocer la causa de todo ello, y sus suposiciones la hacían resoplar con mofa y desdén: un hombre que envidia a las mujeres por lo único que es inalcanzable para él, ser mujer, es para ella como la gentuza ambigua que le considera inferior sólo por el oficio que tiene.

Una mujer como Julia no veía en ello una razón para odiar a alguien. Pero la llegada de Giovanni Borgia la consideró, desde entonces, como una expresión del deseo de venganza de maese Pietro, contenido durante mucho tiempo. Sólo podía responder con odio a sus tentativas taimadas de minar su éxito y felicidad en la vida. Era el espíritu maligno que, mediante Giovanni Borgia, sustraía a Tulia de su influencia. A él le reprochaba la rebeldía de su hija, así como los incidentes que ahuyentaban, uno por uno, a los invitados de su casa. Paulatinamente, maese Pietro y aquel Borgia se habían convertido, en sus pensamientos, en un único ser hostil. Maese Pietro estaba fuera de su alcance, pero golpeando a su amigo esperaba golpearle a él también.

Le costó mucho tener aquella ocurrencia, aquel momento bendito de lucidez que permitió transformar su cólera reprimida en las palabras de las que huyó aquel Borgia. Se ha ido (Dios quiera que para siempre, amén, amén, Julia reza a toda mecha con ese pensamiento, con una mirada imperativa al altar lleno de velas y flores de cera), pero ¿está así la cuenta saldada?

Volviendo la vista atrás en el tiempo, Julia podía señalar con toda seguridad en qué noche empezó el gradual derrumbamiento de la vida que construyó para Tulia y para ella misma. Antes, la obstinación de Tulia se expresaba en un persistente silencio, en una fría mirada llena de repulsión. Sus tardes pertenecían a ese Borgia, pero de noche recibía, como en otros tiempos, a los señores que habían negociado una visita con Julia. No obstante, Julia creyó percibir el peligro. Siempre se vanagloriaba de que nada le quedaba oculto. Una pregunta acá, una pregunta allá, y pudo saber que entre los amantes de su hija circulaba un rumor: abrazar a Tulia era como tomar en brazos a un muerto viviente.

Julia intentó entonces remediar el inminente desastre con una estratagema:

—Mi hija es una poetisa, señores, sensible y delicada, ¿es posible que uno de ustedes le haya dado motivos para creer que su temperamento se confunde con la impudicia, su don de cortesana con la falta de virtud?

Inmediatamente, los visitantes más fieles de la casa del Campo Marzio redactaron un manifiesto empapado en mucho vino: Tulia era la mujer más virtuosa del mundo, y quien se atreviera a poner en entredicho este hecho, era retado al instante a un duelo por Orsini, o Rinuccini, o Urbino, o Mattei, todos ellos prestigiosos nombres romanos. En voz alta leyeron el documento a Tulia, a pesar de su resistencia, subida al trono sobre los hombros de dos o tres futuros defensores de su honor. La broma terminó en discordia, cuando Strozzi, que había entrado durante la ceremonia, arrancó el papel de las manos del lector y lo hizo pedazos, pálido de rabia. Ese acontecimiento, y la consiguiente pelea, hicieron decaer notablemente las visitas a la casa del Campo Marzio. Un segundo suceso, más grave, causó el temido silencio en las salas de recepción.

Cuando, una noche, entró el cardenal Bembo sin anunciarse, enmascarado y con atuendo mundano, con un pequeño séquito de confidentes para, como dijo, besar la mano de la mujer más discutida de Roma, Julia creyó que se le abría el cielo. El amigo de monarcas y pontífices, un hombre de mundo, un gran sabio y poeta, rico y poderoso, tal vez un día predestinado a la dignidad más alta, quién sabe qué gloria, nunca pensada, aguardaba a Tulia. El cardenal canoso, con su figura elegante y delgada, una cabeza más alto que los demás, tenía fama de ser un galán exigente y refinado. Una persona como él no visitaba sin razón, por propio impulso, la casa de una joven cortesana. Julia, aun antes de que se hubiera vaciado el primer bocal de vino, lo tenía todo planeado en su cabeza: incluso Strozzi debería conformarse, pues *monsignore* tiene preferencia... seguro que Tulia no podía sentirse sino halagada, pues ¿no aprendió a leer con el famoso *Asolani*, diálogo sobre el amor escrito por Bembo; no se convirtió en poetisa bajo la influencia de esa lectura, no defendió con fervor una y otra vez las obras del cardenal ante maese Pietro, que se atrevió a llamar a Bembo un loco pedante, un santurrón blando y un violador de la lengua? Julia incitó a su hija a recitar versos y fue testigo de cómo el *monsignore* asentía indulgentemente con la cabeza. Invocó a todos los santos en una oración, para que el

deseo de Tulia por la fama literaria fuera más fuerte que su pasión por ese Borgia. Elogios y alientos de Bembo en propia persona, qué más podía desear; entonces, su buen nombre se vería reestablecido. Cuando, más tarde, el cardenal, a su vez declamador, cantó el elogio del pelo rojo oro de Tulia con dulces palabras, la sensación de triunfo se le subió a Julia a la cabeza como si de una embriaguez se tratara.

¿Por qué ese Borgia tenía que estar con Tulia, al día siguiente, cuando el moro de Bembo trajo un regalo como agradecimiento por su primera y agradable visita? Un colgante, un delfín de esmeraldas, saltando de una ola de perlas. Él, ese Borgia, arrancó la alhaja de su cuello, dijo que era un atavío de putas, y el pelo dorado de Tulia, pelo de puta. Después, Tulia, pálida y frenética de miedo, le siguió hasta el patio:

—Si lo deseas, tiro ese delfín a los pies de *monsignore*, aunque me haga arrojar desnuda a la calle por sus esbirros, pero no te vayas, quédate conmigo, Giovanni.

Mantuvo su palabra y pese a las amenazas y lamentaciones de Julia (una villa, una pensión principesca, pérdidas por tu insensatez y veleidades), aquella misma noche devolvió la alhaja a *monsignore*, el cual se marchó sin demora, aparentemente bromeando con indiferencia, pero con el rostro tenso. Sobornó a una de las viejas brujas de la planta baja para proveerse de una sustancia que devolviese a su pelo el color original. Al día siguiente, vinieron los esbirros de la autoridad para prohibir temporalmente a Julia Ferrarese y a su hija recibir visitas.

Conteniendo la respiración, escuchando tras la puerta de Tulia, Julia intentaba averiguar a diario cómo estaban las cosas a partir de fragmentos de conversaciones apagadas. «¿Qué quieren esos dos ahí dentro, qué van a hacer?». Es como si supieran que ella escucha, porque muy pocas veces logra entender algo y lo que entiende, no lo comprende. Una vez, oyó claramente que Tulia decía:

—Haré todo lo que tú quieras, ¿no lo he demostrado ya? Quiero salir de aquí, quiero ir contigo, no me importa adonde. Hoy, mañana, sólo hace falta decir una palabra.

Un miedo feroz asaltó a Julia. Tulia se fugará, un día se marchará, se llevará el dinero y los objetos de valor, para vivir de ellos con su Borgia. Ella, Julia, puede reventar si quiere. Está tan segura de ello como si su hija se lo hubiera gritado: «Tulia no te tolerará a su lado, nunca jamás». ¿Y luego, qué? Oh Dios, las cosas que oyó y vio, cuando era joven; vagó sola y desamparada por Roma, en la época precedente a su gloria. Seres que se asomaban como animales lucífugos en la penumbra desde escondites ocultos. Una putrefacción repugnante bajo harapos y pingajos. Acurrucarse al abrigo de puertas y portales de iglesias, pidiendo limosna. Hurgar en los vertederos en busca de comida. Gorronear por tascas y burdeles, con la esperanza de poder llevarse a casa algún borracho: espantapájaros, en los puros huesos, llenos

de úlceras y eccema, barrigones desdentados que siguen vagando por el barrio de las putas, desesperados por el hambre y abordando a las furcias jóvenes:

—Tómame a tu servicio, corazoncito, quiero ser tu rufián, conozco remedios secretos contra el *mal francese*, baños que te convierten de nuevo en virgen, leo la mano, sé esto, sé aquello, te lo digo todo, por un plato de comida, por un colchón para dormir...

Cuántas veces no arrancó antes, con —un escalofrío y una palabrota, su vestido de las manos de una criatura semejante, que le chillaba vengativa:

—¡Tengo mal de ojo, te vas a pudrir, zorra, te ahorcarás, arderás!

Tulia la va a dejar seguir aquel camino sin piedad, un camino que la llevará a los callejones cercanos al Ponte Sisto, a las chabolas y tugurios entre las ruinas antiguas, a la cárcel de putas de la Torre Savella, y finalmente, al lazareto y el osario.

Julia ya no puede dormir, la comida se le atraganta en la garganta. La casa se ha vuelto silenciosa, una fina capa de polvo cubre los muebles y las alfombras de la sala de recepción. En la cocina, las viejas susurran al lado del fuego, se callan y atizan las cenizas en cuanto entra Julia. Chaparrones azotan el pavimento del patio. Sólo por la noche resuenan todavía risas y cantos en la parte de la casa donde viven Vasca y Esperanza; de día, sube de la calle un confuso jaleo de niños saliendo del colegio. Sin esas señales de vida, Julia perdería la cabeza. Mientras esté en movimiento, mientras pueda hablar, hablar. Nunca tuvo trato con los demás vecinos del barrio a propósito. Ahora, daría cualquier cosa por mantener conversaciones íntimas con las vecinas y las vendedoras. Ya no hay noches de recepción, no hay nada que arreglar, nada que preparar. Durante el largo día, carece de ocupación alguna, aparte de arrimarse al fuego, rumiando desgracias venideras, y espiar a Tulia: cómo se dedica a sus quehaceres con calma y orgullo, a dar órdenes a las ancianas, al paje Lorenzo y al palafrenero, a hacer preparar comidas para ella y ese Borgia, a encargarse de una silla de mano y mulas para dar un paseo por Roma cuando no llueve. Ninguno de los antiguos amantes da jamás una señal de vida. Sólo Strozzi envía, de vez en cuando, a un mensajero por nuevas: ¿todavía no hay esperanza? Tulia no contesta, y Julia solloza y blasfema impotente de rabia.

En el silencio de la noche, una nueva idea toma posesión de ella: Tulia está embrujada. ¿No sabían esos Borgia imponer su voluntad con cada mujer, no sabían deshacerse de cada enemigo? *Il Duca*, por aquel entonces, tenía en el Vaticano un gabinete donde guardaba una colección de huesos de muertos, animales insólitos, fetos en alcohol, plantas carnívoras e inventos estafalarios.

Julia yace sin sueño en la cama, moviéndose de un lado para otro. Quien oía demasiado o veía demasiado, ya no era invitado a las fiestas papales. Julia Ferrarese, cortesana que ascendía, siempre se dio perfecta cuenta de ello. De modo que de su boca no salió nunca otra cosa que elogios sobre los Borgia y su corte. Pero, si hubiera querido... También la insultaron. Era el fuerte de *Il Duca*, poner en evidencia a las cortesanas en público de un modo u otro. Una vez, durante un juego de sociedad,

tuvo motivos para suponer que era él quien en la oscuridad la estaba... Cuando trajeron las velas, se encontraba en otro rincón, riéndose a carcajadas, y al lado suyo descubrió al lacayo Perico de Calders, el criado español favorito del Papa. Por primera vez en muchos años, volvió a evocar ese rostro en su mente, y lo recordaba como una mezcla de la desfachatez de maese Pietro y lo oscuro e inasequible de Giovanni Borgia. Ese lacayo...

Lo que Julia no sabrá nunca es que Tulia recibe cada día, de nuevo, en la persona de Giovanni Borgia a un extraño; que, en el breve momento de la intimidad tras el juego del amor, durante el reposo sin palabras, nunca ha establecido una aproximación que dure hasta el próximo reencuentro. No le hace preguntas. No le molesta que no sea muy hablador. Ha tenido que hablar y reír demasiado con sus amantes. Le pela la fruta, toca su laúd, da de comer a los pájaros en la pajarera, echa leña al fuego del hogar. Comprende que es justamente su capacidad de mantener las distancias lo que le ata a ella. Bien le gustaría saber a quiénes ha amado, a quiénes ha odiado y por qué. Pero no osa empezar a hablar de ello. Una vez, hizo un primer intento vacilante, confesando que detestaba a su madre. Mientras hablaba, vio en su mirada que la comprendía muy, pero que muy bien. Entonces sabe lo que es odiar la propia sangre. Tampoco a él le gusta oír hablar de sus parientes. Ese rasgo lo tienen en común, así como el recelo por el delirio, por las palabras que salen con demasiada facilidad de la boca.

Tulia no conoce ninguna regla del amor, aparte de las que le enseñó su madre. Esta vez, no son aplicables. Se entrega sin reserva alguna. Ha olvidado la vida que hay detrás de ella. Deja que su madre solloce y rabie por las ocasiones perdidas para siempre, pues qué le importa a ella que no aparezcan en sus recepciones nocturnas los hombres que temen perder el favor del cardenal Bembo, si visitan durante más tiempo una casa donde se insultó al poderoso. Qué le importan las cartas y los mensajes de Strozzi. Siempre fue bueno con ella; pero esa es, por tanto, la razón por la que le pagó con su cuerpo. No tiene por qué sentir lástima. Para ella únicamente existe Giovanni Borgia, que viene a verla sin pruebas de amor, que se va sin agradecerle nada, que en sus brazos no busca en primer lugar el placer, cuyo ser e intenciones es incapaz de penetrar. Tiene paciencia, puede esperar. Por el momento, le bastan sus encuentros misteriosos, su presencia que la ha liberado.

Nota cómo su madre reprime la tensión hasta la histeria. ¿Qué se le va hacer? La felicidad de Tulia y la felicidad de Julia no se compaginan. Una tarde, cuando salía con Giovanni de su habitación, Julia saltó encima de ellos desde un escondite donde aguardaba ese momento. Les amenazó con los dedos encorvados en forma de garras y les gritó insultos.

—Ven —dice Tulia—, no le hagas caso. No puede pasar por alto que aquí ya no se gane tanto dinero como antes. Día tras día me ha vendido, nunca por menos de una

pequeña fortuna por abrazo; comprueba tú mismo las pérdidas que tenemos desde que te quiero a ti.

Julia se agarra sollozando a las faldas de su hija, le abraza las rodillas, quería impedir que siga andando:

—Tú, tú no sabes lo que estás haciendo; lo llamas amor, pero él obra con brujerías, estás en su poder, hace contigo lo que quiere, ese diablo, en el Tíber debería estar, con una piedra al cuello, igual que su padre.

Giovanni ha escuchado los insultos en silencio, con indiferencia. Pero Tulia, tras las últimas palabras de Julia, nota cómo cambia su cara, se ablanda, se vuelve indefensa. Julia adivina su inseguridad y, como un rayo, saca provecho de esa debilidad. Ya no llora, ya no se arrodilla; ahora puede dar réplica a su enemigo con los brazos en jarras.

—Atrévete a negarlo, bastardo de un criado, aunque tu madre fuese cien veces una gran dama con las pretensiones de una princesa; para el papa Alejandro, su Lucrecia de porcelana era la niña de sus ojos, pero para ella, según ellos, ningún hombre en el mundo era bastante bueno.

Él sacude brutalmente la mano que Tulia pone en su manga.

—Da pruebas de lo que acabas de decir.

—¡Hala! Ganarte a Tulia de Aragón, que sólo recibe a la nobleza y los grandes banqueros y a los purpurados, hacer como si fueras mejor que todos esos señores juntos, y pensar que ya no queda nadie en Roma que recuerde cómo *madonna* Lucrecia se tuvo que ocultar durante nueve meses para encubrir la mala pasada que les había jugado a los Borgia Pere de Calders. También puedo probarlo si hace falta; ¿acaso no conviví con una mujer, antes de conocer al cardenal de Aragón, que por una elevada suma de dinero para comprar su silencio, había ayudado a realizar un parto en casa de *madonna* Vannoza? Y todavía podría citar nombres y apellidos de los que estaban presentes cuando sacaron a Perico atado de manos y pies del Tíber, junto a una doncella de la casta de Lucrecia, esos dos no cayeron accidentalmente al agua, créeme... Ahora no tengo por qué callarme la boca, pues ya no andan por ahí los asesinos de *Il Duca* para liquidar a cualquiera que se atreva a decir una cosa fea de su hermana.

Tulia no comprende por qué continúa mirando esa maliciosa y desencajada cara que tiene delante de él, por qué no detiene, con violencia si hace falta, la verborrea de Julia. Lo que está pasando delante de sus ojos la llena de un estupor sin límites. Presta a Julia una atención que ella, Tulia, haga lo que haga, diga lo que diga, nunca ha podido despertar en él. No parece preocuparse de la actitud burlona de Julia, llena de maliciosa fruición. La conduce a una silla, se sienta él mismo frente a ella. Inclinado y con los puños cerrados, apretados entre las rodillas, le hace preguntas que Julia, desengañada ante esa calma, contesta. Cuando, de repente, se levanta, Tulia da un paso en su dirección, pero no la ve; sale rozándola por la puerta, como si fuera le estuvieran aguardando.

Al cabo de una semana, Julia hace avisar a Strozzi. «Se ha ido: ella no come, no duerme, no dice ni una palabra; venga, su, excelencia, *per misericordia*». ¿Qué puede hacer Strozzi? No se digna dirigir una mirada a los regalos que le trae, rechaza las golosinas y las caricias. Está en la ventana, allí donde puede abarcar con la vista la *piazza*. Se inclina cien veces en el portal sobre la barandilla, escuchando los sonidos del patio. Pasea de un lado para otro, de un lado para otro. Cuando Julia se acerca a ella, muestra los dientes, como un animal que ve acercarse a un enemigo.

Desconcertado, Strozzi le hace una propuesta que a él mismo le llena de vergüenza. Él, todo un patricio florentino, hará de alcahuete. Manda un criado de confianza al Vaticano, con un mensaje para maese Giovanni Borgia. El hombre vuelve sin haber conseguido nada. El maese ya no vive sobre los locales de la guardia, no se le encuentra en la cancillería ni en ninguna otra parte del palacio papal; sí que se le ha visto por la ciudad, pero dónde está y qué hace, nadie lo sabe. Strozzi transmite esta noticia personalmente a Tulia, con palabras cuidadosamente escogidas. Ve disminuir de repente esa tensión antinatural, como si se rompiese un muelle, como si se parase un mecanismo. Su mirada se apaga. Strozzi habla y habla, con la esperanza de devolver a la vida a esa muñeca, de hacer saltar una chispa que pueda sugerir el calor de la anterior intimidad. «Sabes, Tulia, que por ti recibí una reprimenda de su Señoría; qué te parece, *bella mia*, según decía, te había visitado demasiadas veces, y en Florencia creen que esto no concuerda con la dignidad de un hombre al servicio del Estado. Si ya ni siquiera puedo elegir mis propias queridas, en adelante han de poner a otra persona en mi lugar; además no resulta agradable negociar, discutir, dar rodeos y preocuparte de esas quisquillas que llaman diplomacia... y eso ahora, mientras hay en juego Dios sabe qué. Va mal, va mal, Tulia; las cosas no andan como habíamos esperado: estoy hasta las cejas de preocupaciones, hija, y hace ya tanto tiempo que me niegas la consolación...».

Strozzi comunica sus deseos a la sumisa Julia: la casa permanecerá cerrada para los demás visitantes, aunque el capitán de la Torre Savella levante la prohibición de recibir nuevos clientes. Madre e hija han de estar preparadas para viajar con él cuando vuelva a Florencia. Mientras tanto, él se encarga también de la distracción y hace venir a un pintor para hacer un retrato de Tulia. Strozzi elige la pose, Julia el atavío. Tulia soporta ese arreglar y disponer de su cuerpo en silencio. Durante horas permanece en la postura deseada: la cabeza algo ladeada, una sonrisa en los labios, su mirada verde y vacía dirigida al mismo punto. El pintor, que sabe que su modelo compone versos, orna su retrato con un fondo de ramitas de laurel, y así la inmortaliza en ese bosque legendario donde la fama está por recoger.

—¡Que frío hace aquí, que frío! Vamos a enfermar y quizás a morir. Tulia, en el nombre de Dios, cierra tu abrigo sobre el pecho, vamos, deja que lo haga yo, estás tan sumergida en la devoción, o duermes, o estás pensando otra vez, pensar en lo que ha

pasado, sé sensata, ve las cosas como son, tienes toda la vida todavía por delante, lo que pasó lo olvidarás, tienes al *signor* Strozzi, me tienes a mí, qué más quieres, yo cuando tenía tu edad tuve que afrontar la vida completamente sola. Tal vez vayamos en breve a Florencia, que es otra cosa: necesitas un cambio de aires. Strozzi te hará la vida agradable allí, ya sabes como es. Tienes la vida asegurada, aunque sólo quieras seguir siendo su querida durante el resto de tu vida; pero no he perdido la esperanza de conseguir algo más para mi Tulia: señores poderosos contemplarán tu retrato cuando esté expuesto en el palacio de Strozzi y preguntarán: ¿quién es esa belleza, dónde vive? Créeme, aún eres una estrella creciente. Amén, amén, Dios sea alabado, nos podemos levantar, ten los cojines, Lorenzo, y recuérdalo, burro, la próxima vez sobre la matanza de los Inocentes.

**XVI**  
**GIOVANNI BORGIA**



qué consideraciones me han inducido a presentarme ante la esposa de Pescara, con el ruego de una carta de recomendación? Entonces pensé que había llegado el momento de dejar Roma. En realidad, obedecía al ciego afán de perpetuar lo mejor de mí mismo, o al menos lo que hasta la fecha había tenido por lo mejor, en un contexto que, en todos los aspectos, era muy distinto al ambiente de las tramoyas de la corte y el favor de las putas. Logré que la marquesa de Pescara me recibiese unos días después de que en Roma se supiera la noticia de la detención de Girolamo Morone. Me recibió de pie, en una pequeña habitación con corrientes de aire, un mero sitio de comunicación entre dos salas. Cuando le dije quién era, me miró directamente a los ojos con una mirada fría e inquisitiva. Necesité todo el dominio de mí mismo para no echarme a sus pies. Quise gritarle que no debía despreciarme, que no tenía por qué temerme o desconfiar de mí, pues en realidad yo no era nada, no poseía nada; yo, por así decirlo, sólo empezaba a vivir a partir de ese instante. No tenía mucho tiempo para mí. Me preguntó lo que quería. Así que le dije sin rodeos que deseaba servir a Pescara, y que esperaba que me pudiera dar una recomendación para presentarme ante él en Novara.

—No puedo recomendarle, maese, porque no sé nada de usted —me contestó encogiéndose de hombros, con una vaga sonrisa—. ¿Por qué quiere servir al *marchese*?

—Pido una causa por la que vivir o morir. Siento respeto por el *marchese*. La causa que él se ha propuesto seguramente es bastante buena para mí.

—Una causa por la cual vivir o morir. Es mucho pedir, maese. Carga a mi esposo con una seria responsabilidad.

Esperaba que me echaría a la calle, porque de repente me di cuenta de la ridiculez de mi ruego. Pero, por el contrario, se sumergió en sus pensamientos. A través de las puertas abiertas detrás de ella, pude ver una serie de salas vacías y oscuras.

—Le vi en el séquito del canciller de Milán. ¿No es extraño que busque ahora al *marchese*? Después de lo que pasó, cualquiera que siguiera al *signor* Morone se aparta de mi esposo. Explíqueme eso. ¿Qué cualidades admira en el *marchese*?

Mientras hablaba, me miraba fijamente. Parecía cansada. Llevaba un vestido oscuro sin adorno ninguno y una tela transparente atada alrededor del pelo. Un atuendo casto, religioso. Recordé que esa mujer me había parecido deseable la última vez que la vi. Desde entonces, había cambiado de forma inescrutable. Su atractivo exterior se mantenía: su porte majestuoso, sus ojos claros, la pasión contenida en su boca. Pero esa belleza ya no apelaba a los sentidos. Me pareció mucho más que una bella mujer.

—Sírvame a mí primero —me dijo, cuando yo me callé—. Tengo que salir de viaje. Le doy el mando sobre mi escolta armada.



Hoy soy distinto del que consignó tan extensamente, y en papel, sus recuerdos en la biblioteca del Vaticano. La convicción de ser fruto de un incesto entre padre e hija, o hermana y hermano, y además un Borgia, me ha dejado paralizado durante mucho tiempo; sólo ahora me hago cargo de ello. A eso hay que añadir la agotadora inactividad, el deambular por las galerías del palacio papal a la espera de un encargo, las visitas a Tulia de Aragón. Era dócil y tranquila, y no me arrepiento de haberla conocido. Creo que sus manifestaciones de cariño eran sinceras. Me daba más de lo que esperaba, y más también de lo yo que deseaba. A la larga, uno se va sintiendo angustiado por un amor al que no puede corresponder con la reciprocidad o con una regia generosidad. Tampoco es posible abrazar día tras día a la misma mujer a la que no se ama, sin que el aburrimiento acabe vencién-dote. La apatía me atormentaba como una enfermedad. Estirado en la cama de Tulia, consideré mil y una posibilidades distintas, pero nunca llegué a emprender nada. Me faltaban el valor y la fuerza de voluntad para sacudirme el pasado. Hacía falta un sobresalto para ponerme en movimiento.

Cuando oí por primera vez ciertas cosas acerca de esa bruja, la madre de Tulia, me salí de mis casillas. Todo encajaba con lo que sabía por propia experiencia. Que no hubiera desaparecido en el Tíber después de mi nacimiento, que el papa Alejandro me donase un ducado, que César me acogiera con él, cada hecho tenía su explicación. Con esa manera de actuar, esperaban proteger de sospechas a su valioso peón: Lucrecia. Las bulas se redactaron, naturalmente, más tarde, por precaución, cuando Lucrecia estaba a punto de casarse con Alfonso d'Este. Además, los Borgia necesitaban descendientes varones para poder asegurar su poder a largo plazo.

Si Pere de Calders es mi padre, entonces se explica la razón por la que nadie me quiso apoyar tras la muerte de Alejandro, César y Lucrecia. Los miembros del linaje, descendientes del duque de Gandía y de Jofré, que ahora viven en España, no me reconocen.

Apunto todo esto en completa paz mental. He dejado de profundizar en mi origen. Ahora ya sé bastante. Maese Pietro tenía razón cuando dijo que haría mejor mirando hacia delante. Pero, para llegar a comprenderlo, primero tenía que estar convencido de que en mi pasado no hubiera indicios sobre mi futuro. Al principio, vagué sin objeto por Roma. Me sublevaba y amargaba la faena que me había hecho el destino. Me pareció que mi origen había sido probado con creces por la vida que había

llevado en los últimos meses. El hecho de que pasara la mitad del día holgazaneando en los aposentos de una furcia, que en cierto sentido me gustaba; que me sintiera como en casa entre su atavío, sus papagayos, su mono y en una cama donde, antes que yo, se había acostado media Roma, Florencia y Siena, y no como invitado, como protector, sino más bien como un favorito, una especie de convecino; esa actitud miserable había dado razón de ser al lacayo Pere de Calders que hay en mí. Por lo tanto, mi huida de la casa de Tulia era sobre todo un intento de librarme de un elemento que no deseaba. Cegado por la cólera, olvidé que llevo ese elemento conmigo vaya donde vaya.

Pero cuando volví en mí, comprendí que lo que había tomado por una nueva adversidad era, en realidad, un favor del destino. Pere de Calders me libra de aquello que, en mí, hay de inasible, de ominoso. Ya no temo al Borgia que hay en mí, desde que tengo razones para creer que la mitad de mi ser es por naturaleza contrario a los Borgia. Un lacayo seduciendo a la hija de su señor es un acto que demuestra rebeldía y resentimiento.

Aunque no puedo, ni quiero, ser el heredero de la mentalidad de los criados, eso no me impide reconocer que, gracias a Pere de Calders, llevo un antídoto en la sangre.

Me he librado de la obligación de desenredar el nudo de los Borgia a toda costa. Soy un innominable en el sentido más pleno de la palabra. No soy un eslabón de una serie, ni tampoco una pieza final. Puedo, en cambio, ser un principio. No me define el pasado de un linaje. Ni siquiera pertenezco a linaje alguno. Llevo el nombre de Borgia sólo a falta de uno mejor. Tradiciones, derechos, obligaciones no existen para mí. La idea de ser libre me sobrevino como una revelación.

Adiós, Camerino. Nunca más tendré esa sensación crispada de pesar e impotencia, por faltar a mi compromiso de continuar una línea que ya había sido trazada. No tengo que desempeñar un papel al nivel en el que se mueven los Varanno, y con ellos los representantes de los linajes reales.

Quiero realizarme en un ambiente donde triunfen las cualidades que me hubiese gustado poseer por mi nacimiento: disciplina y seguridad interiores, el poder de actuar decididamente y, más que nada, el don de encontrar el sentido de la vida en la posibilidad de elegir. Como el marqués de Pescara escoge entre una multitud de posibilidades políticas, como, por lo visto, *madonna* Vittoria opta por ocultar a los demás el mundo de su alma.

Seguramente, he hecho bien en hacer borrón y cuenta nueva con todo lo que queda detrás de mí. No tengo amigos: maese Pietro se ha ido, y en la cancillería no era más que uno de los muchos satélites que por allí pululaban. Tulia seguramente me olvidará.



Otra vez he concluido un período de mi vida. De nuevo, me veo confrontado con la necesidad de buscar un destino. Pescara ha muerto. Ella debía de saber cuál era su situación cuando me tomó a su servicio. Nunca tuvo la intención de mandarme a Novara. Supongo que sabía en qué estado me encontraba cuando fui a pedirle ese favor. Estimó necesario protegerme contra mí mismo.

Visitó, sucesivamente, un número considerable de posesiones al sur de Roma, que pertenecían a ella y al *marchese*. No permaneció en ninguna parte más que unos días. Después de sostener conversaciones con los mayordomos y los administradores (supongo que quería poner las cosas en orden, ante la muerte inminente de Pescara), daba inmediatamente la orden de proseguir el viaje.

El tardío otoño trajo unos días tibios. Ella yacía en una silla de manos abierta. Yo iba a su lado. Me trataba amable y atentamente, pero hablaba poco. Jamás percibí tan conscientemente los colores y las formas de un paisaje como durante esos recorridos. El sol brillaba sobre el follaje rojo encendido de las vides. Los arroyos, crecidos a causa de las lluvias, espumaban blancos en los valles entre los claros de las dehesas y los bosques de cipreses. A menudo nos deteníamos en los puntos altos. Entonces estaba durante un tiempo silenciosa, envuelta en su abrigo, mirando el país. Los soldados de la escolta, en su mayoría escuderos del séquito de Ascanio Colonna, expresaban gruñendo y suspirando su disgusto por la demora. Me pidieron que persuadiera a *madonna* de que parásemos en pueblos o ciudades donde hubiera posadas, en vez de hacerlo en cimas de cerros desiertos.

Pero no quise molestarla en aquellos momentos de silencio que se concedió a sí misma. La calma, o lo que quiera que allí encontrara, me llegó a mí también. En aquellos días, no deseaba nada más. Pude respirar hondo, sentir correr la sangre por mis venas. Me bastaba conducir esa pequeña comitiva de parada en parada. Creí haber ajustado cuentas con el miedo y la duda. Inhalé los olores de la tierra, del agua y de los árboles, tan ansioso como si fuera un prisionero recién liberado, o un convaleciente de una larga enfermedad.

Cuando residíamos en una de sus fincas, a veces me invitaba a jugar una partida de ajedrez con ella por la noche, en la habitación donde se alojaba con sus mujeres. Era muy experta en el juego. Pero tuve que admirar aún más la forma en que logró hacerme hablar sobre mí en aquellas ocasiones, sin hacer preguntas, simplemente mediante rodeos. Siempre le conté más de lo que realmente quería. Pero,

posteriormente, me di cuenta de que hablando me purificaba una y otra vez de los restos de inquietud que aún quedaban en mi alma. No sé lo que pudo haber comprendido. Me escuchó como si fuera la cosa más normal del mundo. No sentí malestar o vergüenza por mi comunicatividad. También es posible que no se percatase realmente del alcance de lo que le decía. Lo que entonces tomé por atención, también pudo haber sido algo totalmente distinto, el reflejo de una tirantez interior. Aun cuando nadie le hablaba, tenía el aspecto de estar esperando, escuchando.

Un día me hizo llamar. La encontré inmóvil junto a una ventana, con una carta en la mano. Me dijo que el *marchese* le había rogado que fuese a Novara. Lo consideré como una noticia favorable. Estaba convencido de que ella allí intercedería por mí.

Para viajar más de prisa, dejamos atrás coches y sillas de mano. Por petición suya, continuamos la marcha día y noche. El tiempo había cambiado. Iba a caballo bajo la lluvia torrencial. No decía ni una palabra.

En Viterbo, la primera parada que nos concedimos, nos aguardaba un correo. Estaba a punto de desmontar, cuando el hombre le dirigió la palabra. Vi cómo su cabeza se agitaba en busca de aliento. Antes de que yo u otro pudiera alcanzarla, cayó al suelo desde lo alto.



Un hombre que tiene la oportunidad de actuar, pierde el gusto por las especulaciones sobre el papel. Por supuesto que ha tenido sentido que haya anotado ciertos acontecimientos de mi vida, y los pensamientos que tenía acerca de ellos. Lo que se tiene delante sobre el papel pierde su fuerza amenazadora.

No creo que tenga sentido dar cuenta día a día de los hechos que determinan mi existencia desde que estoy al servicio de Ascanio Colonna. No soy un escritor de diarios. A mí no me importa saber más tarde si fue exactamente un martes, un jueves o un sábado cuando dirigí un ejercicio de tiro al blanco en la corte, cuando vigilé a los soldados que tenían que reforzar las murallas exteriores y enladrillar las ventanas y puertas de entrada del piso bajo. Se me encargaron (y se me encargan) estas y otras actividades por el estilo.

Cuando *madonna* Vittoria se retiró al convento de San Silvestre in Capite, tras el entierro de Pescara (al principio se decía que quería hacerse monja, pero parece que el Papa se lo prohibió), me incorporaron al séquito del *signor* Ascanio. Reunió alrededor de él un mando de parientes masculinos, un ejército compuesto únicamente

por los Colonna: Marcelo, Julio, Esciarra, Marciano y como quiera que se llamen. Por lo demás, aquí hay muchos seguidores del partido gibelino de otros linajes. A pesar de los aires de importancia que se quiere dar, la cabeza de los Colonna no es Ascanio, sino el cardenal Pompeo (un enemigo empedernido del papa Clemente y candidato él mismo a la triple corona), que se atrincheró en Castel Marino después de una riña con Su Santidad. Nunca ha vuelto a Roma, pero manda sin cesar correos con mensajes.

Entre los Colonna —que están convencidos de que el emperador dominará en breve toda Italia—, nadie creyó que el papa Clemente se atreviera de verdad a formar una liga. Por lo visto, esperan que estalle pronto un conflicto armado, dado que el cardenal Pompeo y Ascanio Colonna han hecho traer clandestinamente al palacio, desde fuera de la ciudad, armas y víveres. Entre nosotros reina un ambiente como el que precede a un asedio. Sólo entramos en la ciudad en grupos. Desde que la liga se proclamó, las casas de los simpatizantes del emperador y de los españoles están bajo vigilancia. Llevar armas está prohibido.

Así me encuentro esta vez en el campo de los que presumen de ser las tropas de refresco internas más importantes del emperador. Nadie aquí se preocupa de quién soy ni de dónde vengo. Para ellos, mi pasado sólo comprende el tiempo que capitaneé la escolta armada de *madonna* Vittoria. Me han acogido como a uno de los suyos. Llevo los colores de los Colonna.

A diario, miembros del linaje con toda su familia vienen a buscar cobijo en el *palazzo*. Parece ser que los soldados al servicio del Papa se hallan acampados por toda la provincia, alrededor de las posesiones de los Colonna. Dicen que Su Santidad pretende cortar a los Colonna la conexión con Nápoles, de modo que, en caso de guerra, no se puedan unir a los ejércitos imperiales.

He oído decir que el emperador espera que, en Roma, los hispanófilos intervengan a tiempo para prevenir que la liga aproveche el cambio de situación. En el Vaticano se conferencia durante todo el día, pero no hay ningún indicio sobre las nuevas decisiones y medidas que aquí, por así decirlo, esperamos con las armas en la mano.



El enviado español, don Hugo de Moneada, ha llegado a Roma. En el palacio había la opinión de que este grande, uno de los consejeros más hábiles del emperador, lograría disuadir a Su Santidad de la idea de formar una liga. Ahora que todo ha terminado, se dice que el fracaso de la visita se debe sobre todo a Giberti. Durante la entrevista, el

pontífice se mostró sensiblemente inseguro e impresionado a causa de las cartas de Madrid que Moneada le había entregado; pero Giberti no se fue de su lado, sino que seguía susurrándole al oído. Finalmente, el enviado imperial se tuvo que marchar sin haber conseguido nada. Esa retirada fue un escándalo como no se había vivido aquí en mucho tiempo. No se dedujo nada de la cara de Moneada cuando salió del Vaticano. Pero había sentado en su caballo, detrás de él, a su bufón y éste escupía, soltaba pedos y orinaba en el pavimento del patio pontificio y en la plaza de San Pedro. Don Hugo de Moneada se ha instalado en Castel Marino con el cardenal Pompeo Colonna.

Se diría que va a pasar algo. Las tropas del pontífice y de Venecia parecen haber recibido la orden de avanzar hacia Lombardía. Anteayer salió de la ciudad el recién nombrado teniente general del pontífice, *signor* Francesco Guicciardini, en cuya persona la liga ha depositado todas sus esperanzas. La intranquilidad en la ciudad aumenta día tras día. Hay revueltas constantemente. Por las calles vagan exaltados vaticinadores y profetas de mal agüero. Los protegidos de Varano, monjes que se llaman capuchinos porque llevan hábito con capucha, dan sermones penitenciales en las esquinas de todas las calles. Las campanas tocan a muerto sin cesar por las víctimas de la peste. El pontífice ha enviado también una guarnición a Roma. Todo el mando ha pasado a Orsini. Su Santidad no podía haber pensado un medio mejor para exasperar a los Colonna.

Parece ser que, a pesar de todo, al pontífice le ha asaltado el miedo por la actitud amenazadora y los preparativos de guerra de los Colonna. Quiere rehabilitar al cardenal Pompeo y devolverle las posesiones incautadas. Prometió disolver parcialmente el ejército de ocupación de Roma y mandar a los Orsini a casa, si desalojábamos la ciudad junto con nuestros partidarios. Por orden de Ascanio, nos mantenemos preparados con caballos y armas. ¿Para salir a la primera señal? Me da la impresión de que esa obediencia a las órdenes del pontífice tiene, además, otra razón.



Esto lo escribí el diecinueve de septiembre. Aquella misma noche, el cardenal Pompeo y don Hugo de Moneada entraron en la ciudad por la puerta de San Giovanni in Laterano, con tres mil hombres de infantería y ochocientos jinetes (en su mayoría, soldados reclutados en la provincia). Primero acamparon alrededor del palacio Colonna, a dos pasos de nuestras murallas, en el Forum entre las ruinas.

Los de Ascanio nos unimos a ellos. Después de la puesta de sol, atravesamos la ciudad. No encontramos resistencia. La gente estaba al lado del camino para poder ver lo que iba a pasar. Sin oposición alguna, avanzamos hasta Sant' Apostolo como si se tratase de una parada. Me incorporaron a la tropa que se envió a través del Ponte Sisto, en el Trastévere, para explorar la situación allí. Los doscientos defensores papales, reunidos a toda prisa, se lanzaron a los cuatro vientos tras una breve escaramuza. Después el cardenal Pompeo y el resto del ejército de los Colonna pasaron el puente dando fuertes gritos: *¡Imperio! ¡Colonna! ¡Libertad!*

Parecía la repetición de algo que viví hace mucho tiempo, cuando era niño: esa densa muchedumbre de caballos que bufaban y piafaban, los soldados que avanzaban hombro con hombro, el cielo amarillo de la mañana brillando por encima de las casas del Borgo y las almenas del Vaticano. Igual que entonces, se rompieron las puertas del atrio, los hombres armados se esparcieron por las escaleras y las galerías. El pontífice se había puesto a salvo en el último instante huyendo a Castel Sant' Angelo. La mayoría de los cardenales se habían ocultado por la ciudad.

El Vaticano estaba abierto. Unos suizos de la guardia lucharon hasta caer muertos, según creo más para salvar su reputación que por consideraciones razonables. En el horizonte de salas y logias desiertas, los lacayos y los funcionarios salieron disparados como las ratas huyen del fuego. El cardenal Pompeo, que probablemente ya se creía señor y amo, estaba tan ocupado registrando los papeles de la cancillería y el secretariado del datario, que se olvidó de prohibir el saqueo. Además, está por ver si los soldados hubieran obedecido semejante orden. Desde el momento en que entramos en el Vaticano, ningún Colonna tenía ya autoridad sobre los mercenarios y los campesinos de la Romagna reclutados con la promesa del botín.

Las salas de recepción pontificias, los aposentos de los cortesanos y prelados, la basílica y la sacristía de San Pedro, todo fue totalmente saqueado. El empapelado fue arrancado de las paredes, las estatuas quebrantadas, las puertas y las ventanas rotas a patadas, y los caballos de la caballeriza salieron del palacio en estampida. Las valiosas vajillas de porcelana de Giberti estallaron en mil pedazos sobre el pavimento; los restos de la correspondencia de Berni y de la colección de manuscritos del bibliotecario Giovio se los llevó el viento hasta el Trastévere, convertidos en polvo.

En un vano intento frustrado de reunir a los soldados, llegué a la parte del palacio donde vivieron el papa Alejandro y César. Los saqueadores habían roto los sellos de las puertas. Allí reinaba un completo silencio. No había nada que sacar, dado que las salas estaban vacías desde hacía mucho tiempo. Los suelos estaban cubiertos de polvo y cascotes; debajo de las aberturas de las ventanas se veían cascadas de fragmentos de vidrio. Por primera vez en veinte años, estaba de nuevo en los Apartamentos Borgia donde tiempo antes Rodrigo y yo habíamos presentado nuestros respetos. Reconocí las baldosas azules y verdes, la abundancia de ornamentos dorados, tiaras, llaves, toros y demás emblemas de los Borgia en los arcos

abovedados. Asimismo, reconocí los murales, particularmente *La Disputa de santa Catalina*. Cuando me detuve delante de ellos, recibí un golpe. Ellos, a los que había querido olvidar, me miraban fijamente, disfrazados de santos y figuras de la Biblia. César, Lucrecia. Sobre todo, la vi a ella, de pies a cabeza. Sabía que era ella, aunque no la había visto nunca con ese aspecto. Un cuerpo esbelto, un rostro de niña altivo y melancólico.

En esas habitaciones encontró por primera vez a Pere de Calders, Perico. Detrás del trono de Alejandro, junto a su cama y su mesa: llevando manjares, abotonando la púrpura esclavina, poniendo las chinelas en los pies pontificios. Un chico guapo y moreno, que sabía tocar el laúd, se defendía en la pista de frontón. Además, era español. Privado del pontífice. Portador de mensajes y cartas entre padre e hija. Conocía los secretos familiares; le estaba permitido hablar con ella en privado, en su palacio de Santa María in Porticu. Ella tenía la sangre caliente y Sforza era impotente. Entre ellos todo era posible; más aún, probable. Delante del fresco me dije a mí mismo que ahora ya no tenía ninguna razón para dudar. En aquel momento, no quedaba de mi pasado más que polvo y esas sombras variopintas de la pared. Los sellos estaban rotos. Tenía la posibilidad de ajustar cuentas con lo que quedaba detrás de mí, como con estas habitaciones vacías. Recordé dónde estaba y qué era lo que hacía allí. A lo lejos, escuché resonar los gritos de los soldados que estaban saqueando los corredores. Cuando me volví para marcharme, vi un medallón encima de la puerta con el retrato de una *madonna*. Sostenía un niño en la rodilla y detrás de su cabeza había pintada una aureola. Me observaba desde arriba con una mirada de reojo llena de un sigiloso menosprecio. También había en aquellos ojos una señal que parecía burlarse de mí por mi voluntad crispada de creer en algo que no podía probar, sólo para poseer una mínima seguridad. Se supone que las imágenes de la madre de Dios proporcionan calma y consolación. Me estaba preguntando cómo el papa Alejandro había soportado día y noche esa mirada fría y crítica cuando, en la habitación adyacente, se escucharon voces y pasos. Hugo de Moneada llegó por la puerta, seguido por un joven con armadura que llevaba en las dos manos la tiara del pontífice. Don Hugo de Moneada jugueteaba con sus guantes como si se encontrase en una fiesta, en vez de en el descompuesto Vaticano. Me miró y luego observó la *madonna* encima de la puerta.

—Ah, los encantos de Julia la Bella convierten a este capitán en un soñador —dijo en español a su acompañante—. Era una mujer de lo más adorable, esa pariente tuya, Farnese, la recuerdo aún muy bien.

—Si tuviera las manos libres, arañaría su cara en esa pared —contestó el otro—. No estamos orgullosos de tener a la puta de un Borgia en la familia.

Al pasar, me miró por encima de la tiara con los mismos ojos que la mujer de encima de la puerta.

He oído hablar de Julia Farnese. Nunca la he visto. Hacía ya mucho tiempo que no iba al Vaticano como favorita en el tiempo en que Rodrigo y yo estuvimos aquí. Sé

que Lucrecia la odiaba. Una vez, me preguntó si podía imaginarme lo que había significado para ella tener que vivir, por amor a su padre, una relación de hermana con esa «novia de Cristo». Así llamaban comúnmente a Julia Farnese, de eso sí que me acuerdo.

Hacia el ocaso, logramos reunir a los soldados cargados con el botín, y les persuadimos para que regresaran a sus campamentos alrededor del palacio de los Colonna. Además, ya iba siendo hora. Si no nos hubiéramos retirado entonces, la población, que por la mañana se mostró indiferente y por la tarde muerta de miedo, habría prestado por fin oído a las llamadas desesperadas de Giberti y otros cardenales y tomado las armas, probablemente indignados por el saqueo del Vaticano.

Por lo tanto, no se produjo una sublevación general a favor del partido imperial, lo cual había sido la intención de los Colonna. El asalto se planeó con astucia y rapidez según una idea de don Hugo de Moneada (quien, según dice, aprendió el arte militar cuando aún formaba parte de la jefatura de César), pero fracasó por su falta de autoridad sobre unos guerreros ineptos en todos los aspectos.

Lo único que finalmente se logró fue tener al pontífice arrinconado, tanto en el sentido literal como figurativo de la palabra, en Castel Sant'Angelo; según se dijo, quería firmar un armisticio con el emperador, pero, puesto que con las promesas de Su Santidad uno nunca sabe a qué atenerse, las tropas imperiales tomaron rehenes que ayer abandonaron la ciudad con destino a Nápoles bajo una fuerte vigilancia. Felipe Strozzi, el protector florentino de Tulia, es uno de ellos.



Pierluiggi Farnese es el hijo bastardo del cardenal Alessandro Farnese, al que llaman el «cardenal faldero» porque, según dicen, debe esa alta dignidad a la intercesión de su hermana Julia ante el papa Alejandro. Ese Pierluiggi es, a pesar de su juventud — debe de tener unos veinticinco años—, una persona de peso en el partido de los Colonna. Su padre le avisó de que tenía que desaparecer de Roma lo antes posible. Parece que, de nuevo, se trama algo en el Vaticano. ¿Un anatema sobre los Colonna y sus partidarios, o quizá la confiscación de sus bienes? Sólo sería posible cuando el Papa cambiara de nuevo de parecer a favor de la liga. Sea como sea, Pierluiggi Farnese, con los miembros jóvenes del linaje de los Colonna, está a punto de dirigirse a Nápoles donde el virrey les ha prometido funciones en el ejército imperial.

Primero intenté conseguir un permiso para unirme a ese grupo, pero me he vuelto atrás. No quiero estar próximo a Pierluiggi como un subordinado suyo. No quiero ser

testigo de cómo logra el éxito, casi sin esfuerzo, a unos niveles que yo no alcanzaré nunca. Jamás he hablado con él. Aparte de ese breve momento en el Vaticano, cuando pasó con la tiara del papa Clemente en las manos, ni siquiera hemos estado cerca el uno del otro. Pertenece al entorno del cardenal Pompeo y yo, al fin y al cabo, no soy más que uno de los soldados del séquito de los Colonna.

Lo que siento por él no se puede expresar tan fácilmente. Podría ser mi mejor amigo, pero también mi peor enemigo. Sigo con una atención tensa todo lo que hace y deja de hacer y, al mismo tiempo, me consume la envidia. Él es todo lo que yo quería, lo que hubiera podido ser. Es bastardo de un linaje distinguido, pero no se siente impedido en lo más mínimo por su nacimiento ilegítimo. Un hombre libre, seguro de sí mismo, enérgico. Dicen que le aguarda un gran futuro. Seguramente, se convertirá en general del ejército imperial sin esfuerzo alguno. Posee dinero, amigos y un padre poderoso. Cerca de, él nunca podría tener paz con mi estado humilde. Pero cómo he de vivir, por el amor de Dios, si no puedo contentarme con lo que está a mi alcance. Pierluigi Farnese: tan sólo ese nombre, que lleva con tanto aplomo, me hace rebelarme contra mi propia suerte. Si se quedara aquí, sería para mí una razón para dejar el servicio de Ascanio Colonna. No sé por qué todo esto es así. A veces pienso que, si Rodrigo aún viviese, habría sido, con respecto a mí, lo que ahora es Pierluigi. Se han despertado dentro de mí antiguos sentimientos. Es como si se me presentara la liquidación de cuentas de una deuda que tenía por prescrita desde hace mucho tiempo.

Pero la tendré que ajustar conmigo mismo.

Se ha ido con un gran séquito de amigos y parientes. Está bien que haya ocurrido. Ahora que ya no lo veo, puede reprimir mi maldita tendencia a ponerme en su lugar con el pensamiento. El otro día me vi en un espejo; entonces incluso imaginé que nos parecíamos. Esas quimeras tienen que acabar.

**XVII**  
**FRANCESCO**  
**GUICCIARDINI Y**  
**NICCOLÒ MACHIAVELLI**



*rancesco Guicciardini a Niccolò Machiavelli.*

Desde Piacenza. *Carissimo:*

La liga ha fracasado, fracasado. Un grandioso plan naufragó por la impotencia, la deslealtad y el recelo mutuo. Todos los esfuerzos de este pasado año no han servido para nada. Las ventajas conseguidas en Lombardía han desaparecido, porque el pontífice prometió, en su maldito tratado con el emperador, retirar las tropas hasta más allá del Po. La ayuda de Francia han sido bonitas palabras sobre un papelucho, nada más. Ya no recibo dinero de Roma para la soldada y el mantenimiento de nuestros soldados. Se escapan a cientos. La flota del emperador arribó a Gaeta con unos siete u ocho mil hombres a bordo; el Borbón salió de Milán con un gran ejército de españoles hambrientos y descontentos.

¿Y quién le acompaña como su mano derecha y consejero, con el impresionante título de comisario general de las tropas imperiales? Nada más ni nada menos que maese Girolamo Morone quien, hace apenas un año, fue el paladín de la unidad e independencia de Italia. Ahora ya nada nos ha de sorprender.

De Brescia me llega la noticia de que los caminos que bajan desde los Alpes están plagados de lanceros sin dinero, sin artillería, sin víveres ni caballos. Lo que necesitan, lo roban en el camino. Giovanni de Médicis ha caído. Urbino, que ahora ha asumido el mando, es una nulidad. Parece que en Roma fermenta una revuelta. Después del asalto infame de los Colonna aquello es un caos, alimentado por los elevados precios, la peste y los nuevos impuestos que el pontífice ha inventado para reunir las sumas exigidas por el emperador. Su Santidad escribe cartas de desesperación que rompen el corazón. Ahora ya no sabe qué decisión debe tomar. Por primera vez, se ha dado cuenta del peligro. Es demasiado tarde, y ya no puedo darle consejos. Quiere negociar un armisticio. Cualquier cosa que haga, que la haga pronto. Lannoy avanza desde Nápoles, y esos alemanes han sido ayudados por el duque de Ferrara a través del Po. Ya dice bastante de él que nos abandone en este momento. Con las tropas que tengo aquí, no puedo hacer nada si Urbino no coopera. Mando a diario correos urgentes a Mantua, y le suplico, le ordeno que venga aquí inmediatamente, pero no mueve ni un dedo. Delante de mí, en la mesa, tengo la última contestación de Su Alteza: cree que es mejor quedarse allí con su ejército y cubrir el territorio veneciano, para el caso de que los lanceros se volvieran atrás. ¡Volverse atrás! Nunca ese pueblo se dejará persuadir para volverse atrás, mientras tenga enfrente las ricas ciudades de la Toscana. Si esos tipos no se encuentran a tiempo con oposición, avanzarán saqueando e incendiando, si hace falta, hasta Taranto. Para ellos, no es cuestión de justicia o injusticia, sino de botín.

En efecto, ahora queda únicamente una solución: debemos defendernos hasta el final, con todos los medios posibles. Pero, mire donde mire a mi alrededor, no encuentro más que confusión, tibieza, cobardía y duda. Estoy cansado. Querría poder

desentenderme de todo. Pero el control de mí mismo, al que me he condenado a cadena perpetua, me imposibilita cualquier forma de abandono. A causa de ello, soy capaz también ahora de mantener una actitud que impida que cunda el pánico a mi alrededor. No obstante, a pesar del peligro, se ha celebrado aquí en Piacenza el carnaval, con un alboroto como no se vivía en años. Con mucho gusto hubiera hecho representar otra vez tu *Mandrágora* para poder, una vez más, reírme y olvidarme de todo por unos instantes. Nunca tuve tanta necesidad de ello como justamente ahora. Pero es el deber de un teniente general estar continuamente alerta y sereno. Después de las habituales comidas, me quedo despierto hasta muy entrada la noche con mis mapas y mis despachos. El sonido de los farfulleos y los gritos que suben de la calle ha matado la última esperanza que quedaba dentro de mí. Deseo no verme condenado a quedarme en mi puesto hasta el amargo final, por mi naturaleza y las circunstancias. En tal caso, abriría una tienda de artículos de fiesta para el tiempo que me quedase de vida.

Excelencia, cuando este mensajero llegue a Piacenza, hará unos instantes que habré salido de Florencia hacia tu cuartel general como enviado de Su Señoría. Para cubrir el puesto de proveditore de los bastiones ya tienen pensado a maese Michelangelo Buonarroti, el escultor, un hombre excelente, como sabes.

Deseo con fervor que logres, a corto plazo, llevar a buen fin este asunto. Yo he tenido que luchar constantemente con las dificultades. Las críticas a mis proyectos de construcción han sido constantes, así como la mala voluntad de los ciudadanos para ayudarme con el trabajo. Las fortificaciones existen tan sólo sobre el papel. Nadie quiere gastar su dinero en ello, y el pontífice faltó a su compromiso de enviar el apoyo prometido. No me preguntes cómo es que todo eso resulta posible, pues no tendría contestación. Ahora me dirijo a ti como portavoz de una ciudad desesperada, donde la gente está discutiendo los últimos rumores, retorciéndose las manos e invocando a los santos, sin darse cuenta de que tienen que hacer algo ellos mismos. Tú sabes mejor que nadie lo que le espera a Florencia cuando esa plaga de langostas mercenarias y aventureras se lance sobre nosotros. Sin una acción inmediata, Florencia se perderá, y se perderá toda la Toscana.

¿Adónde vamos a parar si tú también te tambaleas, Francesco? Ofende mi amor propio que jamás me haya atrevido a hacerte reproches, a ejercer críticas sobre tus ideas. Era el convidado de piedra, mientras tú eras el jugador que tenía la difícil tarea de jugar su baza. ¿Cómo he de mantenerme en pie, cuando tú te desanimas? ¡Que oiga de tu propia boca que no es verdad, que no has perdido todo el ánimo! Sé bien que soy un tipo impulsivo, un iluso. Pero si mi persona, mis ideas, pueden estimularte de alguna manera, si pueden hacer desaparecer tu abatimiento, despertar tu combatividad, permíteme entonces luchar a tu lado aun en los momentos más difíciles, como secretario, mensajero o bufón, lo que quieras, me es igual. Toda mi vida la he pasado en la política. He hecho frente sobre el papel a todas las cuestiones, elaborado directrices para la guerra y la paz. Palabras, palabras, únicamente satisfactorias para alguien que las lee en su estudio, pero nulas y carentes de valor cuando se trata de la vida o la muerte. Toda mi obra, mi *Príncipe*, mis *Discursos*, mis *Istorie*, estoy dispuesto a renegar de todo esto, a destruirlo, a cambio de una única cosa: ser capaz de actuar, ahora que el peligro ha llegado al extremo. Lo que me inspira ya no se deja expresar en la teoría o en la literatura. Quiero entregarlo todo, lo que tengo, lo que soy. No escribiré ni una letra más sobre el papel, nunca más.

No soy ningún líder, ni en cuerpo ni en espíritu. Pero sé hablar. Mándame al duque de Urbino. Te escribo esto para que tengas preparada tu decisión cuando llegue a Piacenza. Juro que no dejaré en paz a Urbino hasta que se haya puesto en movimiento con sus tropas. Te juro que sabré conseguirlo. Si no, me gustaría ser tu socio en el negocio de las máscaras y las narices postizas.



¿Qué dice, qué hace Urbino? Los españoles bajo el mando de Borbón se reunieron anteayer en Mortara con los lanceros de Frundsberg. He dejado Piacenza y me dirijo ahora a Bolonia. Allí me atrevo a arriesgar un sitio. Haz comprender a Urbino que sin él y sus tropas, me será imposible detener a las tropas imperiales. Tiene que ponerse en marcha inmediatamente, inmediatamente. Cuento contigo.

Excelencia, amigo mio, recibí una llamada urgente para volver a Florencia. Entretanto, habrás recibido mi mensaje: Urbino prometió salir lo antes posible. Cuando salí anteayer de Casalmaggiore, todo indicaba que iba a mantener su promesa.

Aquí, entre nosotros, todo se encuentra en una situación de suma excitación. Se rumorea que el pontífice ha comprado un armisticio por ochenta mil ducados, de los que Florencia deberá pagar la mayor parte. Su Señoría funde los tesoros de la iglesia para tener dinero a mano cuando las tropas imperiales aparezcan delante de nuestras murallas. En su miedo atroz por los lanceros, la gente está dispuesta a sacrificios que no quisieron hacer cuando se trataba de la defensa de la ciudad.

A mí me mandan ahora a Roma para hablar más detenidamente con el pontífice sobre asuntos de dinero. Cuando se trata de cuartos, la organización funciona a las mil maravillas.

Un armisticio nos daría tiempo suficiente para prepararnos para un enfrentamiento decisivo. Esta es la última oportunidad. Si no se aprovecha, entonces todo habrá terminado. Si no me hubiera desacostumbrado tan profundamente a rezar, ahora caería de rodillas y suplicaría al cielo que fuese verdad que Urbino está camino de Bolonia. Pero la experiencia me ha enseñado que rezar lleva con menos rapidez al resultado deseado que arrimar el hombro uno mismo. Tan pronto como haya tramitado esta misión, intentaré convencer a Su Señoría de la necesidad de mandarme de nuevo a tu cuartel general. Entonces, autorízame a viajar por la Toscana y la Romagna, para que pueda meterlo en las cabezas de los gobiernos municipales, de los señores grandes y los insignificantes: ¡a las armas, a las armas, una Italia o ninguna Italia!

Atrincherado en Bolonia, espero todavía en vano a Urbino. Los ejércitos reunidos de España y Alemania permanecieron en el campo durante tres semanas bajo el humo de la ciudad, al lado de San Giovanni, bajo las lluvias torrenciales, agotados y descontentos. En el camino, saquearon tan meticulosamente la región que no se encuentra por ninguna parte algo comestible. Borbón mandó en avanzada un trompeta para exigir víveres y paso libre. Dado que entonces aún no había recibido ninguna confirmación del armisticio, me negué tanto a lo uno como a lo otro. En aquel momento, Urbino debía haber atacado a los imperiales por la espalda. Sin la ayuda exterior, en Bolonia no podíamos hacer otra cosa más que defendernos. ¿Qué le pasa a Urbino? Promete venir y no lo hace. Está loco, o es más tonto de lo que creía, o hay alguna intención tras su maldito vacilar. Ya no me fío de él.

Entre los españoles y los lanceros alemanes hubo rebeliones y disturbios día tras día, en cuanto supieron que el emperador y el Papa negociaban un armisticio. Llegaron justo debajo de las murallas de la ciudad, y se escuchaba desde aquí sus gritos por el pan, la soldada y el botín prometido. Amenazaron a sus comandantes, saquearon la vivienda de Borbón, expulsaron como a un perro al enviado de Roma. Frundsberg parece haber sufrido un ataque en su intento de someter esa rebelión.

Ahora el campo está desarmado; se marchan, no de vuelta a Lombardía, sino dando un rodeo a Bolonia en contra de las estipulaciones del armisticio y las órdenes del emperador. El Borbón no puede hacer eso voluntariamente. Esto sólo puede significar una cosa: que ya no tiene autoridad sobre sus hordas. Se ve enfrentado con la elección de que le liquiden o de llevarles adonde quieren ir. Desde el castillo, veo desaparecer en la niebla confusas muchedumbres de condotieros y jinetes y acarreadores con su cohorte de vagabundos y aventureros. Se zampan las aceitunas verdes de los árboles, acuciados por el hambre. Tienen prisa. Ha empezado el último acto, Niccolò. Se acabó la Italia de Catón y Escipión, de Dante y Petrarca, la Italia de nuestra juventud, que, sólo Dios lo sabe, era despreocupada y temeraria en su prosperidad, pero que ahora lamento como un paraíso perdido.

En camino. Lluvia, lluvia, un viento afilado. Nuevos ataques de mi maldito mal de intestinos, que convierten la marcha a caballo en una tortura peor que la que en aquel tiempo tuve que soportar en el potro de las mazmorras del Stinche. Entonces pensé que nunca podría odiar a los Médicis con más vehemencia. Pero qué es el odio, qué es la amargura por el propio sufrimiento, comparado con el sentimiento que me atormenta hasta la angustia, ahora que tengo que soportar que este pontífice, este Médicis, vacile de un lado para otro entre sus consejeros, no sea capaz de sostener una guerra ni firmar la paz mientras va contando angustiosamente sus ducados, cuando bien sabe que se acercan doce mil lanceros herejes que han jurado reducir a cenizas a la nueva Babilonia, haya o no armisticio.

En Florencia imploran protección. Mi mujer y mis hijos me escriben cartas desesperadas desde San Casciano. Cuando ven moverse los árboles por el viento, piensan que llegan los españoles. No puedo reunirme con ellos, todavía no. Seguiré deambulando con cartas y mensajes sin sentido hasta que no pueda más. Hace unas semanas aguanté todo esto —el barro, el frío, la lluvia que parece filtrarse hasta mis huesos— con alegría, sí, con alegría, Francesco, porque estaba convencido de que mis esfuerzos podrían ser de alguna utilidad. La duda que me acecha ahora, me hace sufrir mil veces más que esos eternos retortijones de estómago. Ya no creo en lo que estoy haciendo.

Perseverar en una lucha ya perdida es una tontería. Perseverar es el camino indicado para quien se atreve a sobrellevar las consecuencias de su proceder con decisión, a la desesperada, y lo mejor preparado posible. No es un camino para vacilantes que gimotean, ni para los débiles y los necios. Y aun así: ¿qué significa el valor, si no se dispone de los medios para atacar o defender? Son unos locos irresponsables esos que hablan de guerra, pero que no son capaces de sostener una, de tal forma que cueste el menor número de sacrificios. Yo fui uno de esos locos, uno de esos incitadores.

Francesco, sólo tú comprenderás por lo que he tenido que pasar para llegar a la decisión que aquí expreso por escrito: tenemos que firmar la paz a cualquier precio. Humillarnos, rendirnos, pagar a esos bárbaros lo que quieran, para proteger este país de una masacre, de una destrucción sin par. No queda otra salida. Negociar: no el pontífice y su pandilla de veletas, que se dejan engañar por el Borbón con los ojos abiertos, sino tú, *signor* Guicciardini, porque todo el mundo sabe que tu palabra es una auténtica palabra. Negociar, antes de que sea demasiado tarde. ¿Qué podría ser más deshonroso para ti, comparado con ese arrastrarse sin hacer nada detrás de los imperiales, al que te han condenado últimamente? No es una deshonra implorar la paz cuando no se es capaz de luchar. Pero, bayo estas circunstancias, dejar de hacer lo último que podemos para evitar una cruel matanza de gente indefensa y en su mayoría inocente, es más que una deshonra: es un crimen.

Dispón de mí como te parezca. Mi único deseo es éste: que se ahorre a Italia los horrores de una segunda dominación vándala. Deja que el emperador sea el señor y el amo; paguemos, paguemos. Pero que no se repita de ciudad en ciudad lo que acaeció en Lombardía, un infierno de homicidio, violación, tortura y destrucción sin sentido.

Mientras estoy escribiendo en una posada junto al camino, en una sala llena de gallinas que se arrastran activamente y niños pequeños que me observan con seriedad, me parece que este concepto —que se haya de impedir a toda costa que se cometan atrocidades degradantes— tiene más valor, más valor, Francesco, que todo el trabajo que he hecho en mi vida, todas mis misiones y discursos diplomáticos, los cientos y cientos de páginas con ideas y tratados y teorías. Francesco, ¿para qué he vivido?

Tu exigencia de paz es tan apasionada y alejada de la realidad como hace dos años tu llamamiento a la guerra.

Negociar, dices. ¿Con quién? Un Borbón no negocia. No puede. Incluso el juego del gato y el ratón que parece estar jugando ahora con el pontífice, no es más que un intento desesperado de camuflar su propia impotencia.

Sólo queda una única voluntad, la voluntad de ese ejército, esa hidra de veinticinco mil cabezas que ya ha olfateado su presa.

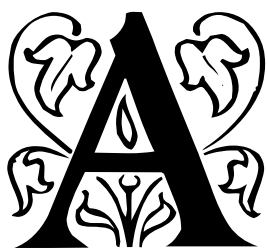
He recibido en secreto una carta de maese Girolamo Morone, en la que me ofrece su mediación con las tropas imperiales a cambio de una suma considerable.

Bien, Niccolò Machiavelli, amigo mío. ¿Tenemos que confiarnos a este negociador, dada nuestra gran necesidad? De nada se deduce tan claramente lo fatal de nuestra situación como justamente de esta oferta. En cuanto aparecen los buitres, el final está próximo.

Nos quedan dos cosas: huir, o resistir hasta la muerte. El resultado final será el mismo. Sólo es una cuestión de actitud. Ni a ti ni a mí puede causarnos muchos quebraderos de cabeza la elección.

Ahora que los imperiales parece que quieren guardar Florencia para más tarde, me dirijo con los nuestros a Roma por el camino más corto posible. Adiós.

**XVIII**  
**MICHELANGELO**  
**BUONAROTTI**



penas sabía cuántos meses habían transcurrido desde su regreso a Florencia. Se había atrincherado en el trabajo, como un topo se atrinchera en su madriguera. Se dio cuenta de que se condenaba irremediablemente a trabajos forzados cuando ponía su firma al pie del nuevo contrato con los señores Della Rovere, en Roma, bajo el asentimiento paternal y la gesticulación animadora del papa Clemente. Estaba dispuesto a ser esclavo, y nada más que esclavo, a afanarse enconadamente en su tarea. Bien sabía que nunca se sentiría liberado de culpa antes de que estuviera finalizada su tarea. ¿Pero, por qué no se le concedió la gracia de llevar a cabo con calma lo que estimó su deber, de cumplir su penitencia por una antigua negligencia? Con unas palabras finales, y antes de que se diera por terminada la audiencia, el Papa pronunció en voz alta la sentencia: «El monumento sepulcral se terminará, señores; esto es un hecho ahora, ya que nuestro estimado artífice acaba de confirmarlo por escrito. Ahora bien, esperemos que se haya acabado esta cuestión desagradable —y susurrando una letanía sólo entendible para él—: entretanto no se olvide del trabajo en la capilla de los Médicis, y cuento con que también se mantiene vigente el contrato que ha firmado conmigo».

Desde entonces, sintió nuevamente ese desgarró interior, al lado del cual cualquier otro sufrimiento quedaba eclipsado. En sus sueños, el mausoleo de Julio se alzaba delante de él, hinchado hasta llegar a adquirir enormes proporciones: un grupo de figuras alcanzando las nubes, Moisés, Pablo, Raquel y Lea, gigantes de mármol empujados hacia arriba por la misma tierra, así como nacen las montañas. Intentó trepar por los pliegues de sus vestiduras, como si fueran colosales arrecifes de piedra: una hormiga, un ser mísero y débil sobre patas temblorosas, más alto, más alto, hasta donde las personificaciones del cielo y de la tierra sostenían el sarcófago donde dormía su sátiro, Julio, cuya soberbia le había causado tanto dolor. Glorificar el poder de ese pontífice conquistador, más de diez años después de su muerte, en un momento en que la autoridad papal se sentía como una afrenta y los territorios conquistados temblaban ante la llegada de un enemigo aún más temido, le pareció más que una tontería: un ultraje, una mentira.

De vuelta a Florencia, había destrozado el antiguo plan aprobado por el propio papa Julio. ¡Fuera los emblemas de las provincias sometidas, de las siete artes y las siete virtudes! Hizo un nuevo esbozo de las figuras que debían apuntalar el monumento. Esclavos encadenados, retorciéndose bajo el peso del coloso de piedra que amenazaba con aplastarles, como la encarnación de su propio estado de ánimo. Mientras liberaba a golpes esas formas del mármol, experimentó su dolor, su muda desesperación. Ora en esta, ora en aquella estatua, trabajó poseído por un ciego delirio, como si fuera la paz de su alma la que tuviera que liberar de la piedra opresora. De sus ojos, enrojecidos e inyectados de sangre por el insomnio y el picor producido por los finos cascotes, goteaba constantemente un líquido; polvo y suciedad taparon todos los poros de su piel; el pelo de la cabeza y de la barba se le

había pegado en madejas por el sudor. No podía recordar la última vez que se había cambiado de ropa. No se concedió tiempo para comer o dormir. Apoyándose en una caja, con la mirada puesta continuamente en el bloque en el que estaba trabajando, tomaba algo de pan, cebolla y vino; cuando de puro cansancio todo se le oscurecía, se dejaba caer como estaba en cualquier lugar, sobre un montón de sacos o en el suelo desnudo, entre astillas y pedazos de mármol.

A veces, le asaltaba un deseo incontenible de aire puro que le incitaba a salir fuera. Paseaba por las calles de Florencia sin saber dónde estaba o lo que pasaba a su alrededor. Oía sonar las campanas, percibía el resplandor del cielo nocturno o matinal, tenía calor o frío, reconocía los contornos familiares de determinados edificios. Alguna que otra vez, se dirigió deliberadamente más allá de las murallas de la ciudad, hacia Fiesole, o pasado San Miniato, para contemplar las líneas anchas y ondulantes del paisaje. Allí, su cuerpo y sus manos encontraron la paz por un momento apenas. Pero nunca y en ninguna parte obtuvo paz para sus pensamientos. Su cuerpo y sus manos eran esclavos al servicio de los esclavos que sustentarían el mausoleo de Julio. Su espíritu se embriagaba en visiones del trabajo que anhelaba como la propia beatitud eterna: el monumento a los Médicis en San Lorenzo. Lo que no había podido encontrar antes de ir a Roma, el sentido y por lo tanto la forma final de esa composición, lo vio ahora delante de sí con una claridad celestial. Lo entendió como una respuesta a la llamada que había resonado en él durante muchos años: «Adán, levántate». Levantarse de la vida por encima del secreto de la muerte, hacia la verdad eterna. Levantarse de la cárcel que es el cuerpo, levantarse del poder del inexorable destino, levantarse de la coacción del espacio y el tiempo hacia la verdadera vida del alma. La existencia en la tierra es un sueño. Después, te despiertas asombrado por el día, en la claridad del mundo de las ideas. Estar despierto y soñar, dormirse y despertarse, son misteriosas condiciones del alma, que se corresponden con el día y la noche y el ocaso y el alba.

Mientras continuaba liberando a cinceladas los torsos de los esclavos atados, ardía en él como la fiebre el afán de dar forma a sus nuevas ideas. Sintió que su carga se había redoblado. No se afanó con dedicación al mausoleo. En el trabajo tenía que combatir a su enemigo más peligroso, a la propia repulsión que le inspiraba su tarea, y esa fuerza dentro de él le incitó a crear otras figuras que simbolizarían, no su servidumbre, el arrastre lastimero de su carga odiada, sino la única liberación posible. Las palabras del papa Clemente —«no olvides la capilla de los Médicis»— las había desterrado de sus pensamientos voluntariamente, para no caer en la tentación; pero ahora ya no podía taparse los oídos ante ellas. Eran como el viento que aviva el fuego.

Un día, arrojó su herramienta, cubrió de telas los torsos inacabados que se abultaban hacia delante en los bloques de mármol, y volvió a la mesa donde yacían los dibujos de sus proyectos. Se entregó al delirio, y vio nacer bajo sus manos las figuras que había soñado. Durante unos días, se olvidó de los esclavos.

Pero después empezó de nuevo la lucha interior, el dolor incontenible que no le abandonaba. La presencia de los cuerpos de piedra, allí, detrás de él, y la de la carga invisible que llevaban, envenenaron sus ganas de trabajar, perturbaron su concentración. La noción de lo inacabado le atormentaba. Lo inacabado significaba más, infinitamente más que un trabajo no terminado, era una derrota ante quienes le habían hecho el encargo. Se convirtió en un símbolo de todo lo desordenado, lo que todavía no había tanteado, no había vencido, que llevaba dentro de sí mismo. Al mismo tiempo, aumentó el miedo: no sería capaz de hacer visible, palpable, lo que le inspiraba, antes de cumplir la promesa realizada en un período anterior de su vida, y entregado hasta la última pieza del mausoleo del papa Julio.

Hablaba en voz alta consigo mismo en el taller desierto, detrás de Santa Maria Novella. Desde su vuelta a Florencia, no había tolerado allí la presencia de ningún mozo u obrero. La anciana que le traía la comida entraba y salía sin que él se diera cuenta.

Al final, no pudo aguantar más. Durmió un día y una noche de un tirón, con el sueño pesado del que está agotado en cuerpo y en espíritu. Después, le pareció como si hubiera perdido para siempre la capacidad de trabajar.

Por aquellos días, recibió recado de ir a ver a Su Señoría. A duras penas, salió de un estado en el que reflexionaba sin hacer nada. Se lavó y se vistió con todo cuidado y se presentó a la hora fijada en el palacio. Los miembros del Consejo estaban convocados a una reunión con el Comité de Cinco, que debía encargarse del mantenimiento y la fortificación de las murallas de la ciudad. Entre los presentes, echó en falta a Niccolò Machiavelli, que no hacía mucho tiempo había sido nombrado *providitore* de los bastiones. Para su estupefacción, se le ofreció a él esta función tras algunas charlas preliminares. A maese Niccolò le habían encargado otra tarea que cumplir.

Murallas, fortificaciones. Se encogió de hombros en silencio y miró, por encima de las cabezas de los miembros del consejo, las azucenas escarlatas de Florencia, ornando una bandera que colgaba de la pared. ¡Comprometerse a realizar una nueva tarea que le iba a tener ocupado día y noche, cuando no tenía una hora que perder! ¡Adentrarse en las cuestiones arquitectónicas y militares, ahora que no veía otra cosa que el enigma que domina la vida y la muerte de la gente en la tierra! Esos argumentos eran para él decisivos, pero también podría alegar otras objeciones. El tiempo apremiaba. Las antiguas murallas eran mejores frente al peligro que unas nuevas en construcción. Sabía, además, que la función de *providitore*, por la falta de mano de obra y dinero, sería un largo calvario.

Mientras los miembros del Consejo y del Comité le acosaban con propuestas y peticiones urgentes, se quedó quieto, con los ojos cerrados y la mano izquierda con los dedos extendidos, apretados contra la parte inferior de la cara. De cuando en

cuando, asentía en señal de que comprendía lo que querían decir. Finalmente, suspiró, se levantó y pidió tiempo para reflexionar.

Cuando atravesaba la *piazza*, alzó involuntariamente la vista hacia su David, que llevaba veinte años allí. Su primera sensación fue, como de costumbre, de bienestar por las líneas armónicas de ese gran cuerpo de piedra. Esta vez no podía llegar más allá. Por primera vez en mucho tiempo, se dio cuenta de que una vez el David había sido para él, para la propia ciudad, más que la estatua perfectamente forjada de un joven. Fuerza, valor, la indignación noble por la injusticia y la violencia. El símbolo del pueblo combativo de la República de Florencia. Recordó que muchos, en los tiempos de las revoluciones, habían considerado esta estatua como la protesta visible contra la supremacía de los Médicis. David era un defensor de la libertad.

Retorció los labios como si tuviera un sabor amargo en la boca. El ánimo de lucha de ese joven coloso con su honda, de repente le pareció ingenuo. Encajaba en un mundo sin sombras, donde todas las cosas estaban bien determinadas, claramente iluminadas en un equilibrio clásico. ¿Acaso los clásicos, en su período de auge, habían conocido de verdad semejante mundo? Esta Florencia, esta Italia, pedían un heroísmo complicado.

Se dio la vuelta. Al otro lado de la entrada del palacio de Su Señoría, yacía un pedestal vacío. Desde que había regresado de Roma, había sorteado la *piazza* para que no le afligieran los sentimientos de rencor y humillación que, para él, estaban inseparablemente ligados a ese lugar, al lado de su David. Cuando terminó la estatua, el ayuntamiento le pidió que realizara un Hércules. Nunca había llegado a ser más que un proyecto. ¿Cómo podía encontrar el tiempo para empezar el Hércules en los años de los encargos papales? Dio por descontado que Florencia reservaba la tarea para él, aunque fuera sólo por consideraciones puramente estéticas. El proyecto vivía dentro de él, era su propiedad espiritual, una parte de sí mismo. Como David, encarnaba la lucha contra la violencia exterior, de tal modo vio representado en Hércules la lucha contra el enemigo que cada persona posee en su propio ser. Aquellas dos figuras gigantescas deberían formar una sola unidad a ambos lados de la puerta por la que entraban en la consejería los gobernantes de Florencia: la vigilancia exterior y la interior.

Ya en el año 25, antes de salir para Roma, Su Señoría (para desmentir el rumor de que el encargo se concedería a otro) había asegurado que nadie más que él podría jamás ser encargado de su ejecución. Lo que durante los primeros días de su estancia en el Vaticano había oído, pero no creído, resultó ser posteriormente verdad. El papa Clemente había encargado a Bandinelli, uno de los escultores de la corte, que realizara un Hércules.

Recordó aquella audiencia humillante como si hubiese sucedido ayer. Entonces, su vehemente queja fracasó a causa de esta réplica: «Usted está bastante ocupado con el monumento sepulcral y la capilla de los Médicis, estimado señor, y llevamos ya veinte años esperando ese Hércules»; había ofrecido realizar la estatua sin coste

alguno si se le concedían el tiempo y la oportunidad para ello. El pontífice se había encogido de hombros sonriendo. Bandinelli conservó el encargo.

Pensar en Bandinelli evocó de nuevo en él las semanas en Roma. En el Vaticano se había sentido un prisionero, también allí sentía la confrontación con lo inacabado. En la capilla Sixtina, le atormentó la convicción de que las representaciones que en el techo parecían estar revoloteando como las nubes o las olas del mar, necesitaban una pieza final. Todavía no había formulado la conclusión de lo que había querido decir. Ya no podía entrar en la capilla. Cada vez que lo hacía volvía a tener esa sensación de impotencia, esa inquietud de la que no podía liberarse a través de las formas. Deambuló por las galerías, indagando en sí mismo. No vio a los burladores, a los calumniadores, a los curiosos. Declamando en voz alta, como acostumbraba hacer cuando estaba solo, se calificó de mezquino y de miserable, porque parecía que nunca y en ninguna parte podría vivir sin atormentarse a sí mismo. ¿Por qué no podía dejar de entablar la lucha con una visión que superaba su poder? ¿No podía ser una alucinación, esa fe suya de sentirse llamado a plasmar lo que hasta entonces nunca había sido representado, el martirio del hombre que se debate entre el animal y Dios? De pie en la *piazza*, bañado por el frío viento que soplaba contra Florencia desde las colinas, creía ver su propio Hércules luchando, según el proyecto, contra el gigante Anteo, en el desnudo pedestal frente a David: dos cuerpos que se mantienen abrazados el uno al otro en una lucha que nunca acabará, emblema del alma ambigua del ser humano.

En los días siguientes a su visita a Su Señoría le fue imposible ponerse a trabajar. Su impotencia y su indecisión le conducían constantemente a la ciudad, que ahora, por primera vez desde su regreso, le parecía real, un lugar bullente de intranquilidad, lleno de vida febril y movimiento. Vio pasar por las calles los largos desfiles de fugitivos de los territorios azotados por los españoles en Lombardía; campesinos y burgueses de pequeñas ciudades, cargando con sus familias y cuántos bienes podían llevar, a pie, a caballo y en carros de bueyes. Desde el cielo gris se abalanzaron sobre la ciudad lluvias y nevadas. En la catedral, en San Lorenzo, en San Giorgio, en Santa Trinità y en todas las demás iglesias y capillas donde entró, la gente se hacinaba rezando. Oía los sollozos, las lamentaciones y las súplicas por misericordia, y creyó que había regresado en el tiempo, unos treinta años atrás, cuando, en ese mismo lugar, fray Girolamo Savonarola gritó desde el púlpito:

—Arrepentíos: la hora del juicio divino se acerca; haced penitencia, pues grandes desastres os azotarán.

Ahora, como entonces, sentía una sombría excitación, como si el fin del mundo estuviera próximo. Mientras permanecía de pie en la penumbra de la nave central de la catedral, mirando a lo lejos el resplandor de las velas en el altar, le sobrevino la sensación de que él y todos los que rezaban con él serían testigos veraces de la perdición de un mundo. Un mundo lleno de deleite por la belleza, sin preocupaciones, henchido de soberbia y presuntuosidad humanas, de duda y burla; un mundo de una

indulgencia irónica por las cobardías propias y ajenas, las mentiras y el oportunismo. Estaba a punto de estallar como una fruta machacada. ¿Era acaso este el desastre que Savonarola había querido anunciar? ¿Acaso se estaba madurando un nuevo mundo, con nuevas pautas, nuevas convicciones y una nueva conciencia de la vida? ¿Un mundo quizá donde el sentido de la existencia humana, esa lucha interior por la gracia, ya no se profesaría de manera renegada, oculta, disfrazada, sino con pasión y expresada en formas artísticas?

Cruzó apresurado el corazón de Florencia, como si de un adiós se tratara. Sobre aquellos pavimentos, bajo aquellas bóvedas, habían resonado los pasos de los que él había venerado en su juventud, de los hombres de estado, filósofos y artistas que habían hecho grande la ciudad. Sobre aquellas paredes se habían deslizado sus sombras. Puso la mano en las frías piedras. Los colores entonces le parecieron más plenos, la luz fue más clara. Sobre todas las cosas había un brillo de juventud, alegría y frescura de primavera. Debajo de los cipreses y granados de un parque, o en las mesas festivamente adornadas, en alguna parte de una sala de palacio, escuchando los discursos sobre el divino Eros y su poder, había creído que no existía nada más elevado que esta sabiduría, y que el mundo en el que él y sus acompañantes profesaban ese entendimiento duraría eternamente.

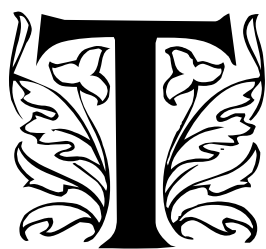
Ahora buscaba en vano, en alguna parte, un reflejo de ese mundo perdido, la Florencia donde había sido joven. Recordaba la melodía y la letra de una canción compuesta por Lorenzo II Magnifico: «Disfruta de la juventud y de la belleza, porque nadie sabe lo que el día de mañana traerá».

Mientras el viento le soplaba la niebla en la cara, alzó la vista hacia las torres y los tejados que se alzaban contra el cielo gris. Los contornos seguían siendo los mismos; ¿cómo era entonces posible que la imagen hubiera cambiado de forma tan irrevocable? Semejante sentimiento también le sobrevino en Roma, pero allí no apenó su corazón.

Buscó apresuradamente, entre grupos densos de gente que gritaba y gesticulaba —los lanceros alemanes habían cruzado el Po, se decía—, el camino de vuelta a su taller.

El aspecto de las figuras de los esclavos, de las estatuas de los duques de Médicis apenas elaboradas, de los papeles con esbozos para las figuras de la noche, el día, la mañana y el crepúsculo, le privó del último resto de confianza en sí mismo. Palpaba el mármol, que todavía se ajustaba como un vestido blanco y duro sobre las formas apenas indicadas, en el que sus sueños dormían. Mientras apoyaba la frente contra la piedra fría, creyó entender que la tarea que se había impuesto, en el fondo se proyectaba hacia ese mundo naciente. Nunca podría realizar ese trabajo si no estaba dispuesto, si no era capaz de sacrificar una parte de sí mismo a la destrucción. A él también le esperaba el crisol. Él también tenía que renacer.

**XIX**  
**GIOVANNI BORGIA**  
**1527**



odavía estoy vivo. Si me tomo la molestia de levantarme y mirar por una ventana, veré, hasta donde alcance la vista, las escombreras cubiertas de mala hierba, las casas destrozadas e incendiadas. Como islas entre ellas, veré las iglesias y los palacios con las paredes deformadas y ennegrecidas. El hedor de la putrefacción es persistente. Aquí el suelo debe estar saturado de sangre. El silencio reina en Roma.

Cojeo. He perdido un ojo. Mi salud está destrozada. Apenas me puedo llamar un hombre. Ya no valgo para soldado. Pierluiggi Farnese y los Colonna —los que se han salvado— todavía están con los ejércitos del emperador. Se dirigen a Nápoles, a Lombardía, a través de la Romagna, sin mí. Pero todavía estoy vivo.

Me han asignado —probablemente, por la intercesión del cardenal Pompeo— una función en el secretariado del cardenal Alessandro Farnese. Resido en su palacio, que sufrió poco en la lucha. Aquí me dejan en paz.

No salgo apenas. Para mí, Roma es un panorama de decadencia y destrucción que se puede abarcar con la vista desde la ventana de mi habitación, situada en lo alto. Me basta el camino que tengo que recorrer apoyado en mi muleta, algunas veces al día, entre la habitación y donde estoy escribiendo. De nuevo escribir, escribir. Todavía puedo sujetar una pluma.

Quiero anotar lo que he vivido. Rápido, rápido, antes de que se me escape de nuevo. Hay días en que no puedo recordar nada. Y luego otra vez, de repente, todo lo ocurrido se escapa en una serie de imágenes que pasan volando, disparadas. Tengo que retenerlo. Aunque sólo sea para luego poder decir: allí tuvo lugar el momento crucial. Entonces cambió todo.



En cuanto los primeros españoles penetraron en la ciudad, a través de una brecha abierta junto a la puerta de Santo Spirito, los defensores abandonaron las murallas y huyeron como pudieron, gritando: «El enemigo está aquí, sálvese quien pueda», en la dirección de ponte Sisto. Los soldados de Colonna estábamos justo a punto de avanzar, cuando pasó la estampida del capitán del pontífice, Renzo da Ceri, con su panda de cobardes a la cabeza y, detrás de ellos, una multitud excitada de hombres, mujeres y niños, cargados con lo que habían podido coger con las prisas. De todos los edificios aparecían personas que se unían al flujo humano. No todos pudimos retirarnos a tiempo en el patio. A mí, la masa que se precipitaba hacia adelante me

arrastró con mi caballo hasta Castel Sant'Angelo. El hacinamiento que se produjo delante del castillo supera toda capacidad de descripción. Soldados, nobles, cortesanos, prelados, mercaderes y tenderos, junto a cientos de mujeres estaban luchando, codo con codo, contra el vulgo más ruin del Trastévere y la Ripa, por su supervivencia: una simple oportunidad de pasar por la puerta del castillo. Cuando mi caballo, loco de miedo, pareció encabritarse, lo cogieron y lo liquidaron entre cuatro tipos a la vez, después de tirarme de la silla hacia atrás. Todo esto ocurría bajo los gritos de la gente que, de todos los lados, era empujada por la multitud contra nosotros, y que tenía miedo de ser alcanzada por el caballo enloquecido. Me sujetaron con fuerza, pero entonces yo ya no pensaba en mi cabalgadura, sino que luchaba como un desesperado para, por lo menos, mantenerme de pie, porque quien se cayera allí sería pisoteado irrevocablemente. Estaba a menos de un metro de la puerta, cuando la verja de hierro cayó abajo con un golpe retumbante. Desde detrás de las rejas nos gritaron que había ya más de tres mil personas en el castillo, y que si entraban más, las murallas reventarían. La muchedumbre no retrocedió ni un milímetro, lo cual era por otra parte imposible, sino que se quedó gritando y lamentándose bajo las murallas. Su petición de acceso se transformó pronto en blasfemias y alborotos, cuando izaron en cestas y escalas de cuerda a unos cardenales y demás señores importantes que, por casualidad, se encontraban en la primera fila. Vi subir al datario Giberti y a *monsignore* Schomberg, agitándose y balanceándose por las murallas uno cerca de otro, como dos peces gordos púrpura en la caña. No podía moverme ni darme la vuelta. Estaba jadeando entre todos aquellos desesperados que suplicaban que les izaran también, o que vomitaban maldiciones contra la nobleza y los prelados que habían comprado a tiempo un refugio en Castel Sant'Angelo. Cerca de mí, un hombre se puso frenético. Los ojos le daban vueltas y de su boca salía espuma, pero inmediatamente le tiraron abajo. Desapareció como en un torbellino. Grité:

—¡Dispersaos! ¿Por qué no defendemos el Trastévere? ¡Cerrad los puentes! —pero me callé, por miedo a compartir la suerte de aquel loco, cuando vi las miradas violentas y llenas de recelo de los que me rodeaban.

De repente, la multitud se puso en movimiento, y surgieron gritos de un tumulto confuso. Se originó una fuerte sacudida en la dirección contraria, y todos los que al principio corrieron atropelladamente hacia el castillo, ahora eran los que primero tenían que volver a entrar en la ciudad, a toda costa, a través de los puentes. Cientos de hombres se lanzaron al agua y nadaron a la otra orilla. Resistir no tenía sentido, y esta vez tampoco tuve más remedio que dejarme arrastrar a lo largo de los monasterios y los palacios de los nobles pro imperiales. El que tenía la oportunidad, se abría camino o escalaba o pegaba a diestro y siniestro para entrar en ellos, con la esperanza de estar a salvo con los religiosos y bajo los colores del emperador. Intenté entrar de esa forma en el *palazzo* Colonna, pero la puerta se cerró con fuerza antes librarme del hormiguero que bullía violentamente.

Ya no sabía dónde estaba, cuando escuché los primeros gritos: «¡Viva Spagna! ¡Amazza, amazza, matad!». Allí llegaban, marchando en filas cerradas por toda la anchura de la calle, levantando una nube de polvo, fulminando a diestro y siniestro lo que encontraban en su camino. Los que iban a su encuentro con las manos en alto, o se arrastraban de rodillas suplicando, no eran perdonados. No hubo nadie, entre la gente que chillaba con desesperación, que tan siquiera considerara la posibilidad de defenderse. Ofrecer resistencia no tenía ningún sentido. Logré meterme en un callejón estrecho, escalé un muro y anduve, agazapándome sobre los tejados, tan lejos como pude. Recuerdo aquellas horas como una pesadilla sin fin. El sol quemaba en el cielo despejado. Era el seis de mayo a mediodía. Me deslicé sobre mi vientre a la aguda luz, sobre tejados y terrazas, mientras subían de las calles unos gritos que me llegaban hasta la médula.

No tengo palabras para decir lo que vi y oí asomado sobre las alas del tejado escondido tras balaustradas y chimeneas. Durante toda mi vida había creído en la disciplina del ejército español; en esta creencia se fundaba el último resto de la estima que sentía por mí mismo. Ahora sólo sé esto: en el infierno espero no encontrar diablos españoles. Los Colonna se habían propuesto unirse a los españoles en cuanto éstos llegasen a la ciudad durante el avance de las tropas imperiales. Que se iba a saquear, era un hecho. Pero nadie imaginó nunca la masacre atroz en la que degeneró su entrada solemne. Sé que los soldados son crueles. Viví como uno de ellos en Navarra, en Lombardía y durante la batalla de Pavía; pero jamás había conocido algo que se pueda comparar ni por asomo con aquella lujuria de matar, torturar y deshonar. Entre los españoles, vi oficiales y soldados del ejército de ocupación papal y de los Colonna. Comprendí que se unieran a las tropas imperiales para no ser apuñalados ellos mismos; pero lo que no podía comprender era que participaran en los asesinatos con semejante furia.

Gateaba sobre los tejados, saltaba por encima de los abismos estrechos y profundos de los callejones, hasta el corazón de la ciudad, con la esperanza de encontrar aún, en alguna parte, algún grupo que ofreciera resistencia. Con los gritos de muerte de mujeres y niños resonando en mis oídos, sólo tenía un deseo: abalanzarme sobre los asesinos. En la *piazza* Gesù, se habían congregado ciudadanos armados de distintos cuarteles de la ciudad, no para defenderse hasta el amargo final, como creí al principio, sino para apilar sus armas, presos del pánico, e izar banderas blancas. De un lado, los españoles marcharon sobre ellos; del otro, los lanceros alemanes. Antes de que empezara lo que sería una carnicería masiva, escapé de nuevo por los tejados. Si hubiera sabido lo que me aguardaba, habría hecho lo imposible por salir de la ciudad. Me mantuve escondido hasta la puesta de sol. Cuando escuché que se tocaba a asamblea en el Campo de' Fiori y en la *piazza* Navona, y vi que soldados desde todos los puntos se dirigían allí al redoble del tambor, creí que el orden había sido restablecido y que los asesinatos sin sentido habían terminado. Me encaminé a la *piazza* Navona y encontré allí a un grupo de hombres de Colonna formado detrás de

las filas de los españoles. Me uní a ellos. Apestaban a sangre, estaban salpicados de sangre de los pies a la cabeza, como carniceros. Entonces, me enteré de que había cuarenta mil soldados imperiales en la ciudad, entre españoles y alemanes, y tropas de Colonna y Gonzaga, así como un verdadero ejército de gentuza que se había ido incorporando por el camino.

Nos quedamos toda la noche en la *piazza* para estar preparados para un posible contraataque. El cielo estaba enrojecido por los incendios en el barrio de Leonina. Los españoles se mostraban impacientes. Sus comandantes iban de un lado para otro entre las filas, pero no lograron imponer el orden. Lo que pude ver allí, a la luz de las antorchas, no era ni mucho menos la flor y nata de la infantería española, sino una banda reclutada con prisas: tipos rechonchos y nervudos, morenos como moros o gitanos, sucios, violentos y descarados. Hacia la medianoche, arrojaron las banderas y las armas pesadas, gritaron que estaban hartos y se dispersaron por la ciudad en todas las direcciones para volver a saquear. Había esperado a que los Colonna, ahora que de momento no se esperaban órdenes generales, regresáramos al palacio, donde seguramente, y en las actuales circunstancias, necesitaban con urgencia hombres armados. Pero, con alguna excepción, todos se unieron a los saqueadores. En aquel momento, me avergoncé de ellos. Del Campo de'Fiori llegaron los lanceros, que también se habían escapado.

Intenté abrirme camino por las calles en las que resonaba un ruido ensordecedor de madera que ardía, piedras que caían, gritos y clamores, y donde las llamas salían de las ventanas y las antorchas iluminaban una horda que lo removía todo confusamente. Los soldados borrachos, los cadáveres y el mobiliario destrozado me impidieron el paso. Para no llamar la atención, lo que significaba una muerte segura, no se me ocurrió nada mejor que añadirme a un grupo de saqueadores que avanzaban en zigzag, de casa en casa, con mi espada en una mano y, en la otra, un objeto dorado recogido del suelo a toda prisa —ya no sé lo que era—; gritaba: «¡Spagna! ¡Spagna!».

Aquí mi memoria empieza a abandonarme. El orden de las cosas que ocurrieron después ya no está claro en mi mente. No sé si penetré en diez, veinte, o mil casas, iglesias y capillas. Al final, como si fuera una pesadilla, creo ver apuñalar y matar a palos una y otra vez a los mismos habitantes en los mismos umbrales, como si tuviera que escuchar una y otra vez y otra y otra las mismas súplicas, chillidos y gargajos. Sobre los mismos cuerpos nos abalanzamos sin cesar en las mismas casas, vinieron de nuevo abajo las mismas puertas, se arrancaron las mismas cortinas, se arrojaron los mismos espejos para hacerlos añicos, en todas partes fluía el mismo oro de los cofres y de los jarrones. Después, el mismo luchar jadeante por un puñado de ducados, repetido hasta el infinito. En la mayoría de las iglesias, los lanceros se habían adelantado a nosotros. Ya no sé cuántas veces avancé a través de sangre y pedazos de estatuas y ventanas, cuántas pasé por encima de los cadáveres de

sacerdotes y de la gente que había buscado en vano refugio allí, hasta un altar destrozado, sucio y completamente desvalijado.

Aquello debió de prolongarse durante un día y una noche. Recuerdo que vi salir y volver ponerse el sol. El aspecto de la ciudad había cambiado tanto entonces, a causa de los incendios y destrozos, que no sabía ni dónde me encontraba. Las tropas de lanceros pasaron en compañía de todas las putas de Roma, borrachos, cantando y gritando, negros por el humo de la pólvora, cubiertos con ornamentos robados, alhajas trenzadas en el pelo y la barba, y casullas resplandecientes en los hombros. Sujetaban con las dos manos sus gorras, llenas hasta arriba de oro. Los españoles llevaban su botín a la espalda, en bolsas hechas de capas y banderas, y procuraban tener las manos libres; sus ojos y dientes resplandecían como cuchillos, y estaban cubiertos de sangre coagulada hasta las ingles.

Toques de corneta y redobles de tambor surgieron acá y allá en la ciudad. Quizá los comandantes pensaran que los guerreros estaban hartos del saqueo. Pero todavía no había empezado lo peor.

Lo vi todo, lo oí todo. Ahora me parece absurdo que fuera testigo de esas cosas y que todavía esté vivo.

Como un loco, erré en la noche por una Roma infernal. Los incendios. El hedor de los cadáveres humanos y animales. Los sonidos de las casas y los monasterios violentados. Largas filas de soldados, que, al resplandor de las antorchas, registraban los restos del Palatino y Campo Vaccino en busca de mujeres ocultas entre las ruinas. Los ecos que surgían de las cuevas y galerías subterráneas. Al amanecer, vi desfiles grotescos: bajo una escolta de lanceros escandalosos, ataviados con la púrpura y casullas, pasaban cardenales y obispos conocidos, maltratados, atados, sobre burros, en ataúdes abiertos, arrastrados por los pies, cabeza abajo entre unos palos como presas de caza. En las esquinas de las calles y las plazas, sobre fuegos aún candentes, atados en estacas con cadenas, se veían cuerpos desnudos y mutilados. Reconocí, entre ellos, a muchos partidarios de los Colonna. Aquel día se celebraron comilonas y orgías y partidas de dados al aire libre y, como entretenimiento de mesa, se infligieron torturas a los prisioneros más ricos y distinguidos. Siempre, en todas partes, se producía el mismo diálogo entre los torturadores y sus víctimas:

—¡Tu dinero, tu dinero, dinos dónde están escondidos tus tesoros!

—Clemencia, tened compasión; ya lo he dado todo, me lo han quitado todo.

—¿Dónde están escondidos, quién los guarda?

—¡Dios en el cielo es mi testigo, ya no poseo ni un soldo, creedme por favor, no me matéis, clemencia!

Al que, por fin, soltaban y quería largarse gateando, lo cogían en la siguiente mesa y allí empezaba el juego otra vez. Mientras brillaba el sol, me quedé cerca de los grandes grupos. Supongo que tomaron mi paso tambaleante y mi murmullo exaltado por embriaguez. No llamé la atención en medio de aquella anónima legión proveniente de todas las regiones. Acompañarles fue mi salvación. Estuve

bailoteando con la banda que iba recorriendo los mercados y las plazas, para ver cómo eran vendidos al mejor postor, en los burdeles, las monjas y los clérigos vestidos de mujer. Me uní a la banda de españoles que, poseída por la idea de que todavía debían quedar objetos de valor en las tumbas, iban de iglesia en iglesia levantando lápidas y hurgando debajo de ellas en la oscuridad. Estuve con los alemanes que vomitaban blasfemias, que —con reliquias y hostias clavadas en sus lanzas—, marchaban sobre el Vaticano, convertido en un cuartel gigantesco, para proclamar pontífice al hermano Martín Lutero. Estuve con los porteadores que tenían la orden de preparar la capilla Sixtina como establo para los caballos de sus jefes, y que, a falta de heno y paja, cubrieron los suelos con páginas arrancadas de la colección pontificia de manuscritos. Luego también estuve con las bandas que querían prender fuego o volar los palacios fuertemente defendidos. Vi cómo los españoles y los alemanes forzaron a sus compatriotas a entregarles los cientos de fugitivos civiles. Los prelados españoles fueron asesinados por los alemanes, mientras los españoles torturaron y robaron a los banqueros y a los comerciantes alemanes. Por la noche estallaron nuevas bacanales acompañadas de violentas peleas por la posesión del botín.

En la oscuridad quise arrástrame hasta el Tíber y luego intentar alejarme, nadando, de la ciudad. De nuevo inicié un recorrido fantasmal por un laberinto de calles y callejones llenos de cadáveres. ¿De verdad se oían todavía en todas partes aquellos gemidos, o me lo imaginé en mi exaltación? Penetré en una casa destrozada, dejándome guiar por el clamor del lamento que creía escuchar, pero nunca encontré otra cosa que escombros, cadáveres y ratas que en seguida salían disparadas. Aquellos barrios formaban ahora una ciudad de muertos; estaban desiertos, porque ya no quedaba nada que robar. Tal vez otros se mantuvieran allí escondidos como yo. Tal vez esperaran muertos de miedo, en una lumbrera del sótano, detrás de una pared, hasta que mis pasos se hubieran alejado.

En los grandes caminos que daban al puente Sisto y en los muelles a lo largo del Tíber, los escuadrones españoles y napolitanos de Lannoy celebraban sus bacanales con vistas a Castel Sant'Angelo, pero fuera del alcance de la artillería que la guarnición papal disparaba de vez en cuando. Por encima del estruendo resonaban allí, como en cualquier otra parte de la ciudad, los chillidos y las risas de las fulanas, y las lamentaciones de los prisioneros torturados antes de ser canjeados por rescates. Paseaba por las callejuelas paralelas al Tíber, reducidas a la nada por los incendios, con la esperanza de encontraren alguna parte bajo el Trastévere un punto donde llegar inadvertido hasta el río. Me escondí cuando vi acercarse una luz y escuché pisadas de caballos. Una mula pasaba despacio, con dos jinetes: un lancero roncador, que tenía una mujer en los brazos. La mujer estaba más que medio desnuda. Tenía una mitra de obispo en la cabeza y una vela de cera encendida en la mano. Miraba la llama con una mirada vacía. Vi que era Tulia de Aragón. Se quedó sentada y encogida cuando empujé al tipo borracho de la mula. Le hablé y la toqué, pero no me reconoció. Creo

que ni siquiera entendió lo que le estaba diciendo. Estaba borracha, o atontada, o había perdido el juicio. No lo sé. Para mayor seguridad, apagué la vela. Empezó a hacer ruido y a resistirse débilmente. La calmé, le supliqué que se estuviera quieta, le expliqué que huiríamos, aunque sabía que era inútil, que mis palabras no las entendía y que era impensable huir con ella. Llevé la mula por las riendas. Quería llegar, sin ser visto, a los restos del Palatino para ocultarme allí con Tulia, en las ruinas que aquí llaman «palacio de Calígula».

Recordé el tiempo en que Tulia me ofrecía casi a diario dejarlo todo y acompañarme adonde fuera, aunque la enfermedad, la pobreza o la muerte fueran nuestro destino. Lo que entonces rechacé, porque su dedicación me agobiaba, me pareció allí, en aquel callejón oscuro, bajo el cielo enrojecido por los incendios, una gracia inmerecida. Me di cuenta de que jamás había poseído tan enteramente ninguna cosa en el mundo, como aquella criatura indefensa sobre la mula. Yo, que nunca he podido descubrir un sentido ni un objetivo en mi vida, conocí ambos mientras iba callado al lado de ella.

Entonces, en un cruce, nos sorprendió una banda de españoles. Se pusieron furiosos porque no quise ceder a Tulia por las buenas. Luché como un loco; estaba dispuesto a hacerlo hasta la muerte. Pero me vencieron y me arrastraron. Grité su nombre. Las palabras que nunca le dije, que ahora ya nunca podré decirle, se me ahogaron en la garganta. Estaba todavía inmóvil en el asno, y se dejó llevar en cualquier dirección. Ni siquiera miró atrás.



¡Oh, Dios, el resto! Las cosas de las que todavía me acuerdo hacen que me pregunte qué es lo que he olvidado, de qué no he sido nunca consciente. Una bóveda profunda, una cámara de tortura con la visión de un verdugo loco, llena de espectros colgados, extendidos, estirados. Los que me habían arrastrado hasta allí me tomaron —amarga ironía del destino— por un hombre rico y distinguido. Dije en español que era mejor matarme en seguida, dado que la tortura sería en vano. No me creyeron. Tomaron mi puñal de los Borgia. No dejaron medio sin probar para sonsacarme dónde había escondido mis tesoros y quiénes eran mis parientes y conocidos poderosos. Siempre tuve un cuerpo endurecido, una constitución fuerte. Tuve que sufrir mucho, antes de que me destrozaran del todo. No sé cuántas eternidades duró, hasta que me descolgaron y me echaron un cubo de agua encima. Ya no podía ver nada ni moverme. Luego, me encontré fuera, en algún lugar, al calor del sol, mareado por el

dolor y la debilidad. Me dieron algo de comida. Después caí hacia delante y me dormí. Cuando volví en mí, pude ver de nuevo, con el único ojo que me ha quedado, dónde estaba. Me encontraba en un patio, junto a otros hombres sucios y cubiertos de heridas. Los soldados españoles nos dieron de comer y nos obligaron a correr por una Roma irreconocible —calles llenas de una putrefacción repugnante, casas ennegrecidas, ningún ser vivo aparte de los guerreros, y sombras desharrapadas mendigando—, pasando el Tíber, hasta debajo de las murallas de Castel Sant'Angelo. Allí tuvimos que levantar baluartes como condenados a trabajos forzados, para reforzar el inminente ataque de las tropas imperiales contra el castillo donde el pontífice estaba atrincherado todavía. Continuamente nos disparaban. En defensa propia, levantamos la tierra lo más rápidamente posible mientras los españoles se mantenían a salvo en el Borgo. Cuando se canceló el plan del asedio, puesto que el pontífice se declaró dispuesto a negociar, nos hicieron sacar de la ciudad y arrojar al Tíber, o enterrarlos más allá de las puertas, los cadáveres que se encontraban en avanzado estado de descomposición. También tuvimos que gatear por las cloacas para comprobar si había oro escondido en alguna parte. En un estado de medio atontamiento hice todo lo que me ordenaron. El dolor que sentía en la cuenca vacía del ojo me impedía pensar. Pero un día alguien me señaló al portavoz imperial, que iba camino de Castel Sant'Angelo para deliberar con el pontífice sobre las condiciones de su puesta en libertad. Pasó, arropado por sus hombres armados, el hombre más poderoso de Roma, tal vez de toda Italia: maese Girolamo Morone. Cuando le vi, volví a darme cuenta de dónde estaba y de lo que hacía. Sin pensármelo dos veces, aquella misma noche me fugué de la ciudad con algunos compañeros de desgracia. Encontramos cobijo en las montañas, en casa de unos campesinos de una finca de los Colonna.



Me siento culpable, culpable de todo lo que ha ocurrido. El Borgia dentro de mí, el español dentro de mí, el criado dentro de mí, culpable. De lo que consciente o inconscientemente llevaba conmigo, de avaricia, crueldad y envidia: culpable.

Me he resignado a hacer penitencia.



Giammaria Varano ha muerto. No ha caído en la lucha, sino que ha muerto en su lecho, unas semanas después de haber acondicionado el castillo de Camerino, en beneficio del pueblo, como una especie de casa de apestados. Su hija es menor de edad. Parece que hay muchos pretendientes que quieren apoderarse de su ducado.

El cardenal Farnese me comunicó personalmente este estado de cosas. Sabe que una vez me interesé por la suerte de Camerino. Sabe, por cierto, aún más cosas de mí. Raras veces habla abiertamente de mí o de mi pasado. Pero deduzco, por un gran número de detalles, que está muy al corriente. A menudo me hace llamar ante él. Tiene unos sesenta años; es un hombre viejo y delgado, con una cara astuta y agudos ojos negros, los mismos ojos de su hermana, los ojos de Pierluiggi. El «cardenal faldero»: ningún sobrenombre le sienta peor. También habría llegado a ser lo que ahora es sin la intercesión de Julia. Legado de Roma y, desde que Giberti ha caído en desgracia, confidente del pontífice. Se dice que es un hábil diplomático, y que con toda seguridad conseguirá la tiara después de la muerte del papa Clemente. De momento, nadie tiene tanta influencia en la corte de Roma como él.

¿En qué se funda su afabilidad hacia mí? No hay sombra de condescendencia o simulación en su actitud. ¿Qué razones podrá tener para ser tan amable con un subordinado como yo, y apoyarme de todas las maneras posibles? Parece apreciarme. Dios sabe por qué. No soy una compañía agradable. Cuando entré a su servicio, me hizo cuidar tan concienzudamente por sus propios médicos como si fuera un invitado o un pariente consanguíneo. Me tratan con distinción.

Hubo cierta tensión en su mirada cuando me comunicó la muerte de Varano. Le dije que hacía mucho tiempo que no me interesaba quién poseyera Camerino y quién no.



El emperador viene a Italia para hacerse ceñir la Corona Imperial en Bolonia. El cardenal Farnese me puso al corriente de todo. Añadió con énfasis que el emperador celebrará ciertas audiencias aquí, y dará ocasión a que se le entreguen peticiones.

De repente, en una muestra de extraordinaria familiaridad, Farnese dijo que era mejor que me sentara. Sin mirarme, me aconsejó que abogara ante el emperador por mis derechos sobre Camerino. No me dio la ocasión de formular objeción alguna. Debía presentar los documentos de los tiempos del papa Alejandro, en los que se me nombraba duque de Camerino. Él contrataría a los juristas más expertos de Roma para investigar el asunto y ponerlo por escrito.

Cuando contesté de forma negativa, levantó la cabeza de golpe. Por primera vez, vi un centelleo de rabia en sus ojos.

—Venga, existen esas bulas, existen —dijo con impaciencia—: escribe a Ferrara; seguro que el duque Alfonso las enviará.

Sabe tantas cosas que por qué no iba a estar al corriente de aquellas malditas bulas.

Se inclinó hacia mí.

—Escribe ahora, hoy mismo; enviaré un correo especial.

Dije que no veía muy conveniente semejante empresa.

—El emperador no retirará el ducado a la hija de Varano en beneficio de un desecho como yo. Ya no puedo engendrar descendencia, ya no soy capaz de administrar como es debido y defender una región como Camerino en caso de emergencia. Mis derechos son dudosos. No tengo parientes ni partidarios. No poseo ni un soldo.

De nuevo pude ver brillar aquella mirada negra y vehemente.

—Eso se resolverá. Se está arreglando todo. Esa Catalina Cibó no podrá mantenerse en Camerino mucho tiempo. Todo el mundo lo sabe; ella misma también. Varano y ella fueron a la ruina por pura caridad. Sin duda, le gustará tener una regia dote para su hija. Si no se consigue por las buenas, se hará por las malas. ¡Oh, nada de violencia! No hace falta. Litigar, litigar. Incoar un proceso con la Rota. Este es un caso para el tribunal pontificio. ¿Qué tienes que temer entonces, conmigo respaldándote?

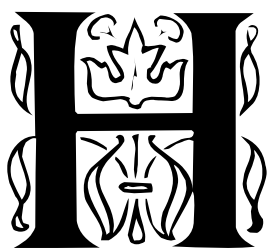
¿Por qué me quiere cegar? Es un plan absurdo. Con todo su dinero e influencia, no puede hacer de mí lo que nunca fui.

No consigo conciliar el sueño esta noche. No sé si tengo que agradecerle o maldecirle por haber introducido un elemento de inquietud en mi vida sin perspectivas. Porque, ¿de qué me sirve a mí la esperanza? ¿De qué me vale la ocasión que me ofrece? Su apoyo llega demasiado tarde para mí. No sólo mi cuerpo está enfermo y sin fuerza. Esa vaga oscuridad que me atormentará mientras viva, ese cáncer que se aloja en mi mente, ahora sé lo que es: una herencia de culpa, vergüenza y conciencia de inferioridad. Con esa sensación dentro de mí, dudaré siempre de mi derecho sobre lo que sea. Está inseparablemente ligado a mi origen. El cardenal

Farnese no me puede librar de esa sensación, como tampoco puede cambiar mi ascendencia. Ni siquiera con un ducado me siento a la altura de Pierluiggi.

¿Por qué quiere hacer tanto por mí? No creo que busque un interés propio con su oferta. Si quiere poder sobre Camerino, hará mejor en casar a uno de sus hijos con la hija de Varano. No comprendo sus motivos. Supongo que también para entender estas cosas debería investigar de nuevo el pasado. No hay escapatoria posible. Siempre me veo obligado a esa maldita investigación que no hace sino aumentar mi carga. Tengo que escarbar, escarbar, para ser capaz de seguir viviendo.

**XX**  
**VITTORIA COLONNA**  
**1534**



abitaba unas habitaciones en el convento de San Silvestro in Capite, con un pequeño séquito de mujeres. No recibía a nadie, y raras veces visitaba Roma. Cuando le anunciaron la visita de Catalina Cibó, su primer pensamiento fue: «No quiero verla, y a ella menos que a nadie». Más tarde, se avergonzó de su cobardía.

Envió un mensajero con unas palabras de bienvenida a la duquesa de Camerino, que residía en casa de unos parientes consanguíneos en la ciudad.

Catalina llegó a lomos de una mula, rodeada por un puñado de criados y con un aspecto andrajoso. Llevaba puesto un vestido de gala raído, encogido, del que sobresalían sus grandes pies. Su rostro era moreno y curtido como el de un campesino o un soldado. Daba pasos largos y sus zancadas retumbaban en las logias del convento. Tenía un aspecto descuidado y beligerante.

—No has cambiado —dijo, cuando Vittoria la saludó—. % sí, como puedes ver. Es lo que hace una vida de lucha y de mantenerse alerta continuamente. A los hombres les provoca un cierto temor. Una mujer se convierte en un espantapájaros. No es que me importen las exterioridades. ¿Qué significan, en fin, las privaciones físicas? No temo a la pobreza, a la suciedad o a la incomodidad. Sé que tal vez me aguardan incluso cosas peores que asedio, carestía y la peste. Estoy preparada para algún día ganarme el pan mendigando por los caminos en defensa de mis convicciones. No pido sino ser puesta a prueba de este modo. Estos últimos años han sido una gran escuela para mí. Ahora sé lo que soy capaz de aguantar, también sé que es posible mantener la paz mental incluso en los contratiempos e injusticias, con la condición de que se conserve la fe.

Vittoria la condujo hasta un pequeño patio, donde un toldo protegía del sol. Las columnas desfiguradas y los trozos de pavimento destrozado evocaban todavía la destrucción y el saqueo que había sufrido siete años atrás.

—Deséame suerte. Ese Borgia, que tú conoces también —¿no le tuviste durante un tiempo a tu servicio?—, perdió su ridículo proceso. No dudé ni un momento de que acabaría así, aunque contaba con el favor del emperador y con el oro de Farnese. No tiene ningún documento que aportar como prueba, independientemente del hecho de que sus pretensiones son insignificantes al lado de las de Varano. Las bulas con las que me querían aturdir, en las que le concedían títulos y honores, son falsificaciones de la cancillería del papa León ordenadas por Farnese para Lucrecia, la duquesa de Ferrara. Eso lo averiguaron mis asesores jurídicos. Con ello le hemos cerrado la boca para siempre, o al menos eso creo. Pero mis dificultades no han hecho más que empezar. Farnese no me perdonará nunca que, por mi culpa, se hayan hecho públicos, ante la Rota, todos sus embrollos. Seré la primera afectada cuando sea nombrado Papa, y lo será muy pronto. Antes de que llegue ese momento, tengo que poner a salvo Camerino. Casaré a mi Julia con el hijo de Urbino. Esa es una de las razones por las cuales estoy en Roma ahora. Quiero hablar con Su Santidad, antes de que su estado empeore tanto que ya no sepa lo que dice o lo que hace.

Se inclinó hacia delante y tomó la mano derecha de Vittoria entre sus propias manos secas. Sus ojos brillaban de fervor, con una mirada que Vittoria recordaba muy bien.

—Escucha, necesito tu ayuda. La cuestión del matrimonio de Julia puedo arreglarla yo sola. Su Santidad aprecia mucho a Urbino, y no pondrá ninguna pega, al contrario. Pero hay algo más. No vivirás aquí tan sumergida en la meditación como para no saber cómo expulsaron a los capuchinos de Roma. Por supuesto, ya lo sabías: expulsados como perros, con toda clase de acusaciones difamatorias, también está Farnese detrás de ello, créeme.

Desde el principio se opuso a la orden. Incluso se atrevió a dejar escapar de su boca la palabra «herejía». Ya dice bastante que provenga de él. Sabes como ha vivido y cómo, tal vez —sólo Dios lo sabe— vive todavía. Siempre le he considerado como la personificación de todo lo que de corrupto y podrido hay en la Curia. Toda burla y difamación sobre nuestra Fraternidad ha sido tramada en su círculo. Fíjate en lo que te digo: cuando Farnese sea Papa, reformará la iglesia a su manera, aunque sólo sea para disolver la Fraternidad y acusar así a los capuchinos de apostasía. No tiene nada que ver con la fe; es pura política.

»Te puedo decir incluso algo más. El mismo favorece una orden que se dedica a trabajos de reforma. Un puñado de sacerdotes españoles y franceses que imparten sermones callejeros en las cercanías de Venecia. Parecen tener un líder extremadamente laborioso, cierto Loyola, un español. Es posible que efectúen un buen trabajo. ¿Pero por qué se dejan utilizar por Farnese para sus fines? Hacen creer a la gente que nosotros, los de la Fraternidad, así como los capuchinos, hemos sido contagiados por la falsa doctrina alemana... ¡Dios mío, si no hay persona más noble, más piadosa en el mundo que fray Bernardo, el superior de la orden! Oírle hablar sobre cómo tenemos que buscar a Dios por propia voluntad, y cómo debemos encontrar justificación en la fe, tonifica el alma. Si no tuviera que cuidar de Julia y ocuparme de Camerino, le seguiría de ciudad en ciudad sólo para escucharle, sólo para hacerme más firme y más valiente cerca de él.

—¿Dónde está fray Mateo, tu viejo amigo? —preguntó Vittoria, con una sonrisa.

Catalina movió la cabeza con impaciencia, como quien habla con un niño cerrado de mollera.

—Fray Mateo murió hace ya más de seis años; te lo expliqué en una carta. ¿No lo recuerdas? Bueno, estabas entonces en Ischia, ocupada en otras cosas. No he leído esos poemas tuyos sobre tu esposo, pues ya no leo absolutamente nada, salvo la palabra de Dios y las cartas de los apóstoles, por lo que has de perdonarme que no esté al corriente... Sí, he oído que algunas personas que entienden más que yo en estas cosas, te alaban sin reservas. Ahora, escúchame. Fray Bernardo es un profeta, un predicador, un hombre de Dios como no hay otro. Posee la verdad, y sabe cómo tiene que abrir los ojos a los pecadores y a los indiferentes. Nunca le has oído hablar, y no sabes cuán profunda es la impresión que causa. Una vez le pregunté, cuando

dudaba de la fuerza de mi fe: «¿Cómo puede uno elevarse por encima de sí mismo en amor hacia Dios? No lo creo posible, puesto que nuestro amor sigue siendo una imagen refleja de nuestra pequeña alma humana, nuestro ser lleno de imperfección...». Él contestó: «Ese amor no procede de la naturaleza o de los sentidos, sino que es libre y se arraiga en nuestra voluntad. A causa de la pujanza del espíritu, y por la gracia que cada ser humano posee, sin excepción alguna, puede elevarse por encima de sí mismo en amor hacia Dios». Esas palabras repito, esa verdad, desde entonces da sentido a mi vida, Vittoria.

—¿Has dicho que precisabas mi ayuda?

—No, no me he desviado del tema. Todo está relacionado con fray Bernardo y la orden. En este momento, están al otro lado de las murallas de San Lorenzo, como exiliados. Si no se interviene, quizá en breve se verán expuestos a humillaciones aún mayores. Tienen muchos seguidores entre el pueblo más humilde, los cojos, los paralíticos y los enfermos. Pero, ¿qué otra cosa pueden hacer esos pobres diablos que lamentarse o callarse atemorizados? La ayuda debe llegar del Vaticano. Y ahora que la condición del Papa empeora visiblemente, nadie se atreve allí a disgustar a Farnese. Todavía no hay lugar en Roma para la verdad, la justicia y el amor al prójimo. Roma no ha aprendido nada, nada. En la ciudad impera de nuevo el mismo caos inmoral que antes del 27. La Curia vuelve a ser una pandilla repugnantemente ambiciosa, como antes lo era. Oh, mientras había que quitar escombros y enterrar muertos, cuidar enfermos, consolar apenados; mientras reinaba la peste, la miseria y el hambre, y se guardaba luto, durante ese tiempo los capuchinos eran bienvenidos. Ahora, cuando ya nadie les necesita, salvo los mendigos y los marginados, ahora que la gente recuerda con su presencia cosas que quiere olvidar, lo mejor sería que se convirtiesen en humo. Pero no se van a convertir en humo, pues seguirán viviendo según sus reglas puras y estrictas. Quieren seguir los pasos de Cristo, y por eso les expulsan. ¿No comprendes, pues, que tenemos que hacer algo? Acompáñame cuando vaya a ver a Su Santidad. Dicen en la corte que ninguna mujer ha tenido más dominio sobre la palabra que tú, desde los días de Catalina de Siena. Te llaman la poetisa más grande de Italia porque has expresado el «lima de nuestro tiempo. A ti te escucharán. Podrás convencer a Su Santidad.

—No puedo —dijo Vittoria hoscamente—. Entre el pontífice y yo cualquier contacto se ha vuelto imposible. Tras la muerte de mi esposo, me quiso casar con un Médicis. Por lo visto, atribuía todavía entonces mucho valor a mi influencia. Me prohibió tomar los votos. Me acosó con propuestas, incluso después de pedirle que me dejara en paz. Entonces, me fui a Ischia.

—Que sí, que sí; pero también has vuelto de Ischia. Eso sólo puede significar que sentiste que tu lugar no estaba allí, en aquella isla solitaria, sino aquí, donde tienes una misión que cumplir. Nunca he perdido la esperanza de verte convertida algún día en una de los nuestros. Creo que has guardado luto ya por bastante tiempo. No te pedimos que seas infiel a tu marido, sino que te entregues a Dios con todo lo que

piensas y sientes, por lo tanto, también con ese luto. Actúas de forma egoísta enterrándote de este modo. Lo que existió entre tú y el *marchese*, como, ocurre entre ser humano y ser humano, se acabó para siempre. Sobrepasa ese último límite en el amor hacia Dios. Ese amor comprende, pues, todo lo demás, incluso tu amor por Pescara. Te aferras a una rama árida, Vittoria. Te condenas a ti misma a estar muerta en vida. Pero el mundo sigue existiendo fuera de ti, y créeme, es un mundo distinto al que tienes cerrados los ojos desde el año 27.

»Personas cuyo juicio estimo mucho, me dicen que tus poemas, aunque son versos de amor, son importantes porque en ellos sabes encontrar las palabras para expresar el deseo que vive ahora en los mejores de nosotros, el deseo de escapar de un pantano de ansia de placer y de indiferencia espiritual y moral, de duda, odio y envidia. Haces visible, en las obras que dedicaste a tu esposo, que es posible vencer la sensualidad, llegar al entendimiento de la inmortalidad del alma, a través del amor por un ser mortal. Todo eso es muy bonito. Pero debes ir más lejos que Platón. Necesitamos más de lo que Platón nos enseñó. No basta creer tan sólo en la fuerza liberadora del espíritu humano. Si te dieras cuenta de lo que ocurre fuera de tu escondite, sabrías que el mundo reclama a gritos un asidero más sólido que lo “noble” y lo “bello”. Ese culto por lo noble y lo bello en el que participamos todos de forma tan apasionada, no puede impedir que nos estemos ahogando. La redención es una gracia de Dios. El que sabe esto ha renacido. Tú, con tus grandes dones, podrías hacer infinitamente más, si te pusieras al servicio de esa verdad.

Vittoria se mantuvo en silencio durante un tiempo. Soltó la mano del apretón imperativo de Catalina.

—Me engañaría a mí misma y a los demás si hiciera eso —dijo finalmente—, enhebraría un engaño tras otro. Sé cuán grande es la influencia de la palabra escrita; lo sé mejor de lo que tú podrías sospechar. No estoy lamentándome ensimismada aquí, aislada del mundo, precisamente para reflexionar sobre el uso demasiado ligero que se hace de las palabras. No me comprendes: no es posible. Debo conocerme a mí misma, así como los móviles de mis acciones y pensamientos, antes de atreverme a declarar algo al mundo exterior. Créeme, no hay castigo más horrendo que la paulatina conciencia de los estragos que una ha causado por insensatez, motivada por los sentimientos que no conocía plenamente. Una vez me dijiste, hace años, que sólo es posible purificarse a través de la honestidad extrema. Si tu fe en Dios se fundamenta en esa honestidad, Catalina, entonces supongo que tú posees esa gracia de la que me hablas. Pero, cuando indago en mi propia alma, encuentro en el fondo esto: que Dios para mí no es una realidad. Utilizo su nombre, le invoco en oraciones, pero no sé lo que significa ese nombre, no sé a quién invoco. No soy capaz de renunciar a mi exigencia de que he de poder comprender a Dios mediante la razón. No puedo dejar de creer que hay una relación entre Dios y mi razón: la devoción sin reserva alguna es un imposible para mí.

Catalina, que había estado moviendo la cabeza vehementemente, se acercó, haciendo gestos tranquilizadores con las manos.

—Estás preparada para la metamorfosis y ni tú misma te das cuenta. Todavía estás enredada en la ciega veneración a la razón de los tiempos que han quedado atrás. ¡Como si la razón pudiera salvar! Escucha lo que dice fray Bernardo: entre las criaturas que Dios ha creado sólo el ser humano posee voluntad propia, y por eso a menudo también se resiste a las inspiraciones divinas, como si fuera el mismo Dios en la tierra. La razón hace del hombre el ser más caótico de todos cuantos hay... No debe ser la razón la que dicte la ley a la voluntad, debe ser la voluntad la que domine a la razón y se dirija hacia Dios.

»Lo que tú Vittoria, eras capaz de alcanzar mediante el amor que sentías por tu esposo, también es posible alcanzarlo a un nivel más elevado. Allí está la salvación. Que esto sea posible para cada ser humano, esa es la gracia a la que me refiero. Escucha lo que dice fray Bernardo...

Habla, y habla. Ya lo he oído todo antes. Hace diez años, estuvo también así, a mi lado. Fray Mateo dice, fray Mateo está en lo cierto. Esa es su vida, seguir a los predicadores de la fe, profesar al pie de la letra lo que ellos enseñan. A ella le produce satisfacción. Yo no puedo llegar a la fe mediante la autoridad de otros. Ni Catalina, ni las monjas piadosas pueden convencerme. Catalina dice que posee la gracia, pero las hermanas, que se pierden en los detalles de un rito que Catalina rechaza como accesorio, parecen ser igualmente conscientes de poseer esa gracia. Antes de la muerte de Ferrante, a lo mejor podía haber dado el salto. Recuerdo que hubo un momento, cuando partió por última vez hacia Novara, que me sentí capaz de viajar, en un sentido espiritual. Su defunción lo cambió todo. Catalina no sabe por lo que he pasado desde entonces. Ahora estoy menos dispuesta que nunca a dejarme arrastrar. Hay en su afán un elemento que me repele, con todo lo que la estimo. En ese fervoroso deseo de salvar al mundo y de redimir a la humanidad, se esconde un germen de fanatismo, de coacción e inexorabilidad, que me inspira miedo. Quiere combatir el mal, lo que ella llama el mal; pero, ¿no podría su combatividad degenerar a su vez en un mal? Lo pregunta mi razón, que no puedo acallar.

Mi razón también alega argumentos en contra de ese primer impulso de aversión sin fundamento que sentí por ella. ¿Tengo el derecho de criticarla? Por lo menos, hace algo. Me parece ver lo limitado y lo peligroso que es semejante entusiasmo, pero me quedo mirando sin hacer nada, mientras que ella se esfuerza al máximo en

su convicción. Pienso y pienso sobre mí misma y mi vida, pero ella actúa. Quizá se ha de estar tan entregado a una sola causa y, además, estar llena de entusiasmo y energía, para realizar algo que merezca la pena en medio de una crisis. Pero la duda, la tendencia a reflexionar sobre todo, que me frena, es mi posesión más valiosa. Me fuerza a ser sincera. En última instancia, rechazo el militante afán de reforma de Catalina, como rechazo la piedad demasiado sencilla de las monjas, como rechacé la hipocresía de aquel maese Pietro Aretino, que se atrevió a mandarme desde Venecia una *Vida de la Virgen María*, escrita por razones puramente comerciales y dedicada a mí. No le puedo decir estas cosas a Catalina, aunque sólo sea porque no tiene interés en todo aquello que se halle fuera de su aspiración. ¿Cómo he de explicarle que lo que ella llama «mis grandes dones» nunca podrían ser de utilidad alguna en este aspecto, porque los utilicé para engañar a los demás y a mí misma? Es, por desgracia, una gran verdad que toda Italia elogia, porque con mi amor he glorificado a Ferrante. Esos versos van de mano en mano y hacen su funesto trabajo. Nadie más que yo conoce la verdad: jamás amé a Ferrante.

Ferrante falleció en el momento en que yo, para no perderme, tuve que hacerme cargo de la necesidad de una reflexión profunda sobre mí misma. Si él hubiera seguido viviendo, habría tenido que soportar mi soledad desde mi propia fuerza. Pero la muerte me lo devolvió, o al menos así me lo pareció. Era mío solamente, pues el mundo ya no tenía parte en él. Subsistiría en mí, a través de mí. Quise servirle con toda la fuerza vital que poseía. Me encargué de limpiar su nombre de toda sospecha. Borrar su culpa, su fracaso, se convirtió en mi objetivo. Disfruté de ese sacrificio como de un delirio. Fue una repugnante presunción, más repugnante aún porque se trataba de un engaño a mí misma. Pero el castigo no se ha hecho esperar y al fin ha llegado. El Ferrante cuya memoria quise honrar no existió, no ha existido nunca. Me dediqué en cuerpo y alma a un fantasma. Levanté un ídolo porque quise dar un sentido a mi vida. Para ese fantasma, mi propia criatura, tuve que vivir de nuevo todas las etapas de un amor que no se puede saciar ni en la eternidad, y tenía aún menos sentido que antes, porque esta vez era una criatura de papel, un Ferrante de palabras y frases. Esta figura, construida con todos los deseos sin cumplir, quimeras y sentimientos ocultos de mi juventud, me dominó en tal medida, que me olvidé del mundo que tenía a mi alrededor. Mis amigos y parientes se quejaron de mi pérdida, y llamaron a mi estado de viudez heroico y ejemplar. No

saben que nunca fui tan enteramente feliz como en aquel tiempo. Estuve en Ischia, donde cada piedra, cada árbol, cada paisaje me recordaba el pasado. Me quité años de encima, me sentí joven y elástica, vi en el espejo cómo volvía a florecer. Rendí un culto a la muerte exhaustivo, agotador. Estaba sola, pero envuelta por un silencio encantador, poblado de imágenes que había creado yo misma. Ese sueño se convirtió en mi realidad. El mundo que se desarrollaba fuera de la isla era un horizonte nebuloso.

Pero paulatinamente salí de esa serenidad. Me desperté, y de repente reconocí aquel mundo que había olvidado durante tanto tiempo. Oí tronar la artillería de los galeones españoles en la bahía, frente a Nápoles. Al otro lado de las cercas de mi parque, se amontonaron en cabañas improvisadas los fugitivos sin techo que provenían de tierra firme. Vi que aún tenía mucho que hacer.

Luego llegó el momento en el que descubrí que, de todos los años que pasé tras la muerte de Ferrante en Ischia, no me quedaba nada más que un legajo de papeles cubierto de mentiras. Tuve que reunir todo mi coraje para volver a leer atentamente mis sonetos y canciones, uno por uno. Lo que encontré allí escrito me llenó de espanto porque me enfrentaba a un engaño tan evidente de mí misma. Leí cánticos dedicados a una misteriosa deidad, Eros, que nos privó a mí y a Ferrante del perfecto placer de la unión física, para concedernos una felicidad que perdurase más allá de los límites de la muerte. El amor casto que sentía Ferrante por mí, había destrozado todos los deseos sensuales en mi corazón y, de este modo, me había preparado para una redención de la pasión terrenal. Viví en él y él en mí, y esa unidad existirá para siempre; en una roca que no será socavada por nada, nunca jamás. Nos habíamos quedado sin hijos, nuestro amor no se había convertido en carne, sino en espíritu, otra forma más alta de subsistencia. La defunción de Ferrante no había disuelto nuestro matrimonio, dado que la muerte sólo destroza la materia, y ésta, en nuestra relación, no desempeñaba papel alguno.

Cuando lo leí, comprendí que no había salvación para mí, a no ser que desenredara con mis propias manos la madeja de mentiras que contenía.

No me he perdonado a mí misma. Me obligué a vivir día y noche con la verdad a secas, hasta que la hubiera aceptado, hasta que ni siquiera en sueños quisiera huir del dolor. Me di cuenta de que nunca había querido a Ferrante, o no al menos de la manera como lo canté en versos durante su vida, ni después de su muerte.

Cómo pude haberle querido jamás, dado que no le conocía; entre nosotros estuvo, desde el principio, el Ferrante que quise querer, un fantasma engañoso. Ahora comprendo algo más: que he de buscar en mi propia incapacidad de dar y tomar un amor que no fuera celestial, ni espiritualizado, la clave de todo este malentendido y esta enajenación. Incapacidad enigmática, porque, a decir verdad, ¿acaso he deseado alguna vez otra cosa que no fuese precisamente esa pasión que me atraía, pero de la que me avergonzaba, incluso en los largos años cuando cada aproximación parecía excluida del todo? Lo que ha ocurrido es una consecuencia inevitable del mal juicio que hice de la naturaleza de mis sentimientos, del rechazo a la sensualidad, de la negación del cuerpo. No había podido obrar de otra manera. Esa vergüenza y reserva, ese miedo y aversión sigilosos del afán de la naturaleza, son innatos en mí. Si tuviera que empezar de nuevo, no elegiría un camino distinto del que elegí. Entre Ferrante y yo sólo pudo existir un conflicto, nunca una unidad. Fui creada para repelerle más y más, y él a su vez para irritarme hasta una reserva cada vez más desesperada.

Cuando comprendí por primera vez que lo que había llamado amor había sido una imaginación desmesurada, inventada por mí para justificar mi vida, me sentí vacía, sacudida. Más tarde, empezó una tortura aún peor. Tomé conciencia de que el Ferrante que había tomado forma en mis versos, ya no era únicamente de mi propiedad, pues había querido dar conscientemente ese ídolo mío al mundo, como si fuera el verdadero Pescara. Me propuse expulsar esa otra imagen que pervivía en la memoria de la gente, la imagen del calculador, del ambicioso, del traidor, del astuto precursor del emperador. Había permitido, animado incluso, que se multiplicasen y distribuyesen mis poemas. De los elogios que llegaron a mis oídos, deduje que lograría mi objetivo. Había puesto en movimiento una avalancha que ya no se podía detener. En virtud de mis inventos, Ferrante ahora es tenido por el perfecto caballero. Se enjuicia por difamación al que se atreve a desempolvar viejos rumores. Las tropas le veneran como el ejemplo luminoso para cada hombre que sirve a la Idea Imperial. Soy culpable de ese excitado e inmotivado culto al héroe. Ferrante se ha vuelto inmortal bajo una apariencia que le era completamente ajena. Del hombre que fue en realidad —que no conocí, que tal vez nadie conociera, salvo ella, con la que quiso morir, Delia Equicola—, no queda ni rastro. Es como si no hubiera existido nunca. No envidio su fama; más bien la falsedad de todo esto. Los colores estridentes e irreales del retrato

histórico que yo misma he creado hacen que el poder de la palabra, que sigue su curso, se independiza y se propaga como un contagio entre la gente, me estremezca. Demuestra la seguridad que se debe tener sobre la pureza de las propias ideas antes de atreverse a enviarlas al mundo.

Antes de mi salida hacia Roma, visité una vez más la sepultura de San Domenico Maggiore, en Nápoles, donde Ferrante descansa bajo un trofeo de armas y banderas. Deposité en la tumba, dentro de un estuche de plomo, los documentos que me acababan de enviar desde Madrid: el reconocimiento imperial, por escrito, de los méritos de «Ferrante Francisco de Ávalos, marqués de Pescara, estratega y diplomático, por cuyo valor y criterio Nos hemos sido coronado al fin, en Bolonia, con la Corona Imperial que es nuestra herencia legítima».

Arrodillada en las losas, hice esta pregunta en el vacío que reinaba a mi alrededor: «¿Estás contento ahora? ¿Son ese par de trozos de pergamino de un emperador, provistos de sellos rojos, esas frases sobre la estima y la fama y la gloria eterna por lo que viviste, por lo que moriste?». Le hubiera querido gritar, si hubiera sabido que mi voz podía alcanzarle en alguna parte: «He hecho más por ti que el emperador y sus ministros. Te he devuelto tu honor. Te lo he devuelto de tal forma que incluso tiene que satisfacer al noble castellano que hay dentro de ti. Eres el héroe más grande desde el legendario Rolando. Por eso, haré penitencia todos los días y noches de mi vida, hasta la hora de mi muerte».

Luego, regresé a Roma. Creí estar en mi lugar, en la ciudad violada. La destrucción, el vacío y los esfuerzos laboriosos de reconstrucción parecían estar en consonancia con mi propio estado de ánimo. ¿Qué buscaba aquí? Contacto con aquellos que, como yo, tenían que seguir viviendo entre ruinas, que se enfrentaban con la tarea de empezar de nuevo con las manos vacías. Les unía al menos un sentimiento de solidaridad, saberse iguales en el sufrimiento, lo cual podría convertirse en aceptación, en esperanza incluso. Es un privilegio sobrevivir conscientemente a una catástrofe, cuando se conoce la propia culpa y los errores. Con el paso de los años, ha quedado muy poco de mi inspiración. Es incomprensible la rapidez con la que el ser humano se acostumbra a la visión de la destrucción. El carnaval, las corridas de toros, las fiestas populares se celebran todo el año, a pesar de la pobreza y la peste. Muchos de

mis amigos de antes, prelados y nobles, han reabierto sus palacios y viven con pompa. Al principio visité a varias personas. Pero ya no me siento cómoda en la corte de viejos conocidos, ni cruzando esas cambiadas calles. Tras cada visita, cada conversación, sólo estaba segura de una cosa: que estaba completamente sola.

¿Cómo debería explicar a Catalina que, en este punto de mi vida, me parece más necesario para la salvación del alma el encuentro con el prójimo que el encuentro con Dios? Nunca he amado a nadie de verdad. Nunca ha habido entre otra persona y yo un vínculo de profunda intimidad. Nunca nadie me ha necesitado a mí, Vittoria. Pero sí sé esto: existo como ser humano sólo por la gracia de mi prójimo, al que me está permitido amar como a mí misma. Sólo a través de ese amor, mi ser se completa y la vida cobra sentido, sólo por encima de esa realización podría buscar a Dios. Cuando me lo merezca, que me caiga en suerte la gracia de un amor tan completo.

Cuando se despidió de Catalina, regresó al conjunto de celdas que ocupaba con sus mujeres. En su cámara, se sentó frente a la pared de donde colgaba un crucifijo. Miró aquel cuerpo desangrado, agotado, torturado hasta la muerte. Michelangelo Buonarroti había realizado el crucifijo para ella, a petición suya. Aunque vivía en Roma —trabajaba en un fresco de la capilla Sixtina, el Juicio Final—, no se habían encontrado. En cartas, le había expuesto sus deseos: un Cristo sufriendo y humilde, dejado de Dios y de la gente, en la hora más amarga del Gólgota. Él, por su parte, le había mantenido al corriente de los progresos de la obra, mediante informes breves y concisos. Finalmente, llegó, junto con el crucifijo terminado, una contestación a las cosas que ella le había dejado entrever. Escribió: «Estoy en mi hora más amarga, pero no soy humilde. Estoy dejado de Dios y de la gente, y sufro: el pensamiento de que todo lo que hago es perecedero, la pintura, la madera y la piedra, que a la larga no quedará nada de ello, nada, nada, me ha privado de toda la fuerza y el valor».

Ese estallido inesperado la había afectado profundamente. Acto seguido, le dio las gracias extensamente —por escrito— y alabó su trabajo, pero con un doloroso sentimiento de impotencia. Después, su intercambio epistolar cesó.

Estaba sentada quieta, erguida, en un banco de madera sin respaldo, estrujándose las manos en el regazo. Sabía que ella, cada día, cada hora de su vida, tenía que luchar de nuevo para reafirmar su propia personalidad. En aquel momento era consciente con gran calma de su disposición a entablar ese combate eterno. Fuera de esa seguridad, no poseía nada.

Se levantó, buscó pluma y papel, y escribió:

«¿Quisiera, adorado amigo, dibujar otra vez para mí la figura de Cristo en la cruz de la forma que sólo usted sabe hacer? No como un muerto, como le representan

normalmente, y como usted ya hizo a petición mía, sino vivo, el rostro alzado, en el momento que invoca a Dios: *Eli! Eli! Lemmá sabbacthaní?* Este es para mí el sentido de la imagen del crucificado: no la rendición abúlica, la atonía en la muerte, el final de la tortura, sino el sufrimiento consciente, la tortura de cuerpo y espíritu que no cesa nunca. Sólo la aceptación de ese sufrimiento lleva implícita la salvación. Tengo un ruego para usted. ¿Quisiera traerme usted mismo el dibujo? Perdóneme esa indiscreción. Me gustaría hablar con usted. Lo he deseado durante mucho tiempo, pero nunca osé pedirselo».

Selló la carta y la envió a maese Michelangelo Buonarotti, en la vía Esquilina de Roma.

**XXI**  
**GIOVANNI BORGIA**



urante el curso del maldito proceso, la parte contraria hizo ciertas insinuaciones.

También se descubrieron algunos hechos. Farnese hizo redactar dos bulas, en el 18, por una gran suma de dinero. Farnese fue quien me respaldó en secreto en la corte de Roma, tras mi regreso de Francia. A él debía mi incorporación al séquito de Morone.

Maese Pietro me manda desde Venecia, a petición mía, los resultados de las pesquisas de las que él parece poseer el secreto: en el 97 —el año de mi nacimiento—, un bastardo de Farnese, lactante, fue acogido durante un tiempo en el gobierno de la casa común de Lucrecia y Julia Bella, en el palacio de Santa María in Porticu.

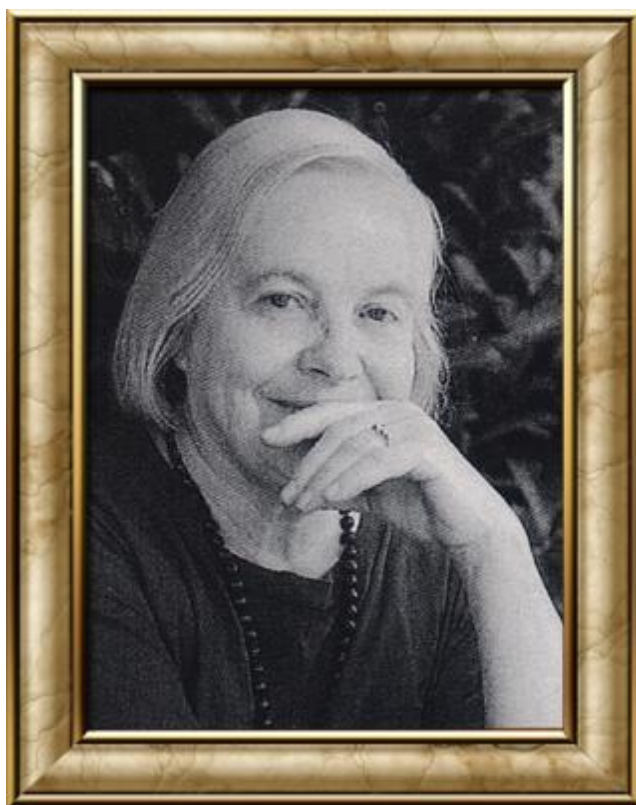
Hijo de Farnese, hermano de Pierluiggi. Quiero creerlo.

¿Qué me importa, entonces, mi derrota ante el tribunal pontificio? Incluso mis mutilaciones, mi impotencia, serían soportables si estuviera seguro de que no tengo nada que ver ni con Borgia, ni con Perico de Calders.

Pero, ¿por qué no quiere él, Farnese, mirarme directamente a los ojos, cuando guío la conversación hacia una dirección determinada? ¿Por qué esquivo mis preguntas?

Tengo que saberlo. La respuesta determina mi ser o no ser.

Farnese soy, Farnese...



HELLA S. HAASSE (Java, 1918-2011), hija de un funcionario del gobierno holandés.

Estudió lengua y literatura escandinavas en la Universidad de Mmterrlam, en ese tiempo descubrió los poemas de Carlos de Orleans y se apasionó por el mundo medieval.

Durante la ocupación nazi período en el que tuvo que abandonar sus estudios por negar su lealtad a los invasores, empezó a escribir *El bosque de la larga espera*.

Durante su larga carrera, Hella Haasse ha recibido en su país una gran cantidad de reconocimientos literarios. Al principio se trató de premios secundarios: en 1958 el premio Atlántico Internacional, y en 1960 el Premio Atlántico Internacional por *De ingewijden*; en 1962 el premio Visser Neerlandia por la obra de teatro *Een draad in het donker*; y en 1977 el Premio Blanco Literario por *Een gevaarlijke verhouding of Daal-en-Bergse brieven*.

En 1992, la reina Beatriz le otorgó la Medalla de Oro de las Artes y de las Ciencias de la Orden de la Casa de Orange.

Por el conjunto de su obra también ha recibido varios premios de mucho prestigio: en 1981 el Constantijn Huygens, en 1984 el P. C. Hooftprijs (Premio P. C. Hooft), en 1985 el Dr. J. van Praag y en 2004 el Premio de las Letras Neerlandesas.

Es la escritora holandesa más leída y traducida a diversos Idiomas.

